TRATADO

DE

LEJISLACION.



TRATADO

DE

LEJISLACION,

ó

ESPOSICION

DE LAS LEYES JENERALES

CON ARREGLO A LAS CUALES PROSPERAN, DECAEN O SE ESTANCAN LOS PUEBLOS.

Por Cárlos Comte,

VOCAL DE LA CAMARA DE LOS DIPUTADOS Y DEL INSTITUTO, SECRETARIO PERPETUO DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS, PROFESOR HONORARIO DE DERECHO EN LA ACADEMIA DE LAUSANA, Y ABOGADO EN EL TRIBUNAL REAL DE PARIS.

E pur si muove.

SEGUNDA EDICION,

revista y correjida,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR A. B.

TOMO TERCERO.

BARCELONA.

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, NUM. 36.

1837.



TRATADO

DE

LEJISLACION.

CONTINUACION

DEL LIBRO TERCERO.

CAPITULO XIX.

Influjo que ejercen en las costumbres domésticas de los pueblos de raza cobriza de la América septentrional, los medios por los cuales atienden á su existencia. — Usos particulares de dichos pueblos.

Las relaciones entre ambos sexos, en los indíjenas del norte de América, se aproximan mas á las que establece la servidumbre entre amo y esclavo, que á las que produce el matrimonio en los pueblos civilizados. Como en estos pueblos la fuerza física es la única causa reconocida de superioridad, las mujeres están despreciadas porque son des-

validas. En los pueblos situados mas al norte, y en las tribus meridionales cuya civilizacion no está mas adelantada, es tal su envilecimiento, que en cada ranchería forman al parecer una especie inferior, poco diferente de los animales domésticos. No son admitidas á tomar parte en las danzas ú otras diversiones de los hombres, asistiendo tan solo para componerles y presentarles sus bebidas (1). Son escluidas del recinto donde se celebran las ceremonias relijiosas; pero cantan y bailan por los alrededores (2). Preparan los alimentos de los hombres, pero no les es lícito comer con ellos; las mismas mujeres de los caudillos no pueden comer hasta despues que todos los hombres, sin esceptuar los que hacen veces de sirvientes, han tomado lo que les acomoda. No pueden sustraer parte alguna de los alimentos que preparan, sin esponerse á los mas severos castigos (3). En épocas de carestía, las mujeres no cuentan para nada, y á veces mueren de hambre, antes que los hombres se hayan impuesto ninguna privacion. Un hombre se creeria en cierto modo deshonrado, si bebiese en la misma copa que su mujer, ó si estando sentado, le pasase por encima las piernas (4).

Las mujeres no pueden, cuando esperimentan el menstruo, habitar en las mismas tiendas que los hombres. Mientras se hallan en tal estado, no pueden tocar las armas ni acercarse á los lugares donde cazan ó pescan, ni siquiera seguirles de lejos en una misma senda. Los maridos no solo las consideran como impuras, sino que se figuran que

(1) Hearne, cap. IX, páj. 312.—Weld, t III, cap. XXXV, páj. 137. — De Humboldt, *Nueva España*, t. I, cap. VI, lib. II, páj. 414.

(2) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 252.

(3) Hearne, cap. IV, páj. 85.—Raynal, t. V, lib. X, páj. 253.

(4) Ellis, páj. 144 y 245.

comunican su impureza á cuanto tocan (1). En ciertas tribus, un marido que ha cohabitado con su mujer, sin que hayan trascurrido veinte y cuatro horas, aun hallándose en su estado ordinario, se considera manchado, y se guardaria muy bien de tocar una pipa. Las mujeres son particularmente consideradas impuras despues del parto; su estado de impureza dura treinta dias, si han parido un niño, y cuarenta dias ó seis semanas, si una niña. Durante este tiempo, están confinadas en una cabaña lejos de los hombres; y si la tribu está de marcha, tienen que seguirla de lejos (2). El envilecimiento de las mujeres se echa de ver en su mismo aspecto, pues son asquerosamente puercas, aun en las tribus donde los hombres tienen el esterior limpio y decente (3).

A la manera de los Romanos, un padre se considera propietario de su hija; cásala, ó por mejor decir, la vende sin consultar su gusto ni su voluntad, y los regalos que recibe del hombre á quien la entrega, no son mas que el precio que la puso. En el estado bravío, un hombre no es capaz de proporcionar medios de subsistencia á una familia, antes de haber llegado á los treinta y cinco ú cuarenta años; así es que un padre no consiente en dar su hija sino á un hombre de esta edad. Casándola, cobra su precio, y se desentiende del cuidado de mantenerla: y de ahí es que la casa á los diez ó doce años, y á veces mucho antes (4). A veces, un padre, en lugar de vender á su hija, la alquila por cierto tiempo, pues por poco numerosas

(1) Hearne, cap. IX, páj. 291, 292 y 293.—Mackenzie, t. I, páj. 289 y 290.

(2) Lahontan, t. II, p. 138 y 139. — Hearne, cap. IV, p. 86 y 87.

(3) Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, cap. I, p. 161 y 162.

(4) Hearne, cap. IX, p. 289. — Mackenzie, t. I. p. 289.

que sean aquellas tribus, no escasea entre ellas la prostitucion; las mujeres se prostituyen muy jóvenes, y por lo comun sus mismos parientes les ajencian el negocio (1).

Un hombre puede poseer tantas mujeres cuantas le sea dable comprar ó robar, pues la poligamia está en uso sin restriccion en todos los pueblos cobrizos de América.

La pluralidad de mujeres es en estos pueblos, como en todos aquellos donde está en uso, un privilejio del poder. Un cacique prepotente ó sagaz en la caza ó la pesca, tiene á veces ocho, diez, y aun doce. Sobre este particular, no media diferencia alguna entre las naciones que viven bajo el clima mas frio y las del clima mas cálido, si por otra parte se hallan en un mismo grado de barbarie. Los caciques de las tribus que viven mas allá de los 65 grados de latitud boreal, en un suelo cubierto de nieve durante nueve meses del año, tienen tantas como los que viven bajo los 30 grados (2). Algunos no tienen mas que dos ó tres; pero como el número de mujeres no sobrepuja al de hombres, algunos se ven reducidos á pasar sin ellas, y los mas á no poseer sino una (3). La poligamia está en uso, así

(1) Hearne, cap. V, páj. 99, 121, 122 y 123. — Mackenzie, t. I, páj. 289. — Lahontan, t. II, páj. 143. — Weld, t. III, cap. XXXIII y XXXIV, p. 21 y 61. — Lewis y Clarke, cap. VI, páj. 108; y cap. XVIII, p. 299. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. V, páj. 173 y 198. — Hennepin, páj. 34, 35 y 36. — Azara, t. II, cap. X, p. 60.

(2) Hearne, cap. IV y V, páj. 83, 88, 117, 118, y 122. — Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, páj. 204, y t. III páj. 268. — Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. II, lib. VIII, páj. 115. — J. Long, cap. X, páj. 180. — Hennepin, páj. 37 y 38. — Depons, t. 1, cap. IV, páj. 304 y 305.

(3) Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. III, cap. XII, páj. 268. — Charlevoix, t. I, páj. 43. y lib. III, páj. 194. — Hennepin, p. 33.

en las costas del Oeste, como en las orientales, y en lo interior del continente (1).

El uso de la poligamia hace que el parentesco sea rara vez en estos pueblos un obstáculo para el matrimonio. Un hombre es al mismo tiempo marido de dos ó tres hermanas; en algunas tribus, el que se casa con la hija mayor, puede exijir que se le den todas sus hermanas. El que pierde á su mujer, se casa con su cuñada; y la que pierde á su marido, se casa con uno de sus cuñados (2). Hay tribus en las cuales un hombre llega á ser marido de su hermana, un padre de su hija, y un hijo de su propia madre (3).

Los indíjenas de América, aunque se casen con muchas mujeres, están muy distantes de apasionarse por ellas; al contrario, sobre este particular muestran la mas cabal indiferencia. Sea que la facilidad de satisfacer sus pasiones nacientes avente su enerjía, sea que las miserias del estado bravío, contra las cuales han de luchar de continuo, ataje su desarrollo, ó sea que el envilecimiento de las mujeres destruya su imperio, los hombres no les profesan afecto alguno: entre ellos, el amor en su mayor fuerza lleva apenas los caracteres de una mera benevolencia (4). Consideránlas como propiedades que tienen mas ó menos valor, segun la mayor ó menor utilidad que les producen; y el aprecio que les dispensan solo está en razon de las tareas que pueden ejecutar (5). Las permutan, las ven-

(1) La Perouse, t. II, cap. XI, páj. 303, y t. IV, páj. 61. — Dauxion. — Lavaysse, t. I, cap. VI, páj. 344.

(2) Hearne, cap. V, páj. 122. — Lahontan, t. II, páj. 141. — Hennepin, páj. 37 y 38.

(3) Hearne, páj. 122 y 123.

(4) Lahontan, t. II, páj. 130 y 131. — Azara, t. II, cap. X, p. 60. — Raynal, t. VIII, lib. XV, páj. 36 y 37.

(5) Hearne, cap. V, páj. 104. — Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 239.

den, juegan entre sí sus finezas, y por último disponen de ellas como de los animales mas viles (1). En las luchas que traban entre sí para disputarse su posesion, aguardan con toda paciencia que la fuerza haya decidido á qué dueño pertenecerán. Por mucha que sea su repugnancia al vencedor, ó su pasion al vencido, tienen que despedirse de este, y juntarse con aquel (2).

Los hombres aspiran á poseer muchas mujeres para descargarse de una parte del afan inseparable de la vida selvática; y así es que siempre dan la preferencia á las que pueden acarrear ó llevar los fardos mas pesados (3).

En las rejiones donde la labranza ha dado los primeros pasos, los hombres son quienes desmontan el terreno, porque solo ellos tienen bastante fuerza para el intento; pero despues de desmontado, ya no cuidan mas de los trabajos agrícolas, que quedan á cargo de las mujeres, ocupándose ellos en perseguir la caza ó á sus enemigos

(1) Mackenzie, t. I, páj. 282. — Hearne, cap. V, p. 121. — Depons, t. I, cap. IV, paj. 305 y 306. — Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. I, lib. III, páj. 194. — La Perouse, t. II, cap. XI, páj 307.

(2) «Nunca asistia á una de estas luchas, dice Hearne, sin conmoverme fuertemente al ver el objeto de la contienda, esperando en triste silencio lo que decidiria la suerte, mientras su marido la disputaba á su rival. A la compasion que me inspiraba la pobre víctima, se juntaba la mas viva indignacion, cuando la veia pasar á manos de un hombre á quien tal vez odiaba de muerte. La repugnancia que en tal caso sienten las desdichadas á seguir á sus nuevos maridos, es á veces tan intensa, que hay que usar con ellas de la violencia. He visto á muchas de estas infelices enteramente desnudas, y conducidas á la fuerza á su nuevo alojamiento.» Cap. V, páj. 100 y 101. — Esta costumbre de luchar, para adquirir la propiedad de las mujeres, se observa en todas las tribus del Norte. *ibid.* p. 90.

(3) Hearne, cap. IV, páj. 83.

(1). En sus espediciones de caza ó de pesca, se hacen seguir por unas cuantas de sus mujeres, con el encargo de preparar los alimentos, levantar tiendas, llevar los abastos, la caza, las pieles, y todo lo que pudiera estorbarles en la marcha (2). Mientras las mujeres andan agobiadas con sus hatos, los hombres, que siempre han de estar prontos para la refriega, andan sueltos delante de ellas, sin otra carga que sus armas (3); á veces ellos van á caballo, al paso que las mujeres llevan el bagaje á la espalda, y encima del bagaje á sus hijos (4). El estado de preñez no suspende los afanes á que están condenadas, continuándolos hasta el momento del parto, y volviendo á ellos casi inmediatamente despues (5).

Si en sus lejanas espediciones creen los hombres que las mujeres que han llevado no les son ya necesarias, ó entorpecen sus intentos, abandónanlas en medio de las selvas y de las nieves, al modo que un ejército sus bagajes. Los lamentables ayes en que prorumpen, temerosas de estraviarse y morir de frio ú desamparo, lejos de mover el interés de sus padres, hermanos ó maridos, ni siquiera interrumpe por un momento su algazara; si uno que otro muestra algun sentimiento, es solo en favor de las tier-

(1) J. F. D. Smith. t. I, cap. XXV, páj. 97. — Volney, *Tableau*, etc, t. II, páj 451. — Larochefoucault, t. I, páj. 266 y 267. — Hennepin, páj. 36. — Dampier, t. I, cap. I, páj. 14.

(2) Hearne, cap. III, IV y V, páj. 52, 84, 99 y 118. — Mackenzie *Primer Viaje*, t. I, páj. 241 y 242; y *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 200 y 201. — Hennepin, páj 36. — Robin, t. II, cap. IV, páj. 372 y 373. — J. Long, cap. XII, p. 250 y 251.

(3) Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 200 y 201. — Dauxion, — Lavaysse, t. I, cap. VI, páj. 127, 330 y 331.

(4) Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 137 y 138. — Azara, t. II, cap. X, p. 17.

(5) Hearne, cap. IV, páj 86. — Hennepin, p. 18.

nas criaturas á las cuales abandonan junto con sus madres (1).

Las mujeres, en tal envilecimiento, tienen que guardarse de manifestar albedrío: á la primera señal de su marido, han de obedecer: la menor observacion, la mas leve resistencia, serian castigadas cruelmente, ó quizás con la muerte (2). La obediencia ha de ser absoluta, sea cual fuere la órden que se les dé, ya se trate de seguir á un nuevo amo á quien hayan sido vendidas, ya de criar cachorros de oso en vez de las criaturas que han perdido. Realmente, cuando los hombres cojen algunos de aquellos animales, sobrado tiernos para comérselos, los mandan criar por sus mujeres hasta que han adquirido el crecimiento oportuno para degollarlos (3).

Parece que unos hombres que tratan á sus mujeres con tanto desprecio, que las venden, las permutan, las vuelven á tomar, y disponen de ellas como de un mueble, no deberian conocer los celos; y sin embargo hay pocos pueblos en quienes se manifieste aquel impulso con mayor pujanza, ni donde produzca efectos mas terribles. Unos hombres que viven en un pais cuajado de hielo y nieve las tres cuartas partes del año, se entregan á aquella pasion con una violencia increible (4); una mera duda, en particular cuando están embriagados, basta para que asesinen á su supuesto rival (5). Los pueblos del Noroeste, que habitan bajo la misma latitud, entre los 50 y 65 grados, se muestran asimismo arrebatados en sus celos: un marido que cree infiel á su mujer es capaz de matarla á puñaladas y devorar á su hijo (1). En el Alto Canadá, un hombre que sospeche adúltera á su mujer, la mata, ó le arranca la nariz y las orejas con los dientes (2). Los celos parecen desconocidos en algunos pueblos del Bajo Canadá, en la California y entre los trópicos. Si entre ellos se halla tal impulso, es tan débil, que Azara creia que los indíjenas no eran capaces de esperimentarlo (3).

Por miserables que sean las mujeres bajo la potestad de sus maridos, están sujetas á otra desgracia todavía mayor, cual es la de verse abandonadas á sus propias fuerzas. Tales son las calamidades anejas al estado del pueblo cazador ó pescador, que si un hombre llega á morir, su familia perece desamparada, á menos que otro se encargue de ella; la muerte de un cacique es seguida de la de seis ó siete mujeres y de todos los hijos que le pertenecen (4). En algunas tribus, un hombre se encarga á veces de la familia de un hermano ú de un amigo, con cuya mujer se casa (5); si no se encuentra ningun hombre que quiera encargarse de ellos, es muy raro que se salven de la muerte. La repudiacion es admitida y practicada con frecuen-

(1) Hearne, cap. V. páj. 107.

(2) J. Long, cap. XIII, páj. 250. — Hearne, cap. VIII, páj. 246. — Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I. páj. 282.

(3) Hearne, cap. X, páj. 347.

(4) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 282 y 283; *Segundo Viaje*, t. II, páj. 199 y 200. — Hearne, cap. IX, páj. 289.

(5) J. Long, cap. X, páj. 347.

(1) La Perouse, t. II, lib. VIII, páj. 205 y 206. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV, páj. 94.

(2) Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. I, lib. III, páj. 194 y 195, y t. II, lib. VIII, páj. 39. — Hennepin, páj. 38.

(3) Lahontan, t. II, páj. 139 — La Perouse, t. II, cap. XI, páj. 303, y t IV, páj. 61. — Azara, t. II, cap. X, páj. 60. — «En la Guayana los maridos son muy celosos; matan en el acto á las mujeres infieles.» Stedman, t. II, cap. XIV, páj. 102. — Hennepin, páj. 296 y 297.

(4) Hearne, cap. IX, páj. 389.

(5) Hearne, cap. V, páj. 122.

cia en todos estos pueblos (1); y cuando se verifica, la mujer despedida por su marido se envenena para abreviar sus padecimientos, como no se encarguen de ella sus deudos, ó encuentre otro marido (2).

Por último, las mujeres están habitualmente espuestas á tantos infortunios en el estado de barbarie, que procuran abortar para resistir á los trabajos a que están condenadas, ó para no dar la existencia á entes tan miserables como ellas (3). Movidas á veces por un impulso de compasion, matan á sus hijas recien nacidas, para librarlas de los infortunios que agobian á su sexo (4). Las penalidades y fatigas que esperimentan, y la brutalidad con que son tratadas, destruyen desde muy temprano su constitucion, y las embrutecen. A los treinta años, son ya decrépitas (5), y á escepcion de sus quehaceres domésticos, á los que están acostumbradas desde muy jóvenes, dice Hearne, su entendimiento y sus sentidos están tan yertos como la zona que habitan (6).

(1) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 289. — Hearne, cap. IX, páj. 290 y 291. — J. F. D. Smith, t. I, cap. XXIV, páj. 95. — Lahontan, t. II, páj. 135. — Hennepin, páj. 34. — Depons, t. I, cap. IV, páj. 305.

(2) Hennepin, páj. 35 y 36.

(3) Weld, t. III, cap. III, páj. 62. — Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 241 y 242.

(4) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 241 y 242. — Raynal, t. IV, lib. VII, páj. 116. — Azara, t. II, cap. X, páj. 93, 94, 115, 145, 152 y 156.

(5) Hearne, cap. IV, páj. 83.

(6) Hearne, cap. IX, páj. 312. — «Por miserable que sea el estado de las mujeres, ejercen grande influjo en el ánimo de sus maridos; solo es nulo su ascendiente en lo relativo á su propio estado.» Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 289; y *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 200 y 201.

Entregadas las mujeres por sus padres, desde la mas tierna edad, á hombres que no han elejido, y que tienen tres ó cuatro tantos mas edad que ellas, ó víctimas de los hombres mas fuertes, y no recibiendo de parte de sus maridos mas que menosprecio y aspereza, no pueden quererles mucho, ni serles fieles por afecto ni por principios de pundonor; cuanto le es dado al marido esperar de ellas, consiste en la obediencia á sus órdenes y la observancia de sus mandatos, siempre que haya mas riesgo en infrinjirlos, que provecho en quebrantarlos. En una palabra, las mujeres no pueden tener, respecto de sus maridos, mas que los vicios ó las calidades de esclavos, y como tales se forma realmente su carácter.

Sin embargo, algunos viajeros han encomiado su fidelidad y afecto á los maridos; segun Lahontan, antepusieran la muerte al adulterio (1); y, en sentir de Weld, no hay nacion sobre la tierra donde las casadas tengan mas recato, y profesen mas cariño á sus maridos (2). Esta adhesion y fidelidad debian parecer á estos dos viajeros tanto mas estraordinarias, cuanto que en los mismos pueblos encontraron las solteras sumamente livianas. El primero dice que las niñas son locas, y que los niños hacen á menudo locuras con ellas (3); el segundo atribuye la lentitud de los progresos de estos pueblos en la poblacion á la conducta de sus mujeres. «Su perniciosa costumbre, dice, de prostituirse desde la mas tierna edad, no puede menos de corromper los humores y contribuir á su esterilidad (4).» Esta diferencia entre la conducta de las solteras y de las casadas se esplica fácilmente.

(1) Lahontan, t. II, páj. 132 y 137.

(2) Weld, t. II, cap. XXII, páj. 53.

(3) Lahontan, t. II, páj. 132.

(4) Weld, t. III, cap. XXXIV, páj. 61.

Hemos visto anteriormente que no hay pueblos mas versados en el disimulo y la perfidia que los indíjenas del norte de América: saben ocultar su odio bajo las esterioridades de la benevolencia; son fementidos y aduladores, cuando por este medio les es dable alcanzar lo que no pudieran por la fuerza; y en materia de artificios y falsedad, las mujeres aventajan de mucho á los hombres. Rodeadas sin cesar de mil peligros, y espuestas á los tratamientos mas crueles, y aun á la muerte por el menor motivo de queja, es natural que traten de parecer rendidas y adictas, sean cuales fueren sus pensamientos reservados. Así es que siempre que se menoscaba su temor habitual, se muestran bajo un aspecto completamente diverso.

Las mismas mujeres, á quienes se han prodigado elojios, cuando solo se las ha visto bajo el influjo de sus maridos, se muestran desenfrenadamente licenciosas é irracionales, en cuanto creen que nada tienen que temer (1). Basta á veces que su marido se halle á corta distancia para que acudan con ardor hácia los estranjeros, reemplazando el aire feroz y severo que habitualmente tienen, con jestos harto espresivos para que quepa desconocer su intencion (2). Si un marido se ausenta, su mujer le reemplaza ordinariamente con otro que exije igual sumision y ejerce sobre ella igual tiranía (3). El repudio, tan comun en las tribus mas cercanas al norte, no reconoce otra causa que la mala conducta, el desenfreno y la mutua antipatía de los esposos (4). El odio de las mujeres á sus maridos es á

(1) Hearne, cap. V, páj. 118 y 119.

(2) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV, páj. 96 y 97. — La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 228.

(3) Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 199 y 200.

(4) Hearne, cap. IX, páj. 290 y 291.

veces tan intenso, que pasa á los hijos, siendo una de las causas por las cuales se ajencian el aborto (1). Los hombres que viven bajo un clima muy riguroso, como que se hallan espuestos á mayores penalidades y fatigas que los que viven en un clima templado, contraen un carácter mas duro respecto de los séres que les rodean. Sus mujeres pues se hallan precisadas á mayores contemplaciones y á mas hipocresía; pero les quieren menos, y no tienen costumbres mas acendradas que las mujeres del Sur (2).

Las relaciones que median entre los padres y sus hijos son menos duras que las que existen entre los esposos; un hombre es ordinariamente menos bozal con su hijo ú con su hija, que con su mujer. Pero las dificultades que presenta el estado de cazador ó pescador, bajo un clima riguroso, hacen muy miserable la condicion de las criaturas, causando la muerte de muchísimas. La inmundicia que les cubre ó que les rodea, el aire apretado que respiran en las cabañas, la dificultad de darles alimentos adecuados á su edad, la falta de remedios ó de cuidado en sus dolencias, los tormentos á que en algunas tribus las sujetan sus padres para amoldarles la cabeza ó los miembros, causan en ellas horrorosa mortandad (3). Sin embargo, las madres cuidan de las criaturas en cuanto se lo permiten los trabajos que las agobian, la inclemencia de las estaciones, la privacion habitual de alimentos, y una completa ignorancia de los medios preservativos ó curati-

(1) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 241 y 242.

(2) Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. III, cap. XII, páj. 268. — Lewis y Clarke, cap. XVIII, páj. 299. — Charlevoix, N.-F., t. III, lib. XIII, páj. 23. — Hennepin, páj. 34 y 35. — Azara, t. II, cap. XV, páj. 293.

(3) Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. II, lib. VIII, páj. 118; y lib. IX, páj. 228. — Jorge Dixon, t. II, páj. 12 y 13.

vos; cuando las pierden, manifiestan á veces un vivo pesar, aunque no siempre es arduo consolarlas (1).

Pero los padres, cuya atencion queda absorbida por los afanes y riesgos de la vida bravía, se interesan al parecer muy poco por sus hijos, particularmente si no pertenecen á su sexo. Cuando sus mujeres han parido, pasan un mes ó seis semanas sin verlas á ellas ni á sus hijos; y la razon que dan de este comportamiento, es que las criaturas son tan feas al nacer, que si las viesen, seria posible que les inspirasen una antipatía que ni el tiempo podria borrar (2). Las criaturas, en estos pueblos, no sufren la opresion que ha venido á ser necesaria entre las naciones civilizadas; no bien pueden andar á gatas, se les deja juguetear desnudas por el agua, el lodo y la nieve (3). Un padre, dice Volney, halaga á sus hijos como cualquiera animal á sus cachorros; cuando les ha mecido un poco y abrazado, los abandona para volar á la caza ó la guerra, sin pensar ya en ellos, esponiéndose á los peligros, sin curarse de cual puede ser su suerte (4). Si un hombre repudia á su mujer, déjale comunmente todos los hijos, y los echa en olvido (5).

(1) Importunado Mackenzie por los perros de los salvajes, cerca del rio al cual ha dado su nombre, mató á uno de un pistoletazo. «La mujer á quien pertenecia el perro, dice, se manifestó muy apesadumbrada, y declaró que mas le habia afectado la muerte de este animal que la de cinco hijos que habia perdido el invierno anterior..... Algunos granos de vidrio bastaron para desvanecer su dolor.» *Primer Viaje*, t. II, cap. VI, páj. 87.

(2) Hearne, cap. IV, páj. 86 y 87.

(3) Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 89.

(4) *Tableau du climat et du sol des Etats Unis*, t. II, páj. 452. — La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 219. — Ulloa, t. II, disc. 17, páj. 9. — Depons, t. I, cap. IV, páj. 306.

(5) Hennepin, páj. 33 y 34.

Si un padre conoce apenas á sus hijos, estos por su parte manifiestan poco cariño y respeto á su padre: muestran algun afecto á su madre, porque los ha criado; pero apenas conocen á su padre (1). En los pueblos que viven bajo el clima mas riguroso, cuando un hombre no puede trabajar mas, sus hijos le menosprecian y le olvidan. En sus comidas, es el último que queda servido, presentándole lo peor; no le dan para cubrirse sino pieles de desecho y mal cosidas. Este menosprecio para con los padres ancianos es tan jeneral, que la mitad de los viejos de ambos sexos mueren por falta de cuidado (2). En algunas tribus que viven hácia los 58 grados, cerca de la bahía de Hudson, cuando un hombre está muy decrépito para poderse ganar la subsistencia, sus hijos abren un hoyo, le meten dentro y le ahogan. Si no tiene hijos que le presten este servicio, encárganse sus amigos (3); á veces, en vez de matar á los ancianos con medios violentos, los abandonan. Los enfermos reciben jeneralmente el mismo trato (4). Por mucha que sea la indiferencia ó la dureza de los hijos hácia sus padres ancianos, cuando los pierden, llevan luto, dan lamentables gritos, y se cortan los dedos en señal de desesperacion: estas son operaciones de etiqueta (5).

La conducta de los hijos con sus padres ancianos no se aviene al parecer con el influjo que se concede á los viejos

(1) La Perouse, t. II, cap. XI, páj. 305.

(2) Hearne, cap. I, páj. 321.

(3) Ellis, páj. 245. — Volney. *Tableau*, etc., t. II, páj. 444 y 445.

(4) Robertson's *History of America*, vol. II, lib. IV, paj. 219. — Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 301 y 302; y *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 188; y t. III, cap. IX, páj. 95. — Hearne, cap. VII, páj. 190 y 191.

(5) Hearne, cap. IX, páj. 317. — Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 188.

en casi todas las tribus salvajes; pero tampoco aquí media contradiccion. En algunas tribus, las mujeres ejercen estensísimo influjo en el ánimo de sus maridos, lo cual no impide que sean tratadas sin contemplacion: los ancianos se hallan á corta diferencia en el mismo caso. Unos hombres que no poseen libros ni archivos, y nada saben sino por esperiencia ó tradicion, en las muchísimas ocasiones en que necesitan saber los lugares y las épocas mas propicias á la caza ó á la pesca, los límites de sus territorios, las guerras ó tratados que han tenido con otras tribus, deben consultar á los ancianos, únicos que tienen esperiencia y pueden acordarse de los acontecimientos pasados: de ahí es que un hijo que menosprecia la opinion de su padre, respeta la de su abuelo (1).

Pero esta preferencia para con los ancianos no influye en su propio destino; es un homenaje que tributan los jóvenes á su seguridad personal y á la urjencia de su conservacion, y no un afecto de gratitud. Cuando los niños han adquirido fuerzas bastantes para atender á sus necesidades, tratan á sus padres sin miramiento, y aun á veces les azotan. Tratan groseramente á los demás ancianos, no guardándoles la menor consideracion, cuando creen poder prescindir de su esperiencia (2).

(1) Lahontan, t. II, páj. 110. — Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 115.

(2) Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 116. — La Perouse, t. II, cap. XI, páj. 305 —Hennepin, páj. 52, 53 y 56. — Depons, t. I, cap. IV, páj. 306 y 307. — Azara, t. II, cap. X, páj. 23. — El único individuo á quien profesa verdadero afecto un salvaje de América, es el amigo que ha escojido. El impulso de la amistad es á veces vehementísimo entre estos pueblos. Hearne, cap. V, páj. 121 y 122. — Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats Unis*, t. I, páj. 452.

CAPITULO XX.

Influjo ejercido en las costumbres privadas de los pueblos de raza cobriza del norte de América, por los medios con que atienden á su existencia, y por la naturaleza de su estado social. — Continuacion del capítulo anterior.

Las relaciones de individuo á individuo, y de ranchería á ranchería, resultan en estos pueblos del modo con que atienden á su existencia, y determinan en gran parte sus costumbres privadas. No disfrutando de seguridad alguna en los pocos bienes que poseen, y ni siquiera en su vida, concentran toda su existencia en el momento actual. Así, aunque hayan esperimentado carestías, nunca tratan de precaverlas, y sea cual fuere la abundancia en que se hallen, nunca se acuestan que no hayan consumido cuanto pueden devorar (1). Si tienen que dejar algo, se levantan de noche para comérselo, como no hayan dejado sus alimentos junto á la cama, pues entonces comen acostados (2). Cuando su estómago, no pudiendo conte-

(1) Hearne, cap. II, páj. 22. — Lahontan, t. II, páj. 145. — Volney, t. II, páj. 446 y 447.

(2) Hennepin, páj. 14 y 15.

ner mas alimentos, arroja una porcion de ellos, siguen todavía bebiendo y comiendo (1); los que tienen aficion á los licores fuertes y pueden proporcionárselos, abusan de ellos como de los alimentos; y de ahí los desórdenes de que ya he hablado (2).

La misma causa que les determina á consumir tantos alimentos como tienen, les ataja la molestia de proporcionarse otros, cuando no se ven acosados por el hambre. Si despues de haber cojido cierta cantidad de pescado, han tendido de nuevo sus redes, no van á examinarlas hasta que han consumido todos sus abastos, dejando podrir el pescado del cual hubieran podido utilizarse (3). En sus escursiones, destruyen sin provecho todo lo que encuentran al paso, y que pudiera ser útil á otros; si ven

(1) Charlevoix, *N.-F.*, t. III, lib. XIII, páj. 16 y 17.

(2) Montesquieu, que atribuye los celos á los climas cálidos, ha hecho á los frios el obsequio de la embriaguez. Esta última pasion es una consecuencia de la barbarie ó de la falta de desarrollo intelectual, y no de la frialdad del clima; así es que existe en todas las naciones de escasa intelijencia. Los indíjenas de la Florida, de la Guayana y de algunas otras partes de la América meridional, son poco menos dados á la embriaguez que los indíjenas del Canadá. Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. III, lib. XIII, páj. 16 y 17.—Dampier, t. I, cap. I, páj. 14.—Ulloa, t. II, disc. XVII, páj 15, 16, 17, 45 y 46. — Dauxion-Lavaysse, t. I, cap. VI, páj. 338 y 339.

Existen por otra parte en los puntos mas elevados de la América septentrional algunas tribus poco aficionadas á los licores fuertes. Hearne, cap, IX, páj. 288. —Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 292. — La embriaguez es muy comun en Persia, no obstante la relijion y el influjo del clima, segun puede verse en Chardino. Sin embargo fuerza es confesar que los pueblos de los climas frios son mas propensos á esta pasion que los de los climas cálidos, pero mas bien á causa de su barbarie, que á causa del frio.

(3) Hearne, cap. II, páj 24.

un nido de aves, por pequeño que sea, rompen los huevos, ó ahogan á los hijuelos, sin saber si volverán á pasar por el mismo punto, ni si al dia siguiente se hallarán faltos de alimento (1). Esta poca prevision basta para esplicar cómo, con una índole egoista y dura, pueden sin embargo mostrarse liberales y ejercer la hospitalidad cuando se hallan en la abundancia (2).

Cuando el hambre les acosa, ó les ajita una pasion violenta, son activos y enérjicos; pero cuando están saciados, y no les aguija el anhelo de venganza, abandónanse á la pereza, no queriendo tomarse un trabajo cuyos frutos no tienen la certeza de recojer. Los que habitan los climas mas rigurosos son tan impróvidos y perezosos como los que viven bajo la zona tórrida (3). Los Chipiuyanes, cuyo pais está cubierto de nieve los nueve meses del año, prefieren el sueño á toda especie de juegos y ejercicios (4). Los habitantes del Alto Canadá tienen igual inclinacion á la pereza; los afanes que mas repugnancia les inspiran, son los que suponen mayor prevision y seguridad, como la labranza; á sus ojos, semejantes tareas son indignas de un guerrero (5). Los pueblos situados mas hácia el noroeste, y los que habitan la California, miran con igual aversion el trabajo. Los primeros, permaneciendo ociosos la mayor parte del dia, no satisfacen el instinto de actividad que parece inherente á la naturaleza del hombre, sino pasando casi todo el tiempo en el juego (6). Los segundos pasan dias enteros de bruces,

(1) Hearne, cap. IV y V, páj. 72, 73 y 111.

(2) Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 118.

(3) Hearne, cap. II, páj. 24.

(4) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj 291 y 300.

(5) J. Long, cap. VII, páj. 101. — Weld, t. III, cap. XXV, páj. 140.—Raynal, t. VIII, l. XV, p. 18.

(6) La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 216 y 217.

tendidos sobre la arena, calentada por la reverberacion de los rayos solares (1).

Unos hombres que aborrecen toda ocupacion no rigurosamente necesaria para vivir, no pueden cuidar mucho de la limpieza. Así es que no pueden darse pueblos mas asquerosos que los habitantes de las rejiones mas frias de América, en sus vestidos, en sus alimentos y en sus cabañas. Cúbrense en jeneral de pieles toscamente curtidas, ó de telas ordinarias que han adquirido en sus trueques; sea cual fuere la naturaleza de sus vestidos, nunca los lavan, quitándoselos tan solo cuando se caen á pedazos de puro podridos. Habituados á pintarse con diversos colores, á pringarse el cabello, el rostro, y á veces todas las partes del cuerpo con grasa ó aceite de pescado, y no permitiéndoles el rigor del clima la inmersion en el agua, ofrecen un esterior tan sucio y asqueroso, y exhalan un hedor tan repugnante, que no cabe acercárseles sin padecer náuseas (2). Las criaturas, envueltas en el musgo, están tan mal cuidadas en órden á la limpieza, que durante toda su vida llevan en el cuerpo las cicatrices de las escoriaciones causadas por la inmundicia (3).

Ponen tan poco cuidado en la preparacion de sus alimentos como en sus vestidos; comen, segun hemos visto, los alimentos mas asquerosos, como la inmundicia que les cubre ú los insectos que se pegan á la piel de los animales, y los cueros con que fabrican su calzado ó sus vestidos. Nunca limpian las vasijas en que preparan sus alimentos, y sea cual fuere la porquería que en ellas se encuentre, no les inspira la menor repugnancia. Un hombre que se creeria deshonrado si bebiese en la copa de su mujer, come sin dificultad en el plato mas sucio que sirve para la comida de su perro (1).

(1) De Humboldt, *Nueva España*, t. II, lib. III, cap. VIII, páj. 419.

(2) Weld, t. II, cap. XXX, páj. 247. — Lewis y Clarke, cap. III, páj. 59. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV y V, páj. 46, 170 y 172. — Ulloa, t. II, disc. XVII, páj. 15.

(3) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV, páj. 88, — J. Dixon, t. II, páj. 12 y 13.

En lo interior de sus cabañas es sobre todo donde se manifiesta la mas asquerosa y repugnante inmundicia; las entrañas de los pescados se mezclan con los huesos y desperdicios de las comidas y con otra basura, quitándola solo cuando llega á ser tanta que les estorba el paso. Si tienen alguna urjencia que satisfacer, nunca se hacen dos pasos mas allá, ni buscan la sombra ó el misterio; por último, sus viviendas están tan desaseadas é hieden de modo, que no cabe cotejarlas con la madriguera de ningun animal conocido (2).

En medio de la ociosidad, hállanse estos pueblos ajitados por una violenta pasion á los juegos de azar: entréganse á ellos con un frenesí de que no hay ejemplar en los pueblos civilizados. Juegan á veces dias y noches seguidas, sin que puedan arrancarles de su partida el temor de perder sus últimos recursos, ni las instancias de sus mujeres; y cuando han perdido todo cuanto poseen, brindan á menudo con sus personas. Esta pasion del juego es entre ellos una de las principales causas de sus contiendas y violencias: cuando juegan, son ruidosos, rapaces, iracundos y casi frenéticos (3).

(1) La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 221. — Hennepin, páj. 53, 54 y 55.

(2) Weld, t. III, cap. XXXV, páj. 143 y 144. — La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 221. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV y V, páj. 94 y 144. — Cook, *Tercer Viaje*, t V, lib. IV, cap. III, páj. 132 y 133.

(3) Mackenzie, *Segundo Viaje*, t. II, cap. II, páj. 205. — Charlevoix, N.-F., t. III, páj. 261 y 318. — Raynal, t. VIII, lib. XV,

En los pueblos civilizados, la vida de cada individuo es por lo jeneral uniforme y regular; gózase constantemente de la misma seguridad; cada dia se consume á corta diferencia igual cantidad de alimentos; ejecútanse los mismos ejercicios ó las idénticas tareas, y variando los vestidos, ó por otros medios, se guarda uno de los rigores del frio, así como de los del calor. Esta uniformidad, tan favorable á los medros y conservacion de las fuerzas humanas, no existe absolutamente para los indíjenas no civilizados de América, ni para ningun otro pueblo bárbaro. En tales pueblos, todos los individuos de que se compone cada ranchería, pasan repentinamente de un estremo á otro; de la carestía ó del hambre á la abundancia y la indijestion, de un esceso de fatiga á un ocio absoluto, de un estremo de calor á otro de frio, de una exaltacion escesiva á un completo abatimiento. Estas alternativas, agregadas á los malos alimentos de que se nutren, al ambiente infecto que respiran en sus cabañas, á la humedad en que viven en las estaciones de las lluvias, á los escesos á que se entregan las mujeres desde su niñez, y á las continuas alarmas que les inspiran sus enemigos, alteran su constitucion, y son oríjen de muchísimas enfermedades.

Las criaturas se hallan espuestas á una infinidad de dolencias desconocidas entre los pueblos civilizados; el réjimen á que están sujetas hasta que pueden andar, y el estiércol en que están encenagadas, les causan dolores escesivos, siendo para ellas un tormento que sufren hasta los tres ó cuatro años. Su debilidad, su estenuacion y las hernias son claros indicios de sus padecimientos; solo los

páj. 49. — J. Dixon, t. II, páj. 25. — La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 216, 217 y 235. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. V, páj. 177. — Robertson's *History of America*, lib. IV, vol. II, páj. 213 y 214.

que nacen muy vigorosos pueden resistirlos (1).

En las tribus que habitan en los climas mas rigurosos, la mayor parte de los hombres, mujeres y niños, están cubiertos de sarna, herpes y pústulas, ó adolecen de afecciones escorbúticas, que llegan al mas alto grado de intensidad (2). Muchos tienen el estómago viciado por largas abstinencias ó frecuentes indijestiones (3). El tránsito repentino de una temperatura á otra les hace contraer enfermedades de pecho casi siempre mortales, ó reumatismos que les vuelven tullidos (4); la brillantez de la nieve,

(1) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. II, cap. IV, páj. 88 y 89. — La Perouse, t. IV, páj. 74 y 75. — J. Dixon, t. II, páj. 12 y 13. — Raynal, que olvida á menudo los hechos que acaba de relatar, cuando se trata de hacer el elojio *de los hombres de la naturaleza*, dice, hablando de las criaturas: «Como no les enseñan sino *lo que deben saber*, son las criaturas mas felices de la tierra.» Tomo VIII, lib. XV, páj. 43. En otra parte dice que les enseñan á beber la sangre de sus enemigos, y á devorar su carne palpitante, lo cual sin duda vale mas que enseñarles á leer; pero olvida todas las calamidades inseparables de la vida montaraz: no parece sino que es una desgracia el ir á la escuela, y que el hambre, el frio, la inmundicia, las enfermedades y el abandono no suponen nada; y que nada es tampoco el ser enterrado vivo, porque, segun él, tal es la suerte de toda criatura que pierde á sus padres, y que no se halla bastante robusta para dedicarse á la caza. Tomo IV, lib. VII, páj. 9 y 10. — Traza el cuadro de todos los vicios que manchan la vida del salvaje, y despues dice que en las selvas no hay padres malvados, sino que todos están en las ciudades. Solo falta decir otro tanto de los maridos, tras haber descrito el estado de las mujeres.

(2) Hearne, cap. IX, páj. 312 y 313. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, páj. 168. — Raynal, t. VIII, lib. XVII, páj. 361 y 362. — La Perouse, t. IV, páj. 55, 66 y 73.

(3) Hearne, cap. IV, páj. 66.

(4) Ellis, páj. 241 y 242. — Lahontan, t. II, páj. 144 y 154. — Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 236. — La Perouse, t. IV, páj. 63. — Lewis y Clarke, cap. XX, páj. 345. — Volney.

el humo que les circunda en sus cabañas, y otras varias causas les echan á perder la vista, siendo entre ellos muy frecuentes las oftalmías (1). Están sujetos á la mayor parte de las enfermedades que se observan en los pueblos cultos; pero como los enfermos no son cuidados, no guardan réjimen, ni emplean ningun remedio, son poquísimos los que sanan (2).

Las enfermedades epidémicas causan los mayores estragos en estos pueblos: no sabiendo precaverlas ni tratarlas, es muy raro que no las contraigan todos, y que no acaben con la mayor parte de la poblacion. Algunas veces desaparecen tribus enteras, no quedando mas rastros de su existencia que los huesos esparcidos por el sitio que ocupaban sus villorrios (3). El cuadro que trazó Mackenzie de una tribu acometida por las viruelas, puede dar una idea de los males que esperimentan aquellos pueblos cuando son víctimas de una epidemia.

« Las viruelas, dice, estendieron sus estragos entre ellos con la misma rapidez con que consume la llama la yerba seca de los campos. No podian evitar sus ataques, ni resistir los crueles efectos de su ponzoña; así es que perecieron familias y tribus enteras. ¡Qué horrible espectáculo para los que se hallaban entonces en el pais! No se veian por donde quiera sino miserables espirando al lado de los cadáveres de sus padres y amigos, y hombres de-

(1) Raynal, t. VIII, lib. XVII, cap. XX, páj. 362. — Lewis y Clarke, cap. XX. páj. 341. — La Perouse, t. IV, páj. 64 y 65.

(2) La Perouse, t. IV, páj. 63 y 64. — Charlevoix, *N.-F.*, t. I, lib. VI. páj. 579. — Lahontan, t. II, páj. 154. — Hearne, cap. IX, p. 312.

(3) Charlevoix, *Nouvelle France*, t. I, lib. V, páj 296; t, II, lib. IX, páj. 221 y 222; y t. III, lib. XVIII, páj. 394, 413 y 414. — Weld, t. III, cap, XXXIV, páj. 63.

sesperados que, por no ser víctimas del contajio, tomaban el horroroso partido de suicidarse.

« El mal hábito que tienen aquellos pueblos impróvidos de no pensar jamás en las urjencias del dia siguiente, acreció de mucho los estragos que causaban las viruelas. Estaban desprovistos, no solo de remedios contra el mal, sino tambien de todos los demás auxilios; no pudiendo oponer á la carestía mas que el furor y la vana desesperacion. Para completar este cuadro horroroso, añadiré que una parte de los cadáveres eran arrastrados fuera de las cabañas por los lobos, á quienes al parecer embravecia aun mas esta presa, al paso que los restantes eran devorados en las mismas cabañas por los perros hambrientos.

« Veíase á menudo al padre de una familia, respetada aun por el contajio, llamar á sus hijos en torno suyo para hacerles contemplar á sus padres ó amigos, cuyo espantoso estado achacaba á algun espíritu maligno que queria esterminar su raza. Exhortábales entonces á hacer frente á los horrores de la muerte, y á emplear el socorro del puñal para terminar su propia existencia. Si no tenian valor para seguir tan triste consejo, degollábalos él mismo, creyendo darles la última prueba de afecto; y dirijiendo en seguida el puñal contra su pecho, apresurábase á quitarse la vida para ir á reunirse con ellos en la morada donde se desconocen los quebrantos que aflijen á la humanidad (1). »

Los padecimientos inseparables del estado de barbarie en que viven estos pueblos, les infunden cierta gravedad. Muchos no conocen el canto ni el baile; los que poseen cierto jénero de música, no conocen mas que un canto lúgubre y melancólico. Entran en una cabaña, sin mirar

(1) Mackenzie, *Primer Viaje*, t. I, páj. 33 — 36.

ni saludar á nadie; agáchanse en el primer sitio que se les presenta; encienden su pipa y fuman sin despegar los labios; si les preguntan, su respuesta es lacónica y casi monosilábica (1). Las preguntas que se hacen, cuando se encuentran despues de algunos dias de ausencia, tienen por objeto saber las desgracias que les han sucedido, los parientes ó amigos que han perdido, y las estrecheces ó carestías que han esperimentado (2). La muerte es de suyo un accidente tan poco temible, que la consideran á menudo como un acontecimiento feliz, no viendo en ella mas que el término de sus miserias; así no es de estrañar que con tanta frecuencia se la den ellos mismos (3).

Los tormentos que imponen á sus prisioneros no reconocen otra causa que la opinion en que están de que la muerte que no va acompañada de dolores, antes es un bien que un quebranto. «Cuando los Europeos, dice Lahontan, echan en rostro á estos salvajes su ferocidad, responden muy serenos que la vida es nada; que uno no se venga de sus enemigos degollándolos, sino haciéndoles padecer tormentos dilatados, ásperos y agudos; y que si en las guerras no hubiese que temer sino la muerte, las mujeres las harian tan libremente como los hombres (4).» El sufrimiento es para ellos tan habitual, y tan familiarizada está su fantasía con los dolores mas atroces, que sin quejarse, y hasta animando al verdugo, toleran

(1) Charlevoix, *N.-F.*, t. I, lib. IV, páj. 230. — Lahontan. t. II, páj. 102. — Hennepin, páj. 14 y 51. — Azara, t. II, cap. X, páj. 14 y 60. — De Humboldt, *Ensayo Político*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 414.

(2) Hearne, cap. IX, páj. 308 y 309.

(3) Lahontan, t. II, páj. 96, 97 y 151. — Volney, *Tableau du climat et du sol des Etats-Unis*. t. II, páj. 452.

(4) Lahontan, t. II, páj. 175.

los tormentos mas prolongados y atroces que aciertan á inventar sus enemigos (1).

En los ásperos climas del Canadá, los salvajes se ven perseguidos, en las temporadas de carestía, por la imájen de las calamidades, hasta en sus sueños. «Sueñan, dice Raynal, que están cercados de enemigos; ven nadar en sangre á su poblacion sorprendida; reciben ultrajes y heridas; róbanles sus mujeres, sus hijos, sus amigos. Al despertarse, consideran aquellas visiones como un aviso de los dioses, y el temor que en su alma infunde semejante opinion, aumenta su fiereza, con la melancolía que baña todas sus ideas, y sus adustas miradas (2).»

Sin embargo, por miserable que sea el estado de estos pueblos, y por profundo que sea su atraso en la escala de la civilizacion, es su orgullo feroz é indómito. Júzganse de una raza suprema, y se figuran honrar mucho á un Europeo, si le tratan de igual á igual. Los Iroqueses, dice Hennepin, se llaman *hombres por escelencia*, cual si respecto de ellos todas las demás naciones no fuesen mas que irracionales. Los Cherokeses están tan infatuados con la idea de su superioridad, que á los Europeos les llaman *Nadas*, ó raza maldita, titulándose ellos mismos el pueblo *querido* (3). Los Esquimales, lo mismo que los Iroqueses, se consideran al parecer casi esclusivamente

(1) Charlevoix, *Nouvelle France*, t. I, lib. IV y VI, *passim*. — Hennepin, J. Long, etc.

(2) Tomo VIII, lib. XV, páj. 52 y 53.

(3) Hennepin, páj. 62. — Charlevoix, *Nouvelle - France*, t. I, lib. III, páj. 199; y t. II, lib. VII, páj. 73 y 74. — Lahontan, t. II, páj. 98. — Weld, t. III, cap. XXXIII y XXXV, páj. 14 y 81. — Robertson's *History of America*, vol. II, lib. IV, páj. 237. — Estos salvajes, sin orillar su orgullo, han reconocido por fin la superioridad de los blancos. J. Long, cap. VIII, páj, 133.

como hombres, designando á los Europeos con la despreciativa calificacion de *bárbaros* (1).

El orgullo, la venganza, la perfidia, y el temor que recíprocamente se inspiran, les dan una calidad que difícilmente creeria poderse encontrar entre semejantes pueblos: tal es la política. Nunca contradicen á la persona que les habla; por absurda que les parezca su opinion, siempre responden, *es cierto, tienes razon, hermano mio*; pero exijen de los demás las mismas deferencias que les guardan. Segun Volney, son tan reservados y ladinos como los miembros de un cuerpo diplomático. Una falta de atencion, una infraccion de la etiqueta, pudiera tener entre ellos consecuencias no menos terribles que entre los pueblos mas arrimados á lo que se llama pundonor (2).

Las numerosas tribus diseminadas por el dilatado continente de América, ofrecen entre sí tal semejanza, que á primera vista pertenecen al parecer casi todas á la misma familia. Y esta semejanza existe, no solo en el color y en la mayor parte de los rasgos de su carácter físico, sino tambien en sus costumbres; por todas partes se encuentran casi las mismas calidades y los idénticos vicios. Las principales diferencias morales que se echan de ver entre ellos, no se encuentran en la naturaleza de sus pasiones, sino en su mayor ó menor intensidad. Fuera de esto, iguales diferencias se observan entre la ranchería mas bárbara y la nacion mas civilizada; por una y otra parte se ve orgullo, falsía, venganza, pereza, imprevision, amor al juego; por una y otra parte se encuentra amis-

(1) De Paw, *Investigaciones filosóficas sobre los Americanos*, t. I, tercera parte, páj. 354 y 355

(2) Hennepin, páj. 38 y 39. —Lahontan, t. II, páj. 93 y 131. —Volney, t. II, páj. 463. —Weld, t. III, páj. 115 y 116. — Raynal, t. VIII, lib. XV, páj. 29.

tad, valor, patriotismo y afecto á los hijos (1); mas estas pasiones no ofrecen igual pujanza en ambas partes: en el estado de barbarie, las pasiones maléficas ó antisociales son las mas enérjicas, y afectan al mayor número de in-

(1) Los admiradores del *estado de naturaleza* rara vez hablan de moral sin declamar acerca de los *vicios de los pueblos civilizados*. Vicios hay sin duda en las naciones civilizadas; pero no son fruto de la civilizacion, sino desgraciados restos del estado de barbarie. El impulso de la venganza y el de la compasion pueden hallarse en todos los pueblos del mundo; pero merece observarse la marcha que han seguido estas dos pasiones desde los tiempos mas bárbaros hasta nuestros dias: basta cotejar la suerte de los prisioneros de guerra en las principales épocas. «Cuando están cerca de sus villorrios, dice Hennepin hablando de los guerreros salvajes de América, dan grandes voces, con las cuales conocen sus compatricios, que son sus guerreros que vuelven con esclavos. Al mismo tiempo los hombres y las mujeres se visten sus mejores adornos, y salen á recibirles á la entrada de la poblacion, donde se colocan en fila y abren calle, haciendo pasar por en medio á los esclavos. Estos infelices hallan áspero recibimiento, pues los salvajes se les echan encima cual perros rabiosos, empezando desde entonces á atormentarles, mientras pasan los guerreros orgullosos de su triunfo. Los unos dan de patadas á aquellos pobres esclavos, otros les azotan, muchos les dan cuchilladas, y algunos les arancan las orejas, la nariz ó los labios, de modo que la mayor parte mueren y caen en el mismo acto de la pomposa entrada. A los mas vigorosos les espera un suplicio mas atroz todavía.» *Costumbres de los salvajes de la Luisiana*, páj. 64 y 65.

Entre los Romanos, cuyas costumbres eran un poco menos bárbaras que las de los Iroqueses, los prisioneros de guerra seguian el carro del vencedor al través de una insultante muchedumbre; pero no se les atormentaba ni se les daba la muerte. Ceñianse á matar á los caudillos bajo el hacha del verdugo ó en los calabozos: los demás eran vendidos como esclavos.

Entre los modernos, los prisioneros de guerra son tratados de muy distinto modo. En 1814, despues de una guerra de mas de treinta años, hemos visto pasar por Paris una infinidad de prisioneros en el

dividuos ; y en el estado de civilizacion, al contrario, estas pasiones son las menos intensas, y afectan á menor número de personas, al paso que dominan *los* afectos sociales.

estado mas infeliz, y en el trance de ir á ser tomada aquella ciudad: el pueblo, lejos de insultarles, les daba pan.

Si historiásemos las demás pasiones viciosas, como la perfidia, la pereza, la destemplanza ó el juego, veriamos que se han suavizado tanto á lo menos como la venganza.

CAPITULO XXI.

Relaciones observadas entre el estado social de los pueblos de raza cobriza situados entre los trópicos, y medios por los cuales atienden á su existencia.—Paralelo entre estos pueblos y los de la misma especie situados en los climas frios del norte.

Ya hemos visto cómo los medios por los cuales atienden á su subsistencia los pueblos cobrizos del norte de América, influyen en sus relaciones sociales y en sus costumbres privadas; habiéndose podido observar que cuanto menos afianzados están sus medios de existencia, mas pujantes son las pasiones antisociales. Trátase de esponer ahora el estado y las costumbres de los pueblos de la misma especie, situados en el centro de este continente, y de ver cuáles son los puntos de semejanza ó desemejanza que han mediado entre ellos.

Las naciones cobrizas situadas al centro del continente americano, entre los trópicos, sacaban de la labranza sus principales arbitrios de existencia, mucho tiempo antes de que las hubiesen avasallado los Europeos. Era raro encontrar entre ellas algunas tribus que viviesen princi-

palmente de los productos de la caza; no solo era cultivada la tierra, sino que cada uno disfrutaba la propiedad esclusiva del suelo que labraba y de los productos que recojia. Hasta en el Paraguay, donde los jesuitas españoles han introducido la comunidad de bienes, cada cual lograba la propiedad esclusiva del terreno que habia desmontado; el cultivo comun, que ha hecho descender los habitantes de aquel pais al nivel de algunas tribus del norte, ha sido siempre para ellos la parte mas intolerable de la administracion de sus conquistadores (1).

Pero al mismo tiempo que hallamos pueblos que viven de los productos de su labranza, vemos que en cada estado está la poblacion dividida en dos castas: una que cultiva el suelo, y vive en la opresion; y otra que se aprovecha de lo que la primera hace producir á la tierra. Aquí encontramos un réjimen social poco diferente del que verémos en la mayor parte de las islas del Grande Océano, en el centro de Africa, del que por largo tiempo prevaleció en los mas de los estados europeos.

Entre los Nachez, tribu en otro tiempo poderosísima, que vivia en las orillas del Misisipi, y hoy estinguida, dividíase la poblacion en dos clases. La primera disfrutaba de prerogativas hereditarias; la segunda era reputada vil, y destinada tan solo para la esclavitud. Esta distincion quedaba señalada con denominaciones que designaban la alta jerarquía de los unos, y la profunda degradacion de los otros: aquellos eran conocidos bajo el nombre de *respetables*, y estos designaban á aquellos con la denominacion de *hediondos*. El caudillo, que ejercia un poder hereditario, se consideraba de oríjen divino, siendo el hermano del sol, al cual adoraban aquellos pueblos; sus órdenes lograban

(1) Robertson's, *History of America*, lib. IV, nota 55, t. II, páj. 395 y 396.

igual fuerza que si dimanaran de la divinidad (1).

En Méjico habia un órden muy semejante: la poblacion estaba dividida en dos grandes fracciones: la mas numerosa, que ejecutaba todas las tareas por cuyo medio existen los hombres, era esclava; la que vivia de los afanes de la primera, se llamaba *respetable*, y era noble. Los labriegos, designados bajo el nombre de *mayecos*, se hallaban en un estado parecido al de los labradores europeos en tiempo del réjimen feudal; eran considerados como instrumentos de cultivo, y no podian abandonar el terruño á que estaban clavados sin el permiso de su amo, pasando de un propietario á otro, con el suelo del cual venian á ser un accesorio. No solo estaban encargados del cultivo de la tierra, sino que tambien debian ejecutar otros trabajos reputados viles; muchos se veian reducidos al estado de servidumbre casera, y, á la manera de los esclavos de los Romanos, eran inventariados entre los muebles. Sus amos podian disponer de ellos del modo mas absoluto, y aun matarles, sin incurrir en la menor pena (2).

La clase de los amos estaba tambien dividida en diversas fracciones. Un corto número de ellos poseian dilatados territorios, divididos en muchas clases, á cada una de las cuales iban anejos diversos títulos honoríficos: algunos trasmitian estos títulos á sus descendientes, con las tierras de que formaban parte. Otros no tenian tierras, sino en razon de las funciones que desempeñaban; dichas tierras constituian su salario, y dejaban de pertenecerles, cuando quedaban exonerados de sus funciones. Por último, habia muchos que, sin desempeñar funcion alguna, ni ser esclavos, poseian tierras cuya propiedad les era es-

(1) Robertson's, *History of America*, vol. II, lib. IV, páj. 130.

(2) Robertson's *History of America*, vol. II, lib. IV, páj. 287 y 288.

clusiva y trasmitian á sus hijos. En cada distrito tenian reservada cierta estension de terreno cultivado en comun por la clase ínfima del pueblo, y que servia para su subsistencia. Habia un caudillo único, superior á toda la poblacion, y elejido por los principales miembros del estado. Contábanse treinta grandes de primera clase, teniendo cada uno de ellos unos tres mil nobles inferiores que le estaban subordinados. El número total de las personas que tenia en su territorio cada uno de los caudillos principales ascendia á unas cien mil (1).

En el Perú, la poblacion estaba dividida en varias clases. La primera se componia de los que rejentaban todos los empleos, tanto en la paz como en la guerra, y eran los nobles. La segunda constaba de hombres no empleados, pero que tampoco eran esclavos. La tercera estaba formada de individuos que desempeñaban las tareas reputadas mas viles en la sociedad. Llevaban fardos, ó se entregaban á otras ocupaciones propias de los esclavos en los paises donde está establecida la servidumbre. La poblacion se hallaba sometida á un caudillo único, cuya persona era sagrada: mirábasele como mensajero de los dioses, como *hijo del sol*; y para conservar la pureza de esta raza divina, casábanse hermanos con hermanas (2).

Las tierras no estaban en manos de los magnates como en Méjico. Parte de ellas estaba consagrada al sol, y su producto destinado á la construccion y decoro de los templos, á la celebracion de las ceremonias relijiosas, y en tiempos de carestía, á la subsistencia del pueblo. Otra parte tocaba al Inca, y servia para pagar los gastos del gobierno. La tercera y de mayor cuantía estaba consagrada á la subsistencia del pueblo. El cultivo, en cada territorio, se hacia en comun, y sus productos se repartian luego segun las necesidades de cada cual (1).

(1) Robertson, vol. III, lib. VII, páj. 283.
(2) *Ibid.*, vol, II, lib. VII, páj. 339.

No podemos saber de una manera positiva cómo se formaron en el centro de América las diversas clases que allí encontraron los soldados españoles; mas atendiendo á las tradiciones que existian aun en la época de la invasion, á la forma de division establecida en el pueblo, y á las ideas que le dominaban, no es arduo ver que allí tambien un pueblo labrador, industrioso y pacífico habia sido avasallado y repartido por un ejército conquistador. Los magnates ó nobles mejicanos estaban convencidos de que no eran oriundos del pais; y sabian que hácia el siglo X de nuestra era, los moradores solariegos habian sido vencidos por otras tribus, y que hácia el siglo XIII, ó sea, dos siglos antes del descubrimiento de América, Méjico habia sido conquistado por una tribu poderosa, procedente de las orillas del golfo de California. Parece pues que en una época no muy remota, se habia apoderado del pais una confederacion parecida á las de las naciones iroquesas; que el jeneral habia conservado el poder que le daba su posicion; que los treinta magnates eran los caudillos de las rancherías que habian elejido á su jeneral; que los tres mil nobles eran los soldados de cada ranchería, y que los labradores eran la poblacion avasallada.

No podemos determinar las costumbres de estos pueblos á la llegada de los Españoles, con la misma precision con que hemos determinado las de las tribus que habitan el norte. Habia ya dos siglos que estaban avasallados y en gran parte destruidos, cuando empezaron los filósofos á observar sus costumbres. No podemos saber pues mas que

(1) Robertson, *ibid.*, páj. 338.

un corto número de hechos que les sean relativos; pero lo poco que nos dicen los primeros escritores españoles basta para que juzguemos de los hechos que no supieron observar.

Ya hemos visto cuán estenso es el influjo de los medios de subsistencia en las costumbres de los indíjenas del norte de América; cuánto encrudece el estado de cazador la índole de los hombres que lo profesan, y cuán miserable es la suerte de las mujeres, de los niños, de los ancianos y de los enfermos, que tienen que seguir á los cazadores por las selvas y en medio de las nieves, ó quedarse espuestos al hambre y á los ataques de sus enemigos. Ninguno de estos quebrantos ni de los vicios que son su consecuencia, podian alcanzar á los pueblos del centro de América, por cuanto todos eran labradores. Los mas adelantados en la labranza eran en jeneral los que estaban mas cercanos al ecuador; los Nachez casi nada sacaban de la caza, y los habitantes de Bogota habian orillado completamente este ejercicio (1).

En el Perú, la labranza y las artes de primera necesidad estaban mas adelantadas que en otra parte alguna de América. La estension de tierra que se cultivaba era proporcionada á las urjencias de los habitantes. Hasta se habian previsto en cuanto cabia los efectos de una mala cosecha. Los productos reservados para los gastos del culto ú para la conservacion del gobierno, se repartian al pueblo en las temporadas de escasez. No solo se cultivaban todos los terrenos fértiles de suyo, sino que por medio de acueductos y riegos artificiales, habíanse trasformado páramos estériles en florecientes campos. Los Españoles, cuando la conquista, encontraron el pais tan bien abastecido,

(1) Robertson, vol. II, lib, IV, páj. 145.

que sus relatos rara vez hablan de aquellas tristes escenas de estrechez ocasionadas por el hambre, tan frecuentes en la historia de los conquistadores de Méjico (1).

Las relaciones de subordinacion que hemos observado en las tribus del norte, entre los caudillos y los demás miembros de la tribu, no están señaladas sino en los casos en que es necesario el concurso de todos para conseguir un resultado que les interesa por igual. En las demás circunstancias, no hay mas superioridad que la de la fuerza; cada individuo está en cierto modo bajo el imperio de cualquiera otro mas poderoso que él (2). En los pueblos situados entre los trópicos, una parte de la poblacion estaba sujeta tambien al imperio de la fuerza; este imperio se manifestaba por las calificaciones dadas á los unos y á los otros, por las diferencias de sus viviendas, de sus vestidos y de sus tareas; pero no todos estaban sujetos al mismo réjimen, y hay que considerarlos separadamente.

Si, como parece indudable, los pueblos labradores de los trópicos han sido conquistados por sus vecinos menos civilizados, es muy cierto además que estos conservaron, despues de la conquista, el menosprecio con que todos los conquistadores miran el trabajo y con especial la labranza. Tambien es indudable que consideraron la industria como indicio de esclavitud, y la ociosidad como patrimonio de la nobleza; la guerra y el saqueo de los vencidos habrán sido á sus ojos las únicas ocupaciones dignas de su atencion. Media sin embargo una diferencia notable entre las tribus de la parte mas elevada de la América septentrional, y las que han invadido á Méjico y las re-

(1) Robertson, vol. III, lib. VII, páj. 341.

(2) Una mujer, por ejemplo, está obligada á llevar el peso que su marido gusta cargarle; pero oblígasela á menudo á llevar además el hato del individuo mas prepotente que su marido.

jiones mas inmediatas. Cuando las primeras sorprenden á una ranchería contraria, sacrifican á todos sus enemigos, no teniendo interés en conservarlos, porque no sabrian que hacer de ellos. Los segundos no han esterminado al pueblo conquistado, sino que se han repartido los productos de sus afanes. Las partes han sido sin disputa muy desiguales; pero la de los vencidos ha sido no obstante mayor, y sobre todo mas segura que la que toca á los hombres mas robustos que viven de la caza ó de la pesca. La parte mas miserable de la poblacion de los trópicos estaba condenada á menos fatigas, á menos privaciones, y aun á menos violencias que los pueblos bárbaros del norte. Los siervos de algunos pueblos labradores estaban menos degradados, menos agobiados de trabajo, y tenian menos que sufrir que las mujeres, los ancianos y las criaturas entre los pueblos cazadores. Por lo que toca á la clase de los dominadores, es claro que su suerte era preferible de mucho á la de los individuos menos miserables que se encuentran entre las rancherías de cazadores.

Digno tambien es de notar que cuanto mas se acerca uno al ecuador, mas se suavizan las relaciones entre las diversas clases de la poblacion. Entre los Nachez y los Mejicanos, los afanes de la labranza, y los hombres que á ella se dedicaban, eran aun viles á los ojos de los conquistadores. No así en el Perú; aquí la clase gobernante, lejos de considerar como degradantes los trabajos de la agricultura, trataba al contrario de hacerlos honoríficos. Los caudillos del estado, por mas que se atribuyesen un oríjen divino, daban ellos mismos el ejemplo del trabajo: cultivaban el campo con sus propias manos, y este era el símbolo de su triunfo sobre la tierra (1). Lejos de arrebatar á la poblacion laboriosa los medios de subsistencia, distribuíanle, en las épocas de carestía, una parte de los productos agrícolas destinados al mantenimiento del culto y del gobierno. La autoridad de los jefes era ejercida de una manera tan suave, que no se conocian las rebeliones: sobre una sucesion de doce príncipes, no se contaba ningun tirano, ejemplo tan raro en la historia, que apenas se hace creible (1).

Si la conquista de estas rejiones por los Incas y los Caciques habia sido efecto de la fuerza, este triunfo no habia sido á lo menos permanente, ni se habia jeneralizado. Cuando la conquista por los Españoles, la propiedad territorial estaba fijada casi en todas las naciones situadas entre los trópicos. Habia entre los Mejicanos majistrados encargados de vijilar por el respeto á las propiedades, y la seguridad de las personas; y, segun los escritores españoles, las leyes eran tan sabias y la justicia tan bien administrada como entre los pueblos mas civilizados. En órden á la justicia y á otras varias partes del gobierno, los Mejicanos y Peruanos estaban mas adelantados que en aquel entonces los pueblos mas civilizados de Europa (2).

La fuerza no decidia pues entre ellos, cual entre los demás pueblos del mismo continente, de la suerte de las propiedades; el castigo de los delitos no estaba abando-

(1) Esta denominacion puede dar á entender ó que los Incas no pertenecian á una raza de conquistadores, ó que en la época de la conquista. estaban ya muy civilizados. Con efecto, los conquistadores y sus descendientes se glorian de los triunfos conseguidos sobre los hombres; jáctanse de haber destrozado ejércitos, incendiado ciudades y esclavizado naciones; pero solo los hombres civilizados, y aun diré, solo los sabios ó los filósofos se glorian de los triunfos alcanzados sobre las cosas en favor de la humanidad.

Los honores tributados á la labranza por los Incas del Perú son análogos á los que le tributa el emperador de la China.

(1) Robertson, vol. III, lib. VII, páj. 336, 341 y 342.

(2) Robertson, vol. III, lib. VII, páj. 295 y 323.

ñado tampoco á la venganza de las personas que se creian ofendidas. De ahí resultaban muchas consecuencias: el anhelo de venganza, tan poderoso entre los pueblos cazadores, tenia menos fuerza, por no ser necesario para la seguridad individual. Los odios eran menos intensos, menos jenerales y menos duraderos, porque la justicia hacia recaer el castigo sobre el culpado, y protejia á los individuos de su familia. Las venganzas no eran tan temibles, ni habia tanta falsedad ni perfidia en las relaciones privadas; los unos no tenian que disimular su resentimiento para vengarse con mas certeza é impunidad, ni los otros habian de encubrir sus sospechas ni temores para precaver ó desarmar la venganza.

La seguridad de las propiedades no ejercia menos influjo en las costumbres que la seguridad de las personas. En las épocas de abundancia, la masa de la poblacion no consumia mas de lo que necesitaba, pues podia conservar sus recursos para otro tiempo. Así estos pueblos habian contraido un hábito tal de templanza, que consideraron como una especie de prodijio la voracidad de los Españoles. No hubieran manifestado estrañeza alguna sobre el particular, si, á la manera de los cazadores del norte, hubiesen estado acostumbrados á consumir en una sola comida los víveres suficientes para seis. Como tenian menos que temer que se les arrebatase el fruto de sus sudores, eran menos inclinados á la ociosidad.

Con efecto, cuando se consideran las tareas que habian ya ejecutado estos pueblos en el siglo quince, sin el auxilio de instrumento alguno de hierro, ni de ninguno de nuestros animales domésticos; sus caminos, mas bellos que ninguno de los que existian en aquella época en las naciones europeas; sus acueductos y sus palacios, cuyos vestijios no han podido borrar los siglos; sus estableci-

mientos de postas, desconocidos entonces entre nosotros; sus conocimientos astronómicos; su division del tiempo, y los progresos de muchas artes; no cabe creer que tuviesen menos intelijencia y actividad que los pueblos de los climas frios, incapaces de moverse, á no acosarles el hambre, ó aguijonearles la venganza.

Los Españoles se estienden muy poco acerca de las relaciones de familia entre aquellos pueblos en tiempo de la conquista; no podemos dudar sin embargo de que el estado de las mujeres, de las criaturas y de los ancianos era superior de mucho al de las tribus del norte. Como la poblacion existia principalmente por medio de los afanes de la labranza, dedicábanse á ella así hombres como mujeres, cada cual á proporcion de sus fuerzas. Esta clase de ocupacion á que se entregaban las mujeres, lejos de ser para ellas una causa de menosprecio, debia serlo de estimacion, pues las anivelaba con los hombres, y en cierto modo con el príncipe que se honraba con su triunfo sobre la tierra. No tenian que seguir á los hombres al través de los bosques, en medio de las nieves, agobiadas con pesadísimos hatos, sin cesar espuestas al ultraje de sus maridos, á ser robadas por las rancherías contrarias, ó á perecer de miseria. Nada hay que pruebe, ni siquiera que dé lugar á presumir que fuesen, como entre los pueblos del norte, presa de los luchadores mas robustos, vendidas, permutadas, ó juzgadas como una mercancía.

Los niños y los ancianos tampoco estaban espuestos á los mismos riesgos: érales mas fácil acudir á sus necesidades; no tenian que seguir á los cazadores en pos de la caza, ó librarse con veloz carrera del furor de un enemigo implacable.

La diferencia de costumbres es sobre todo chocante en las relaciones de nacion á nacion. Los pueblos cazadores

de los climas frios, para quienes la vida es á menudo una carga, y la muerte una fortuna, se hallan habitualmente en estado de guerra. El objeto de cada ranchería es destruir á sus vecinas, no creyéndose desagraviada de un enemigo prisionero, si antes de matarle no le hace padecer los mas horribles tormentos. Entre las tribus no civilizadas menos apartadas de los trópicos, eran sacrificados los prisioneros; pero se les trataba menos cruelmente que en los pueblos situados mas hácia el norte, conservándose como esclavas las mujeres y las criaturas (1). Los Mejicanos condenaban tambien sus prisioneros á muerte; ofrecíanlos en sacrificio á los dioses, pero no les atormentaban. Finalmente, los Peruanos no imponian á sus enemigos vencidos, ni la muerte ni el tormento.

«Los Peruanos, hasta en sus guerras, dice Robertson, mostraban un espíritu diferente del de los demás Americanos. No combatian, como los salvajes, para destruir y esterminar, ó, como los Mejicanos, para ofrecer sacrificios humanos á divinidades tiznadas de sangre: hacian conquistas para civilizar á los vencidos y hermanarlos consigo, para comunicarles sus conocimientos, sus artes y sus instituciones. Los prisioneros no estaban espuestos á los tormentos, ni á los insultos que padecian en las demás partes del nuevo mundo. Los Incas amparaban á los pueblos á quienes habian vencido, y les admitian á gozar de las prerogativas de los demás súbditos (2).»

En la época de la conquista de América por los Europeos, muchísimas tribus del norte tenian la costumbre de comerse á los prisioneros. Esta costumbre, comun á casi todas las rancherías que habitan en las costas del

(1) Charlevoix, t. I, lib. I, páj. 42.

(2) Robertson, vol. III, lib. VII, páj. 337.

Noroeste, no habia cesado aun á fines del siglo último (1). Los magnates de Méjico, los cuales, á la llegada de los Españoles, se jactaban de ser conquistadores recien llegados del Noroeste, tampoco habian orillado las costumbres de sus antepasados: sacrificaban á sus prisioneros, y luego se los comian. Los Peruanos, situados debajo del ecuador, y mucho mas antiguos en el pais (2), no cometian tan horrible atentado, ofreciendo á sus divinidades animales, frutos de sus campos, y algunos productos de sus artes (3).

Es imposible juzgar por las costumbres actuales de los indíjenas de América, que viven entre los trópicos, de las que tenian cuando la llegada de los Europeos. La destruccion de sus gobiernos y relijiones; el esterminio de la parte mas ilustrada de su poblacion; el esclavizamiento de las demás partes á una raza de estranjeros que diferian de ellos en idioma, en costumbres, en creencias, y hasta en muchos de sus caracteres físicos, son otras tantas causas para que con dificultad podamos conocerlas. Sin

(1) Charlevoix, *Nouvelle-France*, t. II, lib. XI, páj. 354; y t. III, lib. XIII, páj. 49, 50 y 51.—Hennepin, páj. 39 y 40.—Cook, *Tercer Viaje*, t. V, lib. IV, cap. I, páj. 59.—La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 240 y 241.

(2) Robertson, vol. III, lib. VII, páj. 326.

(3) Robertson, vol. III, lib. VII, páj. 334.—Robertson atribuye la suavidad de las costumbres y del gobierno de los Peruanos á la blandura de su relijion (vol. III, lib. VII, páj. 336); y á la ferocidad de la relijion mejicana la aspereza de las costumbres y gobierno del pueblo de Méjico. Pero, ¿cuáles son las causas que habian dado lugar á una relijion apacible entre los primeros, y á una relijion atroz entre los segundos? Si Robertson hubiese profundizado esta cuestion, tal vez hubiera visto que las mismas causas que habian determinado la índole de las dos relijiones, determinaron tambien la de los respectivos gobiernos y costumbres.

embargo, aunque muchos de estos pueblos hayan evidentemente retrogradado, la mayor parte de ellos son todavía superiores de mucho á las tribus del norte, por lo que toca á los hábitos morales.

Las relaciones de los viajes hechos por las rejiones equinocciales nos dan repetidas pruebas del embrutecimiento en que ha sumerjido ó mantenido á los indíjenas la esclavitud; pero no se encuentran aquellos actos de venganza y crueldad tan frecuentes entre los pueblos del norte. Al contrario, los viajeros nos dicen que las naciones labradoras son todas mansas y apacibles, y que á lo mas se defienden, aun cuando se reconozcan muy superiores en fuerza y estatura. Si hacen prisioneros, les dejan gozar de su libertad, y les tratan como compatriotas. Los salvajes de la Guayana, situados casi debajo del ecuador, son tan animosos como los bravos mas intrépidos del Canadá; son mas veloces en la carrera; pero, segun dice un viajero hecho prisionero por ellos, son menos inhumanos, pues no se comen á los prisioneros (1). En las mismas naciones, las mujeres, aunque obligadas á ejecutar tareas penosas, están menos envilecidas y miserables que entre las tribus del norte; los hombres parten con ellas sus quehaceres (2).

La poligamia no está prohibida; pero como el divorcio es libre para ambos sexos en muchas naciones, una mujer puede abandonar á un marido polígamo, si lo juzga conveniente (3). Las mujeres no son propiedad del mas

(1) Azara, t. II, cap. X y XI, páj. 20 y 173.—De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. VI, lib. VI, cap. XVIII, páj. 218 y 219.—Hennepin, *Costumbres de los salvajes*, páj. 68 y 69.

(2) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. III, lib. III, cap. IX, páj. 297 y 298.

(3) Azara, t. II, cap. X, páj. 22 y 23.

fuerte: en algunas tribus, no se avienen á casarse sino despues de haberse convenido con el novio ú con sus padres (1). Los pueblos errantes del norte nunca transitan por un lugar sin destruir todo cuanto encuentran al paso; y los pueblos meridionales, á quienes la labranza no ha fijado todavía, siembran siempre algo por donde pasan, con la esperanza de que un dia recojerán el fruto (2). Los pueblos mas embrutecidos de los trópicos pecan por falta de limpieza; pero como á menudo están sumerjidos en el agua, su inmundicia no llega á la de los pueblos que viven bajo los climas frios (3).

Los historiadores españoles aseguran que los Incas y

(1) *Ibid.*, páj. 92.

(2) Azara, t. II, cap. X, páj. 160.

(3) De Humboldt, *Viaje á las rejiones equinocciales*, t. III, lib. III, cap. IX, páj. 296.—Azara, t. II, cap. X, páj. 13 y 14.—«Ulloa dice que en jeneral los Indios del Perú, tanto los civilizados como los salvajes, son muy inhumanos; que los civilizados no se entregan á su inclinacion porque el gobierno se lo impide; pero que se les ve tratar á los animales domésticos en unos términos que no dejan duda alguna en órden á su natural barbarie (T. II, cap. XVII, páj. 10 y 11). Pero es difícil conciliar esto con lo que dice en otra parte hablando de los mismos pueblos. Profesan, dice, *á todos los animales domésticos*, pero sobre todo á sus llamas, una especie de cariño que no se ve *en ningun pueblo de la tierra*; todas sus demostraciones esteriores lo manifiestan bastante..... Antes de ponerle á servir, dice hablando del llama, le han tratado en jeneral con tanta moderacion, que en lo sucesivo nunca ó rara vez le tratan con dureza en el camino; al contrario, se sujetan absolutamente á su marcha, y se sirven de un silbato para guiarle.» T. I, disc VII, páj. 160.

Los Guaraunos, que viven en las bocas del Orinoco, son menos indolentes que los demás salvajes de la América meridional, aficionados al baile, alegres, sociales y hospitalarios. Son diestros pescadores. Tienen unos perros de los cuales se sirven para cojer á los peces en las hondonadas. Acarician á aquellos animales y les tratan con benevolencia. Dauxion-Lavaysse, t. I, cap. I, páj. 3 y 4.

los Caciques gozaban de un poder sin límites; pero fuera de que este aserto es poco conforme con los elojios que hacen de sus leyes y del modo como administraban la justicia, está desmentido por las costumbres que han conservado aquellos pueblos, y que los conquistadores españoles tuvieron que respetar. Los indíjenas del Perú suelen reunirse en ciertas épocas para deliberar acerca de sus intereses comunes; y todo lo que el gobierno español pudo recabar de ellos sobre este punto, fué que sus asambleas serian presididas por un funcionario nombrado al efecto. «Es imposible, dice Ulloa, hacer abandonar á estos pueblos sus antiguas costumbres; el intentarlo seria esponerse á los mayores riesgos. Si se les prohibiese absolutamente toda asamblea conocida, irian á celebrarlas de noche en sitios remotos, y con dificultad se tuviera noticia de sus deliberaciones (1).»

Al paso que los pueblos del Perú muestran un invencible apego á la antigua costumbre de congregarse para deliberar sobre sus intereses comunes, los Mejicanos han conservado en favor de sus caciques todo el respeto que profesaban sus antepasados á las personas de aquella clase. La conquista redujo todos los indíjenas al mismo nivel; su esterior, pues, no sirve ya para distinguir á los descendientes de los antiguos próceres, de los que descienden de las ínfimas clases del pueblo. «El noble, dice Mr. de Humboldt, por la sencillez de su traje y de su alimento, y por la traza miserable que se complace en afectar, se confunde fácilmente con el Indio tributario. Este último muestra al primero un respeto que indica la distancia prescrita por las antiguas constituciones de la jerarquía

(1) Ulloa, t. II, disc. XVIII, páj. 41. — Los Europeos se mostraron mas tratables cuando se les despojó de sus libertades comunales.

azteca (1).» Este respeto, trasmitido por las ínfimas clases del pueblo á sus descendientes en favor de los descendientes de amos que caducaron, ¿seria tal vez una prueba de que el dominio de una clase sobre las demás no era tan gravoso como se ha supuesto?

Es imposible pues encontrar en los indíjenas americanos de los climas del norte, superioridad alguna moral respecto de los situados entre los trópicos. Al contrario, les son jeneralmente inferiores bajo muchos aspectos: son mas rapaces, mas crueles, mas pérfidos, destemplados, perezosos, inmundos, impróvidos y orgullosos. Debiéranles al parecer aventajar en constancia para sufrir la adversidad; pero aun en esto les son muy inferiores. «Estos pueblos, dice Hearne, nunca son felices á medias, porque la desgracia de los demás es para ellos nada; pero si la menor prosperidad les embriaga, el menor contratiempo personal ó doméstico tambien les aterra. A la manera de los demás pueblos no civilizados, toleran las penalidades físicas con mucha resignacion, aunque bajo este aspecto considero superiores á los Indios del Sur (2).»

Los escritores que pretenden que las virtudes solo se encuentran entre los salvajes, achacan los vicios de los Americanos del norte á las comunicaciones que han tenido estos pueblos con los Europeos. Para dar á este aserto algun viso de verosimilitud, seria menester probar que las tribus situadas en la misma posicion, que nunca han comunicado con las naciones de Europa, tienen costumbres menos viciosas; pero cabalmente he demostrado lo contrario: las rancherías mas aisladas, como las de Van-Diemen, Nueva Holanda, de las islas Aleutias y de la Costa Noroeste de América, son las que ofrecen los vicios en

(1) De Humboldt, *Ensayo político*, t. I, lib. II, cap. VI, páj. 422.
(2) Hearne, cap. IX, páj. 320.

mayor número y enerjía. De estos últimos dice La Perouse, despues de haber trazado el cuadro de sus costumbres: «Admitiré, si se quiere, que no cabe que una sociedad exista sin algunas virtudes; pero me es fuerza confesar que no he tenido la sagacidad de percibirlas (1).»

(1) La Perouse, t. II, cap. IX, páj. 219.

CAPITULO XXII.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza malaya del Grande Océano. — Desigualdades que se echan de ver en estos pueblos.

Las islas del Grande Océano, esceptuando las mas próximas al Asia y que se consideran anejas á este continente, se hallan pobladas por individuos de raza malaya y de raza etiópica. Como estas dos razas de hombres difieren una de otra por su constitucion física, por su desarrollo intelectual, por sus costumbres y por su idioma, es del caso no confundirlas. En cuanto á los pueblos que habitan las islas situadas cerca del continente asiático, y que están clasificados bajo el nombre de raza mogola, daré á conocer las relaciones que existen entre los medios con los cuales atienden á sus necesidades, sus costumbres y su estado social, cuando hable de los pueblos de esta especie que habitan el Asia.

Al describir el estado social de los pueblos de raza ma-

laya, seguiré el órden que he observado al esponer las costumbres de los pueblos de raza cobriza. Despues de haber observado cómo atienden á su subsistencia, espondré la constitucion jeneral de cada asociacion; consideraré luego, en cada pueblo, á los individuos en las relaciones que tienen entre sí como miembros de una familia, como esposos ó como padres; los consideraré en segundo lugar en sus relaciones como caudillos y subordinados, como amos y criados, como gobernantes y gobernados; en tercer lugar, los consideraré en cuerpo de nacion, y en las relaciones que tienen entre sí los pueblos, como aliados ó como enemigos; los consideraré finalmente bajo el aspecto de las virtudes ó de los vicios que no tienen relacion alguna con las precedentes calificaciones, ó bajo el aspecto de los hábitos cuyos principales resultados esperimenta el mismo individuo, y que no afectan á los demás de una manera inmediata.

Ya hemos visto que los pueblos de raza malaya que ocupan las islas del Grande Océano situadas entre los trópicos, comparados como cuerpo de nacion, difieren poco entre sí por su organizacion física, por su idioma, y por el desarrollo de sus facultades intelectuales: vamos á ver ahora que tambien difieren muy poco en la constitucion de sus sociedades, en sus costumbres públicas y privadas, y en las relaciones que tienen entre sí.

Los pueblos de raza malaya situados entre los trópicos, ó que no están muy distantes de ellos, viven de los productos de la labranza. Desde tiempo inmemorial las tierras están divididas en propiedades privadas; los campos cerrados y bien cultivados; el pais está jeneralmente cortado por caminos bien cuidados; la navegacion ha hecho ya algunos progresos, y la pesca, aunque abundante, no se considera sino como un suplemento de sus medios de

subsistencia. Estas diversas circunstancias bastan para demostrarnos que en aquellos pueblos los vínculos sociales son mas fuertes que entre los pueblos cobrizos, situados bajo el clima mas frio de América.

Los viajeros han observado en los archipiélagos del Grande Océano, y en el mismo suelo, hombres que diferian tanto unos de otros por su constitucion física, que los han creido descendientes de dos razas particulares (1). Las diferencias físicas que han observado no son quizás bastantes para hacernos admitir como un hecho averiguado la existencia en las mismas islas de dos especies de hombres; pero á lo menos parece bien probado que allí, como en todos los estados de Europa antes de la destruccion del réjimen feudal, hay dos pueblos en cada tierra; el que fué su primer poseedor, que la descuajó, y que la cultiva todavía; y el que, llegado mas tarde, se apoderó del suelo y de los cultivadores, y vive de lo que estos producen. Cuando un ejército de bárbaros se apodera de un territorio anteriormente ocupado, el medio de esplotacion mas sencillo que de suyo se presenta, es considerar á los cultivadores como instrumentos, y vincularles en cierto modo al cultivo. Si el ejército se mantiene organizado para la conservacion de la conquista, y si los hombres de que se compone quedan subordinados unos á otros, establécese una especie de órden que se ha designado bajo el nombre de réjimen feudal. Bajo este réjimen, las personas de las clases conquistadas son puestas en el catálogo de los muebles; las demás son calificadas segun la elevacion de su grado y la estension de sus posesiones.

(1) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 51. — D'Entrecasteaux, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, cap. XIV, páj. 320. — Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVII, t. II, páj. 537 y 538.

Cuando un ejército conquistador se establece en un pais donde es desconocido ú poco practicado el uso de la moneda, el jeneral no tiene otro medio de afianzar la paga á sus oficiales y soldados, que distribuirles las tierras y familias conquistadas, dando á cada cual una parte proporcionada á su grado. Los que participan de la distribucion se comprometen por este solo hecho á llenar los deberes anejos á sus funciones, y pierden su salario, es decir, las tierras y los cultivadores que forman su sueldo, cuando dejan de obedecer á su jeneral, y con mayor razon cuando empuñan las armas contra él. Este modo de cubrir las necesidades de la subsistencia por parte de una nacion conquistadora poco civilizada, está tan en armonía con la naturaleza de las cosas, que la observamos, en el mismo grado de barbarie, en casi todas las partes del globo.

Este estado social es el de los pueblos de raza malaya que ocupan casi todas las islas del Grande Océano. En las islas de los Amigos, algunas de las cuales son muy estensas, y cuyo número pasa de ciento y cincuenta, hay un caudillo supremo, y este es el jeneral del ejército (1). La isla principal, donde reside, está dividida en cuarenta y tres distritos, y cada uno de estos está sujeto á un jefe particular (2). Todas las demás islas tienen igualmente jefes subordinados unos á otros, y los mas graduados son los dependientes inmediatos del caudillo jeneral. Por un efecto de esta subordinacion, las jerarquías ó los grados se han multiplicado tanto en aquellas islas como en un ejército, ó en las rancias monarquías europeas.

Estos jefes son dueños de todas las tierras (3), poseyendo tambien los cultivadores, y hasta todas las personas de las clases laboriosas, pues ejercen sobre ellas el poder de vida y muerte (1). Si el pais se ve amenazado, cada jefe de distrito pone sobre las armas cierto número de soldados que manda en persona, y el todo del ejército está á las órdenes del jefe supremo (2). La autoridad del jeneral en jefe es hereditaria en su familia, aunque ordinariamente pasa á sus hermanos antes de llegar á sus hijos (3). No constituye inviolable al que la posee, pues si comete algun delito contra los jefes, estos pueden deponerle, y aun condenarle á muerte. El oficial á quien se confiere el privilejio de ejecutar la sentencia, puede hallarse revestido al mismo tiempo del mando jeneral del ejército (4).

Los jefes no alcanzan un poder absoluto sobre sus subordinados; el de cada distrito delibera acerca de los asuntos locales con los oficiales inferiores (5); el jeneral en jefe delibera sobre los asuntos de interés jeneral con los caudillos principales; y la pluralidad decide en todas las resoluciones (6). La autoridad de todos los oficiales es hereditaria como la del jefe jeneral, y trasmitida, con las tierras que de ella dependen, de varon en varon por órden de primojenitura (7).

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. X, páj. 61 y 562.

(2) *Ibid.*, cap. IV, t. II, páj. 131; y *Segundo Viaje*, t. III, cap. VIII, páj. 338.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 154.

(1) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 69.—Cook, *Segundo Viaje*, lib. II, cap. III, t. II, páj. 413; y *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 141 y 142.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XIX, t. II, páj. 360.

(3) D'Entrecasteaux, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, cap. XIV, páj. 303.—Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 164 y 165.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 152.

(5) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 56.

(6) Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. II, t. III, páj. 229.

(7) Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 166. — Los

El puesto que ocupa cada cual en el estado, se echa de ver por las señales que lleva, por las denominaciones que se le dan, ó por los honores que se le tributan. El respeto que profesan al jeneral en jefe, aun los oficiales mas condecorados, es estremado; si se les presenta delante, se postran, le cojen el pié, y lo llevan sobre su cuello ó sobre su cabeza (1); si se ausenta, deja en su lugar uno de los muebles que sirven para su persona sagrada, como por ejemplo, el vaso en que se lava las manos, teniendo á dicho mueble la misma veneracion que á su persona (2); si se le despoja de la autoridad, conserva su título é insignias, porque su calidad es inherente á su persona, y es de orijen divino; los individuos de su familia llevan el mismo nombre que dan á los dioses (3).

Los magnates respetan la persona de su jefe, no por las prendas que le adornan, sino porque su autoridad es de la misma naturaleza que la suya, dando á entender los homenajes que se les deben por los que le tributan. Teniendo Cook que dar las gracias á uno de aquellos reyes por los presentes que de él habia recibido, esperaba ver á un jóven robusto, de semblante espresivo y denodado. «Encontramos, dice, un viejo débil, caduco, casi ciego por la edad, y tan indolente y estúpido, que apenas pa-

hijos, para suceder á la autoridad y á las tierras de sus padres, tienen que recibir la investidura del jefe ó rey. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj 30.

(1) Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 126, 127 y 163. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI. t. III, páj. 148.

(2) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. VIII, t. II, páj. 320 y 321.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XL, t. III, páj. 143; y lib. III, cap. VII, t. IV, páj. 68 y 69.—D'Entrecasteaux. *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, cap. IV, páj. 303 y 309.

recia tener bastante intelijencia para ver que sus cerdos y sus mujeres nos gustaban (1).

Las ventajas que resultan al monarca de la posesion de la autoridad, y que parte con los jefes principales, son, además de las fruiciones del mando, comer mas y mejor que sus subordinados (2), poseer muchas mujeres (3), y tener algunas que le guarden de la incomodidad de las moscas con un abanico, ó que le den golpecitos sobre los muslos cuando quiere conciliar el sueño (4).

Los miembros de la familia del caudillo jeneral toman el mismo título que los dioses, segun ya llevamos dicho; los demás jefes, sobre el título de señores de la tierra, toman el de señores del sol y del firmamento (5).

Cada uno de ellos tiene una corte numerosa, compuesta de los hijos segundos de familia, de categoría igual á la suya; por su medio manda sus mensajes, ó desempeña los demás empleos de su casa (6). Cada uno de ellos tiene tambien una librea particular para sus criados, que consiste en el modo de cubrirse, variando segun las jerarquías; los criados de los nobles de la última clase no pueden ir cubiertos mas que hasta la cintura (7). Los grandes se distin-

(1) Cook, *Primer Viaje*. lib. II, cap. I, t. III, páj. 30, y *Tercer Viaje*, lib. II, cap. VI, t. II, páj. 197 y 198.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVII, t. II. páj. 562.

(3) Bougainville, Segunda Parte, cap. III, t. II, páj, 58. — La Perouse, cap. XII. t. II. páj. 151. | D'Entrecasteaux, t, I, cap. XIV. páj. 309, 310 y 315. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 130.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. VIII, t. II, páj. 314; lib. II, cap. IX, t. III, páj. 19, y lib. III, cap IX, t. IV, páj. 165 y 166.

(5) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI. t. III, páj. 143.

(6) Cook, *Primer Viaje*, lib, I, cap. XIX, t. II, páj. 628, 629 y 630.

(7) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, cap. IV, t. II, páj. 70.

guen además por la naturaleza del leño con que se alumbran durante la noche, pues las personas de la clase del pueblo no pueden hacer uso del mismo leño que los señores del sol y del firmamento (1). Un hombre de la clase inferior, que va á ver á un grande, se descubre toda la parte superior del cuerpo en muestra de respeto (2). Si muere un magnate, sus inferiores dan las mismas señales de dolor que si hubiesen perdido á sus amigos mas íntimos ó á los parientes mas queridos; martirízanse el cuerpo y se maltratan el rostro hasta que sale la sangre á borbotones (3). Llegan al estremo de degollar sobre su tumba á cierto número de personas que se supone deben servirle en el otro mundo (4). El número de las víctimas que se sacrifican en semejante ocasion, es en algunas islas de diez, si el caudillo difunto pertenece á una categoría distinguida (5). El sumo pontífice es quien escoje las víctimas, despues de haber consultado secretamente con la divinidad; pero no puede escojerlas de entre los nobles (6). El sacerdote encargado del sacrificio arranca el ojo izquierdo de la víctima, lo presenta al rey, intimándole que abra la boca, y lo aparta sin metérselo en ella. Esta ceremonia se llama *comer al hombre*, ó *el regalo del jefe;* su objeto parece que es comprobar el antiguo derecho que tenian

(1) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 70.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib, I, cap. XIX, t. II, páj. 629 y 630.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 332 y 333.

(4) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 69. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. XI, t. IV, páj. 231 y 232.

(5) King, *Tercer Viaje de Cook*, lib. V, cap. VIII, t. VII, páj. 152.

(6) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 69. — Cook. *Segundo Viaje*, t. II, lib. I. cap. IV, páj. 277. — A veces el mismo jefe es quien ordena el sacrificio y escoje la víctima. Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. II, t. III, páj. 249.

los vencedores de comerse á los vencidos (1). Los privilejios de los magnates no se ciñen á esta vida, sino que en el otro mundo gozan de todos los placeres que han disfrutado en este, pues sus almas son inmortales. Las almas de los individuos del pueblo, no bien se separan del cuerpo, son devoradas por su dios ó por un ave que revolotea en torno de los cementerios, y á la cual llaman *loata* (2). En estas islas, las creencias relijiosas tienden á perpetuar el poder de la aristocracia, junto con el envilecimiento y la esclavitud del pueblo (3).

Los magnates están encargados de la policía, y ejercen un poder sin límites sobre los hombres de las clases ínfimas. Las cosas ó las acciones que vedan se llaman *tabú* (4), y sus prohibiciones están siempre sancionadas por la relijion. Un individuo que ejecuta una accion ó toca una cosa prohibida, es muerto á golpes de clava (5). Las mujeres

(1) Cook. *Tercer Viaje*, lib, III, cap. II, t, III, páj. 334, 240 y 257.

(2) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 139 y 141, y lib. III, cap. II, t. II, páj. 256.

(3) Los sacerdotes, á quienes la facultad de escojer las víctimas da un poder terrible sobre los hombres avasallados, persuaden á los reyes que no pueden orillar los sacrificios de las víctimas humanas sin esponerse á grandes riesgos. «Preguntamos, dice Cook, la razon de tan bárbaros asesinatos; y se limitaron á respondernos que eran necesarios para el Natche (Dios), y que *la Divinidad esterminaria seguramente al rey, si no se conformaba á esta costumbre.»* *Tercer Viaje*, lib. II, cap. IX, t.III, páj. 32.

Para dominar con mas seguridad el espíritu del pueblo, tienen los sacerdotes en su templo una especie de cofre que el mismo viajero compara al arca de los judíos. «Preguntando su nombre al criado de Tupia, nos dijo que la llamaban *Ewhareeno-Eatua* (la casa de Dios).» *Primer Viaje*, lib, II, cap. I, t. III, páj. 7 y 8.

(4) Los Ingleses escriben *taboo*.

(5) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. IX, t. III, páj. 6.

de los magnates no pueden tener trato con los hombres de clase inferior; y cualquiera de estos á quien se sorprenda con una de ellas, es condenado á muerte (1). Las hijas de los magnates no pueden desposarse con las clases inferiores; los hijos que nacen de estas alianzas son condenados á muerte; é igual suerte cabria al padre, si la mujer perteneciese á la familia del caudillo principal. Las mujeres de las clases inferiores pueden sin reparo tener relaciones con los magnates: los hijos que nacen de este comercio entran en las castas privilejiadas, y suceden á sus padres (2), á menos que estos juzguen conveniente matarlos (3).

Los magnates, que cuidan de que los hombres de las clases inferiores cultiven la porcion de tierra que les está señalada, designan los alimentos que el pueblo puede comer, y los de que debe abstenerse; si les conviene multiplicar el número de los cerdos ó de las aves, prohiben su uso, y entonces nadie puede comerlos ni venderlos: si el jefe principal entra en una casa, esta queda declarada *tabú*, y su propietario no puede habitarla mas (4).

Cuando muere un oficial, su empleo pasa al primero de sus hijos varones; las tierras y los cultivadores, que forman el sueldo de su grado, siguen al empleo. Ha sido preciso atender á la existencia de los segundones de la aristocracia, y tal necesidad ha presentado en estos pue-

(1) *Ibid*, páj. 46 y 47.

(2) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. III, cap. IX, t, IV, páj. 165 y 166.

(3) Anderson, *ibid*, páj. 170. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 134.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 151; y lib. III, cap. IX, t IV, páj. 130. — Los sacerdotes han hallado medio de sujetar al *tabú* á los mismos reyes. Vancouver, lib. V, cap. I, t. IV, páj. 169 y 170.

blos dificultades no menos graves que en las naciones europeas sujetas al mismo réjimen. Las muchachas no pueden casarse con hombres de las clases inferiores, pues sus maridos y las criaturas que naciesen de semejantes alianzas serian condenados á muerte. Los jóvenes deben estar poco dispuestos á contraer tales alianzas, aunque no les están prohibidas, pues dichas mujeres no poseen tierra alguna, y de consiguiente no pueden proporcionarles medios de existencia. Finalmente, como la clase avasallada no tiene otra industria que la de cultivar la tierra de los magnates, y trabajar en beneficio suyo, no es posible imponerle contribuciones harto considerables para enriquecer á las familias de los segundones. No se ha secuestrado á las mujeres por un lado, y á los hombres por otro, para impedir que se reprodujesen; tampoco se ha tratado de persuadir á los hijos menores que el mejor medio de afianzar su salvacion en el otro mundo, era no procrear en este; pero sin embargo se ha establecido una corporacion que produce los mismos efectos que las casas monásticas. Esta corporacion, que se compone de los hijos menores de la aristocracia, y de las niñas de la misma clase con las cuales no quiere casarse ningun jefe, tiene por principal objeto precaver la multiplicacion de los nobles: destínanse los hombres para hacer la guerra, y las mujeres para servir á sus placeres (1).

En esta asociacion, los dos sexos viven en comun, siendo raro que un mismo hombre y una misma mujer estén juntos mas allá de dos ó tres dias. Una de las primeras leyes de la corporacion es no conservar á los hijos: si pues una mujer queda en cinta, la criatura es condenada á muerte en cuanto nace, aplicándole al efecto un paño

(1) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVII, t. II, páj. 170 y 172, — Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. III, cap. X, páj. 433 y 442.

mojado que le tapa las ventanas de la nariz y la boca. Sin embargo, una madre puede salvar al fruto de sus entrañas, si siente en su favor algun afecto de ternura; mas para esto es menester que renuncie á la sociedad de la cual forma parte, y que halle un hombre que consienta en servir de padre á su hijo. Las personas que pertenecen á esta sociedad disfrutan muchos privilejios y suma consideracion; no tener hijos vivos es para ellos un motivo de orgullo (1).

Otra condicion forzosa requieren el mantenimiento y la duracion de las clases aristocráticas; tal es que el aprecio y la consideracion queden esclusivamente anejos á las únicas calidades que constituyen la aristocracia, es decir, al nacimiento y á la posesion hereditaria de las tierras y del poder. Toda consideracion guardada al mérito personal, á las virtudes ó á los talentos, seria un ataque al principio constitutivo de aquel órden social, por cuanto proporcionaria á los hombres de las clases inferiores el medio de salir de su abatimiento y ponerse al nivel de las clases privilejiadas. Así es que aquellos isleños miran con menosprecio á todo compatricio suyo que no haya salido de las clases superiores, sean cuales fueren por otra parte sus riquezas y sus prendas personales.

«Parece, dice Cook hablando de un habitante de Taiti, que habia vuelto á aquella isla tras larguísima ausencia, parece que conocia mal el carácter de los habitantes de las islas de la Sociedad, y que bajo muchos aspectos habia perdido de vista sus costumbres; á no ser así, hubiera conocido cuán arduo era alcanzar un puesto distinguido en un pais donde el mérito personal quizás

(1) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. III, cap. IX, t. IV. páj. 135 y 137. — Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. III, cap. X, páj. 433 y sig.

nunca ha hecho salir á un individuo de la clase inferior para colocarle en otra mas elevada. Las distinciones y el poder que de ellas resulta parecen aquí esclusivamente fundadas para las jerarquías; está tan arraigada esta preocupacion en los isleños, que un hombre que no haya nacido de las familias privilejiadas, será indudablemente despreciado y aborrecido por poco señorío que quiera abrogarse. Los paisanos de Omai (á quien Cook habia restituido á su isla y enriquecido) no osaron manifestar abiertamente su disposicion para con él, mientras estuvimos en la isla; juzgamos sin embargo que les inspiraba odio y menosprecio (1).»

Segun Montesquieu, la nobleza europea tiene á honor el obedecer á un rey, pero mira como la última infamia partir el poder con el pueblo (2). Las mismas causas que han producido este impulso en las clases aristocráticas de las naciones de raza caucásica, lo han enjendrado en los isleños de especie malaya. Sobre este punto no asoma la menor diferencia entre las razas.

Los individuos que no pertenecen á la clase aristocrática se distinguen por una señal mostreada que indica su inferioridad (3). Aunque con sus afanes producen todas las subsistencias, no les cabe mas que una mínima parte de sus logros. La carne y el pescado están reservados para la clase de los magnates; las frutas, los legumbres y los ratones son los alimentos reservados para el pueblo. Los mismos pescadores no consumen el producto de la pesca. Si quieren probar pescado, es menester que se lo coman

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. VI, t. IV, paj. 30 y 31.

(2) *Esprit des lois*, lib. VIII, cap, IX.

(3) King, *Tercer Viaje de Cook*, lib, V, cap. VII, t. VII, páj. 101 y 102.

crudo, en el momento que lo acaban de cojer (1). Por último, estos hombres ni casas tienen siquiera que les guarden de las intemperies atmosféricas. Si hace buen tiempo, duermen al descampado como los animales; y si malo, buscan guarida en los alrededores de las viviendas de los magnates (2). Está su cuerpo cuajado de insectos que zampan sin reparo (3). Su jénero de vida, y sobre todo los alimentos de que se sustentan, les afectan de tal modo, que casi todos adolecen de enfermedades cutáneas (4).

La aristocracia, en su organizacion, se propone dos objetos: el uno mantener en la sujecion á los hombres obligados á cultivar el suelo en beneficio suyo; y el otro defender sus posesiones contra los ataques de los estranjeros, ó invadir las tierras que puedan convenirles. Si se manifiesta alguna diferencia entre los hombres avasallados, los mismos amos ponen fin á la contienda; pero si se suscita alguna riña entre los magnates, ya no median jueces comunes, solo la fuerza puede decidirla. Cada cual por su parte arma á sus vasallos, pide auxilio á sus amigos, y los mas prepotentes se apoderan de las tierras y de los cultivadores que poseen los vencidos. El único caso en que se recurre á un procedimiento judicial, es cuando al caudillo principal se le acusa de haber lastimado los intereses de sus grandes vasallos. De la falta de toda justicia entre los magnates nacen los vicios que hemos visto desarrollados entre los pueblos cobrizos del norte de América, como el disimulo, la perfidia; la venganza y la crueldad (1). Luego verémos cómo se manifiestan estos vicios en las mutuas relaciones de las tribus.

(1) Bougainville, *Viaje al rededor del mundo*, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 70. —Lab llardière, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. II, cap. XII, páj. 115. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 123 y 124: y lib. V, cap. VII, t. VII, páj. 111.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib. I. cap. XVII, t. II, páj. 515.

(3) Cook, *ibid.*, páj. 541.

(4) D'Entrecasteaux, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, c. XIV, páj. 320.

Tal es el órden social establecido en todos los archipiélagos del Grande Océano situados entre los trópicos. Este órden no se ha observado en todas las islas con el mismo esmero que en las de la Sociedad y de los Amigos; pero los hechos reconocidos en las mas corresponden puntualmente á los observados en las principales. En las islas de Sandwich, la poblacion está dividida del mismo modo que en las de los Amigos (2); en todas se sacrifican individuos del pueblo sobre la tumba de los aristócratas. La principal diferencia que se observa entre ellas consiste en que el número de víctimas es mayor en las islas Sandwich que en las demás (3). Los viajeros franceses é ingleses que han observado á los habitantes de las islas Marquesas, no hablan de su organizacion social; pero los viajeros americanos han encontrado establecido entre ellos el réjimen feudal en toda su estension (4).

Median sin embargo algunas diferencias entre los pueblos de estos archipiélagos. La clase avasallada parece menos numerosa en los unos que en los otros; pero cabe que estas diferencias sean mas aparentes que reales. Los jefes superiores, que en todas las islas son los hombres mas altos y mejor formados, rodean ordinariamente al

(1) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XIX, tom. II, páj. 630. — Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, l. III, cap. IX, t. IV, páj. 165. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. VI, t. IV, páj. 31.

(2) Cook, *Tercer Viaje*, lib. V, cap. VIII, t. VII, páj. 136. — Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 26.

(3) King, *Tercer Viaje de Cook*, lib. V, cap. VIII, t. VII, páj. 152.

(4) De Larochefoucault-Liancourt, *Viaje á los Estados-Unidos de América*, primera parte, t. III, páj. 22.

jefe jeneral ó al rey (1). Los navegantes que han aportado en las islas principales, han debido encontrar por consiguiente mayor número de hombres robustos y bien constituidos, que los que fondearon en las otras islas (2).

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 151.

(2) Esto puede esplicarnos porqué el capitan Marchand no vió en las islas Marquesas mas que hombres altos y robustos, como todos los de las altas clases, al paso que otros navegantes han visto muchos que pertenecian á la clase avasallada. *Viaje* citado por el Sr. de Laroche-foucault-Liancourt, t. III, primera parte, páj. 22.

CAPITULO XXIII.

Relaciones de familia entre los pueblos de raza malaya del Grande Océano.

Habiendo espuesto la organizacion social de los pueblos de raza malaya en los archipiélagos del Grande Océano, será fácil comprender sus costumbres. Las mujeres de todas las clases, así como los individuos de las inferiores, solo existen para los placeres de los aristócratas. Desde su infancia, y antes de esperimentar afecto alguno, son educadas de modo que les proporcionen la única especie de fruicion que son capaces de sentir (1). Nunca pueden sustraerse al imperio de la fuerza. Cuando niñas, pertenecen á sus padres, quienes las prestan, las dan ó las venden, segun les place; y cuando mujeres, pertenecen á sus maridos, quienes disponen de ellas del mismo modo (2). Si se deniegan á la prostitucion, sus mismos padres ó maridos se valen de la violencia para obligarlas

(1) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVII. t. II, páj. 569 y 570.

(2) Bougainville, segunda parte, cap. I, t. II, páj. 21 y 22. La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 105 y 106. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 134. — Wallis, t. II, cap. VII, páj. 184.

(1). Como el nacimiento, la jerarquía y el poder son los único títulos de aprecio, la castidad, la decencia y el rubor, no se miran como virtudes. Las mujeres nacidas de las clases inferiores no pueden adquirir títulos de consideracion, y las nacidas de jerarquías elevadas nunca pueden incurrir en el menosprecio: esto es muy esencial para la existencia y duracion de un órden aristocrático. Por otra parte, los magnates reemplazan la castidad con la ceremonia relijiosa del *tabú*, que veda el uso de sus mujeres á los plebeyos, sin poner las hijas ó las mujeres de estos al abrigo de sus propias tentativas.

Como las mujeres no son libres, los grandes tienen ordinariamente muchas, y á veces un solo individuo posee hasta nueve. Parece que no está limitado el número de las que pueden tener los jefes. Los hombres de las clases inferiores no pueden poseer mas que una (2). Las mujeres no pueden comer en la misma mesa que sus maridos, ni hacer uso de los mismos alimentos. Comen en un lugar apartado, y se alimentan de las sustancias destinadas para las personas de las clases ínfimas: la carne y los pescados mas finos les están vedados (3). Deben obedecer á sus maridos en cuanto les mandan, aun que sea el prostituirse; pero las

(1) La Perouse, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. IV, páj. 105 y 106. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchad*, t. I, cap. II, páj. 172; cap. III. páj. 237, y t. II, cap. VII, páj. 285. — Krusenstern, t. I, cap. VII. páj. 160.

(2) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 58. — Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 151. — D'Entrecasteaux, t. I, cap. XIV, páj. 509, 510 y 515. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 130.

(3) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 70. — Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XVII, t. II, páj. 564: *Tercer Viaje*, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 133; y lib. V, cap. VII, t. VII, páj. 113 y 114. — Krusenstern, t. I. cap. IX, páj. 216 y 217.

infidelidades que osasen cometer sin su consentimiento, serian lavadas con su propia sangre (1). Llevan luto por la muerte de su marido; pero los maridos no visten luto por las mujeres (2). Finalmente, además de las humillaciones á que están sujetas en lo relativo á los alimentos y al modo de tomarlos, son tratadas con una dureza, ó, si se quiere, con una brutalidad que escluye toda especie de cariño: nada mas comun que verlas bárbaramente zurradas por los hombres (3). Criadas únicamente para los goces mas groseros que pueden proporcionar, conviértense en objetos de asco luego que la edad empieza á marchitar su belleza. Las mujeres que no pertenecen á las altas clases, son todavía peor tratadas que las de las superiores. De ellas se sacan las que se ofrecen á las tripulaciones de los buques europeos (4). Los magnates las prostituyen para utilizarse luego del precio de la prostitucion (5).

Unas mujeres tratadas tan irracionalmente no pueden conservar por mucho tiempo su hermosura; así, aunque en sus primeros años sean altas, esbeltas y graciosas, antes de llegar al fin de su primavera, pierden, dice La Perouse, aquella blandura de espresion, aquellas formas elegantes, cuyo sello no rompió la naturaleza enteramente en aquellos pueblos bárbaros, pero que solo les dejó al parecer por un instante y de mala gana (6).

(1) Bougainville. segunda parte, cap. III, t. II, páj. 58.

(2) *Ibid.*, páj. 70.

(3) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 139 y sig.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. IX, t. III, páj. 131.

(5) *Viaje al rededor del mundo*, t. III, cap. XXV, páj. 274.

(6) Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 172. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 131. — Bougainville, segunda parte, cap. I, t. II, páj. 21 y 22.

Sin embargo, las mujeres son menos despreciadas entre estos isleños, y su suerte menos miserable que entre los pueblos de raza cobriza del norte de América, pues no tienen que ejecutar las mismas tareas, ni corren tantos peligros, ni están espuestas á las mismas fatigas. Los viejos y los niños son tambien menos miserables, pues no tienen que temer el abandono ni los rigores del clima.

Las relaciones que median entre padres é hijos, son análogas á las que existen entre maridos y mujeres. Ya hemos visto que los padres tratan á sus hijas como una mercancía, dándolas ó vendiéndolas, segun mejor les conviene; y tambien hemos visto que era un deber para todos los hijos segundos de la aristocracia, inscritos en la asociacion militar, destruir á todos sus hijos, sea cual fuere su sexo. No hay duda que los poseedores de las tierras conservan la mayor parte de los suyos; pero como en estos pueblos la propiedad mobiliaria es nula, y como los inmuebles pasan de pleno derecho al primojénito, un hombre nada puede hacer para sus hijos, y estos por lo mismo nada tienen que agradecerle. Sin embargo, en todo cuanto no atañe á la distribucion de los bienes, la potestad paterna no tiene límites: sea cual fuere el uso que de ella haga un hombre, los jefes nunca tratan de ceñirla (1).

(1) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, l. III, cap. IX, t. IV, páj. 170.

CAPITULO XXIV.

Relaciones que existen, en los pueblos de raza malaya del Grande Océano, entre la clase aristocrática y las demás de la poblacion. — Costumbres resultantes de estas relaciones.

Las relaciones que median entre los aristócratas y sus inferiores, son tan duras como puede darlo á entender su estado social. Los magnates, armados de garrotes ó mazas, acompañan á palos toda órden no obedecida al punto; á veces dejan en el sitio al individuo á quien hieren, si pertenece á la clase inferior (1). Si quieren dispersar la turba, lo verifican á pedradas, ó ajitando violentamente sus mazas; y si la muchedumbre se halla en un buque, no le queda otro medio para evitar los golpes que arrojarse al mar (2). A veces, no obstante, los grandes se abstienen

(1) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XIV, páj. 308. —Labillardière, t. I, cap. VII, páj. 251 y 252, y t. II, cap. XII, páj. 99, 111 y 112. —Cook, *Primer Viaje*, lib. I. cap. XI, t. II, páj. 340 y 434; y *Tercer Viaje*, lib. II, cap. IV, t. II, páj. 133.

(2) Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 96. — Cook, *Tercer Viaje* lib. V, cap. I, t. VI, páj. 272. —J. Dixon, t. I, páj. 327.

de tratar con insolencia ó dureza á los hombres de las últimas clases, los cuales no pueden entrar en comparacion con ellos; pero esto es solo con el intento de hacer aun mas palpable su superioridad sobre los que, nacidos como ellos de las categorías privilejiadas, están sin embargo un poco menos elevados. El espíritu aristocrático se manifiesta respecto de estos con toda la violencia natural de unos hombres que no han aprendido á disimular sus impulsos (1). El caudillo jeneral se conduce con sus subordinados, lo mismo que estos con sus inferiores: si embarcado en su grande piragua, encuentra al paso embarcaciones que no pueden apartarse, porque el respeto obliga á los conductores á mantenerse tendidos en su presencia, pasa por encima y los sumerje, sin que al parecer note siquiera que se encontraban al paso (2). Los magnates, cuando juzgan reo á algun individuo súbdito suyo, no desdeñan las funciones de verdugo (3).

Las propiedades de los hombres que no pertenecen á las clases privilejiadas, son tan poco respetadas como sus personas. Ya hemos visto que para quitar la casa á una familia, basta que el caudillo jeneral ponga el pié en ella, y declarar prohibidos tales ó cuales alimentos, para que el pueblo se abstenga de su uso. Si una persona de las clases inferiores posee un objeto que convenga á algun jefe, este le manda dárselo; y si no es obedecido, le da con la maza hasta que cesa la resistencia (4). Los hijos del rey toman lo que les hace al caso donde quiera lo ven; y

(1) King, *Tercer Viaje de Cook*, lib. V, cap. VIII, t. VII, páj. 143 y 144.

(2) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. VI, t. II, páj. 221; y lib. III, cap. XII, t. IV, páj. 321.

(3) Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 115 y 116. — Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 54 y 55.

(4) Labillardière, t. I, cap. VII, páj. 261.

el rey mismo, si encuentra á algunos que vuelvan de pescar, les quita el pescado sin mas ceremonias. Cuando suena una especie de bocina que arroja un sonido muy penetrante, sus súbditos tienen que llevarle comestibles de toda especie. En una palabra, las personas de las clases inferiores no poseen sino lo que los jefes quieren dejarles (1).

Los hombres que fundan su existencia en las tierras y en el trabajo de una poblacion conquistada, solo reconocen por ajeno lo que no pueden robar. La fuerza y la astucia son entre ellos las únicas pautas de lo justo y de lo injusto; no bien pueden tratar á las personas libres como á las que ya poseen, no hacen entre unas y otras la menor diferencia, porque efectivamente no la hay. Sin embargo, por vijilantes que sean los amos, no pueden impedir que la poblacion avasallada convierta en provecho suyo una parte de los bienes que produce, ó que aspire á la libertad, á menos que establezcan cierta clase de deberes. Este es efectivamente el partido que han tomado los pueblos malayos del Grande Océano: han establecido que solo son sagradas las cosas y las personas que la relijion ha prohibido tocar; y como los sacerdotes pertenecen á su casta, y son los dueños de la relijion, solo son sagradas sus personas y propiedades. De ahí resulta que los grandes no están obligados á cosa alguna respecto á los que son menos poderosos que ellos, al paso que la poblacion esclavizada está sujeta á un sinnúmero de obligaciones.

Los hombres que pertenecen á las clases privilejiadas,

(1) Cook, *Tercer Viaje*, t. II, lib. II, cap. VI y VIII, páj. 201, 305, 316 y 317; y lib. III. cap. IX, t. IV, páj. 162 y 163. — D'Entrecasteaux, t. I, cap. XIV, páj. 307 y 309. — Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 172. — J. Dixon, t. I, páj. 280 y 281.

los grandes propietarios de tierras, los militares y los sacerdotes, han establecido que no son malos sino los hechos ó acciones que ellos mismos han prohibido; y de ahí es que el robo dirijido á enriquecerles no es criminal, ni siquiera vergonzoso. No hay pues que estrañar que los navegantes que han frecuentado aquellas islas, hayan considerado á sus habitantes, casi sin escepcion, como á los ladrones mas astutos y descarados (1); ni tampoco que los robos hayan sido casi siempre cometidos á instigacion y en beneficio de los amos. Los isleños de Sandwich, que nada habian robado de los buques de Cook, mientras habian estado ausentes los jefes, cometieron varios robos no bien hubieron estos llegado. «Atribuimos esta variacion de conducta, dice el redactor del viaje, á la presencia y á la instigacion de los caudillos, pues en jeneral hallamos en poder de los grandes personajes de la isla los objetos que nos habian robado, y tuvimos nuestras razones para creer que ellos habian sido los instigadores de aquellas raterías (2).» Los robos cometidos en las islas de los Amigos, en los buques franceses, se perpetraron igualmente en beneficio de los jefes, aun cuando los culpables perteneciesen á las ínfimas clases (3).

(1) La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 94 y 105. — Labillardière, t. II, cap. XI, páj. 155 y 157. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. I, páj. 49. — Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 223. — Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. X, t. II, páj. 494 y 405; *Segundo Viaje*, t. III. cap. II, y IV, páj. 87 y 202; *Tercer Viaje*, lib. II. cap. IV y X, páj. 97 y 135. — Broughton, t. I, lib. I, cap. IV, páj. 114.

(2) King, *Tercer Viaje de Cook*, lib. V, cap. I, t. VI, páj. 274.

(3) Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 141, 142, 143 y 155.

CAPITULO XXV.

Relaciones que existen entre los diversos pueblos, ó entre la federacion de pueblos de especie malaya. — Influjo de su organizacion social en la naturaleza de estas relaciones.

El influjo que ejerce la organizacion social de un pueblo en sus vecinos en ninguna parte se manifiesta con mayor fuerza que en los archipiélagos del Grande Océano situados entre los trópicos. En estos pueblos, los hijos segundos de la familia, segun hemos visto, no tienen parte alguna en la sucesion de sus padres, y de consiguiente no pueden vivir sino de lo que les dan sus hermanos mayores, si se quedan en la familia, ó de lo que puede suministrarles la poblacion avasallada, si entran en la asociacion militar de los *Arreois*. Mas sea cual fuere el partido que tomen, no pueden esperar ver perpetuada su raza, pues la imposibilidad de trasmitir á sus hijos medio alguno de existencia, ni mantenerlos en las categorías de la aristocracia, les obliga á quitarles la vida (1).

(1) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 335.

Un medio tienen sin embargo de salir de su estado insubsistente, y ponerse al nivel de los primojénitos: tal es la destruccion de los grandes propietarios de los demás estados. Así, en cada pais la parte mas numerosa y denodada de la clase aristocrática se siente instigada, por el mismo anhelo de perpetuarse que ha dado naturaleza á todas las especies, á la destruccion de las clases aristocráticas de los pueblos vecinos. Pero como en todos los archipiélagos existe el mismo órden de cosas, y no hay en ninguna parte clases industriosas á cuya costa puedan enriquecerse los segundones de la aristocracia, los primojénitos no los escluyen de la herencia paterna, sino bajo condicion de que los segundones de los demás estados se armarán contra ellos para esterminarlos. Las mismas pasiones que impulsan á la guerra á los individuos que no tienen otro medio de perpetuar su raza, instan tambien á su rey, pues, conforme aquellos van adquiriendo tierras, este multiplica el número de sus grandes vasallos (1).

Los pueblos de estos archipiélagos se hallan pues en guerra mutua é incesante, mostrando en ella una animosidad proporcionada al poderío de la causa que les incita y de las calamidades que aguardan á los vencidos (2). Como la guerra no tiene mas objeto que el engrandecimiento ó la multiplicacion de los hijos de los señores de la tierra, del sol y del firmamento, inaugúrase constantemente por una y otra parte con el sacrificio de algunas víctimas humanas, sacadas siempre de las clases inferiores, y escojidas entre los descendientes de los que ya en algun

(1) ¿Se cifrará tal vez en esto el arcano de la mayor parte de las guerras que han asolado la Europa?

(2) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 55. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. III y IX; t. III, páj. 287, y t. IV, páj. 116.

tiempo fueron vencidos. En este sacrificio se siguen las mismas prácticas que en los funerales de los magnates, y particularmente la que se llama el regalo del jefe. Algunos viajeros han creido, sin haberlo comprobado, que los habitantes de las islas de la Sociedad, de los Amigos y de Sandwich devoraban á sus prisioneros (1); el asombro y horror manifestados por uno de aquellos isleños, al ver que un habitante de la Nueva Zelandia devoraba los restos de un cuerpo humano, prueba al parecer que aquel uso era estraño entre ellos (2). Pero si no se alimentan con la carne de sus prisioneros, les hacen perecer en medio de los mayores tormentos; arrójanse sobre los cadáveres de sus enemigos vencidos y los despedazan con los dientes (3). Y estos son, segun verémos luego, lo menos bárbaros de los nobles guerreros de aquellas islas.

Cuando los pueblos atacados no pueden atajar los progresos de sus enemigos, retíranse tan lejos como pueden, llevándose lo mejor que poseen. Si el conquistador teme no poderse mantener en su conquista, sigue la costumbre romana, destruyendo las viviendas, los canales, los árboles, las cosechas y los ganados. La miseria y el hambre acaban entonces con los vencidos, y á veces hasta con los vencedores (4). Si el caudillo del ejército queda dueño del pais, y encuentra medio de subsistir en él, reparte las tierras entre sus nobles compañeros. Estos salen entonces de

(1) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. III, cap. XVIII. King, *ibid.* lib. V, cap. VII, t. VII, páj. 95. — Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 246.

(2) Cook, lib. II, cap. V, t. II, páj. 486.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. III, t. III, páj. 287.—King, *Tercer Viaje de Cook*, lib. V, cap. VII, t. VII, páj. 97.

(4) G. Bligh, *Viaje al mar del Sur*, cap. V, páj. 97 y 98. — Vancouver, t. III, lib. III, cap. VII, páj. 107 y 123.—Broughton, t. I, lib. I, cap. II y IV, páj. 58, 59, 60, 62 y 104.

la corporacion de célibes, y ya no se ven en la precision de ahogar á sus hijos. Enjendran en seguida otros segundones, que deberán cual ellos esterminar nuevos pueblos, ó matar á sus propios hijos á medida que vean la luz (1).

Siendo el objeto de la guerra apoderarse de las tierras que codician, la conquista da por resultado la destruccion de los nobles poseedores. Si la victoria pues les hace dueños de un pais, esterminan toda la parte noble de la poblacion, padres, hijos, ancianos, y probablemente tambien á las mujeres que juzgan indignas del título de esposas suyas. Si no sacrifican á sus prisioneros en el acto, es para hacerles perecer en los suplicios, y paladear mas de espacio las fruiciones de la venganza. La sutileza que muestran en la crueldad es parecida á la de los indíjenas del norte de América. Hállanse en sus tradiciones y en su idioma pruebas irrecusables de que sus antepasados devoraban á los prisioneros (2); y las denominaciones de *sepulcro de los hombres* y *ladrones de piraguas* (3), que toman los caudillos, atestiguan el timbre que atribuyen al asesinato y al saqueo.

(1) Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. X, páj. 494 y 495; *Tercer Viaje*, lib. III, cap. VI y VIII, t. IV, páj. 32, 81 y 82.—Broughton, lib. I, cap. II, t. I, páj. 53.

«Yo creo, dice Cook, que la conquista de estas islas no ha proporcionado á Pouni (el rey) otras ventajas que un medio de recompensar á sus nobles, quienes realmente se han apoderado de la mejor parte de las tierras.» Cuando un rey, hijo de un antiguo conquistador, queda vencido por un nuevo conquistador, sigue conservando el título que antiguamente dió á sus antepasados la conquista: así lo exije el principio de la lejitimidad. Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XIX, t. II, páj. 631.

(2) Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. VII, páj. 300.

(3) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. XV, t. II, páj. 492.

Estas guerras, cuyo principal objeto es dar medios de existencia á los segundones desheredados de los magnates, son tan destructivas, que á veces han bastado pocos años para sumir en la miseria las islas mas florecientes, y aniquilar la mayor parte de la poblacion (1).

(1) Si algun dia se estableciese en estos archipiélagos una clase industriosa ó mercantil, las guerras serian menos frecuentes, porque la aristocracia territorial podria imponer á dicha parte de la poblacion contribuciones bastantes para enriquecer, ó mantener al menos á sus hijos menores. Entonces se tendria un órden social análogo al que existe en Inglaterra, sobre todo si se pudiesen establecer tributos sobre las poblaciones lejanas, en provecho de los hijos de la aristocracia.

CAPITULO XXVI.

Oposicion entre la conducta de los pueblos de raza malaya con los navegantes europeos, y su mutuo comportamiento. — Esplicacion de este fenómeno.

Es muy comun entre los viajeros juzgar de las costumbres de las naciones por la acojida que de ellas reciben. Sin embargo, este modo de juzgar es muy baladi, y aun si se quiere, el mas falaz. En los capítulos anteriores hemos visto que las relaciones que existen, en los pueblos de raza malaya, entre los dos sexos, entre padres é hijos, entre propietarios y cultivadores, y entre las diversas tribus, son jeneralmente muy duras, pareciéndose á las que pueden existir entre amos y esclavos, entre vencedores y vencidos. Sin embargo, estos pueblos parecen en estremo benévolos con los viajeros que les visitan; los mas cercanos al ecuador son aquellos de quienes por lo jeneral han quedado mas prendados los navegantes.

Los isleños de las Marquesas aparecen siempre alegres, contentos y bondadosos; las mujeres son afables, y sus

miradas no respiran mas que deleite (1). El comportamiento de estos pueblos con los Europeos que los han visitado, prescindiendo de las raterías, ha sido muy franco y jeneroso. Su conducta con los Franceses los ha hecho mirar por estos como el pueblo mas benigno, humano, pacífico, hospedador y jeneroso de todos los que ocupan las islas del Grande Océano (2). Igual comportamiento han tenido con los viajeros rusos, mostrándose siempre muy honrados respecto de ellos, hasta en su comercio de trueques. El jefe de la espedicion rusa asegura que hubiera vuelto con una opinion muy aventajada de aquellos isleños, si no hubiese encontrado entre ellos un Inglés y un Francés que le enseñaron á conocerles mejor (3).

Los habitantes de las islas de la Sociedad y de los Amigos han mostrado las mismas disposiciones en favor de los navegantes europeos. Los primeros han indicado siempre en su fisonomía el gozo, la jenerosidad y el bien estar (4). Han recibido en su casa á los viajeros que se les han presentado, les han admitido á recorrer el interior del pais, y les han ofrecido de comer (5). Los segundos han acojido á los viajeros por el mismo estilo. «Quizás no hay sobre el globo, dice Cook, una tribu mas honrada y que menos desconfianza muestre en el comercio. Ningun riesgo corrimos dejándoles examinar nuestras mercancías, así como ellos contaban tambien con nuestra buena fe. Si el comprador ó vendedor se arrepentia del trato, deshacíanlo recíprocamente de comun acuerdo y con el mayor contento. En una palabra, reunen al parecer la mayor parte de las prendas que honran al hombre, como la industria, el candor, la perseverancia, la afabilidad, y quizás otras virtudes menos comunes, que la brevedad de nuestra estancia no nos permitió observar (1).»

(1) Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 240 y 243.

(2) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 199.

(3) Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 240. — Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. III, cap. IV, páj. 199.

(4) Cook, *Primer Viaje*, lib. I, cap. VIII, t. II, páj. 381 y 382.— Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. III, cap. IX, t. IV, páj. 116 y 117.

(5) Bougainville, segunda parte, cap. II, t. II, páj. 24 y 31.

No han alabado tanto los viajeros á los habitantes de las islas Sandwich. Cook dice sin embargo que jamás encontró pueblos salvajes menos desconfiados; otros navegantes han encomiado tambien la jenerosidad de sus sentimientos. Los isleños que fueron á visitar los buques de La Perouse se portaron con cordura: eran tan dóciles, y era tal su temor de ofender á los Franceses, que á la menor señal se volvian á sus piraguas. La Perouse dice no haber visto nunca un pueblo tan afable y tan cortés. «Cuando les hube permitido subir á mi fragata, añade, no daban un paso sin mi licencia; siempre estaban temiendo disgustarnos, y reinaba en su trato la mayor fidelidad (2).»

Los habitantes de la isla de Pascua, mas distantes todavía del ecuador que los de las islas Sandwich y los de la Sociedad, se han creido menos adornados de prendas morales. Sin embargo, cuando se acercaron á la embarcacion de La Perouse, subieron á bordo con un aire risueño y una seguridad que dieron á aquel viajero mejor concepto de su carácter. Cuando vieron que el buque se hacia á la vela, no manifestaron ningun temor de verse cautivos y arrebatados de su pais nativo; ni siquiera les ocurrió al

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. X, t. III, páj. 95 y 96. — Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. IV, cap. II, páj. 34. — Vancouver, lib. III, cap. VII, t. III, páj. 110, 111 y 112.

(2) La Perouse, t. II, cap. VI, páj. 130, 131 y 132.—Rollin, *Viaje de La Perouse*, t. IV, páj. 25.

parecer la idea de una perfidia; hallábanse en medio de estranjeros, desnudos y sin armas (1).

Finalmente, los habitantes de Nueva Zelandia, que son los pueblos de raza malaya mas distantes del ecuador, y los menos adelantados en la industria, han manifestado impulsos benévolos y amistosos á los navegantes que han visitado sus tierras, prestándoles cuantos servicios han podido (2).

Todos estos isleños han recibido pues á corta diferencia los mismos elojios. Podemos observar sin embargo que conforme nos apartamos del ecuador, mengua la admiracion de los navegantes: los moradores de las islas Marquesas son mas encomiados que los de las islas de la Sociedad y de los Amigos; estos mas que los habitantes de las islas de Sandwich; y los de las islas de Sandwich mas que los de la isla de Pascua (3).

Todos estos elojios se refieren, con todo, á la conducta de estos isleños con los navegantes europeos, y no á su mutuo y recíproco comportamiento. Tambien hay que observar que los que mas ejemplos han dado de vio-

(1) *Ibid.*, t. II, cap. III, páj. 88 y 89.

(2) Cook, *Primer Viaje*, lib. II, cap. VII y X, t. III, páj. 234, 236 y 237; *Segundo Viaje*, lib. II, cap. III y V, páj. 234, 235 y 490.

En la isla de Pascua y en Nueva Zelandia no se han observado distinciones de clases, ni amos, ni criados, ni raza conquistadora y conquistada. Reina al parecer la mas completa anarquía en la isla de Pascua; sin embargo, las tierras se hallan divididas en propiedades particulares. Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. II y III, páj. 109 y 149.—La Perouse, t. II, cap. V, páj. 116; y t. IV, páj. 120.—Parece que en Nueva Zelandia ningun individuo estiende su autoridad mas allá de la familia. Si la necesidad de la comun defensa obliga á un pueblo á escojer caudillo, búscase siempre al mas valeroso y cuerdo. Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. I, cap. III, t. I, páj. 335.

(3) La Perouse, t. II, cap. VI, páj. 134 y 135.

lencia y brutalidad unos respecto de otros, son los mismos entre los cuales están mas señaladas las categorías. Entre los habitantes de Nueva Zelandia, que bajo otros aspectos son los pueblos mas bárbaros, no se han observado caudillos que gobiernen á garrotazos ó á golpes de maza.

Pero ¿de qué depende que unos pueblos tan poco afables en sus relaciones mutuas, y que al parecer no reconocen otra ley que la fuerza, se hayan mostrado á primera vista tan benignos con los navegantes europeos? Estos mismos nos dan la solucion del problema. «No hay nadie, dice La Perouse, que, tras haber leido las relaciones de los últimos viajes, pueda tener por salvajes á los Indios del mar del Sur; al contrario, han hecho grandísimos progresos en la civilizacion, y los creo tan corrompidos como pueden serlo respecto de las circunstancias en que se hallan; mi opinion sobre el particular no se funda en los diferentes robos que han cometido, sino en el modo de cometerlos (1). Los mas descarados bribones de Europa son menos hipócritas que aquellos isleños; todos sus halagos eran finjidos; su fisonomía no espresaba un solo sentimiento verdadero; el Indio que acababa de recibir un presente, y que mas dispuesto pa-

(1) La Perouse, al salir para sus viajes, estaba embebido en las ideas que da Rousseau acerca de la inocencia de la vida silvestre y los vicios que enjendra el estado social. Dice pues que los Malayos no se deben tener por salvajes, pues han hecho grandísimos progresos en la civilizacion, creyéndolos tan corrompidos como cabe relativamente á las circunstancias en que se hallan. Pero conforme adelantó en sus viajes, la esperiencia corrijió su error, llegando á convencerse por funestos trances, segun mas adelante verémos, de que cuanto mas cerca están los hombres del estado salvaje, mayores son sus vicios. D'Entrecasteaux partió con el mismo error, y ha quedado correjido por igual estilo.

recia á prestar mil servicios, era el que mas desconfianza debia inspirarnos (1).» Los Malayos, dice en otra parte La Perouse, son en el dia la nacion mas fementida del Asia, y sus hijos no han dejenerado, porque las mismas causas han preparado y producido efectos iguales (2).

Las observaciones jenerales que hace La Perouse, quedan confirmadas de una manera particular por él mismo y por otros viajeros, respecto de los habitantes de casi todas las islas; y compruébalas además el sinnúmero de hechos que cuentan. Los habitantes de las islas de la Sociedad, cuya conducta con los Europeos ha sido un tema de elojio para Cook y Bougainville, no se mostraron afables hasta despues de haber intentado en balde sorprender á la tripulacion de Wallis, y haber conocido el efecto de su artillería. Tuvieron que ver sus mas fuertes piraguas dispersadas ó hechas pedazos por la metralla y las balas, para merecer las alabanzas que les han dado posteriormente los navegantes (3). Las ventajas que han sacado de su trato con los buques europeos, el peligro de acometerles, y la imposibilidad de apoderarse de ellos, eran motivos mas que suficientes para inspirarles cordura y afabilidad (4).

Paréceme, sin embargo, que se equivocaria quien atribuyese al temor y á la hipocresía todas las muestras de benevolencia que de aquellos pueblos han recibido los viajeros. Las antiguas ofensas que han recibido unos de otros, y las venganzas resultantes, les han habituado á mirar como á enemigos á todos los hombres que no sean

(1) La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 105.

(2) *Ibid.*, cap. XXV, páj. 279.

(3) Wallis, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. V, páj. 130 y 133.

(4) Broughton, *Viaje de descubrimientos*, t. I, lib. I, cap. II, páj. 56.

de su pais; mas esta preocupacion, que fué comun á todos los pueblos conocidos de la antigüedad, puede ceder á una conviccion contrapuesta. La perfidia y la venganza nacen por donde quiera del temor y del instinto de la seguridad: los hombres dejan de ser falsos y vengativos, cuando se creen seguros, y libres de toda injusticia; dejan de ser violentos é injustos, cuando están convencidos de que no pueden serlo impunemente; y aun cabe observar que basta á veces un cortísimo intervalo para estinguir los sentimientos mas inveterados de odio y venganza, cuando un acontecimiento cualquiera ataja las causas que los produjeron.

CAPITULO XXVIII.

Paralelo entre las costumbres de los pueblos de raza malaya situados bajo un clima frio, y las de los pueblos de la misma raza situados entre los trópicos.

Lo que llevo dicho en los capítulos anteriores acerca del estado social y de las costumbres de los pueblos de raza malaya, solo es aplicable á los que viven entre los trópicos ó poco apartados de ellos: si entre los mismos se observan pues algunas diferencias, no hay que atribuirlas á la diversidad de clima. Pero vense en el Grande Océano otros pueblos que pertenecen á la misma especie, y que están situados bajo una latitud mas elevada; tales son los habitantes de la isla de Pascua, que viven bajo los 27 grados de latitud austral, y los de Nueva Zelandia, que viven entre los 34 y los 47. Al describir sus costumbres, verémos en qué difieren de las de los pueblos de los trópicos.

En la isla de Pascua y en Nueva Zelandia, solo se encuentra una especie de hombres, no viéndose allí, como en los archipiélagos de los trópicos, labradores rendidos que no osan tocar los alimentos que producen, ni conquis-

tadores organizados para vivir de las tierras y afanes de los antiguos poseedores. Estos isleños pues están exentos de los quebrantos que produce la esclavitud, así para los amos como para los esclavos, hallándose además situados bajo un clima frio ú á lo menos muy templado, el cual, segun muchos filósofos, es una circunstancia muy propicia para la virtud. Distan mucho sin embargo de atesorar costumbres mas acendradas que las de los pueblos de la misma especie que ya hemos examinado.

Los habitantes de Nueva Zelandia están divididos en una multitud de pueblas, y cada una de ellas está en guerra incesante con las demás. Estos isleños no tienen organizacion social, y por consiguiente cada cual es juez y vengador de las ofensas que cree haber recibido. Así es que no se conocen en el globo hombres mas suspicaces, mas desconfiados y mas dispuestos á la venganza (1). Ora trabajen, ora estén de viaje, siempre se hallan muy sobre sí, siempre van con las armas en la mano; hasta las mujeres van armadas con unas picas de diez y ocho piés de largo (2). Como no hay tribu alguna que no haya recibido injusticias ó ultrajes de los pueblos vecinos, todos viven en continua zozobra, ocupados sin cesar en precaverse de la venganza, ó atisbando la ocasion de vengarse. Han convertido sus poblaciones en fortalezas, y apenas se atreven á salir de ellas para cultivar algunos cortos pedazos de tierra (3). El anhelo de la venganza, el instinto de la seguridad, y el hambre que siempre les acosa, instíganles sin cesar á su destruccion. Las poblaciones desiertas y ar-

(1) Anderson, *Tercer Viaje de Cook*, lib. I, cap. VIII, t. I, páj. 334.

(2) Cook, *Segundo Viaje*, t. I, cap. VIII, paj. 445 y 446.

(3) Cook, *Primer Viaje*, lib. II, cap. IV; t. III, páj. 152 y 156.

ruinadas que han encontrado los viajeros, atestiguan que la destruccion completa de una puebla es forzosa consecuencia de su derrota (1). Solicitado Cook por muchos de aquellos isleños para dar muerte á uno de sus caudillos, asegura que hubiera esterminado la raza entera, si hubiese seguido los consejos que recibió de esta clase; cada poblacion á su vez le suplicaba que destruyese á sus vecinos. No es fácil, dice Cook, concebir los motivos de tan terrible animosidad; esta nos prueba de un modo incontestable hasta qué punto se hallan divididas entre sí aquellas desgraciadas tribus (2). No solo provoca la guerra entre estos pueblos el anhelo de venganza ó de guardarse de ella, sino tambien el ansia de alimentarse con la carne de sus enemigos. Y no solo se comen á los hombres que caen muertos en el campo de batalla, sino tambien á los que cojen vivos, inclusos los niños (3).

Las Zelandesas están esclavizadas como las mujeres de los pueblos situados entre los trópicos, y tratadas aun con mas dureza. Son muchos los hombres que poseen dos ó tres mujeres. Un padre prostituye á su hija, y un marido á su mujer, como en las demás islas (4). La mas míni-

(1) *Ibid.*, cap. VII, t. III, páj. 231.

(2) *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VII, t. I, páj. 257.

(3) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XII, páj. 272. — Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 86.—Cook, *Primer Viaje*, lib. II, cap. VII y XI, t. III, páj. 322, 328 y 349; y *Segundo Viaje*, t. I, cap. VIII, páj. 397; y lib. II, cap. V, t. II, páj. 485.—Forster, *ibid.*, páj. 488; *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VII, t. I, páj. 283 y 284.

Estrañarán tal vez algunos que estos pueblos hayan mostrado *muy buena índole* á los viajeros ingleses, pero conocida su hipocresía, es muy fácil esplicar este fenómeno. «Inspiróseles terror con las armas de fuego, se les hicieron señales de amistad, y se granjeó su confianza.» Cook, *Primer Viaje*, lib. II, t. III.

(4) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VII, t. I, páj. 289.

ma falta que cometa una mujer es castigada con violentos ultrajes (1). Una madre ofendida por su hijo, y que le impone un leve castigo, es castigada cruelmente por su marido. Los viajeros ingleses han tenido frecuentes ocasiones de observar tales ejemplos de crueldad; han visto hijos que azotaban á sus madres, mientras que los padres las atisbaban para pegarles tambien, si trataban de defenderse ó de castigar á sus hijos. Entre los esclavos, dice uno de estos viajeros, las mujeres son las criadas ó las esclavas que cargan con todo el afan y en quienes se despliega toda la severidad del marido. Los Zelandeses estreman esta tiranía á lo sumo: desde su mas tierna edad se enseña á los niños á despreciar á sus madres (2). Sin embargo, las mujeres están espuestas á otra desgracia todavía mayor; tal es la de no ser casadas, pues entonces quedan abandonadas á sí mismas, y vienen á ser juguete de los mas poderosos (3).

Los malos tratamientos que dan los maridos á sus mujeres, cuando imponen algunos leves castigos á sus hijos, menos son efecto de la ternura paternal, que del desprecio con que miran al sexo desvalido. Los padres de dos niños zelandeses que siguieron á Cook, aunque supieron que no les verian mas, no manifestaron ningun sentimiento. «Yo creo, dijo el viajero, al hablar del padre de una de

(1) Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. I, cap. VIII, páj. 418 y 419; y Cook, *ibid.*, páj. 454.

(2) Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, lib. II, cap. V, t. II, páj. 483 y 484. — «Los habitantes de Nueva Zelandia, dice Cook, hacen al parecer menos caso de las mujeres que los isleños del mar del Sur; y tal era la opinion de Tuipa, uno de aquellos isleños, que se quejaba de esta particularidad, como una afrenta para el sexo.» *Primer Viaje*, lib. II, cap. XI, t. III, páj. 353.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VII, t. I, páj. 289.

aquellas dos criaturas, que se hubiera separado de su perro con menos indiferencia. Quitó al muchacho los pocos vestidos que llevaba, y le dejó completamente desnudo. En balde me habia esforzado para darles á entender que no volverian mas á Nueva Zelandia; ni sus padres, ni ninguno de los naturales aparentaron la menor inquietud por su suerte (1).»

Los habitantes de la isla de Pascua tienen las mismas costumbres que la mayor parte de los pueblos mas cercanos al ecuador: obsérvase tan solo que son sus vicios mas arrebatados; son mas hipócritas, mas rateros, y menos capaces de agradecimiento. Las mujeres no se han mostrado mas delicadas que las de las demás islas; sus maridos ó sus padres las han ofrecido con el mismo descaro.

Los viajeros franceses que han visitado á aquellos isleños, no hicieron uso de sus fuerzas, que aquellos no conocian, pues solo el ver preparar un fusil les hacia correr; al contrario, solo desembarcaron en sus costas para hacerles bien; les colmaron de regalos, halagaron á todos ellos, particularmente á los niños de teta; sembraron en sus campos toda especie de semillas útiles; dejaron en sus viviendas cerdos, cabras y ovejas; nada les pidieron en cambio; y con todo, aquellos mismos isleños les arrojaron piedras y les robaron cuanto pudieron (2)

Los habitantes de las islas de la Sociedad y de los Amigos se muestran inflexibles en sus guerras; pero son mu-

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VII, t. I, páj. 282 y 283. — Media entre los habitantes de Nueva Zelandia y los de las islas de la Sociedad una diferencia digna de observarse. Los primeros no conocen ninguna clase aristocrática, y en su consecuencia, no se crian las mujeres para los deleites de los magnates. Así es que se han notado entre ellas sentimientos de rubor que no hemos visto en las otras. Cook, *Primer Viaje*, lib. II, cap. X. t. III, páj. 328 y 329.

(2) La Perouse, t. II, cap. IV, páj. 94, 95, 105, 107 y 108.

cho menos bárbaros que los de Nueva Zelandia: no se sustentan con la carne de sus prisioneros. Son bozales con sus inferiores; pero no desconocen la gratitud, como los habitantes de la isla de Pascua. Cuando se les participa la muerte de los hombres que tuvieron por amigos, manifiestan vivísimo pesar. Algunos han probado que sabian conservar por largo tiempo un recuerdo de las finezas que habian recibido (1). Tratan á sus mujeres con menos dureza que los Zelandeses; y lejos de agobiarlas con los quehaceres mas penosos, solo les imponen las tareas interiores de la casa, ó las dejan vivir en la ociosidad (2). La ternura y el esmero de las mujeres de las islas Sandwich para con sus hijos han chocado infinito á los navegantes ingleses, quienes han visto muchas veces á los hombres ayudarlas en aquellas ocupaciones caseras (3). Finalmente, distínguense estos pueblos por una limpieza que no se nota en los pueblos situados bajo climas mas frios (4).

Las islas de los Navegantes, mas cercanas al ecuador que las Sandwich y que las de la Sociedad, han sido menos frecuentadas. Una parte de la tripulacion de La Perouse recibió de una porcion de los habitantes de aquellas islas un ataque parecido al que habia esperimentado Wallis de los habitantes de las islas de la Sociedad. La defensa no tuvo el mismo resultado; los agresores quedaron

(1) Labillardière, t. II, cap. XII, páj. 146, 175 y 176. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap. X, t. III, páj. 132 y 133. — Vancouver, lib. III, cap. VII, t. III, páj. 110, 111 y 112.

(2) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 58. — Cook, *Tercer Viaje*, lib. II, cap XI, t. III, páj. 108, 110 y 111.

(3) Cook, *Tercer Viaje*, lib. III, cap. XII, t. IV, páj. 288. — King, *Tercer Viaje de Cook*, lib. V, cap. VII, t. VII, páj. 90.

(4) Bougainville, segunda parte, cap. III, t. II, páj. 53. — Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 179. — King, *Tercer Viaje de Cook*, lib. V, cap. VII, t. VII, páj. 113.

triunfantes; el oficial y los marineros franceses fueron sacrificados. Si estos isleños, cual los habitantes de las islas Sandwich y de la Sociedad, hubiesen esperimentado los efectos de la artillería, és probable que no habrian tenido el mismo comportamiento; pero no se ha podido conocer de ellos mas que su perfidia, su avilantez, su fuerza, y la facilidad con que prodigan las finezas de sus hijas ó de sus mujeres.

Estos isleños fueron á primera vista tenidos por muy afables por los hombres de la tripulacion que mandaba La Perouse; pues les habian vendido mas de doscientas palomas torcaces demésticas, que no querian comer sino en la mano; y habian permutado tórtolas y cotorras tan hermosas y mansas como las palomas. ¡Qué fantasía no se hubiera figurado hallar la mas cabal felicidad en aquella morada embelesante! Estos hombres, decian los navegantes franceses, son sin duda los habitantes mas venturosos de la tierra; rodeados de sus esposas y de sus hijos, pasan en el regazo del reposo dias puros y sosegados; no tienen otro afan que el de criar aves, y cual el primer hombre, cojer sin trabajo alguno los frutos con que brinda la tierra (1).

Pero sean cuales fueren las virtudes ó los vicios de estos pueblos en sus relaciones privadas, es cierto á lo menos que no se nota entre ellos aquella ociosidad ni aquella endeblez que se atribuye á los pueblos que viven bajo los climas cálidos; al contrario, parecen mas activos, pujantes y osados que los pueblos de la misma especie situados á mayor distancia del ecuador: sus cuerpos robustos y cubiertos de cicatrices prueban con harta evidencia que no viven en la molicie (2).

(1) La Perouse, t. III, c. XXIV, p. 237 y 238.

(2) La Perouse, t. III, cap. XXIV, páj. 237 y 238.

Los navegantes ingleses hicieron esperimentar el poderío de sus armas á los isleños de las Marquesas, la primera vez que los visitaron. Viendo la tripulacion de Cook que tres de aquellos isleños se alejaban con su canoa, y habiendo sabido que uno de ellos se llevaba un candelero de hierro, les hizo fuego, y al tercer tiro cayó uno muerto (1). Los Franceses y los Rusos que posteriormente han visitado los mismos pueblos, han atestiguado su blandura, su humanidad, su hospitalidad, y su índole pacífica. Los Franceses no solo no recibieron de ellos el menor ultraje, sino que despues de haber herido gravemente á uno por imprudencia, recorriendo el pais, continuaron recibiendo las mismas muestras de benevolencia. El capitan Chanal quedó conmovido al ver que el jóven, herido gravemente por un trabucazo, y á quien habia mandado curar, iba delante de él y que muchas veces en sus apuros le ofreció el apoyo del único brazo que le habia dejado la imprudencia de los Franceses (2). Los navegantes franceses salieron de aquellas islas sin que ningun hecho hubiese destruido ú menoscabado el buen concepto que habian formado de aquellos isleños. El navegante ruso que los ha visitado, tampoco ha tenido que quejarse de ellos; siempre les ha visto alegres y contentos, con la bondad al parecer pintada en su rostro; durante los diez dias que pasó con ellos, no tuvo necesidad de disparar un solo tiro con bala (3).

(1) Cook, *Segundo Viaje*, t. III, cap. IV, paj. 174.
La Perouse tenia vedado tirar contra los ladrones, y para evitar contiendas, pagaba á sus marineros el valor de lo que les habian robado: así es que pudo ver á los isleños mas osados.

(2) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. I, páj. 73.

(3) Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 240. — Sin embargo, la irresistible propension de estos isleños al robo es un motivo de queja para todos los viajeros.

El viajero ruso nos da sin embargo ideas poco ventajosas de las costumbres de aquellos pueblos, bajo la fe de un Francés y de un Inglés establecidos desde mucho tiempo entre ellos. Interrogó separadamente á aquellos dos hombres, y supo de ellos que estos pueblos son todos tan falsos y fementidos como aquellos de quienes habla La Perouse; que están continuamente en guerra; que tratan de vencer á sus enemigos mas bien por sorpresa que por la fuerza, y finalmente que se comen á los prisioneros (1). Krusenstern ha creido confirmados estos relatos por los cráneos que le enseñaron los isleños, por los cabellos y los huesos humanos que adornaban sus armas y sus muebles, y últimamente por sus pantomimas (2). Los navegantes franceses que trataron de descubrir las relaciones de estos pueblos con sus vecinos, no habian podido proporcionarse sobre el particular noticias exactas; pero al ver sus armas ofensivas y las cicatrices de graves heridas en algunos, conjeturaron que no desconocian el azote de la guerra (3).

Los dos hombres de quienes habla el navegante ruso afirmaron además que en las temporadas de hambre los isleños devoraban á los niños y á las mujeres; pero los fenómenos que se observan entre los pueblos labradores, en las pocas circunstancias en que se manifiesta el hambre, dificilmente pueden caracterizar las costumbres de un pueblo en su estado normal. Hanse visto entre los pueblos mas civilizados hechos parecidos á los de los isleños de las Marquesas. Cuando algunas tripulaciones europeas, abandonadas en medio de los mares, se han visto reducidas á la horrorosa necesidad de hacer como ellos, ó pe-

(1) Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 242.

(2) Krusenstern, t. I, cap. IX, páj. 242 y 243.

(3) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 196.

recer, han desechado este último partido. Además, para fallar que estos isleños sean inferiores bajo tal aspecto á los habitantes de las demás islas, seria menester haberlos observado á todos en idénticas circunstancias. Cook ha encontrado en Nueva Zelandia padres que le entregaban á sus hijos con la misma facilidad con que hubieran soltado á los mas viles animales; y Marchand, al contrario, ha visto en las islas Marquesas padres que colmaban de caricias á sus hijos. « A menudo, dice, los hombres estrechaban tiernamente entre sus brazos á unas criaturas de quienes se gloriaban de ser padres (1). »

No se echa pues de ver en los pueblos de raza malaya que habitan bajo climas frios ó templados, superioridad alguna moral sobre los pueblos de la misma especie que habitan bajo climas cálidos. Al contrario, en muchos de estos últimos se nota menos pujanza en las pasiones malévolas, y mayor fuerza en las afecciones sociales.

(1) Fleurieu, *Viaje del capitan Marchand*, t. I, cap. II, páj. 206.

CAPITULO XXVIII.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza negra de la Nueva Holanda y de algunas islas del Grande Océano. — Costumbres de estos pueblos bajo diferentes grados de latitud.

Los pueblos de raza negra diseminados por algunas islas del Grande Océano, son inferiores, bajo muchos aspectos, á los pueblos de raza malaya. Como su industria está muy atrasada, los navegantes no han podido proporcionarse víveres en sus costas, y por consiguiente han tenido menos ocasiones de observarlos. Sin embargo, nos han dado á conocer bastantes hechos para cotejar entre sí las tribus de esta especie, y determinar algunas de las circunstancias físicas que han contenido ú fomentado su desarrollo.

La perfidia es uno de los caracteres que se encuentra en todos los pueblos que no salieron todavía del estado de barbarie, no habiendo casi ninguno que no sepa ocultar los impulsos de odio y malevolencia que le animan,

bajo la apariencia del desembozo y de la buena fe. Los pueblos mas bravíos, que son siempre los menos fuertes y menos numerosos, son pues los mas difíciles de juzgar, cuando los visitan hombres mas fuertes que ellos. Para que su índole se muestre tal cual es, es preciso que se juzguen mas fuertes, y que achaquen á temor las contemplaciones y benevolencia de que son objeto. Hanse observado muchas veces notables diferencias de costumbres entre dos tribus poco adelantadas en la civilizacion y poco distantes una de otra. Al investigar las causas de la ferocidad de la una y de la blandura de la otra, hase casi siempre notado que los viajeros se habian presentado á la primera con apariencias de debilidad, y con fuerzas é imponente aparato á la segunda (1). No hay pues que precipitarse en juzgar favorablemente de un pueblo todavía bárbaro, aun cuando manifieste sentimientos benévolos, con hombres que pueden hacerle mas bien, que mal él á ellos.

Entre los indíjenas de la tierra de Van Diemen no se ha visto ninguna especie de organizacion social; hase observado tan solo que dos individuos, mas altos y mas fuertes que los demás, tenian cada uno dos mujeres, al paso que los otros no tenian mas que una (2). Esta será sin duda la prerogativa de los que dirijen á sus compañeros, cuando hacen una partida de caza, ó van á embestir á las tribus con las cuales están en guerra, únicas circunstancias en que pueden necesitar caudillo.

Los indíjenas de la tierra de Van-Diemen no tienen viviendas fijas, yendo errantes en cortas cuadrillas de sitio en sitio en busca de alimento. Nunca se ven mas de tres ó cuatro chozas en un mismo sitio, y cada una de ellas

(1) Labillardière, t. I, cap. VII, páj. 261.

(2) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XI, páj. 235 y 236.—Labillardière, t. II, cap. X, páj. 55.

puede contener á lo mas de tres á cuatro personas. Las familias viven en cabal independencia unas de otras; á veces se encuentran algunas que andan errantes por las orillas del mar; pero échase siempre de ver grandísima subordinacion de los individuos al caudillo. Desvalidos por su aislamiento, por su organizacion física, por su ignorancia y por su poca maña, estos hombres viven en zozobras incesantes. El asomo de un desconocido basta para ahuyentarles, á menos que le crean mas débil que ellos, pues en este caso, su primer impulso es embestirle (1).

La falta de subordinacion social, de cultivo y de riquezas, abrevia el exámen de las costumbres de estos isleños, pues no hay que tratar de sus relaciones como gobernantes y como gobernados, como propietarios y como colonos, como amos y como criados. Las únicas relaciones bajo las cuales hay que considerarlos, son las resultantes del estado de familia, del estado de comunidad, y las que pueden tener con otras tribus ó con hombres que no forman parte de su asociacion.

Si se puede juzgar de la suerte de las mujeres por su fisonomía y por el aspecto que presentan, es dudoso que haya otras mas miserables. Un semblante tosco y grosero, el rostro lleno de carbon y de gordura, un mirar lóbrego y feroz, formas descarnadas y marchitas, pechos largos y colgantes, y el aire zozobroso y abatido que estampa la servidumbre en la frente de todos los entes avasallados, son los rasgos que en ellas reconocieron los naturalistas franceses. El terror que les inspiraba la presencia de sus maridos, y los riesgos ó los afanes á que se ven condena-

(1) Cook, *Segundo Viaje*, t. I, páj. 386 y 387. — Peron, t. I, lib. III, cap. XIII, páj. 269.—Labillardière, t. I, cap. V, páj. 184 y 185. —L. Freycinet, lib. II, cap. I, páj. 43.

das, han patentizado las causas de su degradacion y de sus cicatrices (1).

Las mujeres están encargadas de la subsistencia de la familia, y son las únicas que se dedican á la pesca. Cuando llega la hora de comer, las madres, seguidas de sus hijas, con un saco ó un cesto pendiente del cuello, se arman de un palo, y van á precipitarse al fondo del mar, con riesgo de enredarse en las plantas marinas, ó de ser devoradas por los tiburones, haciendo allí el acopio que pueden de orejas de mar ó de cabrajos. Cuando les falta el aliento, asoman un instante á la superficie, volviendo luego á zambullirse hasta completar el abasto. En seguida hacen cocer en la lumbre que han encendido de antemano, los productos de su pesca; y mientras los hombres se la zampan sin ofrecerles la menor parte, ellas se retiran detrás de sus amos adustos, no atreviéndose á hablar, y ni siquiera á levantar la vista. Terminada la comida, se levantan y van á buscar el agua necesaria para beber (2). Si se trata de variar de domicilio, las mujeres paran en acémilas: meten en sacos los objetos que han de llevarse, afiánzanlos al rededor de la frente por medio de un ceñidor de cuerda, y sea cual fuere su peso, se los cargan á la espalda. Los hombres no las ayudan en lo mas mínimo, y andan sueltos á retaguardia (3).

La dureza de los hombres no se muestra tan solo en las muchísimas cicatrices que cuajan el cuerpo de las mujeres, en el terror que las inspiran, y en los trabajos á que las condenan, sino particularmente en la espresion de su fisonomía. Las pasiones que los ajitan se pintan en su rostro y se suceden con rapidez; todas sus facciones son movedizas como sus afectos. Su semblante, horroroso y feroz cuando amenaza, se muestra inquieto y pérfido en la sospecha; en la risa, se presenta de una alegría arrebatada y casi convulsa en los jóvenes, pero áspero, triste y lóbrego en los adultos. Por lo jeneral, en todos los individuos y á todas horas, la vista conserva siempre un no sé qué siniestro y feroz, que conocerá desde luego un observador atento, y que corresponde cabalmente á lo íntimo de su índole (1).

(1) Peron, t. I, lib. III, cap. XII, páj. 252, 253, 255 y 256.

(2) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XI, páj. 236 y 237.—Labillardière, t. II, cap. X, páj. 52, 53 y 54.—Peron, t. I, lib. III, cap. XII, páj. 255 y 256.

(3) Peron, t. I, lib. III, cap. XI, páj. 254 y 255.

Un naturalista ha hecho acerca de estas tribus la singular observacion de que no tienen la menor aprension del acto de abrazar. La idea de un halago parece serles igualmente desconocida: en balde se les han hecho todos los jestos propios para caracterizar tal accion; su sorpresa ha demostrado siempre que no la concebian. Así pues los besos y las afectuosas caricias, que son tan naturales, son seguramente desconocidos de estas tribus montaraces (2).

Sin embargo, sea cual fuere la aspereza de los hombres de la tierra de Van-Diemen con los seres de su especie mas desvalidos que ellos, nunca han traficado con las finezas de sus mujeres y de sus hijas, antes al contrario son celosos á lo sumo. En cuanto se les ha podido comprender, parece tambien que en cada tribu los hombres respetan las consortes ajenas, mirando la fidelidad conyugal como un deber, á lo menos por parte del sexo débil (3). Los marineros ingleses que trataron de lograr las finezas de las Diemenesas, fueron desairados. «Obsérvase, dice

(1) Peron, t. I, lib. III, cap. XIII, páj. 280.

(2) Peron, t. I, lib. III, cap. XIII, páj. 282.

(3) D'Entrecasteaux, t. I. cap. XI, páj. 235. — Labillardière, t. II, cap. X, páj. 56.

Cook sobre este particular, que entre las pueblas poco civilizadas, donde las mujeres se muestran muy accesibles, los hombres se adelantan á ofrecerlas á los estranjeros; y que si no las ofrecen, en balde será buscar ocasiones propicias, ni seducirlas con regalos. Puedo asegurar que esta observacion es exacta en cuanto á todas las islas que he visitado (1).»

Esta diferencia que observamos aquí entre la conducta de los habitantes de la tierra de Van-Diemen, y la de los pueblos de especie malaya, se reproduce en todas las islas habitadas por los pueblos clasificados bajo el nombre de raza etiópica, cualquiera que sea su latitud. En ninguna isla, los hombres de esta última raza han prostituido jamás á sus mujeres, ni tolerado que se prostituyan.

Las tribus de la tierra de Van-Diemen son tan escasas, están situadas á tanta distancia entre sí, están tan embebidas en la necesidad de proporcionarse víveres, que no ha sido dable observar las relaciones existentes entre unas y otras (2); pero su comportamiento con los viajeros que han creido inferiores en fuerza ó en destreza, basta para probar que todo hombre estraño á una ranchería es tratado por ella como enemigo. Tienen la misma índole de perfidia y ferocidad que achacan los viajeros á los Malayos mas bárbaros; cuando hallaron ocasion de atacar á los viajeros que les colmaron de finezas, la aprovecharon,

(1) Cook, *Tercer Viaje*, lib. I, cap. VI, t. I, páj. 212. — Las mujeres de las islas de la Sociedad y de los Amigos, que tan pródigas se han mostrado de sus finezas, cuando se les ha hecho relacion de las costumbres europeas, las han admirado, probando con esto cuán poco influye su voluntad en su comportamiento.

(2) Peron, t. I, lib. III, cap. XX, secc. IV, páj 454.

y su ferocidad ha estado siempre en razon de las atenciones que se les habian guardado (1).

«Confieso, dice Peron hablando de estos pueblos, que me sorprende, despues de tantos ejemplos de traiciones y crueldades referidas en los viajes de descubrimientos, oir repetir á personas sensatas, que los hombres de la naturaleza no son malvados, que cabe fiar de ellos, y que no serán agresores mientras no se provoque su venganza. Desgraciadamente muchos viajeros han sido víctimas de estos vanos sofismas. Por lo que á mí hace, creo, por todo lo que no hemos podido ver, que nunca estará de mas la desconfianza con hombres cuyo carácter no ha suavizado todavía la civilizacion, debiendo acercarse siempre con mucha cautela á las playas habitadas por semejantes hombres (2).»

Los indíjenas de Nueva Holanda, aunque situados bajo diferentes grados de latitud y diseminados por un territorio inmenso, tienen todos á corta diferencia las mismas costumbres. Las rancherías, algo mas numerosas, poco menos raras, y no tan faltas de industria como las de la tierra de Van-Diemen, están tambien un poco mas adelantadas en su organizacion social (3). Sin embargo, las

(1) Peron, t. I, lib. III, cap. XIII, páj. 236, 237, 244 y 285. — L. Freycinet, lib. II, páj. 43 y 61.

(2) Peron, t. I, páj. 338. — D'Entrecasteaux, que no habia visto á estos pueblos mas que un momento, y que tenia imbuida su mente en las ideas de Rousseau sobre la perfeccion del *hombre de la naturaleza*, formó de ellos al principio muy buen concepto, espresándose con todo el entusiasmo del autor del discurso *sobre el orijen de la desigualdad entre los hombres*. Mas como su opinion no está apoyada en hecho alguno, antes desmentida por los mismos hechos que cita; y como una cruel y larga esperiencia le obligó posteriormente á retractarse, he juzgado inútil trasladarla aquí.

(3) Peron, t. I, lib. III, cap. XX, páj. 450.

tribus mas crecidas cuentan apenas un centenar de individuos, y la mayor parte no llegan á cincuenta. En ellas es desconocida toda diferencia de condiciones, de ejercicios y alimentos: con las mismas necesidades, y con iguales recursos, todos los individuos de una misma edad y sexo tienen que padecer las mismas privaciones, tolerar los mismos afanes, y disfrutar de los mismos goces. Esta uniformidad, reproducida en todos los pormenores de su existencia, y que se sostiene en todas las épocas de la vida, estampa en los individuos un carácter de semejanza física y moral de la que difícilmente podemos formar cabal concepto (1).

Ninguna de las rancherías de Nueva Holanda conoce la labranza, ninguna ha logrado sujetar otro animal que el perro; y como este cuadrúpedo se alimenta de las mismas sustancias que los indíjenas, no puede ser un gran recurso para ellos. La tierra, abandonada á su fertilidad natural, no produce en aquel pais otras plantas alimenticias que algunos piés de apio silvestre; el único fruto que allí dan los árboles es una especie de higo parecido á la piña, y que causa violentas náuseas á los Europeos que la prueban (2). Allí no se encuentran, como en el norte de América, aquellos crecidos rebaños de animales monteses, que brindan á los indíjenas con abundante presa, cuando tienen la dicha de cercarlos; solo hay dos cuadrúpedos muy difíciles de cojer, y cuya carne, cuando no son jóvenes, particularmente el mayor, no es mas delicada que la del zorro.

La pesca es el principal recurso de las tribus que viven en las orillas del mar; y la caza el medio que emplean para atender á su existencia los que viven en lo interior

(1) Peron, t. I, páj. 454 y 455.

(2) Philip., cap. XIV, páj 161.

de las tierras. Ni unas ni otras acopian abastos, siendo preciso que el trabajo diario les proporcione la subsistencia de cada dia. Si nada produce la caza ni la pesca, lo cual sucede muy á menudo, toda la ranchería se ve reducida á ayunar, ó á buscar un suplemento de víveres en producciones de otra clase. Como al acercarse el invierno, escasea el pescado, las rancherías del sur emigran hácia el norte para encontrar subsistencias mas abundantes (1).

Los pueblos del interior sostienen su precaria existencia con las mayores dificultades del mundo. Para cojer los animales mas pequeños, como el didelfo y la ardilla volante, ó para recojer un poco de miel, es menester que los hombres se encaramen por elevadísimos árboles, no pudiendo muchas veces llegar á las ramas sino por medio de entalladuras en el tronco para sentar los piés y las manos (2). Si están algunos dias sin cojer caza, lo cual es muy frecuente, declárase el hambre. Entonces hacen una guerra activísima á las ranas, á los lagartos, á las serpientes, á las orugas y á las arañas; comen yerba, mascan la corteza de ciertos árboles, y finalmente amasan hormigas con sus larvas y raices de helecho, aquietando su estómago con la pasta que resulta de esta mezcla. En estas temporadas de hambre, que sobrevienen muy á menudo, los hombres llegan á un estremo de flaqueza tal, que se les confunde con los esqueletos, pareciendo moribundos de inanicion (3).

(1) L. Freycinet, lib. II, cap. IX, páj. 292 y 293.

(2) Estas entalladuras llegan á veces hasta la altura de ochenta piés, y están hechas con una hacha de piedra. Collins, citado por Malthus, t. I, cap. III, páj 39 y 40 de la quinta edicion.

(3) Peron, t. I, lib. III, cap. XX, páj. 463. — Algunos deportados ingleses se han refujiado á veces á los bosques entre los salvajes para sustraerse á los trabajos á que están condenados; pero el hambre les ha obligado siempre á volver á sus cadenas. Las fatigas y privacio-

Las rancherías que viven en las costas se hallan tan espuestas al hambre como las del interior. Si la estacion ó el estado del mar no les permite cojer pescado ú mariscos, aliméntanse de unos gusanos gruesos que hieden terriblemente, ó de otras sustancias igualmente asquerosas. Si la tempestad que les imposibilita la pesca, arroja una ballena á las costas, las rancherías que la encuentran dan gritos de júbilo, olvidan sus mutuos enconos, precipítanse sobre su presa, y no piensan mas que en hartarse. Abren el animal por todos cuatro costados á la vez; cada cual come, duerme, se despierta, come y vuelve á dormir. Devorados los últimos pedazos que ya empiezan á corromperse, muévense de nuevo los resentimientos, á estos repugnantes festines suceden sangrientas luchas, y degüéllanse sin compasion sobre los huesos de la ballena (1).

Las diversas tribus que habitan la Nueva Holanda, difieren en algunos puntos en su constitucion física; forman al parecer tres variedades de la misma especie; pero no se echa de ver entre ellos ninguna diferencia intelectual ó moral: todos proveen de igual modo á sus necesidades, y tienen por lo mismo el idéntico modo de comportarse. No teniendo otra propiedad individual que algunas malas armas, y no acopiando nunca provisiones, ninguna necesidad tienen de gobierno, debiéndoles bastar un caudillo que les dirija cuando están en guerra unos contra otros. En efecto, parece que su gobierno no es mas complicado.

Las relaciones que existen entre los dos sexos son aquí

nes de la vida silvestre sobrepujan á las que esperimentan los desterrados. Phillip, cap. XII, páj. 140 y 141. — Broughton, t. I, lib. I, cap. I, páj. 24.

(1) Peron, t. II, lib. IV, cap. XXIII, páj. 50.—Freycinet, lib. II, cap. IX, páj. 292 y 293.—Phillip, cap. XIV, páj. 161.—Broughton, t. I, lib. I, páj. 26.—Dampier, t. II, cap. XVI, páj. 142.

las mismas que en todos los pueblos salvajes; pero con todo se establecen de una manera particular. Cuando un hombre quiere proporcionarse mujer, escudriña en una tribu diferente de la propia, cuál es la que puede convenirle. Hecha su eleccion, trata de sorprender al objeto de sus amores; si la ve descuidada, acométela de improviso, atúrdela con un porrazo en la cabeza, la coje por un brazo ó por una pierna, y la arrastra por entre los matorrales hasta que la tiene en lugar seguro (1).

Aquí, como en la tierra de Van Diemen, las mujeres son esclavas de los hombres, estando encargadas de recojer los mariscos, de ir á la pesca, y guiar las canoas aun durante la lactancia (2). Como son tratadas de una manera dura y bozal, tienen jeneralmente el aire mas lóbrego que los hombres (3). Nunca se ve en ellas ninguna especie de atavío, al paso que los hombres se adornan con dientes de perro, patas de cangrejo, ó huesecillos (4).

Estos pueblos, cuando se sienten mas débiles, afectan suavidad y benevolencia; pero en cuanto tienen un motivo de reputarse mas fuertes, múestranse insolentes y feroces. Las atenciones que se les guardan las achacan á debilidad, no sirviendo mas que para acrecentar su insolencia: son, pues, fementidos y recelosos, como todos los salvajes (5).

Todos son sumamente puercos, no solo en sus alimen-

(1) Collins, citado por Malthus, t. I, cap. III.

(2) Phillip, cap. IX, páj. 95.

(3) Freycinet, lib. II, cap. IX, páj. 293.

(4) Phillip, cap. XIV, páj. 164.

(5) Peron, t. I, lib. II, cap. V, páj 89.—Labillardière, t. I, cap. IX, páj. 415.— Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. IV, t. IV, páj. 46 y 47.—Phillip, cap. VII, páj. 69. — Broughton, t. I, lib. I, cap. I, páj. 23.

tos, sino tambien en toda su persona; exhalan un fuerte olor de aceite, y están cubiertos de tanta inmundicia, que es muy arduo distinguir el verdadero color de su piel. «Hemos probado varias veces, dice Cook, de frotarla con los dedos mojados, para quitar la costra, pero siempre inútilmente. Aquella inmundicia les hace parecer tan negros como los hombres de raza etiópica, y segun hemos podido inferir, su piel es de color de hollin (1).»

Los habitantes de la Nueva Caledonia, mas avanzados hácia el ecuador que los de la tierra de Van Diemen y que la mayor parte de los de la Nueva Holanda, pertenecen á la misma especie. Han hecho ya algunos progresos en la industria, segun hemos visto en otra parte; forman una poblacion mas crecida, y están sometidos á jefes que ejercen sobre ellos mas autoridad (2). Estos caudillos se apoderan á veces de las propiedades de sus inferiores que codician; pero no se entregan á aquellos actos de violencia tan comunes entre los caudillos de raza malaya (3). Al contrario, su autoridad parece tan apocada, que las atenciones que se les guardan se atribuyen mas bien á deferencia que á sumision (4). Estos pueblos al parecer no han sido conquistados ni conquistadores; entre ellos no se ve ninguna clase sujeta á otra.

Las mujeres entre ellos no son tratadas con tanta aspereza como entre los pueblos de la misma especie que viven bajo un clima mas frio; están encargadas de una parte de los afanes de la labranza y de la pesca, desmontan ó cavan la tierra; van en busca de mariscos, y acar-

(1) Cook, *Primer Viaje*, lib. III, cap. VI, t. IV, páj. 141.—Phillip, cap. XIV, páj. 165.

(2) Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 212.

(3) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XVI, páj. 350.

(4) Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 247. — D'Entrecasteaux, t. I, cap. XVI, páj. 349.

rean á veces enormes pesos. Sin embargo, los hombres parten con ellas los primeros trabajos; y en sus pesquerías no se toman tanto afan ni se esponen á los mismos riesgos que las mujeres de la tierra de Van Diemen. Además, no todas están al parecer condenadas á la misma suerte; algunas solo entran en el mar hasta tener agua á la cintura (1). No se han visto en ellas tantas cicatrices como en las mujeres de la tierra de Van Diemen y de Nueva Holanda, aunque permanecen como apartadas de sus maridos, y temen al parecer ofenderles con la vista ó con los ademanes (2). Sus facciones son desagradables, y el mirar feroz (3).

Las diversas pueblas de esta isla manifiestan en sus mutuas guerras el mismo furor que hemos observado en los pueblos de raza malaya; en las invasiones que hacen las unas en el territorio de las otras, pegan fuego á las viviendas, destruyen las cosechas y derriban los árboles (4). El hambre asalta entonces á los que no fueron destruidos por las armas; y para sustraerse á los horrores de la carestía, ó proporcionar alimento á sus mujeres é hijos, vuelven á empuñar las armas, arrójanse á su vez sobre sus enemigos, les devoran si quedan vencedores, ó les sirven de pasto si son nuevamente vencidos (5).

Estos isleños, que al parecer estaban en paz entre sí,

(1) Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. IV, cap. VIII, páj. 479 y 492.—Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 226 y 227.

(2) Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. IV, cap. VIII, páj. 479.

(3) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XVI, páj. 251 y 252.

(4) Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 232. — D'Entrecasteaux, cap. XV y XVI, páj. 341 y 355.

(5) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XV y XVI, páj. 341 y 355.—Labillardière, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. II, cap. XIII, páj. 197, 215, 216, 217 y 233.

cuando fueron visitados por el capitan Cook, recibieron á los navegantes ingleses con cabal benevolencia, y les dejaron recorrer libremente su pais. « Echase de ver, dice Cook hablando de ellos, que los ha dotado naturaleza de escelente índole. En este particular aventajaban á todas las naciones que habíamos conocido; y aunque esto no satisfaciese nuestras necesidades, estábamos embelesados de encontrar en ellos aquella circunstancia que nos proporcionaba paz y una libertad preciosa (1). » Cuando fueron visitados por los navegantes franceses, su posicion habia variado, habiéndose encontrado entre ellos la miseria, los estragos y las costumbres que en tales pueblos llegan en pos de la guerra.

Habiéndoles mostrado los Franceses cocos y batatas, invitándoles á que les trajesen otros iguales, los isleños, lejos de ir á buscarlos, querian comprar los que les enseñaban; ofreciendo en cambio sus lanzas y mazas: daban á entender que tenian hambre, enseñando sus vientres que estaban sumamente complanados (2). Habiendo los oficiales y el naturalista de la tripulacion penetrado en lo interior de la isla, encontraron á los habitantes estremadamente flacos; las mujeres y los niños parecian unos verdaderos esqueletos (3). Los alimentos de que se sustentaban eran arañas, yemas de árboles, y raices poco sustanciosas; cuando no bastaba esto, mataban el hambre comiendo tierra (4).

(1) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. VIII, páj. 439. — Forster, *ibid.*, páj. 484 y 485.

(2) Labillardière, t. II, cap. XXIII, páj. 184.

(3) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XVI, páj. 355.

(4) D'Entrecasteaux, t. I, cap. XV, páj. 340. — Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 205, 206, 209 y 214. — Los negros de Guinea tienen costumbre de comer una especie de tierra untuosa mezclada con sus alimentos, y que se disuelve como manteca. (J. Mathews, cartas II y IV, páj. 23 y 38.) El hábito de comer tierra se ha convertido para ellos en una necesidad tan imprescindible, que no pueden pasar sin ella en las colonias de América; pero la que comen en este continente les es siempre dañina. Alejandro de Humboldt, *Tableaux de la nature*, t. I, páj. 202 y 203.

Poco debe sorprendernos que unos pueblos todavía bárbaros, reducidos á tan espantosa miseria, lleguen á devorar á sus enemigos, y se habitúen á nutrirse de carne humana. « Algunos, dice Labillardiere, se acercaron á los mas robustos de entre nosotros, y les palparon por repetidas veces las partes mas musculosas de los brazos y de las piernas, pronunciando *kaparec* con un aire de admiracion y hasta de deseo, que sin duda no nos satisfacia mucho; pero no nos dieron motivo alguno de queja (1). Los Franceses, durante su permanencia en esta isla, vieron que algunos habitantes desaparecian por cierto tiempo y volvian con los cadáveres de los enemigos que habian muerto, presentándolos á sus familias cual presentan los cazadores la caza muerta (2).

Los habitantes de Tanna, situados bajo una latitud un poco menos elevada que los de Nueva Caledonia, difieren tambien al parecer muy poco en costumbres. Cada poblacion y cada familia parecen independientes; los ancianos y los hombres mas notables por su pujanza son los que al parecer logran mas autoridad: entre ellos no se advierte ninguna distincion de jerarquía (3). Las poblaciones están en guerra unas contra otras, y sus costumbres en tales

(1) Labillardière, t. II, cap. XIII, páj. 197.

(2) Labillardière, t. II, páj. 191 y 217. — D'Entrecasteaux, cap. XV, páj. 133 y 139.

(3) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. IV, páj. 163 y 164. — Forster, *ibid.*, páj. 369.

circunstancias no difieren de las de la Nueva Caledonia (1). Los Ingleses, al fondear en Tanna, fueron recibidos por los habitantes con provocaciones y amenazas; pero sin embargo lograron sosegarles, intimidándoles con el estruendo de las armas (2).

Las mujeres corren asimismo con los afanes mas penosos: mientras los hombres andan libres detrás de ellas, solo con sus armas y siempre prontos á arrojarse sobre sus enemigos, las mujeres llevan á un tiempo á sus hijos y los fardos con que las agobian sus maridos. Si no pueden llevar dichos pesos, los arrastran; propiamente no son mas que acémilas, y obedecen á la menor señal de los hombres (3). Por dura que sea su condicion, lo es menos sin embargo que la de las mujeres de Nueva Caledonia; los hombres no les inspiran tanto terror, ni se mantienen á tanta distancia de ellos (4). Por otra parte, los hombres se dedican á los trabajos mas penosos, como el cultivar la tierra, el cortar ó desarraigar los árboles y los matorrales con hachas de piedra (5).

Estos isleños miran la propiedad con mas respeto del que ordinariamente se nota en los pueblos que no están mas adelantados en la carrera de la civilizacion. En los primeros momentos de su entrevista con los Ingleses, se apoderaban de cuanto les caia debajo mano; pero cuando se hubieron establecido entre ellos relaciones amistosas, no cometieron ningun robo (6). «Los Taitianos, dice Forster, se ven ordinariamente obligados á colgar sus riquezas de los techos de las casas para ponerlas fuera del alcance de los ladrones; pero aquí están seguras en cualquier zarzal. En apoyo de esta circunstancia, observaré que durante nuestra permanencia entre los isleños de Tanna, no robaron la mas mínima bagatela á ninguno de la tripulacion (1).»

(1) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. V, páj. 249.

(2) *Ibid.*, cap. IV, páj. 193, y cap. V, páj. 210 y 211.

(3) Forster, citado en el *Segundo Viaje de Cook*, t. IV, cap. V, páj. 237 y 286.—Cook, *ibid.*, cap. VI, páj. 351.

(4) Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. IV, cap. VIII, páj. 479.

(5) Forster, *ibid.*, cap, V, páj. 271 y 272.

(6) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. IV, páj. 195.

Los habitantes de las Nuevas Hébridas, que pertenecen á la misma especie, y que están algunos grados mas cerca del ecuador, se portaron mejor todavía; no solo no dieron motivo alguno de queja á los navegantes ingleses, sino que, pudiendo retener impunemente y sin ser acusados de mala fé, objetos que habian vendido, hicieron cuanto de ellos dependia para devolverlos á los propietarios. «Diéronnos, dice Cook, pruebas tan estraordinarias de su lealtad, que nos sorprendieron. Como el buque salió de improviso con mucha velocidad, dejamos detrás varias canoas que habian recibido nuestras mercancías sin haber tenido tiempo de darnos las suyas en cambio. En vez de aprovechar esta ocasion para apropiárselas, cual hubieran hecho nuestros amigos de las islas de la Sociedad, esforzáronse todo lo posible para alcanzarnos y entregarnos los efectos cuyo valor habian recibido. Uno de los Indios nos siguió larguísimo trecho, y sobreviniendo calma pudo alcanzarnos. Luego que estuvo en el buque, mostró lo que habia vendido; muchos quisieron pagárselo, pero rehusó soltarlo hasta que vió al que ya se lo habia comprado. No conociéndole este, ofrecióle de nuevo su valor; mas el honrado Indio no quiso aceptarlo, mostrándole lo que que ya habia recibido en cambio (2).»

(1) Forster, *Segundo Viaje de Cook*, t. IV, cap. V, páj. 256.

(2) Cook, *Segundo Viaje*, t. IV, cap. III, páj. 126.

Los pueblos de raza negra del Grande Océano, los mas cercanos á los trópicos, son pues en jeneral, mucho menos bárbaros que los que están mas remotos de aquella rejion.

CAPITULO XXIX.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza negra de la estremidad austral de Africa.—Costumbres qne resultan de aquel estado.

Las tribus que habitan en la estremidad austral de Africa difieren de tal modo en su constitucion física, tanto entre sí, como de los pueblos del mismo continente situados entre los trópicos, que quizás no es muy exacto designarlos bajo una misma denominacion. Sin embargo, habiendo ya sido considerados estos pueblos como pertenecientes á la misma raza, y tratándose menos de determinar las diferencias físicas existentes entre ellos, que de compulsar el influjo de los lugares en la perfeccion moral de los hombres de diversas razas, adopto la clasificacion que se ha hecho, sin darla como la mas acertada.

Tres razas de hombres existen en el Cabo de Buena Esperanza, sin contar los colonos, ni los negros que allí se han introducido: los Cafres, los Hotentotes y los Bosjesmanes. Los primeros, que habitan hácia las costas del mar

en los lugares mas bajos y mas cercanos al ecuador, disfrutan del suelo mas fértil y de la temperatura mas suave; son labradores, zagales y cazadores. Los segundos, que habitan en llanuras áridas y elevadas, están un poco mas distantes del ecuador, y disfrutan por consiguiente de una temperatura menos apacible; son pastores y cazadores. Los terceros habitan en montes altísimos y sumamente áridos; están bajo un clima comparativamente frio, y no viven mas que de caza ó presa.

Ya hemos visto que los hombres pertenecientes á la primera de estas tres razas tienen la constitucion física mas robusta y la estatura mas alta que los de la segunda, y que estos á su vez son mas altos y mejor constituidos que los de la tercera. Hemos visto en seguida que las facultades intelectuales están un poco mas desarrolladas en los primeros que en los segundos, y algo mas en estos que en los terceros. Ahora hay que esponer el grado de perfeccion moral á que ha llegado cada una de estas tres clases de hombres, y cotejar sus costumbres con las de los pueblos clasificados bajo la misma denominacion, pero que viven en la zona tórrida.

Los Cafres, aunque cultivan la tierra, sacan de sus rebaños la parte mas considerable de sus subsistencias, viéndose en la precision de cambiar con frecuencia de sitio para proporcionarles pastos (1). No son conquistadores ni conquistados, y por consiguiente tienen una organizacion social menos complicada que la de los pueblos de aquel continente situados entre los trópicos. Reconocen un caudillo hereditario; pero este jefe casi no tiene prerogativas,

(1) Barrow, *Nuevo Viaje á la parte meridional de Africa*, t. I, cap. I, páj. 143 y 144.—Thunbergo, Viaje á Africa y Asia, cap. III, páj. 119.

y vive del mismo modo que todos los demás miembros de su tribu (1).

Entre ellos las mujeres son tan esclavas como entre los demás pueblos negros: están encargadas de las tareas sedentarias que exijen mas paciencia que denuedo; labran la tierra, siembran y cosechan, fabrican muebles, y construyen las viviendas, recojiendo los materiales (2). Los hombres cuidan de la guerra, de la caza y de la custodia de los rebaños (3). Las mujeres, durante el período menstrual, tienen que secuestrarse como las de Guinea y las de los pueblos cobrizos del norte de América. No tienen parte alguna en los bienes que al morir dejan sus padres. Son menos esmeradas en sus atavíos que los hombres (4). La poligamia es comun en este pueblo, pero un hombre no tiene mas de dos mujeres.

Los Cafres se muestran en sus guerras tan furibundos y vengativos como los demás pueblos que viven en las mismas costas. Si es sorprendida una poblacion, todos sus habitantes son pasados á degüello, y el pais queda convertido en un desierto (5). En la guerra son menos pérfidos que los Hotentotes; por lo comun embisten á los enemigos de frente, y no emponzoñan sus flechas. «El Cafre, dice Levaillant, siempre busca á su enemigo de frente, no pudiendo lanzar su azagaya que no esté á descubierto. El Hotentote, al contrario, oculto detrás de una peña ó de un zarzal, envia la muerte sin esponerse á recibirla. El

(1) Levaillant, *Primer Viaje al interior de Africa*, t. II, páj. 227, 228 y 263.

(2) Levaillant, *Primer Viaje al interior de Africa*, t. II, páj. 265. —Barrow, *Nuevo Viaje*, etc., t. I, cap. I, páj. 147.

(3) Thunbergo, cap. III, páj. 119.

(4) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 255, 262, 263 y 264.

(5) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 212, 213, 226 y 229.

uno es el tigre fementido que se arroja alevosamente sobre su presa; el otro es el leon jeneroso que se anuncia, se muestra, acomete y perece, si no queda vencedor (1).» Los Cafres han tenido bastante pujanza para poner coto á las usurpaciones de los colonos holandeses; los Hotentotes han dejado invadir todo su territorio (2). Por último, los Cafres, sin pecar por limpios, son mucho menos puercos que los Hotentotes (3).

Las tribus hotentotas no tienen todas unas mismas costumbres. Cuando su territorio fué invadido por los Holandeses, habian jeneralmente adoptado la vida pastoril, supliendo con la caza lo que no les rendian sus ganados. Algunos habia que, desentendiéndose de la vida de pastor, solo vivian de rapiña. La ocupacion de su territorio por los Europeos, y la opresion resultante, han alterado mucho sus costumbres; sin embargo, puédese juzgar de su antiguo estado por las descripciones que nos han dado los viajeros de aquel en que los vieron.

Cada tribu está sometida á un jefe ó capitan, que probablemente no tenia en otro tiempo mas funciones que marchar á la cabeza de la puebla, cuando iba á la caza ó queria embestir alguna ranchería enemiga. Este caudillo no es en la actualidad mas que un oficial de policía, que recibe su poder y el baston que lo representa, del jefe de la colonia holandesa, hoy perteneciente á los Ingleses. Su autoridad no siempre es acatada, y en las riñas que sobrevienen, no es raro que se sienta romper su mismo baston de mando por las espaldas (4).

(1) *Ibid.*, páj. 262.

(2) Barrow, *Viaje á la parte meridional del Africa*. t. II, cap. V, páj. 171 y 172.

(3) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 151.

(4) Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 230 y 281; t. II, páj. 90; y *Segundo Viaje*, t. III, páj. 459 y 460. —Los capitanes tienen sin embargo á veces bastante fuerza para apoderarse de las mujeres que les hacen al caso. Kolbe, t. I, cap. VI, páj. 67.

Las mujeres no son mas libres, ni están menos envilecidas en esta parte de Africa que en los climas mas ardientes. Un Hotentote, que da un buey para lograr un clavo, cree hacer gran negocio cuando da una de sus hijas en cambio de una vaca (1). Un hombre puede tener cuantas mujeres apetezca; pero es raro que tome mas de dos, y aun casi solo los jefes se atreven á gastar tanto lujo (2). Luego que una mujer pertenece á un hombre, ella es quien desempeña todos los quehaceres que exije la conservacion de la casa. Va á cortar la leña que necesita para preparar los alimentos, así como las yerbas y raices de que se sustentan aquellos pueblos. El marido, sin otra ocupacion que comer, beber, fumar y dormir, no la deja descansar sino las pocas ocasiones en que se aleja, ya para ir á la caza ó á la pesca, ya para vijilar sus rebaños. Las hijas parten entre sí las obligaciones de la madre, concurriendo á los mismos trabajos luego que tienen la fuerza necesaria (3).

La mujer no es admitida á comer con su marido, ni á vivir siquiera en la misma choza, sino en otra separada, sustentándose tambien con alimentos considerados como viles é impuros por los hombres (4). Cuando un mozo es

(1) Levaillant, *Segundo Viaje*, t. II, páj. 411; y t. III, páj. 17 y 18.

(2) Sparrman, *Viaje al cabo de Buena-Esperanza*, t. II, cap. VIII, páj. 90.—Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 55 y 56.

(3) Kolbe, t. I, cap. XV, páj. 235, 236 y 237.

(4) Kolbe, t. I, cap. XV, páj. 238, 239, 240 y 252.—Levaillant, *Segundo Viaje*, t. II, páj. 187.

Kolbe dice que las Hotentotas tienen el privilejio de comer liebre; pero claramente se ve á que se reduce este privilejio, cuando leemos en el viaje de Levaillant lo que sigue: «Los Hotentotes tienen una repugnancia invencible á la carne de liebre, no pudiendo resolverse á comerla.»

juzgado digno de ser admitido entre los hombres, se separa de sus hermanas y de su madre, y ya no come mas con ellas; entonces puede insultarlas y tratarlas como á esclavas, sin temor de ser castigado. Una madre está de continuo espuesta á los malos tratamientos de sus hijos; y tales ultrajes, lejos de ser mirados como efectos de mal natural, son tenidos por los hombres como pruebas ciertas de un valor heroico y de un denuedo descollan te (1). Las Hotentotas tienen que mantenerse secuestradas cuando se hallan en el período menstruo, lo mismo que las mujeres de los Cafres (2). Pueden ser despedidas por sus maridos y quedar privadas de todo recurso, si no son defendidas por sus propios parientes (3). Jeneralmente son castas y reservadas en su conducta: solo se ha hallado una tribu donde al parecer no reunen semejantes prendas (4).

Si alguna criatura, incapaz de atender por sí á su subsistencia, pierde sus padres, no solo nadie la proteje y socorre, sino que la entierran viva para que no pase por los horrores de una dilatada agonía. Las criaturas son enterradas vivas, aunque no se les muera mas que la madre, si no están destetadas en el acto de la muerte. La mujer que pare dos jemelos, mata ordinariamente uno, porque no puede criar á entrambos (5).

Las personas que llegan á viejas, y que no pueden cuidar de sí propias, ni ser útiles á los demás, son confinadas á una cabaña construida al intento, donde se les da

(1) Kolbe, t. I, cap. XV y XVIII, páj. 237, 282 y 283.

(2) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 51 y 52.—Kolbe, t. I, cap. XVII, páj. 268 y 269.

(3) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 54 y 55.

(4) Kolbe, t I, cap. VI, páj. 59.—Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 56, y *Segundo Viaje*, t. III, páj. 89 y 90.

(5) Sparrman, t. II, cap. VIII, páj. 93 y 94. — Kolbe, t. I, cap. XVII, páj. 263.

de comer una vez, abandonándolas en seguida: allí mueren de hambre ó son devoradas por las fieras. Igual suerte cabe hasta á los ancianos que poseen rebaños y tienen hijos; el mismo de entre estos á quien pasan esclusivamente sus bienes, pronuncia y ejecuta el fallo (1). Los enfermos tenidos por incurables esperimentan igual suerte (2).

Si tal es el destino de todos los entes desvalidos en el curso ordinario de la vida, fácil es conjeturar cual será su suerte cuando no pueden librarse del enemigo sino con la fuga, y en el caso todavía mas comun de verse acosados por el hambre. En semejantes circunstancias, los niños, los ancianos, los enfermos, los rezagados, y en una palabra, todos los séres débiles, quedan abandonados á los tormentos del hambre, ó al estrago del cuchillo. Ni los que huyen, dice Levaillant, están seguros de evitar el azote jeneral; mas de las tres cuartas partes mueren por el camino, en medio de los arenales y de las rocas, abrasados de la sed y consumidos por el hambre; los pocos que sobreviven tienen que hacer larguísimas marchas antes de encontrar algun leve recurso (3).

Los Hotentotes se distinguen de todos los pueblos de la misma especie por su estremada suciedad é invencible pereza: prínganse habitualmente, de piés á cabeza, con una mezcla de grasa, sebo y escrementos de animales; á la legua se deja sentir el hedor que exhalan. Las pieles de carnero con que se cubren, y las chozas que habitan, son, si cabe, todavía mas puercas que sus personas: están llenos de insectos que solo se quitan de encima para comérselos (4).

(1) Kolbe, t. I, cap. XXV, páj. 264, 265, 267.—Sparrman, t. II, cap. VIII, páj. 91, 92 y 94.

(2) Levaillant, *Primer Viaje*.

(3) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 87 y 88.

(4) Dampier, *Nuevo Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XX;

Su pereza corporal y mental es tanta, que nada hay capaz de hacérsela orillar, ni siquiera el hambre. No hay pueblo en lo sublunar, dice Kolbe, qne tenga tanta aversion á pensar y obrar; no parece sino que hagan consistir su felicidad en la inaccion y la indolencia (1); cuando han saciado el hambre, duermen; y si no pueden saciarla, duermen tambien para calmar los dolores que les causa.

Esperimentando alternativa de carestía y abundancia, como todos los animales que viven de presa, contraen sus mismos hábitos. « El Hotentote, dice Levaillant, es gloton, mientras tiene provisiones en gran copia; pero en la carestía, se contenta tambien con poco. Yo le comparo, bajo este aspecto, á la hiena ó á cualquiera de los animales carniceros que devoran toda su presa en un instante, sin pensar en el dia de mañana, y que efectivamente pasan muchos dias sin hallar alimento, contentándose con un poco de greda para entretener el hambre. El Hotentote es capaz de zamparse en un dia diez ó doce libras de carne; pero en tiempo de carestía bástanle, para satisfacer la necesidad mas perentoria, algunas langostas, un panal de miel ó algunos pedazos de cuero de sus sandalias. Nunca pude dar á entender á los mios que era cuerdo guardar algo para el dia siguiente; no solo se tragan cuanto pueden, sino que reparten las sobras á los que se presentan, sin que les hagan mella las consecuencias de esta prodigalidad. *Cazarémos*, dicen ellos, *ó*

páj. 213, 214 y 218.—Kolbe, t. I, cap. VI, VII, XVI, y XVII, páj. 80, 81, 83, 84, 87, 89, 249 y 260. —Sparrman, t. I, cap. V. —Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 219 y 220. — Degrandpré, t. II, páj. 186 y 187.—Thunbergo, cap. III, páj. 108.

Los Europeos han empezado á hacerles contraer algun hábito de limpieza. Barrow, t. I, cap. I. páj. 63.

(1) *Descripcion del cabo de Buena Esperanza*, t. I, cap. VI, páj. 80.

nos echarémos á dormir. El dormir es para ellos un recurso precioso; nunca he pasado por las ásperas y estériles comarcas donde es rarísima la caza, sin encontrar rancherías enteras de salvajes dormidos en sus kraales, indicio harto seguro de su miserable posicion; pero lo que mas sorprende, y lo que aseguro, en virtud de observaciones veinte veces repetidas, es que hacen del sueño lo que quieren, engañando á su antojo las urjencias naturales mas perentorias.

«Hay, con todo, instantes de ayuno superiores á sus fuerzas y hábitos. Acuden entonces á otro espediente no menos estrambótico, y que, por increible que parezca, no deja de ser un hecho sin réplica: yo les he visto apretarse el vientre con una correa: de este modo disminuyen su hambre, la toleran por mas tiempo, y el remedio les cuesta poquísimo (1).»

Su imprevision corre parejas con su holgazanería. Sus mujeres, encargadas de los abastos necesarios para el mantenimiento de la familia, rara vez se surten para mas de un dia. Si por casualidad se hallan abastecidos de algun artículo, están muy dispuestos á cederlo por lo primero que se les ofrezca, aun cuando para nada les sirva. Cuando el mal tiempo, las lluvias copiosas ó las tempestades, no les permiten salir segun su costumbre, la familia se ve reducida á la mayor estrechez, sustentándose solo con las pieles resecadas que les sirven de sandalias (2).

Las frecuentes carestías que padecen por su imprevi-

(1) Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 287 y 288.—El espediente que Levaillant trae como un hecho increible, es empleado por los negros de Mallicollo, y tambien por los Arabes. Mollien, t. I, cap. I, páj. 14.

(2) Levaillant, *Segundo Viaje*, t. III, páj. 18 y 19.—Kolbe, t. I, cap. XVI, páj. 250 y 251.

sion y pereza, les hacen contraer el hábito de alimentarse de sustancias que inspiraran invencible repugnancia á pueblos menos estúpidos y asquerosos. Si el viento les trae una de aquellas nubes de langostas que son un azote para las comarcas cultivadas de Asia ó de Africa, manifiestan un júbilo estremado. Apresúranse á recojer las que caen ó descienden al suelo, llenan de ellas sus almacenes, y por mas hedor que exhalen, las comen como un bocado deliciosísimo (1). Si las olas arrojan á la orilla del mar una ballena, un hipopótamo ú otro animal muerto y medio corrompido, corren á él los Hotentotes, y devóranlo en el acto, por mas que no les acose el hambre (2). El buitre, que exhala la fetidez de los animales de que se nutre, y que repugna á los cuadrúpedos mas carnívoros, es plato agradable para los Hotentotes (3). Comen con tanta avidez y brutalidad, que no parecen sino fieras hambrientas (4).

Los Holandeses, al establecerse en el cabo de Buena Esperanza, para afianzar mejor la sumision de los Hotentotes, les vedaron el uso de las armas, aunque fuese para

(1) Levaillant, *Primer Viaje*. t. II, páj. 283, 287, 288 y 297; *Segundo Viaje*, t. I, páj. 199, 229 y 230. — Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*, t. I, cap. I, páj. 139 y 140.

(2) Thunbergo, *Viaje al Africa y al Japon*, cap. III, páj. 120.— Levaillant.

(3) Levaillant, *Segundo Viaje*, t. I, paj. 128 y 129.

(4) Kolbe, t. I, cap. XVI, páj. 243.—Estrañará tal vez alguno que unos pueblos pastores se vean con tanta frecuencia acosados por el hambre, y que se nutran de alimentos tan groseros. La esplicacion de esta aparente anomalía consiste en que no crian á los animales para comérselos, sino para ordeñarles ó para acarrear sus bagajes. Muy raras veces se atreven á matar un buey ó un carnero. Sus prados no son bastante fértiles ni estensos para que cada familia pueda lograr un rebaño crecido. Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 67.

su defensa personal (1). Si se suscita alguna diferencia entre dos tribus, ellos mismos la resuelven (2). Los odio y antipatías nacionales que produce la guerra en todas las naciones, y que con tanta violencia se muestran en los pueblos todavía bárbaros, deben por consiguiente estar muy amortiguados entre los Hotentotes, suponiendo que los haya allí con la misma intensidad que en otras naciones. Los viajeros que los han visitado, han recibido muy buen trato, hallando en ellos jenerosidad, agradecimiento, probidad y exactitud en cumplir las promesas. Son incapaces de perfidia y disimulo; desconocen la mentira, en términos que ni siquiera saben negar los delitos que han cometido: si se les acusa de un hecho cierto, lo confiesan, y solo procuran disculparse. Son capaces de una adhesion inviolable y de una fidelidad á toda prueba á los amos á quienes sirven (3). Levaillant asegura sin embargo que los que viven habitualmente con los colonos, son hombres completamente depravados: lo estraño es que no sean monstruos; pero no dice en que consisten sus vicios (4).

Los pueblos cuyas costumbres acabo de bosquejar, son los que en la estremidad austral de Africa han adoptado la vida pastoril: pero en medio de ellos hay hombres que todavía están menos adelantados, y viven bajo una temperatura mas fria; tales son los Bosjesmanes, pueblos que han fijado sus moradas en los riscos. Entre ellos no

(1) Levaillant, *Segundo Viaje*, t. II, páj. 75.

(2) Kolbe, t. I, cap. VI. páj. 67.

(3) Kolbe, t. I, cap. III y VI, páj. 29, 60 y 61.—Levaillant, *Segundo Viaje*, t. I, páj. 158 y 159, y t. III, páj. 95, 98 y 99. —Barrow, *Viaje á la parte meridional de Africa*, t. I, cap. I, páj. 118, 135 y 136.—Raynal, t. I, lib. II, páj. 393.

(4) Levaillant, *Primer Viaje*, t. I, páj. 232.

hay ninguna especie de subordinacion social, aunque algunas veces se les ha encontrado en bandadas. Están tan aislados unos de otros, que al lado de la caverna de una fiera se encuentra otra caverna con la familia de un Bosjesman. Habitan en los zarzales ó en las escavaciones de los peñascos, como las bestias feroces cuyas costumbres han adoptado. Van ordinariamente desnudos, á menos que una cacería afortunada les proporcione apoderarse de algun animal, pues entonces llevan su piel sobre las espaldas hasta que de pura podrida se cae (1). Mientras pueden encontrar en la falda de sus montañas raices silvestres, arañas, langostas, serpientes, orugas, hormigas ú otros insectos, aliméntanse de ellos, y rara vez bajan al llano (2). Cuando les faltan estos alimentos, cojen su arco y flechas emponzoñadas; descienden al valle, y pónense en acecho, esperando, cual las fieras, que la casualidad les ponga á tiro algun animal que les sirva de presa (3).

«Retíranse y pasan su vida, dice Levaillant, en las rocas mas escarpadas y en las cavernas menos accesibles. En tales sitios domina su vista la llanura, atisba á los viajeros y rebaños diseminados; arrójanse como un rayo, y caen de improviso sobre los habitantes y los animales, degollándolos indistintamente. Cargados con su presa y con cuanto pueden llevarse, vuélvense á sus espantosos antros, para no salir de ellos, cual otros leones, hasta que se hayan saciado, y nuevas necesidades les inciten á nuevos destrozos. Pero como la traicion siempre tiembla, y la sola presencia de un hombre resuelto basta á menudo

(1) Sparrman, t. I, cap. V, páj. 263 y 264.

(2) Levaillant, *Segundo Viaje*, t. III, páj. 163 y 164. — Sparrman, t. I, cap. V, páj. 263 y 264.

(3) Levaillant, t. I, cap. V, páj. 259 y 260.

para amedrentar á aquellas gavillas de forajidos, evitan cuidadosamente todas las viviendas en las cuales saben que reside el dueño. El ardid y la astucia, recursos ordinarios de los cobardes, son los medios que emplean, y los únicos que les guian en sus espediciones (1).»

Los Bosjesmanes están sujetos á privaciones todavía mayores que las de los Hotentotes, sobre todo cuando sus fuerzas están menoscabadas ó no se han todavía desarrollado: en tales casos, su principal sustento se compone de hormigas. Frecuentemente he visto con dolor, dice Sparrman, algunos de aquellos pobres ancianos fujitivos que agotaban el resto de sus fuerzas para romper los endurecidos montecillos, no encontrando en ellos, despues de abiertos, mas que un animal usurpador, que, habiéndose introducido en el nido, se habia comido las hormigas y devorado sus provisiones (2). Estos hombres, cual todos los animales que viven de presa, aguantan el hambre por larguísimo tiempo; mas cuando pueden cojer alguna pieza mayor, devoran una prodijiosa cantidad de carne. Si arrojan una porcion de los alimentos que han injerido, por no estar la capacidad de su estómago en proporcion con su voracidad, vuelven otra vez á comer para llenar el vacio producido (3).

(1) Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 305 y 306. — Este viajero cree, como Kolbe, que los Bosjesmanes, de los cuales solo vió tres que atravesaban una montaña opuesta á la que él subia, no son mas que esclavos prófugos de la colonia. Esta opinion se halla desmentida por otros viajeros mejor enterados.

(2) Sparrman, t. VII, cap. III, páj. 22. — Levaillant, *Primer Viaje*, t. II, páj. 220 y 222.

(3) Peron, *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. II, lib. IV, cap. XXXIII, páj. 310. — Sparrman, t. I, cap. V, páj. 264 y 265.

Los Bosjesmanes están en guerra con todos los pueblos limítrofes ; pero sus enemigos para ellos mas peligrosos son los colonos holandeses. Con frecuencia los colonos, y aun las demás pueblas vecinas de los Bosjesmanes, dice Peron, hacen una corrida contra estos infelices, matando tan sin piedad como sin remordimiento á cuantos encuentran. Los Holandeses conservan sin embargo algunas veces á los niños para enseñarles á guardar rebaños; mas aseguran que á pesar de la educacion que les dan, nunca pueden hacerles perder sus primeras inclinaciones de holgazanería (1).

Estos pueblos no tienen rastro de valor: cuando son sorprendidos, los mas intrépidos huyen, y los demás se dejan cojer y degollar sin resistencia. Bastan seis ó siete colonos para asediar durante la noche á una cuadrilla de cincuenta ó cien individuos, y apoderarse de la mayor parte de ellos. Cuando los colonos tienen formada su circunvalacion, dan la señal de alarma con algunos tiros. Este estruendo inesperado consterna á los salvajes en términos, que solo los mas osados é intelijentes se arriesgan á salvar la línea y huir. Desembarazados los colonos de aquellos á quienes mas temian, cojen á los demás que están temblando y estúpidamente asustados (2).

Estos pueblos son harto salvajes, y se hallan sobrado desprovistos de recursos, para que ningun viajero haya podido establecerse entre ellos y estudiar sus costumbres

(1) *Viaje de descubrimientos á las tierras australes*, t. II, lib. IV, cap. XXXIII, páj. 310 y 311. — Peron cree que el tratamiento que dan los colonos á estos niños es la causa de su apego á la vida selvática, y cita en apoyo de su opinion un hecho que parece decisivo. Si este viajero filósofo hubiese tenido tiempo de estudiar las costumbres de los colonos, sus dudas se hubieran convertido en certidumbre.

(2) Sparrman, t. I, cap. V, páj. 265.

caseras ; pero es obvio que entre los indíjenas del Cabo, los mas débiles, los mas cobardes y bárbaros son los que habitan en los puntos mas elevados, frios y áridos ; y que los costaneros y ribereños son los mas robustos, los mas valerosos y los menos atrasados en la carrera de la civilizacion.

CAPITULO XXX.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza negra de las costas occidentales de Africa situados entre los trópicos.— Paralelo entre los pueblos de esta especie que viven en diferentes zonas.

Las varias clases de que consta un pueblo ejercen unas sobre otras un influjo tan señalado, que es casi imposible formar cabal concepto de las costumbres de cada una de las fracciones que lo componen, sin concebir ante todas cosas una idea jenérica del órden social contemplado en su totalidad. Debo pues esponer aquí, como en los capítulos anteriores, la constitucion jeneral de cada asociacion, antes de pasar á las relaciones que existen, tanto entre los varios quebrados de que se compone cada pueblo, como entre las naciones enlazadas por el comercio ú por la contigüedad de territorio.

Al estudiar las costumbres de los pueblos de raza malaya diseminados por las islas del Grande Océano, hemos visto, en los archipiélagos mas cercanos al ecuador, dos

razas de hombres en el mismo suelo; una raza de vencidos que cultivan la tierra que al parecer poseyeron en otro tiempo sus antepasados, viviendo en la postracion y la miseria, sin una mala vivienda siquiera para descansar, obligados á sustentarse con los alimentos mas soeces, y vejetando sin relacion mutua; y una raza de vencedores, organizados por el interés de la conquista, viviendo en la holganza, ó dedicándose únicamente á los ejercicios propios para conservarles la supremacia, no estimando sino los objetos cuya posesion esclusiva pueden alcanzar, amos absolutos de las viviendas, de las tierras, y hasta de los cultivadores. Hemos visto además que la organizacion social, harto complicada en los mismos archipiélagos, se simplificaba conforme nos alejábamos de las islas que mas han progresado en las artes, y que desaparecia casi del todo al llegar á la estremidad de las tierras australes, en Nueva Zelandia, ó en la tierra de Van Diemen. Por último, hemos visto que las pasiones malévolas crecian y se enconaban, y que los entes desvalidos eran tratados con mayor aspereza y crueldad, conforme nos hemos ido acercando al estado de barbarie.

Los pueblos de raza etiópica nos ofrecen, en el centro y en la estremidad austral de Africa, un espectáculo parecido al que nos han presentado la raza malaya en el Grande Océano, y la cobriza en América. La diferencia mas notable que encontrarémos entre los pueblos de raza negra de Africa y los de la misma raza observados en Nueva Holanda y la tierra de Van Diemen, será que los primeros han progresado algo mas que los últimos.

Los pueblos de la costa occidental de Africa, situados entre el ecuador y el trópico de Capricornio, aunque pertenecen todos á la raza etiópica, no habitan al parecer el suelo desde una misma época. Su organizacion social, y

las denominaciones con que designan á algunos de sus caudillos, prueban que una raza de conquistadores se enseñoreó del territorio y de los hombres que lo habitaban, y que se organizó para mantenerse en posesion del suelo y de los pueblos conquistados (1).

Los pueblos de estas rejiones sacan de la labranza casi todas sus subsistencias. La tierra, estraordinariamente feraz, se halla repartida en propiedades particulares. A escepcion del trigo, produce todas las plantas alimenticias que se dan en Europa, pudiendo producir todas las que no pueden vejetar sino bajo los trópicos: da dos, y á veces tres cosechas al año. Los habitantes pues se ven precisados á tener moradas fijas, y por consiguiente están mas sujetos que los indíjenas de la tierra de Van Diemen y de Nueva Holanda (2).

Los negros del Congo están sujetos á un caudillo jeneral llamado *fumú*, y al cual los viajeros europeos dan el nombre de rey. Este jefe, que orijinariamente no fué, segun toda probabilidad, mas que el jeneral de un ejército conquistador, reside en Loango, punto amenísimo de aquel pais; es el superior de todos los jefes que residen en otras partes del territorio. Además del poder que tiene sobre sus grandes vasallos ó su nobleza, es señor de muchas poblaciones que dependen inmediatamente de él, formando en rigor el patrimonio de la corona.

El caudillo jeneral no trasmite el poder á su hijo pri-

(1) L. Deprandpré, *Viaje á la costa occidental de Africa*, t. I, cap. III, páj. 171 y 172.—J. Mathew's *Voyage to the river Sierra Leona, on the coast of Africa*, carta V, páj. 74.—G. Mollien, *Viaje al interior de Africa, á los nacimientos del Senegal y del Gambia*, t. I, cap. III, páj. 148.

(2) En la Jeografía universal de Malte-Brun, t. V, entrega XC, páj. 7, pueden verse las plantas alimenticias de este pais.

mojénito: si muere, sus primeros oficiales forman un consejo de rejencia y le nombran un sucesor. Los magnates de raza negra han sabido conservar una prerogativa que los conquistadores de otras razas han dejado perecer. El rey no puede ser elejido sino de entre los próceres; pero basta haber nacido príncipe para ser elejible. «Podríase suponer, dice Degrandpré, que el vencedor, despues de haber establecido el asiento de su poderío en aquel pais, dió feudos á sus hijos ó á sus principales jefes, con el pacto de que le guardarian fidelidad y homenaje, y con la obligacion de un tributo, que verosimilmente fué á menos á la par que la autoridad del soberano, y que solo se conoce ya por el leve rastro de homenaje que subsiste en el dia (1).»

Las distinciones de categoría son tan señaladas entre los negros de la costa occidental de Africa, y las leyes de la etiqueta tan bien observadas, como en el estado mas monárquico de Europa. En la jerarquía feudal de los negros, el rey es la primera persona del estado; los príncipes de la sangre ocupan el segundo puesto; el tercero los maridos de las princesas; los señores feudales ó grandes vasallos el cuarto; vienen en seguida los corredores y negociantes; y ocupan el último lugar las personas que forman la masa del pueblo, y que se designan bajo el nombre de *mozos* (2).

Los jefes ó nobles logran un poder ilimitado sobre los hombres que se hallan en sus dominios, pudiendo venderlos, permutarlos ó matarles, segun les place. El único freno que les modera en el ejercicio de su poder, es el temor de que emigren á otra tierra, menoscabando de este modo su poderío en ventaja de sus rivales. Hay entre ellos dos especies de esclavos; unos anejos á la tierra,

(1) *Viaje á la costa occidental de Africa*, t. I, cap. III, páj. 167.
(2) Degrandpré, t. I, cap. II, páj. 105, 106 y sig.

como los de nuestro réjimen feudal, y otros anejos al servicio de la persona, y que son contados entre los objetos mobiliarios. Ni unos ni otros tienen nada propio; su amo mira como propiedad suya cuanto adquieren. Les obliga á seguirle en la guerra; y si se fugan, los reclama del magnate á cuyo territorio se han acojido. A veces se mueve una guerra para alcanzar su restitucion.

Los príncipes de la sangre y los maridos de las princesas tienen tambien grandes vasallos sobre quienes ejercen la misma potestad que estos sobre sus esclavos. Dicha potestad queda modificada por la que ejercen los mismos próceres, y probablemente tambien por el temor de verles pasar bajo la proteccion de otro amo.

Por último, el rey pretende tener una potestad ilimitada sobre todos los magnates de cualquiera categoría que sean, escepto los príncipes de la sangre: pero tal pretension solo es admitida cuando hay fuerza para sostenerla. Los grandes le resisten, cuando creen que abusa de su poder; mas como cada cual puede esperar la consecucion del poder supremo, respeta las prerogativas que algun dia pueden caberle. Muchos de estos grandes vasallos se dan tanta importancia, que no tributan fe y homenaje al caudillo jeneral, sino mandándole un príncipe de su sangre, y toman el título de rey del pais que dominan. Tales son los de Cabenda, Malenda y Mayomba. El emisario del rey ó gran vasallo de Cabenda, es el primero que se adelanta á los demás en las ceremonias; pues los próceres de raza negra no son menos puntillosos que los de color en cuanto á las reglas de etiqueta.

Los magnates de raza etiópica, lo mismo que los de raza caucásica, han constituido hereditario el poder, y lo trasmiten por órden de primojenitura; pero mas celosos de conservar la pureza de su sangre que los príncipes de las

demás razas, ó menos confiados en la virtud de las princesas, piensan que la nobleza no se trasmite sino por medio de las mujeres. Así, los hijos de una mujer de sangre real son siempre príncipes, sea quien fuere su padre; pero los hijos de un príncipe no toman jamás otra jerarquía que la que les da su madre. En los pueblos de esta raza, las infidelidades de las princesas no son cuestiones de estado: cuando el parto es un hecho no contestado, la lejitimidad no puede ser motivo de duda para nadie.

El rey tiene la prerogativa de distribuir á sus vasallos inmediatos cualquier terreno no ocupado, privilejio que en jeneral pertenece á todo jefe de un ejército conquistador. Por medio de las tierras de que dispone, y de cierto número de siervos que toma en sus dominios particulares, forma patrimonios para los príncipes que no lo tienen. El rey logra además la prerogativa de recibir un tributo de mujeres, que le pagan sus grandes vasallos en determinadas épocas, y particularmente en su advenimiento á la corona. A la manera de la mayor parte de los príncipes, establece tantos impuestos cuantos cree poder cobrar, versando en jeneral sobre los objetos de lujo y la venta de esclavos, ó son percibidos como derechos de portazgo. Por último, vende los empleos públicos que tiene derecho de conferir.

Los oficiales de real nombramiento son personas de alta importancia. Su primer ministro es el órgano de sus voluntades, y las trasmite á los grandes vasallos y á los demás oficiales. Como está en su mano el inspirar ó modificar las órdenes reales, todos los demás súbditos le temen sobre manera. El segundo ministro es el intendente jeneral del comercio: todos los asuntos mercantiles son de su jurisdiccion, y no pudiendo atender por sí solo á todos los negociados, tiene á sus órdenes cierto número de

oficiales. El tercer ministro sirve de intermedio entre el rey y los negociantes, haciendo el oficio de corredor: estas funciones son desempeñadas por el príncipe primojénito, quien por otra parte ejerce un poderío inmenso, reforzado con el influjo que le dan estas funciones. El cuarto ministro cuida de la administracion de hacienda, cobrando los impuestos y satisfaciendo los gastos. Hay además un quinto funcionario encargado de la policía del puerto, que juzga de los asuntos litijiosos en union con otro oficial. Los gobernadores de los pueblos que dependen inmediatamente de la potestad real, vienen á ser una especie de prefectos; sus principales funciones versan sobre la policía. Por último, hay una séptima clase de ajentes, cuyas funciones consisten en ser portadores de las órdenes de sus jefes inmediatos; llámanse *monibelos*. Cada magnate tiene un monibelo. El del rey es una de las primeras dignidades del estado; dúdase allí tan poco de las órdenes que comunica, como en Francia de las leyes ó decretos que publica el *Monitor*.

Cada vasallo del rey administra justicia á los hombres que viven en sus dominios; pero no juzga por sí solo, sino que preside un tribunal que siempre administra la justicia en público y en medio de una multitud reunida. Si hay que fallar una causa en jurisdiccion estraña, el señor se traslada á ella, toma la defensa de sus vasallos, y les procura una sentencia favorable. Les afianza y abona hasta cierto punto, y paga sus deudas, como no sean crecidas, pues en este caso, vende á sus mismas personas para desquitarse.

Si una de las partes no está satisfecha del fallo dado por el tribunal de su señor, ó si se cree víctima de una denegacion de justicia, puede apelar al rey. La única ventaja que le es dable esperar de su apelacion, se reduce á

hallar un asilo en las tierras reales, ventaja que deja de existir siempre que la emigracion es un mal peor que el que motiva la queja. Sin embargo, como los grandes vasallos de la corona temen la desercion de sus siervos á territorios estraños, no se entregan impunemente á la opresion sino cuando cuentan con el apoyo del caudillo principal.

En los procedimientos criminales, los acusados son sometidos al juicio de su dios. Cuando se ha cometido un delito grave, el acusado comparece ante los sacerdotes en presencia del pueblo, y demanda la prueba del veneno. Un sacerdote le da en seguida una taza de cierto licor preparado por él mismo. Si el veneno no produce efecto alguno, queda declarado libre el acusado, y si lo produce, es hecho pedazos á los primeros síntomas que se perciben de envenenamiento.

Los sacerdotes pueden negar á los acusados la prueba del veneno, y someterlos á la prueba del fuego. Esta consiste en empuñar una brasa de carbon; el acusado que no esperimenta efecto alguno, sale triunfante de la prueba, y el pueblo le acompaña á su casa con toda solemnidad, llevando por delante el fetiche que le ha defendido. «Sea cual fuere el medio de que se valgan los sacerdotes para guardar la piel de la accion del fuego, dice Degrandpré, es cierto que saben volverla incombustible, y que por medio de una preparacion previa, hacen sucumbir segun les place á los que su odio ú su venganza han destinado á la muerte. Bajo este aspecto son tanto mas temibles, en cuanto dirijen las acusaciones, y solo se sale indemne á fuerza de regalos.

«Sucede á veces, continúa el mismo escritor, que un hombre es sujetado á la prueba por un crímen cometido á veinte leguas del punto en que se halla, por mas que

esté probado el *alibi*. Tanta es su supersticion, que están en la firme creencia de que cabe enviar á quien se quiera el espíritu maligno, haciéndose de este modo reo de la muerte de un hombre, aun cuando se halle distante. Todas las muertes inopinadas son para los sacerdotes otros tantos motivos de pruebas, de las cuales no se sale indemne sino satisfaciendo su codicia, á menos de mediar razones particulares para hacer sucumbir al acusado, pues en tal caso no hay medio de salvacion (1).»

Un magnate puede ser acusado de un delito lo mismo que un hombre de la ínfima clase: puede por consiguiente incurrir en la pena de muerte; mas si llega á pronunciarse semejante fallo, entrega á uno de sus siervos, y este paga la pena (2).

El gobierno feudal, cuyo cuadro acabo de bosquejar, se halla establecido en todos los pueblos de la costa occidental de Africa, en una estension de cerca de cuarenta grados de latitud, no siendo probablemente menos antiguo que en los estados de Europa (3).

Esos ministros, esos reyes, esos próceres de raza negra no están menos engreidos de sus títulos y cuna, ni menos celosos de sus fueros que los personajes correspondientes que se ven en los pueblos de las otras razas; pero no se halla igual semejanza en las circunstancias esternas. El monarca de Loango es un negro que no lleva vestido, que anda descalzo, que habita en una choza de paja, que

(1) *Viaje á la costa occidental de Africa*, t. I, cap. II, páj. 52, 53, 54 y 55.—Las mismas pruebas se usan en el Senegal. Mollien, *Viaje al interior de Africa*, t. I, cap. II, páj. 105.

(2) *Ibid.*, cap. III, páj. 210.

(3) L. Degrandpré, t. I, cap. I y II, páj. 52 y sig. — G. Mollien, t. I, cap. III, páj. 148.—J. Mathew's *Voy. to the river Sierra-Leona*, carta V, páj. 74.

se sienta en el suelo, y come con los dedos. Sus ministros, sus principales vasallos, no están mejor aviados que su rey, ni viven con mas decencia; pero esto no compromete en manera alguna su dignidad, ni su importancia; el poder, las jerarquías y las distancias no son por esto menos reales.

Manifestada ya la organizacion social ó la distribucion de los poderes de los pueblos que habitan en la costa occidental de Africa, desde cabo Negro hasta el desierto de Zahara, convendria esponer ahora el uso que se hace de la combinacion de estos poderes. ¿El jeneral en jefe se vale de su autoridad sobre los grandes vasallos ó sobre los hombres de sus dominios, de una manera cruel? ¿Tratan los grandes vasallos á sus subordinados y siervos con mas humanidad que los próceres de raza malaya á los suyos?

Las costumbres de los pueblos de raza etiópica han sido observadas en Africa con menos esmero y perseverancia que las de los pueblos de raza malaya en las islas del Grande Océano. Los viajeros que les han visitado no han sido tantos, ni en jeneral tan instruidos. De consiguiente los hechos que nos son conocidos son menos, y no tienen igual certeza. Sin embargo, conocemos los suficientes para poder juzgar del estado moral de la poblacion.

Estos pueblos, lo mismo que los de las islas del Grande Océano, están divididos en diversas clases; no reconocen otras distinciones que las del nacimiento; sus riquezas consisten en tierras, y estas solo pertenecen á los magnates. De ahí podemos sacar la consecuencia de que todos los trabajos útiles son despreciados, y están á cargo de las clases inferiores; y que el hijo de un conquistador de raza negra se creeria envilecido, lo mismo que el hijo de un conquistador de raza malaya, si se dedicase al mas mínimo afan. Esto es realmente lo que se observa en las colo-

nias de América donde se halla establecida la esclavitud: si un noble de raza negra, vendido por su soberano, ú prisionero de guerra, se encuentra en el número de los esclavos, nada hay capaz de hacerle olvidar su cuna. Ni los ruegos, ni las promesas, ni las amenazas, ni los latigazos, son parte para obligarle á trabajar; nacido para vivir á costa ajena, antepone la muerte á todo otro medio de subsistencia. Los negros no salidos de las clases aristocráticas han recibido tambien de sus poseedores todas las preocupaciones peculiares de dichas clases; trabajan para ellos en las colonias europeas lo mismo que en las costas de Africa. Cuando algun noble esclavo se resiste á trabajar, se ven otros esclavos arrodillarse y suplicar á los colonos, sus amos, que añadan á su tarea la del señor cautivo, teniendo al noble personaje la misma deferencia que si estuviese en su pais (1).

Ls magnates son á veces vendidos por sus superiores, ó por otros magnates que les han vencido; pero ellos tambien venden á los hombres que se hallan en sus tierras. El tráfico de hombres, sobre todo desde que en él toman parte los cristianos de Europa, es de suma consideracion en las costas de Africa; es la única mercancía que los magnates de raza negra pueden dar en trueque de las que les traen los Europeos. Un prócer que se dejaría lastimar á latigazos, antes que envilecerse empuñando un arado, se honra haciendo el oficio de vender seres humanos. Al primer príncipe de sangre real tocan esclusivamente las nobles funciones de corredor (2).

La facilidad con que cargan sus buques en las costas de Africa los traficantes de esclavos, prueba que los negros

(1) J.-G. Stedman, *Viaje á Surinam y al interior de Guayana*, t. III, cap. XXV, páj. 73 y 74.

(2) L. Degrandpré, t. I, cap. III, páj. 197.

nobles venden sus siervos mas fácilmente de lo que supone el viajero que nos ha dado la descripcion de su gobierno. Los príncipes que hacen tales ventas no ignoran la suerte que aguarda á los vendidos, pues, segun la opinion de aquellos pueblos, los Europeos compran los hombres para comérselos (1). Cuando un rey quiere vender un número considerable de esclavos á los traficantes cristianos, invade una de sus propias poblaciones, sacrifica á los que se resisten, encadena á los que pudieran huir, y deja en libertad á los demás hasta que llega el momento de la venta (2).

Los padres ejercen un poder ilimitado sobre sus hijos, poder que respecto de las mujeres no cesa hasta que se casan, pasando entonces á ser propiedad de sus maridos. Como para casarlas, no se consulta su voluntad, un hombre puede tomar muchas, y venderlas como las compró, siempre que sean de jerarquía inferior á la suya. Cada mujer vive con sus hijos en una casa separada; las que no son princesas son tratadas del mismo modo, ó no hay entre ellas mas diferencias que las que gusta hacer el marido. Todas se hallan confundidas con los esclavos; si muere su marido, pasan á ser propiedad de su heredero (3).

Los príncipes escojen para esposas á las mujeres que les gustan, sin consultarlas á ellas ni á sus padres; y despídenlas ó las venden cuando están descontentos de ellas. Las princesas escojen tambien para marido al hombre que les gusta, pero no pueden tener mas que uno á la vez.

(1) Mollien, *Viaje al interior de Africa*, t. I, cap. III, páj. 143.— Degrandpré, t. II, cap. IV, páj. 54, 55 y 56.

(2) Mollien, t. I, cap. II, páj. 47 y 48.

(3) J. Mathew's, carta VI, páj. 116.—L. Degrandpré, t. I, cap. II, páj. 101, 102 y 149.—Raynal, *Hist. filosóf.*, t. VI, lib. XI, páj. 92.

Tienen la facultad de variar de marido tan á menudo como quieran. Con frecuencia sucede que escojen á un hombre rico, le arruinan, y luego le despiden para tomar otro de quien se desprenden tambien despues de haberle empobrecido. Los hijos no suceden sino á la madre; y he aquí el medio infalible de conservar los bienes en las familias segun el principio del gobierno feudal (1).

Consistiendo las principales prerogativas de los aristócratas en vivir ociosos, á costa del sudor de las demás clases, resulta que el trabajo es el destino esclusivamente reservado á la parte mas envilecida de la poblacion. Las mujeres cultivan los campos y cuidan de todos los quehaceres domésticos, debiendo en jeneral atender á la subsistencia y demás necesidades de la familia. De dia trabajan en el campo, y de noche muelen el mijo que les sirve de alimento (2).

Por un efecto de la distincion de jerarquías, el caudillo jeneral domina sobre todos los hombres, no pudiendo jamás confundirse con ellos. Los príncipes y las princesas dominan á los próceres, y los tratan con desprecio, porque pueden venderlos. Los magnates tratan todavía con mayor desprecio á sus vasallos, considerándolos á enorme distancia de su posicion. Por último, las mujeres, á fuer de mas débiles, forman el ínfimo eslabon de la cadena social. Siempre se presentan delante de sus maridos en ademan humilde, les sirven la comida, y solo se sustentan de los desperdicios. De tal estado de postracion, que tambien hemos encontrado entre los Malayos y los negros del Grande Océano, y que es comun á todas las mujeres, solo se esceptúan las princesas. Durante el periodo menstrual, tienen que secuestrarse en una cabaña, co-

(1) Degrandpré, t. I, cap. II, páj. 109, 110 y 111.

(2) Mollien, t. I, cap. IV, páj. 292 y 293.

mo entre los pueblos cobrizos del norte de América, no pudiendo comunicar ni aun con el que les lleva la comida (1).

Como los magnates no se pueden distinguir del pueblo por el lujo, descuellan por el rendimiento en que mantienen á sus inferiores, no permitiéndoles acercarse á ellos sino de rodillas, otro de los privilejios mas preciosos de la aristocracia.

La venganza entre estos pueblos es siempre estremada por cualquiera que se juzgue insultado: esta pasion es la causa mas frecuente de sus guerras. Cuando dos naciones están en guerra, todos sus individuos son respectivamente tratados como enemigos; una riña particular produce ordinariamente una guerra jeneral. Procuran vencer á sus enemigos por sorpresa, y huyen el combate cuando les ven dispuestos (2).

Si comparamos el estado social de los pueblos cuyas costumbres he descrito en el capítulo anterior, con el estado social de los pueblos cuyas costumbres van descritas en el presente, algunos de los primeros llevarán al parecer la ventaja. Sin embargo, examinando separadamente la suerte de cada una de las clases de la poblacion, se verá que dicha preeminencia es mas aparente que real.

La tierra es infinitamente mas fértil en las costas occidentales de Africa, situadas entre los trópicos, que en el Cabo de Buena Esperanza: en uno y otro pais las mujeres tienen que dedicarse á las tareas que exije la subsistencia de la familia; pero en el último, con el mismo trabajo se consigue mayor cantidad de subsistencias; las mujeres pues no han de trabajar tanto, y están mejor alimentadas.

(1) Mollien, t. I, cap. IV, páj. 292 y 293. — Raynal, t. VI, lib. II, páj. 192 y 193.—Degrandpré, t. I, cap. II, páj. 102 y 103.

(2) J. Mathew's, *Voyage to the river Sierra-Leona*, Carta V, páj. 86 y 87.

En un pais naturalmente muy fértil, donde se dan varias plantas alimenticias, no se observa ninguna de aquellas carestías tan frecuentes, segun hemos visto, en el Cabo, y que obligan á los habitantes á devorar las sustancias mas ásperas é inmundas. En aquellos momentos terribles es cuando nadie consulta mas que su interés individual, mostrándose el egoismo en toda su desnudez; entonces son sacrificados los mas desvalidos, y por consiguiente, ancianos, enfermos, mujeres y niños son los primeros que sucumben. Estas miserias no suceden tan á menudo, ó son menores en un pais donde ha progresado un tanto la labranza, que en otro donde la caza y la leche de los rebaños constituyen los principales medios de existencia.

Los negros de los trópicos están sujetos á una subordinacion muy dura; muchos de ellos están anejos á la tierra; pero este quebranto, que es muy grave, no iguala al que resulta de las continuas guerras que hay entre todas las rancherías de salvajes. En los trópicos, los hombres han de temer verse arrebatados para ser vendidos como esclavos; pero entre las rancherías bravas, cada una de ellas ha de temer á cada momento verse sorprendida y esterminada. Al esponer las costumbres de los pueblos de raza malaya, hemos visto que hay menos seguridad entre los hombres mas fuertes de Nueva Zelandia que entre los mas débiles de las islas de los Amigos. Hemos visto tambien que los salvajes mas robustos del norte de América se hallan espuestos á mayores peligros que los hombres mas débiles entre los pueblos labradores de la misma raza que viven entre los trópicos.

CAPITULO XXXI.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza mogola del oriente y del centro de Asia.

El Asia encierra pueblos de raza mogola, de raza caucásica y de raza malaya. En algunos puntos se han barajado estas razas; mas el continente asiático ha quedado dividido de modo que cada raza ha venido á ser esclusivamente dueña de un quebrado mas ó menos considerable de territorio.

En la parte mas occidental, la masa de la poblacion pertenece á la raza caucásica; en la estremidad austral é islas contiguas, se encuentran pueblos de raza malaya; en las demás partes, la mole de la poblacion pertenece casi por entero á la raza mogola, ó á variedades de la misma. Por ahora solo hay que tratar de las costumbres de esta (1).

Al examinar en que partes del Asia están mas desarro-

(1) Es obvio que aquí solo trato de las grandes masas; para el objeto que me progongo, no necesito entretenerme en las escepciones, ni discutir su orijen.

lladas las facultades físicas é intelectuales de las naciones de raza mogola, hemos encontrado á los hombres mas débiles, menos intelijentes y en menor número, en los climas mas frios; y hemos observado que conforme nos acercábamos á la línea equinoccial, eran mas altos, robustos, intelijentes é industriosos. Trátase de saber ahora si la gradacion que hemos observado respecto del desarrollo de las facultades físicas é intelectuales, existe en órden á la perfeccion de las costumbres; es decir, si, partiendo de los climas mas frios y acercándonos al ecuador, se desarrollan las pasiones benévolas y se apocan ó estinguen las contrapuestas.

Los pueblos de la estremidad septentrional de América, los de las islas Aleutias, situadas entre el norte de América y Asia, y los del nordeste de este último continente, pertenecen todos á la misma raza. Al hablar de los pueblos de la América septentrional, he manifestado ya las bárbaras y toscas costumbres de los primeros; y ahora vamos á ver que las de los pueblos del nordeste de Asia y de las islas que parecen enlazar este continente con el americano, no son mas acendradas ni suaves (1).

Los habitantes de las islas Aleutias y de Kamtschatká nunca han escedido del estado de pueblos cazadores y pescadores. La tierra, pues, siempre ha sido entre ellos propiedad comun, como las orillas del mar y las riberas. Estas naciones no conocen otras propiedades privadas que sus

(1) De cosa de un siglo á esta parte, habiéndose apoderado los Rusos de aquellas rejiones, los indijenas han sido casi enteramente destruidos: sus gobiernos, sus costumbres y relijion han quedado casi completamente borrados. Los pocos individuos que quedan todavía en las islas Aleutias ó en la península de Kamtschatká no son en cierto modo mas que instrumentos de caza, de los cuales se sirven los Rusos para proporcionarse pieles.

viviendas, sus instrumentos de caza ó de pesca, y sus abastos. No tenian pues necesidad de gobierno en tiempo de paz, bastándoles en el de guerra un caudillo director de sus espediciones. Para saber de consiguiente cuál era su estado social, basta conocer sus relaciones de familia, las que mediaban de individuo á individuo, y de tribu á tribu.

A la llegada de los Rusos á aquel pais, las mujeres eran tratadas como esclavas; un hombre poseia á veces cinco ú seis, y para que no alborotasen, hacia á habitar cada una de ellas en una choza separada. Las mujeres eran consideradas como propiedad de su dueño, y así es que un marido que recibia una visita se apresuraba á ofrecer una de las suyas á su huésped: si no tenia mas que una, le ofrecia su hija. Eran permutadas, alquiladas y vendidas, como una mercancía; en tiempo de carestía, el marido que daba la suya por una vejiga llena de grasa, creia hacer escelente negocio. El desprecio con las mujeres arrojaba á los hombres á un vicio que por mucho tiempo se ha creido peculiar de los pueblos de los climas cálidos. Dicho vicio se habia jeneralizado tanto, é inspiraba tan poco rubor, que muchos individuos tenian un amante disfrazado de mujer.

Las relaciones entre padres é hijos eran análogas á las que mediaban entre los dos sexos. Un padre trataba á sus hijos, como á sus mujeres, á fuer de propietario; los prestaba, los alquilaba ó los vendia; para ceder su propiedad, se contentaba á veces con una friolera, con un objeto del mas ínfimo valor. Por su parte, los hijos, en llegando á cierta edad, les trataban del mismo modo con que ellos habian sido tratados en su niñez, no respetando en manera alguna á los ancianos. Estos pueblos no tenian la idea mas remota de aseo ni rubor.

En sus relaciones de individuo á individuo, los isleños estaban en perpetua querella, y se arrojaban al asesinato

sin visos de remordimiento. En sus relaciones de ranchería á ranchería, se hallaban siempre en mutua guerra. Las mujeres eran el botin que se proponian en sus espediciones. En sus relaciones con los estranjeros que les visitaban, eran groseros y nada hospedadores (1).

Tales costumbres han sido probablemente modificadas por la permanencia y dominacion de los Rusos. Arduo es sin embargo creer que hayan ganado mucho con ella, cuando vemos que la poblacion, lejos de aumentar, ha disminuido mucho; y por otra parte nos veríamos apurados, si tuviésemos que designar la ventaja que puede proporcionar jamás la esclavitud. Por lo demás, parece que estos pueblos fueron fácilmente subyugados; segun dicen los mismos Rusos, en ninguna parte hay hombres mas dóciles y mas dispuestos á cargar con el yugo, que los naturales de Kamtschatká. Con todo, no hay que atribuir su endeblez ó sus vicios al calor del clima, pues su invierno es de nueve ó diez meses, y durante la mayor parte de dicha estacion, el pais se halla cubierto de nueve ó diez piés de nieve.

Las islas Kuriles, que juntan en cierto modo á Kamtschatká con las del Japon, y que sin duda forman parte de la misma cordillera de montañas, están situadas bajo una latitud menos fria que las Aleutias. Sus moradores desconocen no obstante la vida agrícola, sacando sus principales subsistencias de la caza y de la pesca. Estos pueblos, si los juzgamos por los de la isla Saghalien, con quienes tienen muchas relaciones, son de costumbres menos bárbaras que los de las islas mas cercanas al norte; pero no los conocemos bastante para poder describir su estado social.

(1) Coxe, *Nuevos descubrimientos de los Rusos*, cap. X, XI, XIII y XV.

Las islas del Japon, que en su largo abrazan cerca de quince grados de latitud, tienen un clima muy variable durante todo el curso del año. Los inviernos son frios; la nieve permanece muchos dias en la tierra, aun en la parte meridional; los calores son moderados por los vientos que soplan de la parte del mar. Los pueblos de estas islas han sido no obstante citados como modelos de la corruptora influencia que ejerce el calor del clima en el carácter moral de las naciones. Montesquieu habla de las costumbres atroces de los Japoneses, cual si realmente fuesen los mas corrompidos y bárbaros de la tierra; pero, además de engañarse en órden á la temperatura del clima, merecen poquísima confianza las autoridades en que se funda. Unos misioneros que tratan de entregar á una potencia estranjera una nacion que no les habia llamado, y que sin embargo les acojió con la mayor benevolencia y cordialidad, puédense sospechar parciales cuando hablan de ella.

Desde que de resultas de una conspiracion formada por los Portugueses en aquellas islas (1737), son escluidos de ellas todos los Europeos, menos los Holandeses, los navegantes han tenido pocas relaciones con los moradores. Sin embargo, es fácil convencerse por lo poco que cuentan, y sobre todo por el testimonio de Thunbergo, que penetró en el pais con los Holandeses, que el carácter moral de los indíjenas del Japon es superior bajo muchos aspectos al de los isleños mas cercanos al norte.

Los Japoneses han progresado en todas las artes. La tierra, dividida en propiedades particulares, está muy bien cultivada, y por consiguiente tienen un gobierno mas ó menos complicado, que, segun los viajeros, es teocrático y absoluto. Thunbergo asegura no obstante que el príncipe se porta con mucha circunspeccion, con arreglo á las

leyes del pais y al consejo de los magnates. Dice que las funciones de los administradores no duran mas que cinco años, pasado cuyo tiempo vuelven á la condicion de particulares, previa rendicion de cuentas de su encargo; en fin, que cada cual puede conseguir fácilmente justicia y reparacion de los agravios y perjuicios que se le causen (1). Nada hay que demuestre que estos ajentes de la autoridad se dejen cohechar fácilmente; y la imposibilidad en que se han visto los Rusos de hacer aceptar el mas mínimo regalo á un oficial del gobierno japonés, aun en la estremidad del imperio, hace presumir lo contrario (2). Por último, no hay ejemplar de que los Japoneses hayan tratado de hacer conquistas, habiendo repelido siempre los ataques que se han querido dar á su independencia, caracteres de moderacion y de valor de que pocas naciones pueden vanagloriarse (3).

Como los Japoneses nunca han sido conquistadores ni conquistados, no conocen la esclavitud doméstica, ni la territorial; y el tráfico de hombres les horroriza. Cada Japonés ejerce la profesion ó industria que le place, estableciéndose en el punto del imperio que mas le acomoda. Su gobierno paga en el acto cuanto les compra; cuida de la conservacion de los caminos con escrupuloso esmero, y la prosperidad del pais es tal, segun Thunbergo, que no hay otro que le iguale.

Las mujeres del Japon disfrutan de mucha libertad; la poligamia es desusada en aquel pais, aunque no está formalmente prohibida. Los hijos son criados con blandura, nunca mal tratados, y hasta se evita el hablarles con aspereza. Este pueblo es tan naturalmente apacible, que se

(1) Thunbergo, cap. XIII.
(2) Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo.*
(3) Thunbergo, cap. XIII.

indignaba al ver la brutalidad con que trataban los Holandeses á sus criados. Habituados á la prevision y á la frugalidad, nunca se entregan al desenfreno ni á la embriaguez; desconocen el hambre, y tampoco están al parecer sujetos á carestías. No se encuentran pues en ellos los vicios que suelen enjendrar aquellas dos calamidades. Habiendo sido engañados por los Europeos, se han vuelto muy circunspectos con ellos; pero naturalmente son bondadosos y confiados (1).

Los Japoneses tienen vicios como todos los pueblos. Al parecer no dan tanta importancia como nosotros á la castidad de las solteras; dan al soberano y á sus oficiales muestras de respeto reprobadas por nuestras costumbres; su orgullo nacional es muy subido, aunque tal vez no difiere del de los demás pueblos sino en ser menos disimulado; pero, bien considerado, disfrutan de una suma de libertad civil infinitamente mayor, y tienen las costumbres menos viciosas que ninguno de los pueblos del norte de Asia, y aun del norte de Europa (2).

Los habitantes de las islas Lieu-Kieu, que parecen ser de la misma raza que los Japoneses, que siguen las mismas

(1) Thunbergo, cap. XI, XII y XIII.

(2) Las leyes penales de un pueblo son á veces un medio bastante exacto para apreciar sus costumbres, y sobre todo las de los hombres que los gobiernan. Sin embargo este medio no es infalible; y aun cuando fuese cierto que las leyes penales del Japon son tan severas como ha pretendido un viajero, no se seguiria de ahí que las costumbres de la masa de la poblacion fuesen crueles. Además, dichas leyes son en algunos puntos menos severas que las de ningun pueblo de Europa. El asesinato de su príncipe, que es á un tiempo jefe de la relijion, es castigado con la muerte: cuando el reo es convicto, recibe una espada del majistrado y se hiere él mismo. Compárese este procedimiento con el suplicio de Damiens, y vénganos luego á hablar de las costumbres atroces de los Japoneses.

reglas de policía con los estranjeros, y que están mucho mas cerca de la línea equinoccial, solo se han dado á conocer á los últimos navegantes europeos que les han visitado, por una política y una jenerosidad que quizás no tiene igual en ningun otro pueblo. No solo han acojido con la mayor benevolencia á los viajeros faltos de auxilio, manifestándoles tomar parte en sus quebrantos, sino que les han dado gratuitamente y en grandísima cantidad cuantos víveres necesitaban. No les permitieron visitar lo interior del pais, porque al parecer se oponen á ello sus leyes, pero les negaron esta fineza con mucha blandura, manifestándoles pesar de no poder acceder á su demanda (1). Estos pueblos, tan industriosos como los Chinos, y que hacen remontar su civilizacion á muchos millares de años, están, sin embargo, unos diez grados mas cerca del ecuador que los habitantes de las islas del Japon. Debieran por consiguiente tener duplo ó triple número de vicios, y estar sujetos á un gobierno mucho mas tiránico. Son al parecer los pueblos mas felices del Asia; comedidos, afables, sobrios, industriosos, enemigos de la esclavitud, del embuste y de la ratería (2).

(1) Broughton, *Viaje de descubrimientos*, t. II, lib. II, cap. II, páj. 52.

(2) Grosier, *de la China*, lib. IV, t. II, páj. 142.

CAPITULO XXXII.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza mogola del oriente y del centro de Asia. — Continuacion del capítulo anterior.

Los pueblos de la China pertenecen todos á la raza mogola; pero se dividen, como los del centro de América, en dos clases muy distintas: de conquistadores y conquistados. Los descendientes de los Tártaros, que forman la primera, que son los menos numerosos, y que temen siempre ser repelidos al norte, de donde llegaron sus antepasados, han adoptado algunos de los usos de los vencidos, tomando su traje, idioma y forma de gobierno; pero á pesar de ellos y del influjo de los climas, han en parte conservado sus costumbres primitivas (1). Son groseros y orgullosos, y no sabrian hacer otro oficio que el de soldado, si sus jefes no les obligasen á concurrir á los afanes de la labranza. Su principal ocupacion consiste en

(1) Barrow, *Viaje á China*, t. II, cap. VIII, páj. 214 y 217.

mantener su dominio y vivir á espensas del trabajador (1). La haraganería, el orgullo, la ignorancia y el desprecio para con las clases laboriosas, son los caracteres de los descendientes de los conquistadores, en el imperio chino, lo mismo que en todos los paises del mundo, sea cual fuere su latitud. Las honras que por precision tributan á la labranza no prueban otra cosa mas que el influjo de un pueblo civilizado en los bárbaros que lo subyugaron.

Aun cuando el caudillo tártaro que está á la cabeza de imperio haya adoptado el idioma, las leyes y el traje de la nacion vencida; por mas que haya nacido en el pais, y hayan trascurrido muchas jeneraciones desde la conquista, conserva en favor de todos los descendientes de los conquistadores la parcialidad que naturalmente tenian sus antepasados en favor de sus compañeros; considérase siempre, y es considerado por sus súbditos, como tártaro; y por último, de los Tártaros saca sus soldados, sus oficiales, sus ministros, sus criados de confianza, sus esposas, sus concubinas, sus sirvientes, y hasta sus eunucos (2).

La parcialidad del jefe del imperio en favor de los hombres de oríjen tártaro, se reproduce en cada uno de sus ajentes. En todas las contiendas que sobrevienen entre Tártaros y Chinos, dice Macartney, se manifiesta la parcialidad, no debiéndose esperar casi nunca que la balanza de la justicia sea mantenida con firmeza entre el conquistador y el vencido. Este quebranto, sin embargo, es poco perceptible en las provincias meridionales, donde no se hallan mas Tártaros que los que ocupan los primeros empleos (1). El orgullo y la superioridad que afectan los hombres de esta raza son todavía tales, que asustan á los descendientes de los vencidos, y un Chino, sea cual fuere su jerarquía, apenas se atreve á sentarse delante de un Tártaro de categoría igual á la suya (2). Y poco lo estrañarémos, si se atiende á que un pueblo industrioso, labrador y amigo de la paz, está sometido á un ejército de un millon de infantes y novecientos mil caballos (3).

(1) «En China todo varon de oríjen tártaro cobra paga desde el instante de nacido, y es inscrito en la lista de los servidores del príncipe. Estos Tártaros forman la guardia á la cual está confiada la seguridad de su persona.» Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. III, cap. II, páj. 132 y 133, t. V, cap. II, páj. 235, 236 y 243.

(2) Macartney, t. III, cap. II, páj. 132.

Reina secreta antipatía entre las dos razas. Los Chinos consideran á sus conquistadores como á bárbaros, ignorantes, bribones, groseros y malvados; los vicios de los Tártaros forman el texto habitual de sus conversaciones; designando la traicion y la maldad con el mismo nombre de su nacion (4). Por su parte, los Tártaros, convencidos del odio que enjendra la opresion, sienten contra los Chinos la antipatía que les inspiran, y no lo saben encubrir; por numeroso ejército que les asista, no tienen confianza en la duracion de su dominio. Están al parecer convencidos de que un pueblo esclavizado no puede poner término á sus humillaciones y padecimientos, sino espeliendo ú aniquilando la raza de sus vencedores; y como no quieren dejar los restos de sus antepasados en un pueblo enemigo, los hacen trasladar á la tierra que fué cuna de su poder (5).

(1) *Viaje á China y Tartaria*, t. IV, cap. I, páj. 49.

(2) Barrow, *Viaje á China*, t. II, cap. VIII, páj. 217.—Macartney, t. III, cap. II. páj. 43.

(3) Macartney, t. IV, cap. II, páj 122.

(4) Macartney, t. III, cap. II, páj. 133 y 134; y cap. III, páj. 338.—Los Chinos se acuerdan todavía de que cuando los Tártaros se apoderaron por primera vez de Pekin, levantaron tiendas para ellos, y alojaron sus caballos en los palacios de los emperadores chinos. *Ibid.*

(5) Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. V, cap. III, páj. 339.

Los Chinos casi no usan de la pena de encarcelamiento para la represion de los delitos. Tampoco conocen al parecer las penas que nosotros llamamos puramente infamatorias; así es que no se valen mas que de castigos corporales: el látigo, el destierro y el bambú para los delitos leves, y la estrangulacion para los graves. La primera de estas penas corre una escala graduada desde la mera amenaza hasta el suplicio mas cruel, dejando por lo mismo puerta franca á la arbitrariedad. Alcanza indistintamente á todo el mundo, desde el primer ministro hasta el último jornalero, al Tártaro como al Chino. Para imponerla, no se necesita mas que una queja y la órden de un oficial civil; á veces es aplicada por la ira y de una manera cruel (1). Estas penas indican sin duda la presencia del despotismo; y nótese que este es cabalmente de la misma naturaleza que el del norte de Europa y de Asia. La única diferencia que entre los dos se observa, consiste en que el despotismo de los paises frios es mas antiguo y violento (2).

En muchos puntos, las leyes penales de esta nacion son menos severas y mas próvidas que las de la mayor parte de los pueblos de Europa; preven mejor sobre todo los abusos que de su autoridad pueden hacer los ajentes del gobierno (3).

(1) Barrow, *Viaje á China*, t. I, cap. IV, páj. 270, 271 y 301; y t. II, cap. VIII, páj. 157 y 163.—Macartney, t. IV, cap. I, páj. 39 y 40.

(2) «No solo el pueblo (en el último siglo) era esclavo del terron, sino que los magnates, los mismos príncipes cuyos antepasados habian sido soberanos, á la menor señal del déspota, eran azotados á latigazos ó lastimados por las varas.

«Si una cortesana embriagada (fenómeno harto comun) faltaba á alguno de sus deberes, era públicamente azotada.» Leveque, *Historia de Rusia*, t. IV, páj. 134 y 135.

(3) *Ta-Tsing-leu-lee*, ó Leyes fundamentales del código penal de la China, traducido del chino por Jorje-Tomás Staunton.

Una parte de la poblacion de China está accidentalmente sujeta á ciertos pechos ó servicios por los cuales recibe un cortísimo salario (1). Cuando debe reunirse el pueblo en gran multitud, los ajentes de policía andan por la poblacion chasqueando el látigo (2). Hay leyes suntuarias que ponen coto á los gastos privados, dificultando de este modo el libre uso de la propiedad (3). Por último, en caso de insolvencia, el deudor y los individuos de su familia pueden ser declarados esclavos (4). Estas leyes y algunas otras análogas solo pueden ser propias de naciones que no son enteramente libres; y nosotros podemos tener razon de preferir á la policía china otra policía practicada á palos ó bayonetazos en vez de latigazos que chasquean (5).

Estos usos ó estas leyes no deben hacernos olvidar que los labradores chinos no son esclavos territoriales; que en aquel pueblo solo son esclavos los individuos que se

(1) Barrow, t. I, cap. IV, páj. 272.—Macartney, t. III, cap. IV, páj. 273 y 274.

(2) Macartney, t. II, cap. IV, páj. 332.

(3) Barrow, t. I, cap. IV, páj. 250.

(4) Macartney, *Viaje á China*.

(5) He oido encomiar varias veces, en el continente, el modo de hacer la policía los constables ingleses. Armados, dicen, de una varilla, basta que hagan un signo para que el pueblo les obedezca. He visto hacer esta policía particularmente los dias de corte. La varilla de los constables es un palo variegado, corto y grueso por un cabo, á manera de la porra de los salvajes; un solo golpe bien dado basta para dejar á un hombre en el sitio. Los constables que van armados con dicha porra, sin otra insignia de su autoridad, son tantos, que á la verdad hay para que temerles. Esta policía me ha recordado la descripcion que da el capitan Cook de la usada en las islas del Océano Pacífico. Una y otra tienen probablemente el mismo orijen. Todo bien calculado, aun son preferibles los látiges de la China.

venden, ó los deudores insolventes (1); que aun estos pueden reclamar su libertad al cabo de cierto tiempo; que el único impuesto que existe es invariable; que es percibido de los productos de las tierras, y no pasa de su décima parte; que desconocen ese enjambre de contribuciones que agobian á todos los pueblos libres de Europa; que su emperador nada saca del tesoro público para el uso de su casa; que se mantiene del producto de sus bienes particulares; que á nadie puede condenar á muerte por su autoridad privada; que si quiere perder ú oprimir á un enemigo, tiene que sobornar ó intimidar á los jueces, lo cual no es siempre necesario entre los pueblos del Norte; que el gobierno sujeta los funcionarios de su nombramiento á pruebas desconocidas en los estados que se creen mas libres; que en un imperio con ciento diez y siete millones de almas mas que en Europa, el número de los sentenciados á la pena capital rara vez pasa de doscientos en un espacio de tiempo bastante largo; que todos sus procesos son revisados en la capital del imperio; y por último, que si el trono es hereditario en la familia reinante, el príncipe puede siempre escojer de entre sus hijos por sucesor al que le parece mas digno de gobernar (2).

La libertad de cultos es mas completa en China que en otra parte alguna del mundo, sin esceptuar los Estados

(1) Un hombre puede venderse para asistir á su padre necesitado, ú para hacerle enterrar con decencia.

(2) *De la China, ó descripcion jeneral de este imperio, redactada con arreglo á las memorias de la mision de Pekin, por el abate Grosier*, tercera edicion.—Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XXIV, páj. 450.—Barrow, *Viaje á China*, t. II, cap. VIII, páj. 193 y 196.—Macartney, t. IV, cap. I, páj. 31, 32, 41, 44, 45, 60 y 61; t. II, cap. IV, páj. 377, y t. III, cap. II, páj. 134 y 135. — Barrow, t. II, cap. V, páj. 252.

Unidos de América. Allí no se conoce ninguna relijion dominante; el gobierno no paga ni favorece á ningun sacerdote: tampoco hay ningun impuesto establecido en favor de clero alguno. Cada cual trabaja ó huelga los dias que le da la gana, sin atender á otra regla que su conveniencia y sus opiniones personales. Los templos se abren cada dia, y en ellos se ora cuando se juzga conveniente. No se profesa una opinion relijiosa para adular al poder: el emperador tiene su relijion; los mandarines la suya; la mayoría del pueblo tambien tiene la suya; cada cual paga, si quiere, á los ministros de su culto, así los cristianos como los demás. Los sacerdotes no son fanáticos; adórnanles costumbres puras y regulares, no disfrutando de mas consideracion que la de su mérito personal (1).

Los Chinos, cual todos los pueblos de la tierra, han conocido las persecuciones relijiosas. Siempre que el gobierno ha creido oportuno dispensar una proteccion especial á una relijion, hanse encontrado en ella hipócritas ó fanáticos para persuadirle que era de su deber é interés proscribir á todas las demás; entonces se han visto disputas, pendencias y sacrificios; los sacerdotes del partido dominante han degollado á sus adversarios y demolido sus templos... Pero como, desde el establecimiento de la dinastía de los Tártaros, ninguna relijion ha sido predilecta, todas ellas han vivido de acuerdo (2).

Cuando en un pueblo reina entera libertad de opiniones relijiosas, puédese razonablemente creer que no está muy trabada la libertad de pensar en todas materias, á

(1) Macartney, *Viaje á China*, t. III, cap. IV, páj. 266 y 268; t. II, cap. IV, páj. 307; t. IV, cap. II, páj. 173. — Barrow, *Viaje á China*, t. II, cap. VIII, páj. 185; cap. X, páj. 320 y 331.—Mac-Leod, cap. VI, páj. 194 y 195.

(2) Barrow, *Viaje á China*, t. II, cap. X, páj. 320.

lo menos en las que no conciernen al gobierno. Así en China la libertad de imprenta no conoce restricciones; no hay precaucion, no hay medida alguna previa á la emision de los conceptos. Cada cual puede á sus costas publicar lo que juzga útil, y la profesion de impresor es allí mas libre que en otras partes el oficio mas comun (1). No hay duda que el temor de los castigos basta para reprimir la licencia y restrinjir la libertad; pero este temor, que no satisfaceria á todos los gobiernos, es menos contrario á la libertad que las humillantes medidas á las cuales sin chistar se someten ciertos pueblos que creen el despotismo confinado al Asia (2).

En China están admitidas la poligamia y la reclusion de las mujeres; estas son entregadas á hombres á quienes jamás han visto. Pudiérase creer que la condicion es igual entre los esposos, pues los hombres aceptan tambien mujeres á quienes no conocen; pero es claro que en caso de error por una ú otra parte, siempre sale peor librada la mas débil (3). En China, lo mismo que en Persia, antes de concluir un matrimonio, los contrayentes saben quien es la persona que va á ser su consorte, no decidiéndose

(1) Barrow, *Viaje á China*, cap. VIII, páj. 181 y 182.

(2) «En China, dice Barrow, la prensa es tan libre como en Inglaterra, y *cada cual puede ejercer la profesion de impresor*; fenómeno singular, y tal vez único *bajo un gobierno despótico.*» *Viaje á China*, t. II, cap. VIII, páj. 180.

Estoy lejos de negar el título de *despótico* al gobierno chino; sin embargo, cuando los Europeos le dan tal calificacion por contraste á sus gobiernos, es imposible no traer á la memoria el dicho de aquel jentil-hombre canadense, quien, medio desnudo, sin hogar ni ajuar, y no sabiendo vivir mas que de caza, decia, hablando de un Indio, buen cultivador y propietario de una buena posesion: *Voy á comer á casa de Tomás; es el mejor de todos los salvajes.*

(3) Barrow, *Viaje á China*, t. I, cap. IV, páj. 215 y 246.

sino en virtud de los informes que se les han dado de su edad y circunstancias. Segun Chardino, son tan exactos los informantes, que uno queda mas instruido despues de haberles escuchado, que si hubiese visto á la misma persona. Como las facultades intelectuales de las mujeres son contadas por muy poca cosa, y como la reclusion afianza suficientemente su virtud, es muy probable que los inconvenientes que resultan de este modo de proceder no son tan graves como nos parecen. Muchos paises hay en los cuales no es mejor atendida que en China la intelijencia de las mujeres, donde está menos asegurada su castidad, y en los que no se las conoce mejor, aun cuando se permita el acceso á ellas. Todo bien calculado, quizás hay tantos esposos burlados en los paises donde los sexos disfrutan del libre trato, como en los estados asiáticos (1).

Montesquieu atribuye al calor del clima la poligamia y la reclusion de las mujeres en Asia; pero además de que la mayor parte del territorio de la China goza de un clima templado, las mujeres son mas esclavas conforme nos acercamos á los climas frios. El emperador de la China no cuenta en su serrallo sino las mujeres que voluntariamente entregan sus propios padres; al paso que el Khan de los Tártaros escoje las que le gustan, y, segun relato hecho al embajador inglés, no puede casarse jóven alguna sin que antes la hayan examinado los eunucos, para ver si es digna del serrallo (2). En Asia, la poligamia, la esclavitud

(1) Grosier, *De la China*, t. V, páj. 270.—«Parece, dice Chardino, que esta costumbre de casar á una mujer sin haberla visto antes, no debe producir sino matrimonios infelices; pero no es asi, y aun puede decirse en jeneral que los matrimonios son mas dichosos en los paises donde se toma mujer sin haberla visto, que en aquellos en los cuales son vistas y tratadas.» T. II, páj. 238.

(2) Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. V, cap. III, páj. 341 y 342.

de las mujeres y la castracion existen bajo los climas mas frios lo mismo que en los mas cálidos, y donde quiera producen los idénticos resultados. En el Imperio Chino, cual en Persia y en todos los paises donde está admitida la pluralidad de mujeres, no es mas que un lujo desconocido para la mole de la poblacion. Las mujeres de las clases inferiores de la sociedad no están reclusas, y se dedican á las tareas mas ordinarias (1).

Los Chinos, segun Barrow, son el pueblo mas apocado y cobarde que se conoce sobre la haz de la tierra; dan las gracias al majistrado que les castiga, y besan el bambú que les hiere: la mera accion de desenvainar una espada ó sacar una pistola les hace entrar en convulsion. Posible es, con efecto, que un pueblo que desconoce todas las artes y usanzas de la guerra no esté dotado de aquella clase de valor tan comun entre los pueblos de Europa. Entre nosotros vemos á muchos hombres que tiemblan á la vista de un celador de policía ó al solo oir una amenaza de cualquier majistrado civil, y que no se atreverian á emitir sus ideas en presencia de dos testigos. Si fuesen juzgados por los habitantes de un pais libre, serian considerados como los hombres mas viles y cobardes; mas colóqueseles delante de una batería, é irán á hacerse matar á la voz de un jefe. Estas diversas clases de valor y de cobardía no pueden ser productos del clima, supuesto que se encuentran á la vez en el mismo suelo: ¿no están igualmente espuestos al influjo del clima los Tártaros gobernantes y los Chinos gobernados?

Por otra parte, es difícil persuadirse de que esa cobardía que se echa en rostro al pueblo chino, sea muy real, ó que á lo menos esté jeneralizada, cuando los viajeros

(1) Barrow, t. I, cap. IV, páj. 248 y 250.

que de ella nos hablan, dicen que no hay que esperar que la dinastía tártara se mantenga en el trono bastante tiempo para barajarse con la nacion conquistada (1); que á pesar de los crecidos ejércitos del gobierno, se forman gavillas de ladrones harto formidables para amenazar á las ciudades mas populosas (2); que sin raciocinar sobre el derecho de variar su gobierno, muchos de ellos miran semejante variacion como un medio de mejorar su estado; que están muy propensos á tomar parte en las revueltas que con frecuencia estallan, ya en una provincia, ya en otra (3); que la mera declaracion de los derechos del hombre pudiera hacer fermentar sus ánimos, porque son capaces de impresiones fuertes, y están dispuestos á grandes empresas; que hay entre ellos hombres cuyos principios tienen por base el odio á la monarquía, y que alimentan esperanzas de derrocarla (4); y por último, que algunos piratas chinos infunden terror por todas las provincias meridionales, haciendo recelar una conflagracion jeneral (5).

Los Chinos, que por lo mas habitan un clima variable y templado, son activos y laboriosos (6); mas su actividad parece que va á mas conforme se acercan á la línea equinoccial. En Ting-Hai, á menos de treinta grados del

(1) Macartney, t. III, cap. II, páj. 134.

(2) Barrow, t. III, cap. XII, páj. 76.

(3) Macartney, t. III, cap. III, páj. 173.

(4) *Ibid.*, t. III, cap. III, páj. 171.

(5) Krusenstern, *Viaje al rededor del mundo*, t. II, cap. XXIII, páj. 370 y 371.—«La máxima jeneral de obedecer al príncipe, dice Macartney, pudiera muy bien ceder en algunos ánimos á la *nueva doctrina* del derecho divino y del deber de resistir á la opresion.» T. III, cap. III, páj. 174.

(6) Barrow, *Viaje á China*, t. III, cap. XII, páj. 68 y 79.

ecuador, descuellan sobre manera la industria y la actividad; los hombres andan siempre muy atareados, no hay un solo mendigo, y todo el mundo trabaja (1). Igual es la actividad de los Chinos entre los trópicos: en Macao, la industria está en su auje. Los Portugueses que poseen aquella isla á título de conquistadores, odian el trabajo ni mas ni menos que los nobles de todas razas y de todos colores. Cuando no pueden vivir de impuestos, se presentan en la calle, con la cabeza erguida y la espada en el cinto, á pedir *noblemente* limosna; pero son jentileshombres por la conquista, y no por el calor del clima (2). En Manila, donde hay Chinos á millares, se les ve en perpetua accion al lado de los indolentes Españoles (3).

Las colonias holandesas, situadas casi debajo del ecuador, ofrecen un contraste todavía mas chocante. Allí, bajo la misma latitud y en el mismo suelo, se encuentran tres poblaciones diferentes: los Holandeses, amos y conquistadores; los indíjenas, esclavos conquistados ó comprados; y Chinos que se han ido estableciendo allí, y que pueden abandonar el pais. Los Holandeses, que tan activos é industriosos son en su pais nativo, tienen en la isla de Java todos los hábitos y vicios de los conquistadores; adolecen de su ociosidad, de su orgullo, de su insolencia, de su prodigalidad, de su lujo, y sobre todo de su crueldad. No hay entre ellos y un ejército conquistador otra diferencia, sino que han hermanado el cálculo y la codicia mercantil con los vicios propios de todos los conquistadores. Los esclavos y la poblacion avasallada son

(1) Macartney, t. II, cap. I, páj. 50.

(2) «No es raro para un Inglés que resida en Macao, verse saludado por un Portugués con casaca raida, peluca y espada, pidiendo limosna.» Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. IV, cap. II, páj. 174 y 175.

(3) Mac Leod, Viaje del *Alcestes*, cap. VII, páj. 223.

cobardes, indolentes y perezosos; necesítase una multitud de ellos para ejecutar lo que con muchísima facilidad haria una sola persona libre (1). Los Chinos, que no son vencedores ni vencidos, y que no tienen el orgullo de los primeros, ni la bajeza de los segundos, ejecutan todos los trabajos. Aquellos hombres industriosos cultivan la tierra, abastecen los mercados de vejetales, volatería y carne, cosechando el arroz, la pimienta, el café y el azúcar, necesarios para el consumo y la estraccion. Hacen el comercio interior y de cabotaje, sirviendo de corredores, factores é intérpretes á los Holandeses y á los naturales. Arriendan y recaudan los impuestos y las rentas de los unos y de los otros; en una palabra, ejercen todas las profesiones (2). En Batavia, los Chinos son albañiles, carpinteros, sastres, zapateros, mercaderes por menor y corredores; hacen todo lo que exije esmero y trabajo; sin ellos, los Holandeses peligrarian de morirse de hambre. Los mismos hombres que tanto descuellan por su actividad y amor al trabajo, se distinguen tambien por su honradez y apacibles costumbres (3).

Los habitantes de las Célebes, que viven bajo el ecuador, son ájiles, robustos, industriosos, y están dotados de mucho valor. Otros pueblos situados bajo la misma latitud y en los mismos distritos, como los Papúes, los

(1) Thunbergo, *Viaje á Africa, Asia y Japon*, cap. VIII, páj. 222 y 228.—Cook, *Primer Viaje*, t. IV, lib. III, cap. XII, páj. 345 y 346.—D'Entrecasteaux, *Voyage à la recherche de La Perouse*, t. I, cap. VII, páj. 155 y 159, y cap. XXI, páj. 471.—Labillardière, t. II, cap. XV, páj. 312 y 313.—Mac-Leod, cap. IX, páj. 305 y 323.—Raynal, t. I, lib. II, páj. 419, 432 y 446.

(2) *Viaje á la parte meridional de Africa y á las Indias*, t. I, páj. 36 de la introduccion.

(3) *Viaje á China*, t. I, cap. IV, páj. 297.

habitantes de Coram y de las islas de Mindanao, se distinguen, sino por su civilizacion, á lo menos por su enerjía y audacia (1). Por último, los pueblos de Asia que habitan mas cerca del ecuador, los de la península de Malaca, son tambien los mas animosos y activos. «Estos bárbaros, dice Raynal, dejan muy atrás las antiguas costumbres de aquellos tiempos en que el fuerte tenia por proeza atacar al desvalido: animados hoy por un furor inesplicable de morir ó de hacerse matar, van á veces con un batel de treinta hombres á atacar nuestros buques, y algunas veces triunfan. Si son rechazados, no es al menos sin el consuelo de haber derramado sangre. Un pueblo á quien tan inflexible valor infundió naturaleza, puede ser esterminado, mas no sometido á la fuerza (2).» Bueno será observar que estos últimos pueblos se hallan clasificados entre los que pertenecen á la raza malaya.

Los viajeros que hablan de las costumbres caseras de los Chinos, no les hacen mucho favor, pero sus relatos están desmentidos por los de los misioneros, no alcanzándose cómo han podido juzgar de ellas unos hombres que han estado como encarcelados; y por último, no siempre andan todos de acuerdo (3). Acúsase á los Chinos de mala

(1) Raynal, *Hist. filosóf.*, t. I, lib. II, páj. 350.

(2) *Hist. filosóf. de las dos Indias*, t. I, lib. I, páj. 176 y 177.

(3) Dicen, por ejemplo, que la propiedad está mal afianzada, y aseguran al mismo tiempo que en un territorio ocho veces mas estenso que Francia no se ve un palmo de tierra en barbecho (Macartney, t. II, cap. III, páj. 202, y t. IV, cap. II, páj. 117), y que «los Chinos están tan *acostumbrados* á mirar como propiedad suya una heredad, mientras pagan su arriendo, que un particular de Macao á poco pierde la vida por haber querido subir el precio del arriendo á sus colonos chinos.» (Barrow, t. II, cap. VIII, páj. 189.)—Dicen que sus leyes son muy buenas en teoría, que tienen máximas sobre manera cuerdas, pero que sus costumbres son viciosas; y aseguran al mismo

fe en su comercio con los Europeos; y sobre este particular andan muy discordes las opiniones. Parece que en muchos casos los viajeros han dado mas crédito á las relaciones que se les han hecho, que á su propia esperiencia. «Tuvimos, dice Barrow, pruebas convincentes y repetidas de la sobriedad, honradez, atencion y delicadeza de nuestras tripulaciones *y de todos los Chinos que nos trataban* (1).» ¿Hay muchos estranjeros que puedan hacer semejante elojio de las poblaciones de Paris y Lóndres?

Macartney ha observado que los Chinos podian resistir un trabajo moderado por mas tiempo que la mayor parte de los Europeos de las clases inferiores. Ha buscado la causa de este fenómeno, y ha creido hallarla en la superioridad de educacion y costumbres de los primeros. Se les hacen contraer, dice, desde muy temprano, hábitos mejores y mas sanos, estando por mas tiempo bajo la direccion de sus padres. Los mas de ellos son sobrios; cásanse jóvenes, estando por lo mismo menos espuestos al incentivo del libertinaje, y menos sujetos á aquellas enfermedades que emponzoñan la vida en su primera fuente (2).

Al paso que se acusa á la clase comerciante en jeneral de mala fe, se dice que no hay paraque confundirla con los negociantes que tratan con los Europeos en Canton, bajo la sancion inmediata del gobierno, y que siempre se han distinguido por su lealtad y escrupulosa exactitud (3).

tiempo que *allí todo proverbio antiguo tiene tanta fuerza como una ley*. (Barrow, t. I, cap. IV, páj, 269.)—¿Cómo cabe que las leyes no tengan fuerza? ¿cómo es posible que su conducta esté en oposicion con sus máximas?

(1) Barrow, t. I, cap. II, páj. 134 y 135.

(2) *Viaje á China y Tartaria*, t. III, cap. IV, páj. 267.

(3) Barrow, *Viaje á China*, t. I, cap. IV, páj. 303.

«Tenemos, dice Jorje Dixon, muchas é incontestables pruebas de la superioridad de su policía sobre todos los paises del mundo; pues los negociantes ingleses dejan frecuentemente en Canton, cuando salen para Macao, sumas de mas de cien mil libras esterlinas, sin mas resguardo que el sello de los vocales del *hong* y de los mandarines (1).»

Sin embargo, las quejas de los negociantes europeos que frecuentan el puerto de Canton son demasiado jenerales para creerlas infundadas; mas si algunos negociantes chinos viniesen á tratar en las principales ciudades de Europa, sin entender palabra de nuestros idiomas, ni conocer ninguno de nuestros hábitos, probablemente darian las mismas quejas. Un buque chino que viniese á los puertos de Lóndres, deberia temer tanto la codicia, las arterías, y la oficiosidad de los chalanes que se agolparian á ofrecerle sus servicios, como un buque europeo en los puertos de la China. La pintura que hiciese del populacho que le hubiese rodeado durante su estancia, no seria una representacion muy puntual de la poblacion que hubiese dejado de ver.

Como sea, aquí no se trata de comparar pueblos de raza mogola con pueblos de raza caucásica; solo tratamos de esponer las circunstancias bajo las cuales prosperan mejor pueblos de una misma raza, y las posiciones que favorecen el desarrollo de ciertas pasiones con preferencia á otras.

Hemos visto que conforme nos vamos adelantando desde el norte hácia la línea equinoccial, la poblacion de China se va volviendo mas activa y laboriosa; que en Ting-Hai todo el mundo, sin escepcion, trabaja, y que

(1) *Viaje al rededor del mundo*, t. II, páj. 179.

nadie pide limosna. Hemos visto además que en las islas del Asia situadas entre los trópicos, los Chinos se distinguen entre todas las naciones por su probidad y por la pureza de sus costumbres, al paso que se hacen graves cargos á los que están mas hácia el norte. La esplicacion de estos fenómenos se halla en el modo con que se diseminaron por el pais los conquistadores. Los mas de ellos se quedaron al rededor de su jefe, y allí por consiguiente están de baja la actividad, la industria y el respeto á la propiedad. En las provincias meridionales de la China, al contrario, no se encuentran mas descendientes de conquistadores que los altos funcionarios; aquí, pues, dominan las costumbres de los hombres del pais, dejándose sentir apenas los vicios y las preocupaciones importadas del centro del Asia.

Los pueblos de raza mogola, del norte y del nordeste de Asia, ¿atesoran costumbres mas acendradas y apacibles que los de la misma raza del sudeste ó del sur? ¿Son mas jenerosos, mas francos, y sobre todo mas libres? La mayor parte del norte de Asia y de Europa, desde el mar de Kamstchatká hasta el Báltico, forma parte del imperio ruso. Ya hemos visto á qué se reducen las virtudes y la suma de libertad de algunos de los pueblos diseminados por aquel inmenso territorio; y mas adelante veré mos cuáles son las virtudes y la libertad que existen en las demás partes del imperio de Rusia. Faltaria saber si los Mogoles que habitan en los páramos mas elevados ó en las montañas del centro de Asia, son mas libres y virtuosos que los Chinos.

«La vida militar, dice Macartney, es mas propia para un Tártaro que para un Chino. La áspera educacion, las toscas costumbres, el ánimo activo, las inclinaciones vagabundas, los principios relajados, y la conducta irregu-

lar del Tártaro, son mas propios para la guerra que los hábitos calmosos, arreglados, caseros, morales y filosóficos de los Chinos. No parece sino que la Tartaria esté destinada para enjendrar guerreros, y la China literatos (1).»

(1) Macartney, *Viaje á China y Tartaria*, t. IV, cap. II, páj. 124 —Los Tonguths abandonan á sus padres decrépitos ó enfermos, lo mismo que algunos de los pueblos del norte de América. Barrow, *Viaje á China*, t. III, páj. 188.

CAPITULO XXXIII.

Relaciones observadas entre los medios de subsistencia de las diversas clases de la poblacion, y el estado social de algunos pueblos de raza mogola del occidente y del centro de Asia.

La Persia nos ofrece un fenómeno análogo al que acabamos de observar en China; á saber, dos clases de hombres que orijinariamente pertenecen á la misma raza, pero que se han hallado en posiciones diferentes. Los unos son descendientes de los primeros hombres que se apropiaron el suelo cultivándolo; y los otros son los descendientes de las rancherías que se lanzaron de las montañas y los subyugaron. Los primeros ejercitan las artes y cultivan la tierra; los segundos chupan la mejor parte de sus productos, desempeñan los empleos públicos, mandan los ejércitos, y componen la corte del monarca.

Los caracteres físicos de los jefes de esta parte de la poblacion han variado un tanto por sus enlaces con mujeres de raza caucásica; pero no así los caracteres morales: los reclutas del ejército se sacan de las montañas del

centro del Asia. La poblacion industriosa está pues constantemente sujeta á hombres cuyos conceptos y hábitos morales se forman en rejiones incultas y frias. Y esta distincion era necesaria para alcanzar la diferencia que media entre las costumbres de las diversas clases de la poblacion.

La Persia no ha sido siempre lo que es en el dia; muchas partes de los desiertos hoy inhabitados fueron antiguamente cultivados, y contenian una poblacion industriosa. Las guerras que sus habitantes han tenido que sostener contra los estranjeros, dieron principio á la ruina del pais, y los soldados de un lugar-teniente de Omar y la relijion de Mahoma la completaron.

El gobierno de Persia, como el de Turquía, no tiene mas principio que la conquista; y de consiguiente todos los poderes se hallan como concentrados en las manos del caudillo del ejército. Pero como toda fuerza puede ser destruida por otra contraria, los conquistadores han hecho intervenir un segundo poder para consolidar su posesion, llamándose delegados y ministros del Sér Supremo. Los Persas no han creado ficciones acerca de los efectos que causa la potestad de sus príncipes: lejos de suponer que sus reyes no puedan dañar, dicen, al contrario, que son de suyo injustos y violentos, y que como á tales deben mirarse: en su idioma, lo mismo es *hacer el rey*, que cometer injusticias y violencias. Si se quejan ante un majistrado de algun ultraje, y quieren espresar el mayor grado de agravacion, dicen: *ha hecho el rey conmigo* (1). Si bien juzgan á sus reyes por los hechos que ven, sin ilusionarse en órden á la naturaleza y consecuencias de su gobierno, admiten, como punto de relijion, que

(1) *Viaje á Persia*, t. V, cap. I, páj. 219 y 220.

les deben obediencia plena y cabal, siendo solo lícito el negársela cuando la relijion lo ordena. Profesan el principio de que las órdenes del rey son superiores á todas las leyes humanas: «así, dice Chardino, el hijo ha de ser el verdugo de su padre, ó este de su hijo, cuando el rey dispone su muerte; mas por otra parte creen que sus órdenes son inferiores al derecho divino (1).»

Estas máximas no son doctrinas de convencion, que se reciten sin creer en ellas, sino resultantes de una conviccion profunda. Los sacerdotes las imprimen en los ánimos, por cuanto forman la base de su prepotencia, sin que nunca puedan aplicarse en desventaja suya. Con efecto, supuesto que las voluntades del príncipe están subordinadas á las de los sacerdotes, interés de estos es que aquellas sean superiores á todo lo demás. Entre los magnates, los mismos sabios miran á los reyes, no solo como á ministros de la justicia, sino en cierto modo como á oráculos de la justicia divina. Es el principio de la fatalidad tan estremado como cabe, y que les infunde aquella inconcebible resignacion á la voluntad real, que manifiestan en todas las circunstancias. Si su rey les condena á perecer, esperan sin chistar el fallo de su muerte; y cuando va á cumplirse, muchas veces ayudan ellos mismos al ejecutor (2).

(1) Si el rey manda á un hombre que mate á su padre ó á su hijo, el tal hombre debe obedecer, porque no es contrario al derecho divino matar á un padre cuando el rey lo ordena; pero si manda á un sacerdote que restituya unos bienes usurpados, no debe ser obedecido, porque el derecho divino veda á la Iglesia devolver al propietario los bienes que posee, aun cuando los haya recibido de un usurpador: he aquí la moral relijiosa de los sacerdotes de Persia. Chardino, t. V, cap. I y V, páj. 219 y 381.

(2) Chardino, *Viaje á Persia*, t. IX, páj. 97 y 98.

Habiendo sabido por boca de sus sacerdotes que sus reyes les fueron dados por la divinidad, y que la voluntad real no tiene mas superior que la divina interpretada por los sacerdotes, no hay que estrañar que los próceres se honren con el título de esclavos del rey, título que solo se da á las tropas que se quieren halagar, y á las personas criadas en la corte ó nacidas en los empleos (1). Como el título de *súbdito* denota un hombre conquistado, es calificacion vil que solo se da á los labradores ó á jente inferior; pero se dice *un esclavo del rey*, á la manera que en otro tiempo se decia en Francia, *un marqués*... (2); aquel título indica que el que lo lleva es instrumento ú aliado del conquistador. Hablando de joyas ó de ricos trajes, dicen que son dignos de la ropería de los *esclavos del rey*; si hablan de un embajador á quien se haya permitido hacer una reverencia al monarca, dicen que *ha besado los piés de los esclavos del rey*; y por último, si hablan de una heroicidad hecha por el mismo rey, dicen que *los esclavos del rey han hecho una grande accion* (3): nada es bastante grandioso para ser digno del rey, y todo se atribuye á sus esclavos, es decir, á los soldados y oficiales de su ejército (4).

(1) *Ibid.*, t. III, cap. XII, páj. 435.
(2) Chardino, t. V, cap. V, páj. 308.
(3) *Ibid.*, t. II, páj. 110.
(4) Resulta pues que los Persas, atribuyendo á los ministros todos los actos del príncipe, no están en una línea menos constitucional que Delolme y la mayor parte de nuestros escritores. Muy constitucionales son tambien en órden á la responsabilidad ministerial: pocos ministros hay cuyos bienes no sean tarde ó temprano confiscados, ó tal vez estrangulados ellos mismos ó desollados. Por último, los Persas son mas constitucionales que ningun pueblo de Europa por lo que toca al *derecho de peticion*: el palacio de su rey está habitualmente asediado por ocho ú diez mil agraviados ó peticionarios que acuden de todos los puntos del imperio. — Chardino, t. V, cap. III, páj. 280. — El respeto á tales máximas no es sin embargo un obstáculo para los malos ministros, ni una garantía para el público. De ahí no hay que inferir que sean funestas dichas máximas; solo quiero sacar la consecuencia de que la seguridad de que goza un pueblo, está en razon de las costumbres, de las luces y de la organizacion de las diversas clases que lo componen, y no en razon de un cierto número de máximas que se pregonan ó se huellan segun las circunstancias.

La educacion de los príncipes es correspondiente á las ideas que de ellos dan los sacerdotes al resto de la nacion. Encerrados con mujeres y eunucos, se les enseña desde luego á leer, escribir, tirar el arco y hacer algunos ejercicios manuales; pero no reciben otro desarrollo intelectual que el que les dan los sacerdotes, y estos no les enseñan mas que lo concerniente á la relijion: leer el alcoran, y saber interpretarlo en el sentido que quieren los sacerdotes, á esto se cifra toda la ciencia de un príncipe. Puede tener pues, en órden á la divinidad de su persona, las mismas ideas que sus súbditos, sin que por esto se menoscaben los intereses del sacerdocio. Domínanle las ideas de sus preceptores, y estas nada tienen de comun con la moral ó la humanidad. Los sacerdotes se hacen dueños de los príncipes formando su entendimiento, y de las princesas casándose con ellas. Con efecto, cásanse con ellas, y los hijos que enjendran pueden suceder al trono ni mas ni menos que los hijos de los mismos príncipes (1).

Claro está que en un pais donde los sacerdotes han logrado arraigar tales máximas, y donde semejante educa-

(1) Chardino, *Viaje á Persia*, t. V, cap. III, páj. 241 y 247, y cap. IV, páj. 295. — Ya verémos cual es en Persia y en otros paises el influjo que ejercen los sacerdotes en la moral, en las leyes y en la índole del gobierno.

cion reciben los príncipes, los reyes, que mandan un ejército reclutado entre rancherías bárbaras, no pueden tener gran respeto á las personas, ni á las propiedades (1). Así es que el mas mínimo capricho del monarca queda satisfecho en el acto mismo de manifestarlo, sin que nadie se atreva á examinar su razon, ni á prever sus consecuencias. Si en un momento de despecho ú de impaciencia se arroja el rey á decir, hablando de un prócer, *que le arranquen los ojos*, el que está mas cerca del causante se los arranca sin necesidad de que se lo vuelvan á repetir: si, hablando de un anciano que se ha atrevido á implorar la clemencia real en favor de un amigo, dice *que desuellen á ese perro*, al instante le desuellan los mismos cortesanos; porque en Persia, cual en Rusia hasta el siglo último, para la ejecucion de los fallos rejios, no hay mas verdugo que el mismo rey y sus cortesanos. Hacer descuartizar en su presencia á siete ú ocho próceres; mandar sus mujeres é hijas á una casa de prostitucion, despues de haberlas hecho pasear en burras por las calles; hacer arrancar los ojos á sus propios hijos y sobrinos; confiscar los bienes que le placen, etc., son acciones tan comunes y familiares en un rey de Persia, que ni siquiera sorprenden. Sus cortesanos no están menos ávidos de poder y de riquezas que los de los gobiernos mas moderados de Europa: y esto nos prueba que un pueblo puede estar harto mal gobernado, aun cuando sean responsables los ministros (2).

(1) Chardino pinta en cuatro palabras el carácter de los sacerdotes persas: son, dice, *falsos y envidiosos, codiciosos y fementidos*. T. IX, páj. 198.

(2) Chardino, *Viaje á Persia*, t. III, páj. 121 y 122; t. IV, cap. IX, páj. 318 y 319; t. V, cap. II, páj. 232, 241 y 242; t. IX. páj. 212, 213 y 226.

En Persia, las mujeres de los grandes no son mas que sus esclavas; y como está en uso la poligamia, se las tiene en severa reclusion. Las mujeres de esta clase se hallan faltas de toda especie de autoridad, no cuidando ni siquiera de los asuntos domésticos. No se las aprecia por su talento, ni por su destreza, ni por suerte alguna de labor; en una palabra, no son consideradas mas que como instrumentos de deleite para sus amos, y medios de propagacion de la especie. Este abuso de la fuerza de un sexo sobre otro, y el desprecio de que son víctimas los desvalidos donde quiera no se conoce el amparo de la justicia, dan por resultado vicios contra-naturales, violencias, asesinatos, envenenamientos, abortos é infanticidios (1).

Los oficiales del príncipe tienen un poder estensísimo sobre el pueblo, pero que no iguala de mucho al que sobre ellos ejerce su amo. La costumbre de los regalos que hacen los pobres á los ricos, la venalidad de los funcionarios, y la servidumbre á que están sujetos los labradores, son cargas pesadísimas para el pueblo, quien trata de sustraerse á ellas en cuanto cabe.

Sometido un pais á semejante réjimen por un ejército de conquistadores bárbaros, y sancionado el poder militar por la autoridad sacerdotal, fácil es adivinar las costumbres resultantes. ¿Tendrán los oficiales desembozo y nobleza de carácter ante un jefe que con una mera señal puede hacer que les arranquen los ojos ó los desuellen vivos? ¿Serán económicos y se impondrán privaciones para legar bienes á sus hijos, estando como siempre están en riesgo de verse arrebatada su fortuna? Hallándose de continuo espuestos á la injusticia y á la opresion, ¿no

(1) Chardino, t. II, páj. 224, 228 y 241; t. III, páj. 271 y 272; t. VI, cap. XII, páj. 8, 19, 26 y 30.

serán injustos y opresores á su vez siempre que puedan serlo impunemente? Por último, las mujeres, víctimas eternas del desprecio y de la violencia, sin medio honroso alguno de defensa, ¿no apelarán á la astucia y á la perfidia para mitigar su esclavitud, ó para desagraviarse?

Si de las altas clases pasamos á las inferiores, verémos que las mismas causas producen iguales efectos. Los hombres no serán muy confiados, porque no ven medio legal de lograr justicia cuando son engañados: no serán laboriosos, porque no tienen certeza de verse recompensados de sus afanes, ó porque están espuestos á que les arrebaten su producto: no serán veraces, porque la verdad les espone á mil castigos arbitrarios; y acudirán frecuentemente á la astucia, por cuanto no les queda otro arbitrio para evitar las violencias. Los magnates, segun Chardino, son bribones, rastreros, codiciosos, aduladores, imprudentes, pródigos y holgazanes: lo estraño seria que no lo fuesen, y que la esclavitud causase en ellos efectos diferentes de los que causa en todos los climas.

Sin embargo, sea cual fuere el estado actual de la poblacion de Persia, no váyamos á creerla mas esclava y viciosa que la del Asia septentrional ó que la de algunos paises del norte de Europa. Los labradores no son esclavos territoriales; si cultivan, como en otras partes, un suelo que no es suyo, cultívanlo á lo menos solo en virtud de convenios que han hecho libremente; á veces logran la mitad de los productos, y á menudo las tres cuartas partes, segun la calidad del terreno. Las tierras del rey son tambien cultivadas por colonos que se han encargado de ellas voluntariamente, que tienen una parte mas ó menos cuantiosa de los frutos, y que pueden dejarlas, espirado que sea el término del arriendo. En Persia no se ve, cual en el norte de Asia y hasta de Europa, que un prín-

cipe dé á sus palaciegos millares de labradores, como si diese cabezas de ganado. Los labradores de Persia, si bien sujetos á ciertos pechos y servitudes análogas á las que han existido en todas las rejiones de Europa, viven con mediana comodidad y sosiego.

«Puedo asegurar, dice Chardino, que los hay incomparablemente mas miserables en varios paises fértiles de Europa. Donde quiera he visto campesinas persas con collares de plata, gruesos anillos del mismo metal en las manos y los piés, con cadenillas que les cuelgan del cuello sobre el ombligo, y que llevan pedacitos de plata y á veces de oro. Vense tambien criaturas adornadas con collares de coral. Están bien provistos de vajilla y muebles; pero en cambio de estas comodidades, se hallan espuestos á las injurias, y á veces á los garrotazos de la jente del rey y de los visires, cuando no les dan corriendo lo que piden; y esto debe entenderse solo con respecto á los hombres, pues en cuanto á las mujeres y á los niños, por todas partes se les guardan en el Oriente muchas deferencias, sin que jamás se les ponga la mano encima (1).»

Los criados que sirven en las casas de los grandes, no son esclavos como en el norte de Asia y de Europa, y reciben crecido salario (2). Los artesanos tampoco son esclavos; trabajan ó descansan segun les acómoda, y tasan su trabajo al precio que les conviene (3).

Los Persas no son intolerantes con los estranjeros, ni con los que no profesan su relijion; al contrario, son muy hospedadores, acojen y protejen á los estranjeros, tole-

(1) Chardino, t. V, cap. VI, páj. 391 y 392.

(2) Chardino, t. IV, cap. XIV, páj. 22.

(3) *Ibid.*, t. III, cap. XI, páj. 431 y 432; t. IV, cap. XVII, páj. 91 y 93.

rando hasta las relijiones que tienen por mas abominables (1). Nunca han soñado en poner trabas á la libertad de mudar de domicilio: cada Persa puede ir á donde le da la gana, salir del reino y volver á entrar, sin que alma viviente le pida un pasaporte (2). Su gobierno no tiene la pretension de hacerse dar cuenta de cada uno de sus movimientos, de señalar á cada persona con una marca particular, y calificar de sospechoso ú malhechor al que no lleve la señal. Solo los hombres libres de los climas frios y de los templados de Europa llevan sobre sí esa marca irrecusable de su libertad.

Las costumbres jenerales de la masa de la poblacion son superiores de mucho á las de las rancherías que recorren los mas altos páramos ó que residen en las montañas mas encumbradas de Asia; y superiores aun á las costumbres de los estados mas civilizados de Europa en el siglo XVII. «Atribuyo la policía que se observa en Europa en las ejecuciones, dice Chardino, al gran número de malvados que hay; y al contrario, atribuyo la poca regularidad que se nota en Oriente en el juicio y ejecucion de los criminales, á las costumbres, se puede decir, humanas de aquel pais. Con efecto, hay entre nosotros tanta depravacion, que si los reos no fuesen mas ásperamente tratados que en Persia, las ciudades y los campos se convertirian en otras tantas ladroneras donde, como en Mingrelia, cada cual, por temor de su vecino, tendria que dormir medio vestido y con la espada empuñada. En Persia casi nunca se oye hablar de quebrantamiento de puertas, de violencias ni de asesinatos. En todo el tiempo que estuve en Persia, habiendo vivido siempre en la capital, en los sitios ó en ciu-

(1) *Ibid.*, t. III, cap. XI, páj. 408.
(2) *Ibid*, t. III, p. 272.

dades populosas, no ví ejecutar mas que á un reo, de suerte que fuera de este, todo lo que puedo contar de los suplicios de aquel pais, no es mas que *por oidas* (1).»

No hay duda que la poligamia no está prohibida para ninguna clase de la sociedad, siendo para los individuos de los dos sexos que á ella se entregan ó que á la misma se hallan sujetos, un manantial de vicios, de delitos y de desgracias; pero sea por conviccion, sea por necesidad, los hombres que pertenecen á la gran masa de la poblacion no tienen en jeneral mas que una mujer. En las clases inferiores de la sociedad y entre los labradores, las mujeres son tratadas con blandura, y no están espuestas á ninguna tropelía, ni tampoco por parte de los magnates ó empleados del gobierno.

En el norte de Persia hay pueblos que, por la elevacion del suelo mas bien que por la latitud, viven bajo un clima comparativamente frio. Dichos pueblos no tienen mas actividad, mas valor, mas industria, ni costumbres mas acendradas que los pueblos situados bajo una latitud menos elevada; al contrario, son los pueblos mas haraganes, miserables, puercos y viciosos del pais. Chardino vió en Persia una embajada de aquellos pueblos, y le contaron, dice él, cosas prodijiosas de la carestía de su pais y de sus depravadas costumbres. El embajador y su comitiva eran personas de pésima estampa, mal vestidas y con toda la traza de bribones. Estaban tan cochinamente en el palacio que se les habia destinado para alojamiento, que parece increible; fuera del cuarto del embajador, todo estaba lleno de inmundicia y daba náuseas (2).

Sorprendido Chardino por el contraste que le ofrecian

(1) *Viaje á Persia*, t. VI, cap. XVII, páj. 99 y 100.
(2) Chardino, t. VIII, páj. 176 y 177.

la Persia antigua y la Persia bajo el reinado de los soldados y sacerdotes musulmanes, trató de indagar las causas de esta diferencia. «Cien veces, dice, he reflexionado acerca de tan estraña variacion, habiéndoseme antojado que dependia en primer lugar de que los antiguos habitantes de Persia eran robustos, laboriosos y aplicados, al paso que los Persas modernos son indolentes, afeminados y especulativos; en segundo lugar, de que los primeros profesaban la labranza como una relijion, creyendo que labrar la tierra era servir á Dios, mientras los segundos siguen unos *principios* que los llevan al menosprecio de la actividad, los encenagan en el deleite y los alejan del trabajo.

Mas ¿cómo se ha verificado este cambio? ¿Porqué han dejado los Persas de ser robustos, laboriosos y aplicados? ¿Porqué han dejado de profesar la labranza como una relijion, y de creer que labrando la tierra servian á Dios? ¿Porqué se han vuelto indolentes, especulativos y afeminados? ¿Porqué se han formado principios que les inducen á despreciar la actividad y el trabajo, encenagándoles en el deleite?.... Porque unos pueblos bárbaros les han traido sus preocupaciones y vicios, y porque las poblaciones mas activas y laboriosas se vuelven perezosas é indolentes, cuando pierden la certeza de gozar del fruto de sus afanes.

Entre las principales causas de la ruina de Persia, hay que contar los escesos cometidos por sus propios ejércitos para evitar ó contener las invasiones de los estranjeros. Montesquieu achaca tales escesos á un sistema comun á todos los gobiernos despóticos; pero quizás pudiera darse una esplicacion mas natural de este fenómeno. Los ejércitos del pais están en su mayor parte compuestos de Tártaros que habitan al norte de Persia; y sabido es cuanto

odian aquellos pueblos la cultura y las ciudades. Trasformando en desierto el pais cultivado, los unos pueden imajinarse que aumentan la estension de sus posesiones, y los otros pueden creer que vuelven á su estado primitivo.

CAPITULO XXXIV.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza caucásica del sudeste de Asia.

Al comparar los pueblos de especie mogola que habitan las rejiones mas elevadas ó mas frias de Asia, con los pueblos de la misma especie que habitan las rejiones templadas ó cálidas, no hemos encontrado en los primeros ni inteljencia, ni mayor actividad, ni mas industria, ni mas virtudes que en los segundos. Al contrario, hemos visto que, segun el relato de los viajeros, los pueblos de los paises cálidos ó templados son menos viciosos, menos esclavos y menos bárbaros que los pueblos de los paises frios. De ahí se puede sin duda inferir que el influjo de los climas en los pueblos de raza mogola no es tal como lo han creido algunos sabios filósofos; pero cabe que los hechos relativos á los pueblos de aquella especie nada prueben respecto de los pueblos de especie diferente. Si muchos han creido que el calor de los trópicos producia en

los hombres de especie caucásica efectos que no produce en los de especie etiópica, y si hasta se han fundado en esto para justificar el tráfico de negros y la esclavitud; ¿no cabria decir tambien que el calor del clima causa en los pueblos de especie caucásica efectos contrapuestos á los que produce en los pueblos de especie mogola? Y para establecer este sistema, pudiéramos fundarnos en los hechos anteriormente citados respecto de los Europeos que moran al sur del Asia; pues allí, con efecto, hemos visto que los pueblos de oríjen europeo pierden toda su actividad y la mayor parte de sus calidades morales, al lado de los activos y honrados Chinos.

Los Arabes pertenecen á la misma especie que nosotros, y viven en un clima que podemos llamar ardiente en comparacion del que habitan los pueblos de Europa. Muchas son las circunstancias que concurren á hacer muy cálido el clima de la Arabia; tales como la latitud del pais, su poca elevacion sobre el nivel del mar, un suelo casi enteramente privado de agua y despojado de árboles, y sobre todo la posicion que ocupa entre las partes mas ardientes de Asia y Africa. Si el calor del clima causa los efectos físicos y morales que se le atribuyen, en ningun pueblo deben manifestarse mas palpablemente que en los Arabes.

Los Persas, los Indios, los Chinos han pasado muchas veces bajo el yugo de conquistadores, habiéndose alterado mas ó menos sus costumbres; las de los Europeos que se han establecido en las islas del Asia meridional han sido igualmente modificadas por el espíritu de conquista, y por la esclavitud y costumbres de los indíjenas; pero los Arabes, que no han salido de su pais, nunca se han barajado con otros pueblos; hasta estos últimos tiempos nunca han sido subyugados los Beduinos; los últimos viajeros los

han encontrado tales como fueron sus antepasados en los tiempos mas remotos; nada habia alterado entre ellos el influjo de los lugares y del clima; tenian los mismos usos, las mismas costumbres, el mismo idioma y las mismas preocupaciones que existian hace cerca de tres mil años (1).

Para juzgar de las costumbres de los pueblos árabes, es menester dividirlos en tres clases y considerarlos separadamente; los que se dieron al cultivo, y que, estando inmediatos al imperio de los Turcos, fueron ya en otro tiempo avasallados por estos; los que han permanecido errantes por los desiertos sin haber abandonado jamás la vida pastoril, y los que han adoptado la vida agrícola, y habitan el centro y el estremo austral de la Arabia (2).

Los primeros, que poseen una parte del suelo de Africa, y que desde mucho tiempo están sujetos al gobierno turco, han tomado las costumbres de todos los pueblos avasallados al poder otomano. Han perdido, dice Savary, la buena fe y la rectitud que caracterizan su nacion, contrayendo todos los vicios propios de los esclavos (3). Pero aquí no se trata de ellos: daré á conocer sus costumbres al hablar de los pueblos que habitan la parte septentrional de Africa.

Los Beduinos se dividen en muchas tribus, y cada tribu se compone de dos clases de personas; las unas nobles, y las otras plebeyas. Las primeras se designan todas bajo el

(1) Savary, t. III, carta 2ª., páj. 31, 33 y 37.—Volney, t. I, cap. XXVIII, páj. 338 y 339. — Niebuhr, *Descripcion de la Arabia*, páj. 327 y 329.—Bruce, t. II, lib. I, cap. VI.

(2) Los Turcos habian ya penetrado en las provincias mas ricas de Arabia; mas el bajá de Ejipto, Mohamed Alí, acaba de someter al imperio del Sultan la Arabia entera. Felix Mengin, *Historia del Ejipto bajo Mohamed-Alí*.

(3) Savary, *Lettres sur l'Egypte*, t. III, carta II, páj. 22 y 23.

nombre de jeques, que, propiamente hablando, no son mas que jefes, cuyas familias se han multiplicado muchísimo. La nobleza árabe es hereditaria, y no puede trasmitirse sino por la sangre: ni los mismos califas han tenido nunca la facultad de trasformar en jeque á un hombre de humilde cuna (1).

Cada jeque es el gobernador de su familia y de sus domésticos; si se juzga demasiado débil, se enlaza con otros jeques, y juntos nombran un jefe comun que dirije la tribu. Este jefe es elejido siempre de una misma familia, cuyos individuos son todos igualmente elejibles, cualquiera que sea el grado de parentesco. Los jefes de las tribus se reunen á su vez para nombrar un jefe jeneral, que es el gran jeque ó jeque de los jeques (2). Este jefe jeneral es elejido tambien de la misma familia; pero como las familias se componen de muchos individuos, los electores tienen inmensa latitud en escojer (3). Los jeques son tan numerosos y ejercen tal influjo, que al parecer forman esclusivamente la nacion (4).

Segun Volney, el gobierno de esta sociedad es á la vez republicano, aristocrático, y tambien despótico, sin guardar determinadamente ninguna de estas formas. Es republicano, por cuanto el pueblo influye en todos los negocios, y nada se hace sin el consentimiento de la mayoría;

(1) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, seccion XXV, cap. V, páj. 219.—*Descripcion de la Arabia*, páj. 9.

(2) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, secc. XXIV, cap. II. páj. 175 y 179 —*Descripcion de la Arabia*, páj. 328 y 329.

(3) El jefe que gobernaba las tribus árabes cuando las visitó Niebuhr, contaba en su familia ciento y cincuenta individuos, todos con el título de jeque.—*Descripcion de la Arabia*, páj. 334.

(4) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, secc. XXIV, cap. I, páj. 170 y 171.

es aristocrático, por cuanto la familia de los jeques logra algunas de las prerogativas que por donde quiera dan la fuerza; y es, por último, despótico, porque el jeque principal ejerce un poder indefinido y casi absoluto (1).

En cada tribu, la autoridad del jefe está limitada por los hábitos ó costumbres, por el uso de las elecciones, y sobre todo por la facultad que tiene cada jeque de abandonar con su familia la tribu á que se halla unido, yéndose á juntar con otra diferente. Esta facultad basta á veces para reducir á suma debilidad, ó quizás disolver enteramente una tribu poderosa cuyo jefe ha descontentado á los individuos, y alzar á sumo poderío una tribu débil cuyo jefe se conduce con moderacion y cordura. De aquí resulta que en cada tribu, el jeque que manda es mas bien el compañero que el superior de los jeques que le han elejido; que los jefes de las tribus se consideran iguales al gran jeque, y que todos á la par están animados del anhelo de la libertad é independencia. Al gran jeque solo se le paga una levísima contribucion, y á veces ninguna (2).

Los nobles árabes son pastores y militares, no desdeñando servicio alguno doméstico. Un jeque, por ejemplo, que manda quinientos caballos, ensilla y brida él mismo al suyo; le da la cebada y la paja picada. En su tienda, su mujer hace el café, amasa la pasta y hace cocer la carne: sus hijas y parientas lavan la ropa, y van con el cántaro en la cabeza y el velo en la cara, á sacar agua de la fuente. Este es precisamente, dice Volney, el estado descrito por Homero, y por el Jénesis en la historia de Abrahan; pero es fuerza confesar que cuesta el formarse

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XXIII, páj. 367 y 368.

(2) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, secc. XVI, cap. VI, y secc. XXIV, cap. II, páj. 18, 19 y 175.

cabal concepto de él cuando uno no lo ha visto con sus propios ojos (1). En el libro siguiente espondrémos las causas de esta invariabilidad de costumbres.

Las mujeres no son esclavas en parte alguna de Arabia, como no sean compradas en naciones estranjeras, y aun en tal caso son tratadas con blandura. Sin embargo, no es del todo inusitada la poligamia; pero raras veces se practica, y tan solo por algunos ricos afeminados (2). Los muy pobres, que tienen hijas muy bonitas, las entregan á veces á los ricos en cambio de presentes; mas los que tienen alguna fortuna, al contrario, aseguran un dote á las suyas (3). Las mujeres, cuando se casan, conservan á menudo la administracion de sus bienes; y si son ricas, tienen por este medio bajo su dependencia á los maridos. Un marido puede repudiar á su mujer; mas no puede hacerlo sin deshonra, á no mediar justas causas: es muy raro que los hombres usen de semejante facultad. Por su parte, puede tambien una mujer repudiar á su marido, si tiene fundados motivos de queja (4). Las mujeres ocupan la parte retirada de la casa; pero sus aposentos están adornados con mas gusto que los de los hombres. Niebuhr las consideró tan libres, tan dichosas, y de costumbres tan puras como las mismas Europeas (5).

Los Arabes compran esclavos de las naciones estranjeras; pero la suerte de estos esclavos difiere muy poco de la de los sirvientes en las demás naciones; y aun á veces es preferible, pues los que muestran alguna disposicion

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XXIII, páj. 371.

(2) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, sec. XXVI, cap. I, páj. 227 y 228.

(3) *Ibid.*, páj. 228 y 229.

(4) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, páj. 228, 229 y 330.

(5) *Ibid.*, páj. 227 y 236.—*Descripcion de la Arabia*, páj. 31 y 32.

son tratados y educados como hijos de la familia (1). Los Beduinos, que han avasallado algunos Arabes labradores, les han impuesto un tributo: siendo ellos muy pobres, no dejan á los vencidos ningun medio de enriquecerse; pero tampoco los tratan como esclavos. Los labradores árabes sujetos á los jeques no son esclavos del terruño, como los labradores rusos; si sus amos son demasiado exijentes; tienen la libertad de retirarse al punto que juzgan conveniente, y adoptar otra clase de industria (2).

Los jeques que han quedado independientes, están muy pagados de su cuna: el orgullo de familia raya entre ellos muy alto, particularmente entre aquellos de cuya familia han salido siempre los jefes de la tribu. Sin embargo, este orgullo se manifiesta tan solo respecto de los Arabes que no han sabido defender su independencia; á sus ojos, todo hombre tributario, sea ó no labrador, es un ente envilecido, con quien no quisieran en manera alguna enlazarse (3). En las mutuas relaciones de las personas de una misma tribu, obsérvase, dice Volney, una buena fe, un desinterés y una jenerosidad que honrarian á los hombres mas civilizados (4).

Al parecer, los Beduinos jamás han establecido majistrados para atajar las injurias individuales; y así es que cada cual debe atender á su propia seguridad y á la de los miembros de su familia. De ahí ha resultado en los nobles

(1) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, secc. XXVII, cap. II, páj. 279.

(2) Niebuhr, *Descripcion de la Arabia*, páj. 334.—*Voyage en Arabie*, t. II, secc. XXIV, cap. I, II y III, páj. 170, 171, 176 y 182.

(3) Niebuhr, *Descripcion de la Arabia*, páj. 14 y 15.—*Voyage en Arabie*, t. II, secc. XXV, cap. V, páj. 217, 218 y 219.

(4) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, secc. XXV, cap. IV, páj. 210, 211 y sig.—*Descripcion de la Arabia*, páj. 26 y 27.—Volney, t. I, cap. XXIII, páj. 362 y 363.

una escesiva delicadeza en el llamado pundonor, y un anhelo de venganza llevado á lo sumo. El asesinato es jeneralmente castigado con la muerte del asesino ú de alguno de los principales individuos de su familia; el pariente mas cercano del asesinado es quien tiene conferido el derecho de vengarle. En algunas tribus, los parientes del difunto admiten á veces una compensacion en dinero; pero en otras se considera como vergonzosa semejante transaccion. Este espíritu de venganza se trasmite á menudo de padre á hijo, y solo acaba con la estincion de una de las dos familias. Lo mismo se observa sobre el particular en los pueblos labradores que en los pastores (1).

Los Beduinos cuentan dos especies de propiedades: tienen sus rebaños, sus tiendas, sus muebles, que forman sus propiedades privadas; y tienen además pastos, que son propiedad comun de cada tribu. Los Arabes, aunqne nómades, no desconocen la propiedad de las tierras: los pastos no están repartidos por individuos ó familias, sino por tribus. Cada una de ellas posee una parte del desierto que recorre sucesivamente, pero cuyos límites no puede traspasar sin invadir el territorio de otra, esponiéndose por consiguiente á la guerra. Cada tribu se considera como soberana en su territorio, y no se cree menos fundada para percibir un derecho de tránsito de los viajeros y jéneros que lo atraviesan, que las naciones europeas para establecer sus líneas de aduanas en las fronteras (2).

Tal vez no hay otro pueblo mas sobrio y parco que los Beduinos. Seis ó siete dátiles pringados en manteca derretida, un poco de leche dulce ó cuajada, bastan para el alimento diario de un hombre, que se cree estraordinaria-

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. VI y XXIII, páj. 71, 361, 362 y 378.

(2) Niebuhr, *Descripcion de la Arabia*, páj. 330.

mente feliz, si puede añadir á este manjar un poquito de harina tosca ó una albondinguilla de arroz. Sin embargo, por mucha que sea su sobriedad, se hallan á veces faltos de lo mas necesario: entonces comen ratones, lagartos, serpientes asadas con matas secas, y sobre todo langostas. A esta abstinencia continuada hay que atribuir su constitucion delicada y su cuerpo pequeño y flaco, mas ájil que robusto. La carne está reservada para las mas solemnes festividades: solo con motivo de un matrimonio ú de una defuncion se mata un cabrito. Unicamente los jeques ricos y jenerosos pueden degollar algunos camellos jóvenes y comer arroz cocido con carne (1).

La vida vagabunda de estos Arabes, su estado habitual de miseria, y la naturaleza de sus propiedades, han determinado en gran parte sus relaciones con los estranjeros. Acostumbrados á alimentarse de frutas y leche, en nada participan de aquellas costumbres crueles que á los pueblos cazadores inspira el hábito de derramar sangre. Sus manos no están hechas al asesinato, ni acostumbrados sus

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XXIII, páj. 359 y 360.—Niebuhr, *Descripcion de la Arabia*, t. II, sec. XVI, cap. IV, páj. 21 y 22.—Hasselquist, *Viaje á Levante*, 2ª. parte, páj. 56 y 57. — Mollien, *Viaje al interior de Africa*, t. I, cap. I, páj. 14. — De Forbin, *Viaje á Levante*, páj. 96 y 153.

Los Judios establecidos en Arabia comen langostas como los Arabes, creyendo que estos insectos, de los cuales se ven con frecuencia nubes en Oriente, fueron el alimento de sus antepasados en el desierto. Búrlanse de los traductores europeos de la Biblia, quienes, segun ellos, han tomado langostas por aves, dando el nombre de milagro á un fenómeno enteramente natural.—Niebuhr, *Descripcion de la Arabia*, páj. 152.—Job Ludolphe, en el *Tratado de las langostas*, continuado al fin del suplemento de su descripcion de Abisinia, ha adoptado la opinion de los Judios árabes. Véase tambien la nota, páj. 421, en la traduccion alemana de la Historia universal, segunda parte.

oidos al quejido del dolor, habiendo conservado un corazon humano y sensible (1). No son pues enemigos de los estranjeros, sino al contrario, muy hospedadores. Y no se ciñe su hospitalidad á sus hermanos en creencia ó idioma, sino que se estiende lo mismo á los cristianos que á los musulmanes. Todas las clases, desde las mas pobres hasta las mas ricas, la practican con todos los hombres (2).

«Cuando los Arabes están en la mesa, dice Niebuhr, convidan á comer con ellos á cuantos se presentan, sean cristianos ó mahometanos, grandes ó humildes. En las caravanas he visto no pocas veces con placer que un acemilero rogaba con instancia á los pasajeros para que partiesen con él sus provisiones; y aunque los mas se escusaban con política, daba con aire de contento su poco de pan y dátiles á los que querian aceptarlo; y no quedé poco sorprendido cuando en Turquía ví á algunos poderosos que se iban á un rincon por no tener que convidar á los que pudiesen hallarles en la mesa (3).»

Los Beduinos no se limitan á partir los pocos alimentos que tienen con el estranjero que les pide hospitalidad: defiéndenle de todo insulto, por mas riesgos que les ocasione su proteccion. La tienda de un Beduino es un albergue inviolable para todo estranjero que busca en ella un amparo, mas que sea la de su propio enemigo: fuera una vileza, un baldon indeleble satisfacer la venganza, aunque justa, á costa de la hospitalidad. El poder del Sultan, dice Volney, no fuera parte para espulsar á un refujiado

(1) Volney, t. I, cap. XXIII, páj. 376.

(2) Entre los Beduinos no hay corporacion de sacerdotes que les predique aversion á las personas que no profesan sus creencias, como las hay entre los Turcos. V. Denon, t. I, páj. 74.

(3) *Descripcion de Arabia*, páj. 41 y 42.

de una tribu, á menos de que se propusiese esterminarla por entero. Ese Beduino, tan codicioso fuera de su campo, apenas pone en él la planta, vuélvese liberal y jeneroso (1).

Los Arabes, partiendo con los estranjeros que se les presentan, las provisiones que tienen, usan, con las personas que les amparan, de todos los privilejios anejos á la hospitalidad. Esperan con razon ser tratados como tratan ellos á los demás; lo cual ha dado lugar á decir que son tan temibles amigos como enemigos (2).

Hay entre los Beduinos algunos que apresan á los estranjeros que sorprenden en su territorio; pero, segun Niebuhr, aquellos hombres son los ladrones mas civilizados del mundo. Rara vez maltratan á los apresados, como no hagan resistencia; muéstranse tambien hospedadores con ellos; á menudo les devuelven parte de lo que les han quitado; acompáñanles en el viaje para que no perezcan en el desierto; cúidanles esmeradamente, si les hirieron en el acto del ataque, ó si les sobrecoje alguna enfermedad. Muchas veces los oficiales turcos son causa de los ataques de los Arabes; curándose muy poco de lo que sucederá á los que les reemplazen, tienen á gloria el hacer pasar las caravanas sin pagar, y luego las que siguen son tratadas como enemigas (3). Los Beduinos saquean, si pueden, á los pueblos con quienes están

(1) *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XXIII, páj. 277 y 278.

(2) Volney, t. II, cap. XXVII, páj. 376.

(3) Niebuhr, *Descripcion de Arabia*, páj. 330, 331 y 332.—*Voyage en Arabie*, t. II, secc. XXIV, cap. I, paj. 171.—A corta diferencia lo mismo sucede en Europa. Si un individuo, estranjero ú no, trata de hacer pasar jéneros al territorio de un gobierno sin satisfacer los derechos de entrada, el gobierno se apodera de ellos, si los descubre; y nadie dirá por esto que los aduaneros sean ladrones.

en guerra ; pero no son de mucho tan codiciosos y crueles como los corsarios europeos. La principal diferencia que entre unos y otros se observa, es que los primeros hacen sus correrías por los mares, y los otros por el desierto.

Los Arabes labradores, no gravados por el yugo de los Turcos, parécense en muchas cosas á los Beduinos. Están divididos como ellos en dos clases; pero la de los jeques contiene al parecer una parte mas considerable de la poblacion. Dase aquel título á los profesores de una academia, á algunos de los empleados en las mezquitas, y tambien en las escuelas inferiores, á los descendientes de los hombres tenidos por santos, á los majistrados de las ciudades, á los de las poblaciones subalternas, y hasta á los jefes de los judíos (1).

Los labradores no son esclavos: el gobierno percibe sobre los productos un impuesto muy bajo, comparado con el que pagan los Europeos, y único que existe. Dicho impuesto es de un diez por ciento sobre el producto en las tierras de regadío natural, y de cinco por ciento en las de regadío artificial. Los jéneros no pagan derecho alguno de fabricacion, ni de entrada ni de salida (2).

En cada ciudad, y hasta en cada poblacion menor, hay un majistrado encargado de administrar justicia. Elíjenlo los jeques ó habitantes principales; cobra sueldo del gobierno, y nada puede recibir de las partes (3).

Las mujeres son enteramente libres; no se las casa sino mediante su consentimiento. Aunque no está vedada la poligamia, una mujer, al casarse, puede estipular que su marido no podrá casarse segunda vez, ni visitar á sus esclavas. Las hembras suceden á sus padres como los varones; pero tienen una parte algo menor. La mujer toma la cuarta parte de los bienes que deja su marido al morir, s no tiene hijos, y la octava, si los tiene. Las mujeres no están reclusas, cubriéndose solo con un velo cuando salen (1).

(1) Niebuhr, *Descripcion de Arabia*, páj. 13.

(2) Felix Mengin, *Histoire de l' Egypte sous le gouvernement de Mahommed-Aly*, t. II, páj. 173, 174 y 175.

(3) Felix Mengin, páj. 176.

Los estranjeros, aun cuando no profesen la relijion musulmana, son tratados por los Arabes labradores con tanta urbanidad y finura como lo serian los musulmanes en los paises mas civilizados de Europa. Todo el mundo viaja por su pais sin pasaporte, sin permiso, sin que ningun ajente de policía piense en rejistrar su bagaje ó hacerle pagar algun derecho de entrada, ni le pregunte de dónde viene, adónde va, ni á qué; en una palabra, viájase por aquel pais mucho mas libremente y con tanta seguridad como en cualquier otro de Europa (2).

En parte alguna de Arabia ningun viajero ha observado aquellas costumbres atroces, ni aquel sinnúmero de vicios vergonzosos que hemos notado entre los magnates de Persia, entre los pueblos que habitan el norte de Asia, y que encontrarémos en los pueblos de la misma raza establecidos en el norte de Africa. De los labradores independientes hablaba Savary, cuando dijo: «Estos Arabes son los mejores pueblos de la tierra; desconocen los vicios de las naciones civilizadas; incapaces de embozo, no saben lo que es el embeleco ni la mentira. Altivos y jenerosos, repelen un insulto á mano armada; pero no se desagravian con alevosía. La hospitalidad es sagrada

(1) Felix Mengin, páj. 181, 182 y 183.

(2) Niebuhr, *Descripcion de Arabia*, páj. 36 y 40. — *Voyage en Arabie*, t. I, páj. 256, 264 y 275.

entre ellos; sus casas y tiendas están abiertas para todos los viajeros, cualquiera que sea su relijion (1).»

El cultivo exije en Arabia muchos afanes y cuidados; las tierras necesitan riego esmerado. En la parte montuosa del Yemen, muchos campos están en terraplenes, y en la estacion lluviosa se conduce á ellos el agua por canales desde la cumbre de las montañas. En el llano, los habitantes cercan sus campos con diques para retener en ellos las aguas por algun tiempo. Igualmente estancan con diques las que bajan de las montañas, para servirse de ellas cuando las necesitan. El calor del clima no impide pues que sus habitantes sean activos y laboriosos. Sin embargo, las artes han progresado muy poco en las ciudades: en otra parte espondré las causas principales de este atraso (2).

Las crecidas rancherías que habitan en las montañas ó en las gargantas del Cáucaso pertenecen á la misma especie que los Arabes; pero el clima en que vejetan las mas de ellas es muy frio, particularmente si se compara con el de Arabia. Aun las rancherías que ocupan las gargantas mas hondas de los montes, distan mucho de esperimentar un calor igual al que se siente en las costas del sur de Arabia, pues entre los dos paises hay una diferencia de mas de treinta grados de latitud. No media sin embargo superioridad moral alguna en favor de los que habitan el clima mas frio ú mas templado, sobre los que ocupan un clima ardiente.

(1) *Lettres sur l'Egypte*, t. III, carta II, páj. 26 y 27.

(2) Niebuhr, *Voyage en Arabie*, t. II, secc. XXVIII, cap. II, páj. 315 y 316.—Los Turcos, despues de haber sembrado por largo tiempo la division entre las tribus árabes, *distribuyendo colas de caballo, ora á un jeque, ora á otro* (Niebuhr, *Descripcion de Arabia*, pájina 337), han logrado por fin avasallarlos. Si pueden establecer su dominio entre ellos, es indudable que acabarán de corromper su carácter moral que ya han logrado alterar.

En la mayor parte de las tribus del Cáucaso, la poblacion se divide en dos clases; la una de amos ó nobles, y la otra de siervos que cultivan la tierra. Los primeros tratan á los segundos como ganado; apodéranse del fruto de sus afanes, y los venden ó permutan, segun creen conveniente á sus intereses. El comercio de criaturas humanas que se hace en aquellas rejiones, no es menos activo que el que se hace en las costas de Guinea. Muchas veces un noble, en vez de vender el labrador, le arrebata sus hijos y los entrega á un traficante de esclavos que va á revenderlos en otra parte.

Las relaciones entre marido y mujer, entre padre é hijo, son análogas á las que median entre un amo y sus esclavos. Un padre vende á su hijo ú á su hija; y un hermano á su hermana, cuando encuentran traficantes que se los compren á subido precio. Los mas prepotentes ó los mas astutos se apoderan de los mas desvalidos, de sus mujeres ó de sus hijos, y van á venderlos á los traficantes de Constantinopla. Esta clase de comercio ocupa en el mar Negro una parte de la marina turca.

Siendo cada cual el juez y vengador de sus propias injurias, las ofensas dan lugar á venganzas que solo se satisfacen con sangre, y que exijen á veces el esterminio de la familia del ofensor. Aquellos hombres pues son suspicaces y medrosos; nunca van desarmados, ni se entregan al sueño sin haber puesto el puñal debajo de la almohada: su ocupacion predilecta es la de salteador. Sus mujeres tienen todos los vicios compatibles con su sexo.

A pesar de que se da el nombre de nobles ó tambien de príncipes á la clase dominante de la poblacion, no hay que figurarse por esto que dicha clase sea muy rica, que vista con suntuosidad ó se aloje en palacios; pues en algunas rancherías los grandes van con los piés descalzos ó

cubiertos de pieles, llevan un enorme bonete de fieltro, camisa y vestidos puercos, comen con los dedos, y habitan en chozas que están medio debajo tierra, con una sola puerta de entrada para los moradores, la luz y el humo. Tan rematada miseria se aviene sin embargo con el orgullo aristocrático.

Estas rancherías se hallan en guerra incesante unas contra otras, entregándose á ella con la animosidad de todos los pueblos salvajes: saquean, reducen á cenizas, ó sacrifican cuanto hallan al paso, y son incontestablemente los mas bárbaros entre los pueblos de aquella especie que habitan en Asia.

Hay algunas variaciones en las costumbres de las diferentes rancherías que habitan el Cáucaso; pero se observa que á medida que se asciende por las montañas, los habitantes son mas bozales é incultos. Algunos vagan por los bosques, y á los vicios que hemos observado en los salvajes, juntan las malas mañas de los malvados que existen á veces en los pueblos civilizados (1).

(1) Chardino ha descrito las costumbres de algunas de estas tribus en el primero y segundo vol. de su Viaje. — Véase tambien á Malte-Brun, *Précis de la Geographie universelle*, t. III, entrega XLVII.

CAPITULO XXXV.

Relaciones entre los medios de existencia y la organizacion social de algunos pueblos de raza caucásica de la parte oriental de Africa. — Réjimen constitucional de los Abisinios. — Costumbres de algunos pueblos negros.

Para calar la accion que ejerce la naturaleza física en el estado social de todas las naciones, no basta saber el grado de latitud jeográfica de su territorio, sino que se requiere observar además la naturaleza, la posicion y elevacion del suelo, con otras noticias análogas. La temperatura de la atmósfera que con tanto poderío obra en las producciones naturales de toda especie, y que determina por lo mismo en gran parte los medios con que atienden los hombres á su existencia, está tambien subordinada á diversas causas. La elevacion ó depresion del suelo ejercen en la temperatura un influjo mucho mayor que la proximidad ó distancia de la línea equinoccial; de donde resulta que, siguiendo el curso de un rio que se dirije del ecuador hácia uno ú otro polo, pásase á menudo de un clima frio á otro templado, y á veces caliente.

Este fenómeno, observado en Asia, América y Europa, se nota tambien en muchas partes de Africa. El Nilo, así como el Rin, corre de sur á norte, y la temperatura media del punto en que desagua, bajo los 31 grados de latitud norte, es mas elevada que la de los montes en que toma oríjen, entre los 8 y 10 grados de la misma latitud. Dichos montes, segun un viajero, son tan altos como los Alpes, y parece que su cumbre está cubierta de nieves perpetuas, aunque se hallan casi debajo el ecuador. Añádase á esto que los pueblos que habitan su vertiente septentrional, están limitados al norte y poniente por desiertos de arena, y al levante por un mar inaccesible, hallándose por consiguiente sin comunicacion con ninguna nacion civilizada. Nunca deben perderse de vista tales fenómenos, cuando se trata de averiguar el influjo de los lugares y climas en el estado social de las naciones. Si en semejantes averiguaciones no se atendiese á la naturaleza, elevacion y posicion del suelo, caeríamos en graves é infinitos errores.

Los pueblos que habitan las costas orientales y septentrionales de Africa, ó por mejor decir, las orillas de este continente, desde las montañas que forman la parte mas elevada de la cuenca del Nilo, hasta el desierto de Zahara, pertenecen, salvo algunas escepciones, á la raza caucásica ó sus variedades. No todos son igualmente conocidos, pero lo que de ellos sabemos basta para enterarnos de que difieren poco de los pueblos que conocemos mejor, y que se hallan en circunstancias análogas.

Los Gallas habitan la parte mas elevada de la cuenca del Nilo, en las montañas que corren de levante á poniente de Africa, y que dividen este continente en dos partes casi iguales. Están situados en un clima frio, relativamente á los pueblos del mismo continente que habitan

en las orillas del mar Rojo y aun del Mediterráneo. No han sido observados en lo interior de su pais; pero Bruce vió á su rey y á su ejército al servicio del rey de Abisinia, y lo que nos dice de la constitucion física, de la intelijencia y de las costumbres de los principales caudillos de aquella nacion, basta para hacernos juzgar de los que no visitó. Si se fallase acerca de un pueblo numeroso y civilizado por algunos individuos hallados por casualidad, nos espondríamos á no fallar siempre con acierto; pero juzgando, por sus jefes y ejércitos, de los pueblos que no han salido del estado de barbarie, júzgaseles casi siempre por la flor y nata de su poblacion (1).

Bruce, como vasallo del rey de Abisinia y soldado de su ejército, creyó oportuno visitar al comandante en jefe del ejército de los Gallas, á quien llama el saltador, y que se encontraba á la sazon en el pais. Era un hombre muy alto y delgado; tenia el rostro puntiagudo, la nariz larga, los ojos pequeños y las orejas descomunales. Nunca miraba de frente, y en ningun objeto fijaba la vista, revolviéndola continuamente de un objeto á otro, como las

(1) Los pueblos que viven en las vertientes de los montes ó valles que tributan sus aguas al Nilo, ofrecen un fenómeno digno de atencion. Los que están situados en el oríjen de aquel rio y en toda la estension de la Abisinia pertenecen, segun la descripcion dada por Bruce, á la raza caucásica, y profesan el cristianismo. Los que se encuentran á continuacion, ya siguiendo el curso del rio, ya dirijiéndose á poniente, como los habitantes de Senaar, de Kordofan y de Darfur, pertenecen á la raza etiópica, y profesan la relijion musulmana. Por último, los Coptos, que son los habitantes mas antiguos de Ejipto, están clasificados entre los pueblos de raza caucásica, y profesan el cristianismo. En jeneral, todas las tierras que llevan sus aguas al mismo rio, están habitadas por pueblos de la misma raza, y hablan el mismo idioma, ó á lo menos dialectos de uno mismo. Aquí hallamos una escepcion que merece observarse.

hienas. Aquel hombre, que pasaba por el ladron mas cruel y desalmado, estaba en el tocador, cuando recibió la visita de Bruce.

«Parecióme, dice este viajero, que le sobrecojia mucho mi visita. Le encontré casi desnudo, pues no llevaba mas que una especie de rodillo que le ceñia los lomos. Acababa de bañarse en el Kelti, y en verdad que no sé porqué, pues se estaba frotando los brazos y el cuerpo con sebo derretido. Tenia ya muy ensebados los cabellos, y un criado estaba ocupado en trenzárselos con intestinos de buey, que, á mi entender, no habian sido limpiados. El saltador tenia además en el cuello dos vueltas de intestinos, con un cabo que le colgaba sobre el pecho, á la manera de aquellos collares que llamamos solitarios. Nuestra conversacion no fué larga ni interesante. Sufocábame el asqueroso olor de sangre y cadáver que percibia (1).»

Despues de haber visitado al jeneral en jefe de los Gallas, tuvo Bruce la humorada de ver al rey en el acto en que mas magnificencia ostentaba, y fué en una audiencia solemne que le concedió el rey de Abisinia. Este príncipe era pequeño, flaco, contrahecho, y no parecia vigoroso ni ájil; tenia la cabeza abultada, las piernas y muslos muy delgados comparativamente al cuerpo, y una tez amarilla ó cárdena, indicio al parecer de mala salud: aparentaba tener unos cincuenta años de edad. Dicho monarca se presentó armado con una mala pica y peor escudo; montaba una vaca de mediana corpulencia, con enormes cuernos, pero sin silla ni arneses. El traje rejio era correspondiente al equipaje. «Sus cabellos, dice Bruce, eran muy largos, y estaban entrelazados con intestinos de buey, por manera que el pelo no se distinguia de los intestinos; la mitad de aquellas singulares trenzas caia sobre la espalda, y la otra

(1) J. Bruce, t. IX, lib. VI, cap. X, páj. 80.

mitad sobre la rejion del estómago. El jefe galla llevaba además un intestino al rededor del cuello, y otros varios que le daban vueltas á los riñones y le servian de cinto. El rostro y cuerpo de Gangul estaban tambien untados de manteca que goteaba por todos lados. Veíanse pintadas en el rostro de aquel príncipe estremada confianza y una insolente superioridad; y como la estacion era muy calurosa, antes de que se dejase ver, anunció ya su proximidad un hedor de cadáver intolerable (1).»

Bruce, sin darnos la descripcion física del ejército, nos lo pinta como una manada de salvajes que no saben hacer la menor distincion entre amigos y enemigos; que saquean, arrasan ó incendian con igual ferocidad las casas de los unos como las de los otros (2); que cuando se apoderan de una poblacion, degüellan mujeres, ancianos y niños, no reservándose, entre las mujeres, mas que aquellas de las cuales esperan tener hijos, y que se llevan como esclavas (3). Nada dice de las demás clases de la poblacion, pero la descripcion que nos da de los caudillos y de su magnificencia, nos deja poco que desear en punto al desarrollo intelectual y perfeccion moral del pueblo. A menudo nos formaríamos una idea exajerada de la dicha de una nacion, si la graduásemos por las riquezas de sus príncipes ó de sus magnates; pero corremos poco riesgo en rebajar su industria, juzgándola por el lujo particular de sus jenerales ó de su rey.

Los pueblos de Abisinia que viven en las llanuras, son mucho menos bárbaros que los que moran en las montañas: sus facultades intelectuales están mas desenvueltas, y son por lo jeneral menos feroces. Sin embargo,

(1) J. Bruce, t. X, lib. VII, cap. IV, páj. 167, 168 y 169.
(2) *Ibid.*, t. IX, lib. VI, cap. X, páj. 75, 76, 78 y 79.
(3) *Ibid.*, t. XI, lib. VII, cap. XI, páj. 44.

aquí, como en la costa occidental del mismo continente, es preciso deslindar los hombres que cultivan la tierra de los que consumen sus productos. Los Abisinios están efectivamente avasallados al mismo réjimen que los negros que viven bajo igual latitud, bien que en la costa opuesta; y están sujetos al réjimen feudal. Aquí todavía encontramos el réjimen de la conquista, tal como puede fundarlo un ejército de bárbaros sobre una nacion que ha progresado poquísimo.

Todo el pais, comprendiendo bajo esta palabra las tierras y los hombres que las cultivan, es considerado por los grandes como propiedad suya, y la parte de cada uno está en razon de la elevacion de su grado. El rey, como jefe de los nobles, logra la mejor parte; de lo restante, da á las princesas las tierras mas fértiles, y probablemente tambien los mas diestros labradores (1). Tócale esclusivamente la prerogativa de repartir las tierras; si pues un magnate pierde las suyas de resultas de algun delito ú por otra causa, vuelven al rey, quien dispone de ellas á su antojo (2). Un magnate puede dar sus tierras ó sus poblaciones á otro, y entonces este carga respecto de él con las mismas obligaciones que se deben al rey (3). Estas obligaciones consisten principalmente en rendir fe y acatamiento á su soberano, acompañarle á la guerra, cuando lo requiere, y hacerse seguir además por determinado número de hombres (4). Si un rey ó un grande quieren

(1) J. Bruce, t. X, lib. VII, cap. I, páj. 47.

(2) *Ibid.*, cap. III, páj. 132 y 133, y cap. VIII, páj. 311; t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 59.

(3) *Ibid.*, t. VIII, lib. VI, cap. VII, páj. 358, y t IX, lib. VI, cap. IX, páj. 56.

(4) *Ibid.*, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 62, y t. X, lib. VII, cap. V, páj. 193, y cap. VII, páj. 291.

ejercer la hospitalidad con algun personaje, le dan varias poblaciones, y cada una de estas queda obligada á suministrarle una parte de lo que necesita (1).

La persona del rey es sagrada é inviolable; y de consiguiente la responsabilidad de sus actos recae en sus ministros ó consejeros. Como jefe de la administracion, tiene un consejo compuesto de seis grandes del reino, todos oficiales de su casa: uno de ellos manda las tropas; los otros desempeñan varios empleos domésticos. Cada uno de dichos consejeros tiene la prerogativa de manifestar su dictámen; mas no puede hacerlo sino bajo condicion de ser siempre del dictámen del príncipe, ó del personaje que á la fuerza ó por manejo se ha hecho dueño de él. Para dejar mayor libertad á los ministros, el rey se abstiene de presidirles, y hasta de asistir á sus deliberaciones; pero se está en una especie de palco cerrado al estremo de la mesa del consejo, desde donde puede manifestar su voluntad. Si la mayoría emite un dictámen contrario al suyo, prevalece el de la menoría (2).

El rey es el jefe de la justicia; pero como quiere que sea independiente, no la administra por sí, sino cuando desea que salga absuelto el acusado. En sus espediciones, se hace acompañar siempre por seis jueces de su eleccion, cuyos fallos son ejecutados en el acto. Cerca del tribunal donde se reunen estos jueces, hay una ventanilla cubierta con una cortina de tafetan verde; detrás de ella está el

(1) *Ibid.*, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 62.

(2) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 32, 33, 34, 48 y 56. —Los reyes de Abisinia pueden decir á sus consejeros como Jérjes á los suyos: «Os he hecho venir aquí para que no se crea que obro por mi sola opinion: pero os intimo al mismo tiempo que vuestro deber es conformaros á mis voluntades, mas bien que darme consejos, ni hacerme objeciones.» Herodoto, lib. VI.

rey. Un oficial, que desempeña las funciones de abogado jeneral, y que se titula *la palabra del rey*, se pone detrás de la cortina mientras deliberan los majistrados. Cuando cada cual ha espuesto su opinion, se adelanta y les comunica, en su propio nombre, la voluntad del invisible monarca ó del ministro que le gobierna. Si dice: el acusado es reo y morirá, los jueces pronuncian al instante la sentencia, y los verdugos la ejecutan (1). Los jueces escojidos por el príncipe no están allí mas que para cargar con el odio que resulta de la iniquidad de sus fallos, y dar á la justicia un viso de independencia.

Los reyes de Abisinia no creen que sus ministros sean siempre justos ó infalibles; al contrario, suponen que son injustos y que se engañan á menudo; y como es deber suyo reparar la injusticia ó el error, admiten el derecho de peticion en su mayor latitud; no hay nadie que no pueda llegar con sus quejas hasta el monarca.

« Obsérvase, dice Bruce, en Abisinia un uso muy singular, y es que se necesita que las puertas y ventanas del rey estén de continuo asediadas de jente que llore, se lamente y demande justicia en alta voz, en todos los diferentes idiomas del imperio, para ser admitida á la presencia del monarca, y alcanzar la reparacion de los agravios de que se queja. En un pais tan mal gobernado, y espuesto constantemente á todas las desdichas de la guerra, por supuesto que nunca faltan agraviados con razon; mas si por casualidad no se encuentran bastantes, como por ejemplo, en medio de la estacion de las lluvias, época en que con dificultad pueden acercarse á la capital ó mantenerse fuera de ella, hay una cuadrilla de miserables á

(1) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 32, 59, 60 y 61; y t. X, lib. VII, cap. III, páj. 128, 129 y 130.

quienes se les da un tanto para que griten y se lamenten á fuer de verdaderos agraviados (1). »

El rey, dejando el cuidado de la administracion á sus consejeros, mandando administrar la justicia por medio de majistrados que se titulan independientes, no reservándose mas que la distribucion de las gracias y mercedes, no desatendiendo las reclamaciones de nadie, llamando además en torno de sí á cuantos tienen quejas que producir, no puede ser responsable de ningun acto de injusticia ó de opresion. Así que, entre todas las máximas, la mas incontestable é incontestada es la inviolabilidad de su persona. Esta máxima se halla tan hondamente grabada en los ánimos, que en las numerosas guerras civiles que hay en aquel pais, el rey es respetado en medio de las lides; y los caudillos de sus súbditos revolucionados le hacen rogar sumisamente que no se esponga en los encuentros, ó á lo menos que se distinga por el color de su caballo ú de sus vestidos para no herirle inadvertidamente (2).

La persona del rey es sagrada é inviolable, no solo en virtud de una máxima de estado, sino tambien por efecto de una ceremonia relijiosa. A su advenimiento, dice Bruce, vierten sobre su cabeza aceite de olivas, y á fin de que penetre en sus largos cabellos, frótanselos con sus

(1) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 44, 45 y 46.—Durante la permanencia de Bruce en Abisinia, el rey *se divertia* enviándole algunos de aquellos peticionarios que iban á jemir y lamentarse á su puerta, y que cuando estaban cansados, le pedian de beber para poder continuar.

(2) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 35 y 36; t. X, lib. VII, cap. III, VI y VIII, páj. 133, 242, 250 y 309.—Desde que los jesuitas han penetrado en aquel pais, los reyes han dejado de ser inviolables en los casos en que *el cielo está de por medio*, y muchos han sido asesinados. Bruce, t. VIII, páj. 35.

dos manos harto indecentemente, y á corta diferencia del mismo modo que se frotan sus soldados la cabeza con manteca (1).

Para dar mayor fuerza á su autoridad, y vencer mas fácilmente la resistencia que pudiesen oponerle sus propios súbditos, tiene cerca de su persona un destacamento de soldados estranjeros mas ó menos crecido, segun cree mayor ó menor la resistencia que pueda encontrar: algunos de los soldados son á veces nacionales, mas los oficiales son invariablemente estranjeros (2).

A la muerte del rey, pasa el cetro á uno de sus hijos. No hay ley ni costumbre que lo trasmita á uno de ellos con preferencia á los otros. El mas fuerte, ó mas protejido, ó que se cree menos temible para los magnates, es quien se ciñe la corona. Parece que en otro tiempo perteneció á los grandes la eleccion, pues hoy dia se reputa hecha por ellos, cuando en realidad es el primer ministro quien escoje.

Como las máximas de estado y las ceremonias de la relijion hacen considerar sagrada la persona del monarca; como los actos inicuos ú opresivos, de los cuales es autor, parecen cometidos por sus consejeros ó por los majistrados á quienes dicta los fallos; y como los actos de gracia ó de merced, al contrario, parecen hechos esclusivamente por él, el pueblo le mira como á un ídolo cuyas voluntades adora; y los magnates, que fomentan cuidadosamente esta especie de idolatria, se lo disputan como un instrumento por cuyo medio pueden impunemente oprimir á sus adoradores.

(1) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 30 y 31.—Los ministros no son inviolables por las máximas de estado, pero lo son mas que el rey, por cuanto no hay poder alguno que les sea superior.

(2) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 106.

El rey tiene varias mujeres, y por consiguiente puede tener muchos hijos. Para obviar las revueltas que pudieran estos promover, se les confina á un palacio situado en la cumbre de una montaña. Allí se les enseña á leer y escribir; pero en cuanto á lo demás, se les mantiene en profundísima ignorancia, por cuanto tal es el interés de los grandes que deben reinar en nombre de alguno de ellos (1). Cuando muere su padre, el ministro mas influyente se da priesa á proclamar rey al mas jóven ó al mas imbécil: como creador del ídolo, es, bajo su nombre, el dueño del estado (2).

La inviolabilidad del príncipe y el supersticioso respeto de que le circundan los magnates, para mandar á sus anchuras bajo su nombre, son provechosos á los que se apoderan de él, como el respeto que profesa un pueblo á una falsa divinidad es útil á los sacerdotes que aparentan servirla; pero aquel acatamiento y aquella inviolabilidad sirven tan poco al príncipe que es su objeto, como á Júpiter las ofrendas que recibian sus sacerdotes. El ministro que se apodera del ídolo se encumbra sobre las supersticiones vulgares; no ve en él mas que un instrumento útil á su ambicion, y le trata como á tal. La seguridad del monarca exije que sus hijos estén siempre á disposicion de su ministro; de consiguiente la intelijencia de los jóvenes príncipes es amoldada segun conviene al depositario principal de la autoridad rejia. El ministro escatima las cosas destinadas á su manutencion, reduciéndoles á veces á tal miseria, que muchos mueren de hambre ó sed: si tiene algun motivo de temerlos, les hace dar secretamente la muerte (3).

(1) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 100 y 101.

(2) *Ibid.*, páj. 28 y 29.

(3) J. Bruce, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 100 y 101.

El ministro no guarda mucha mas atencion con el monarca, pues tambien se queda la parte que puede de los tributos que pagan los pueblos. Da al rey únicamente lo que necesita para su subsistencia diaria, tratándole poco menos que un particular á sus criados (1). Las mujeres del rey son á veces tratadas aun con mayor dureza; y sean cuales fueren los sentimientos que inspire al príncipe el tratamiento de sus hijos y mujeres, no se atreve á manifestarlos (2). El rey, en su palacio, adorado por sus súbditos como una divinidad, no es en resúmen mas que el prisionero ú esclavo del mas astuto ú intrigante de sus servidores; es el instrumento empleado para el azote de sus estúpidos adoradores (3).

Si algun ambicioso, aprovechándose del descontento que causa la tiranía, logra insurreccionar una parte de la poblacion, guárdase muy bien de alterar unas opiniones que deben servir de base á su poderío; al contrario, aparenta el mismo respeto que el vulgo á la persona real, seguro de que si consigue hacerse dueño de aquel, dicho respeto formará la mayor parte de su fuerza contra sus enemigos (4).

Los principales habitantes de aquel pais han hecho hereditario el poder; de este modo han obviado las intrigas y revueltas á que hubiera dado márjen la eleccion de un jefe. Pero la ambicion de apoderarse de la confianza ó de la persona del príncipe da lugar á mas manejos y desórdenes que los que pudiera motivar la eleccion de un jefe.

(1) *Ibid.*, t. X, lib. VII, cap. IV, páj. 150.

(2) *Ibid.*, t. VIII, lib. V, cap. XI, páj. 100 y 101, y t. XI, lib. VII, cap. X, páj. 26.

(3) *Ibid.*, t. XI, lib. VII, cap. XI, páj. 50.

(4) J. Bruce, t. VIII, l. V, c. XI, p. 35 y 36, y t. X, l. VII, cap. III, VI y VIII, p. 133, 242, 250 y 309.

Un ministro que domina á la persona real, y que sospecha que una provincia quiere insurreccionarse contra su propia tiranía, ordena que al instante sea todo pasado á sangre y fuego; entrégase á las llamas todo lo incendiable, y es esterminado hasta el postrer habitante (1). Por su parte, el ambicioso que lucha para ser ministro, usa de represalias contra las provincias fieles al dominador de la persona real, ordenando el incendio de todas las viviendas y el sacrificio de todos los habitantes sin distincion de sexo ni edad. Si por una ú otra parte se indultan algunos individuos, merecen tan solo esta merced las mujeres bastante jóvenes ó bonitas para estimular las pasiones del vencedor, y quedan hechas esclavas suyas (2).

Cuando el ministro poseedor del ídolo queda vencedor, hace morir en los suplicios á los vencidos, como reos de traicion contra la majestad real: y al contrario, cuando

(1) *Ibid.*, t. VIII, l. VI, c. III, p. 243.

(2) J. Bruce, t. XI, l. VII, c. XI, p. 44. — Los ejércitos estranjeros que quieren hacerse dueños de aquellos pueblos, se valen del mismo medio que los ministros y magnates del pais. Apodéranse del que es un objeto de adoracion para el público; rodéanle de personas adictas á sus intereses, y de este modo se encuentran dueños de la tierra y de los habitantes. Este modo de sujetar una nacion, apoderándose de un jefe hereditario, es practicado hasta por los pueblos mas estúpidos: «Esta política, dice Bruce, es muy notable en esa nacion bárbara de los Fungos, y por fuerza debe haberles salido bien, cuando constantemente la han usado. En cuanto someten un pais, escojen al príncipe reinante por lugar teniente, y le dejan disfrutar, *bajo sus órdenes*, de su autoridad primera.» Bruce, t. XII, l. VIII, c. IX, p. 40. — Véanse algunos ejemplos en el c. X del mismo libro. Por un medio análogo se hicieron los Españoles dueños de América, y los Ingleses del Indostan. Tampoco era este medio desconocido de los Romanos.

queda victorioso el ministro pretendiente, manda degollar á los partidarios del ministro vencido, como reos de haber sostenido al opresor de su rey. Los suplicios usados en semejantes circunstancias son de tres especies: consisten en crucificar á los condenados, en desollarles vivos, y en arrancarles los ojos, abandonándoles luego en medio de los campos, donde son devorados por las fieras (1). Los cadáveres de los condenados quedan ordinariamente espuestos en las plazas públicas de la capital, siendo rara vez enterrados. «Las calles de Gondar, dice Bruce, están sembradas de miembros de aquellos infelices, á cuyo olor acuden de noche tantos animales feroces, que es peligroso el salir. Los perros se apoderan á menudo de algunos miembros que se llevan á los patios ó aposentos de las casas para roerlos con mayor seguridad, lo cual no dejaba de incomodarme en gran manera; pero sucedia esto con tanta frecuencia, que al fin tuve que dejarles á sus anchuras (2).»

Las hienas y otros animales carniceros son dueños de la ciudad hasta el amanecer; entonces un oficial del rey, ó mas bien un ministro, coje un gran látigo, se coloca delante de la puerta del palacio, y lo hace chasquear con tanta fuerza que ahuyenta á las fieras. Aquella señal anuncia que la persona del rey va á levantarse y administrar justicia (3), es decir, á preparar racion á las fieras para la noche siguiente.

La primera prerogativa de un ministro ú de los grandes, dueños del rey, es exijir de los pueblos que se han mantenido fieles ó han quedado sometidos, todos los impuestos que pueden pagar, repartiéndose entre sí los pro-

(1) J. Bruce, t. VII, l. V, c. VIII, p. 326, 327, 351, 352 y 356.
(2) *Ibid.*, t. VIII, l. V, c. XI, p. 68 y 69.
(3) *Ibid.*, p. 39.

ductos segun el grado de su influjo. Su carga es tan pesada, que á los hombres mas laboriosos apenas les queda medio de vivir, y en algunas provincias se ven las mujeres, con el rostro arrugado, curtido por el sol, vagar por los campos, espuestas á la intemperie, con una ó dos criaturas á la espalda, recojiendo las semillas de los juncos silvestres para amasar con ellas una especie de pan (1).

Cuando los impuestos establecidos sobre la masa de la poblacion laboriosa, no arrebatan á los súbditos todos los recursos que poseen, se les molesta con estorsiones particulares. Habiendo Bruce visitado la casa de un primer ministro reputado severo, mas no injusto, la encontró llena de víctimas de su codicia. «Al llegar, dice, me figuré que entraba en la cárcel mas horrorosa, pues allí se veian cargados de grillos, tanto dentro de la casa, como en sus alrededores, mas de trescientos infelices; algunos de ellos mas de veinte años habia, y de quienes solo se queria arrancar dinero. Lo mas deplorable era que despues que aquellos desventurados habian aprontado el dinero que se les pedia, no se les daba libertad. La mayor parte estaban encerrados en jaulas de hierro, y tratados como fieras (2).»

Por muchas que sean las violencias y crueldades de los ministros y magnates, el rey no se inmuta, aun cuando las presencie. Embrutecido por la especie de educacion que le dan los próceres que le rodean, acostumbrado á considerarse como un ente de especie superior, y libre, por su inviolabilidad, de las calamidades que abruman á sus vasallos, mira con la mas profunda indiferencia unos quebrantos que no pueden alcanzarle. Bruce, testigo de

(1) J. Bruce, t. IX, l. VI, c. XIX, p. 394 y 395.
(2) *Ibid.*, t. VII, lib. V, c. V, p. 190 y 191.

las crueldades que diariamente se cometian durante su permanencia en Abisinia, se afectó vivamente; y preguntándole el rey si estaba enfermo, le contestó que no podia sufrir las odiosas escenas que presenciaba. « Aunque el monarca, continúa el viajero, se esforzaba en conservar cierto aire de gravedad, casi no podia contener la risa al oir el relato de una desgracia que miraba como cosa despreciable (1).» Aquel príncipe era un buen rey en Abisinia (2).

Como los pueblos de aquel pais no gozan de proteccion alguna legal, son muy vengativos, estremando esta pasion: una de sus máximas es matar siempre á quien ofenden, para que no le quede el recurso de vengarse (3). Hay odios de pueblo á pueblo como de individuo á individuo; los labradores aran y siembran con las armas en la mano: cuando llega el tiempo de la cosecha, no la recojen sin haberla disputado antes, y quedado dueños del campo de batalla (4). Las crueldades ejercidas sobre aquellos pueblos les habitúan á ejercerlas ellos tambien sobre los animales, á quienes devoran en cierto modo aun vivos. En sus espediciones llevan consigo bueyes, de los cuales cortan tajadas que se comen crudas, procurando no herirles los órganos esenciales de la vida (5). Parece que el pueblo judío tenia la misma costumbre (6).

Siendo arbitrarios los castigos, cada cual se ve precisado á aparentar los sentimientos y opiniones que placen á los mas fuertes; el disimulo y la perfidia son vicios que se

(1) J. Bruce, t. X, l. VII, c. III, p. 140.

(2) *Ibid.*, c. II, p. 85.

(3) *Ibid.*, c. I, p. 53.

(4) J. Bruce, t. VII, l. V, c. IV, p. 163.

(5) J. Bruce, t. VII, l. V, c. V, p. 232; y t. VIII, l. V, c. IX, p. 96 y 97.

(6) Samuel, c. IV, vers. XXXII y XXXIII.

notan en todas las clases, y que, en sentir de Bruce, les son tan naturales como el ambiente que respiran (1).

El rey puede tomar cuantas mujeres crea conveniente; y cuando le gusta una, su ministro se la entrega sin tomarse siquiera la molestia de consultarla. La poligamia está en uso, no solo para el príncipe, sino tambien para todos aquellos que quieren y pueden, es decir, para todos los magnates. Las mujeres no están reclusas, y son tan disolutas sus costumbres, que, segun Bruce, cada mujer parece comun á todos los hombres. Este pueblo, así como la mayor parte de los isleños del Grande Océano, no conocen al parecer los celos (2).

En una de las ciudades fronterizas, los habitantes hacen, bajo la proteccion del primer ministro, un comercio que consiste en vender y comprar criaturas. Los hombres que quieren vender sus propios hijos, ó los que las han robado ú comprado, las llevan á Dixan, y allí encuentran Moros que las compran y van á venderlas á paises mas remotos. Tambien se venden allí hombres ó mujeres cojidos por sorpresa. Los sacerdotes de la provincia de Tigre y los de las cercanías del monte Damo se dedican con furiosa actividad á esta clase de comercio. Y sin embargo, los Abisinios profesan la relijion cristiana (3).

Las devastaciones que resultan de las guerras suscitadas por la codicia, la tiranía y la ambicion de los grandes; el aniquilamiento que causan los impuestos desmedidos y las estorsiones incesantes, y por último las guerras intestinas, hacen abandonar el cultivo de la tierra y producen frecuentes carestías. Desaparecen entonces poblaciones enteras, no dejando en pos de sí otras huellas de sus mi-

(1) J. Bruce, t. VIII, l. VI, c. IV, páj. 251.

(2) J. Bruce, t. VII, l. V, c. XI, p. 75, 76, 96 y 101.

(3) J Bruce, t. VII, lib. V, cap. III, páj. 143, 144 y siguientes.

serias y padecimientos, que los huesos que blanquean la tierra (1). Provincias enteras se convierten en desiertos; las tierras, quedando incultas, no producen mas que yerbas silvestres, ni se encuentran mas viviendas que algunas miserables chozas en puntos estraviados, y á grandes distancias unas de otras. No se cree enteramente despoblado el pais, porque se ven acá y acullá unas pocas personas esqueletiformes, recojiendo semillas de yerbas para amasar el pan que ha de sostener su desdichada existencia (2).

Entre los Gallas y los Abisinios, que ocupan la parte austral de la cuenca del Nilo, y los Ejipcios, que ocupan su parte septentrional, hay pueblos de especie diferente, procedentes al parecer del centro de Africa. Pertenecen á la raza etiópica, y profesan la relijion musulmana; tales son los pueblos de Senaar, Kordofan y Darfur: están un poco mas distantes del ecuador, pero la mayor parte habitan un pais menos elevado que el de los Gallas y el de los Abisinios. Todos tienen un gobierno análogo, y atendidos sus usos, parece que se apoderaron del territorio por conquista. Sus gobiernos son militares; los reyes son los distribuidores de las tierras, y la parte que cada uno alcanza es proporcionada al grado que tiene en el ejército. Los oficiales superiores hacen trabajar sus tierras por esclavos, ó las arriendan á los vasallos. Los reyes exien el diezmo de los productos de las tierras que reparten, y tienen ministros que cuidan de su percepcion. Su poder es hereditario (3). En el Senaar, cuando asciende al trono

(1) J. Bruce, t. XI, lib. VIII, cap. IV, páj. 190.

(2) J. Bruce, t. VII, lib. V, cap. IV, páj. 163 y 185; t. XI, lib. VIII, cap. I, páj. 93, y t. XII, lib. VIII, cap. X, páj. 90 y 91.

(3) J. Bruce, t. XII, lib. VIII, cap. IX, páj. 18. — Felix Mengin, *Historia de Ejipto bajo el gobierno de Mohamet-Aly*, t. II, páj. 225, 232 y 233.

el primojénito del rey, todos sus hermanos son heridos de muerte, como no se salven por medio de la fuga (1).

Las mujeres de Senaar son consideradas como esclavas; sus maridos las venden, aun cuando sean madres de familia; las del rey son tratadas por el mismo estilo que las del mas ínfimo vasallo (2). Ambos sexos llevan una vida desenfrenada, y la embriaguez causa frecuentes y graves desórdenes. El robo y la venta de las criaturas son muy comunes y contribuyen á la despoblacion del estado. La industria se halla tan atrasada, que los habitantes no saben pasar el rio sino á nado ú montados en bueyes (3). Su principal comercio, antes de estar sujetos á los Turcos, consistia en la venta de los esclavos que hacian en la guerra. Por lo demás, las costumbres de estos pueblos han sido poco observadas; no conciben otras fruiciones que tener mujeres y comer segun su antojo (4).

Los Ejipcios son, entre todos los pueblos del Africa, el que ha llamado la mas viva curiosidad. Como es uno de los mas antiguos en los anales de la civilizacion, no hay otro que mas vicisitudes haya esperimentado, ni que en igual espacio de tiempo ofrezca mas caudal á las ciencias morales; en ningun pais ha tomado el despotismo formas mas varias; en ninguno ha sido tan fácil observar su índole y sus resultados.

(1) J. Bruce, t. XII, lib. VIII, cap. IX, páj. 18.

(2) *Ibid.*, cap. IX, páj. 22.

(3) Felix Mengin, t. II, páj. 218 á 222.

(4) Sonnini, *Viaje al alto y bajo Ejipto*, t. III, cap. V, páj. 87 y 88.

CAPITULO XXXVI.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y la organizacion social de algunos pueblos de especie caucásica del nordeste de Africa.

Las diversas razas que ocupan las partes inferiores de la cuenca del Nilo nos son mejor conocidas que las que ocupan las superiores: estamos mas enterados de cómo se han organizado, para proporcionarse medios de subsistencia, los hombres que alternativamente han dominado aquel pais, y los efectos que han resultado del uso de aquellos medios. Aquí tambien encontramos hombres organizados para la esplotacion de un pais conquistado; vemos una aristocracia militar, vejetando en el ocio y la opulencia, y supliendo el defecto del número con la fuerza de su organizacion; y una poblacion laboriosa viviendo en la mas espantosa miseria, é incapaz de resistir, porque está desunida.

Cuando los hechos históricos se remontan á tiempos que nos son desconocidos, es loco empeño querer desentrañar las causas que los produjeron. Por doloroso que sea

en semejante caso el estado de duda é ignorancia, no cabe salir de él sin abandonar el único camino propio para guiarnos en la investigacion de la verdad. No trataré pues de esplicar las causas que produjeron el órden social observado en Ejipto en los tiempos mas lejanos, porque sobre este punto no podria hacer mas que vagas conjeturas: así que bastará esponer los rasgos principales, los que á un tiempo parecen mas bien compulsados, y mas fecundos en consecuencias.

El Ejipto, en la época mas remota de que tenemos noticia, estaba sometido á un jefe que trasmitia su poder á uno de sus hijos, siendo su persona tan inviolable y sagrada como la de los reyes de Abisinia. ¿Apoderóse el fundador de la primera dinastía de la autoridad pública, por conquista del pais y sus habitantes? ¿Fué al principio un majistrado electivo, y logró perpetuar su poder en la familia por medio de la usurpacion? ¿Diéronse los Ejipcios un majistrado único para salvar los riesgos de las deliberaciones? ¿Hicieron hereditario su poder para obviar los desórdenes de las elecciones? Ignorámoslo; pero es lícito creer que en Ejipto, lo mismo que en otras partes, los hechos precedieron de mucho á las doctrinas que debian justificarlos; siendo probable que, fundado cierto órden de cosas sobre las ruinas de otro órden diferente, á fin de afianzar el triunfo de ciertos intereses de casta ó de familia, no faltarian razones para probar las ventajas del uno y los inconvenientes del otro.

Los Ejipcios no tenian al parecer mas que un jefe hereditario; pero en realidad estaban gobernados, ó, mejor dicho, poseidos por una casta de sacerdotes. Siendo el monarca educado, criado, servido y aconsejado por sacerdotes, no tenia otras ideas que las que estos grababan en su ánimo, ni ejecutaba otras acciones que las que los

mismos le aconsejaban. Desde la cuna hasta el sepulcro nunca salia de sus garras, pues siempre le rodeaban seis consejeros, y estos eran seis sacerdotes. Si llegaba á estinguirse la dinastía reinante, ellos eran quienes elejian otra nueva en su casta. El rey pues no era mas que un primer pontífice, una especie de ídolo que los sacerdotes ofrecian á la adoracion del pueblo, y que manifestaba sus voluntades.

Los sacerdotes trasmitian su poder á sus hijos, y nunca lo comunicaban á quien no hubiese nacido de su casta. Tenian además el monopolio de los conocimientos, hablando entre sí un idioma inintelijible para el resto del pueblo: así es que no se les podia convencer de errores, de contradicciones, ni de incapacidad. Nada podia menoscabar el respeto que infundian á la turba, ni emancipar á sus súbditos del embrutecimiento é ignorancia en que les tenian sumidos.

Los sacerdotes formaban la primera clase del estado; la segunda se componia de militares, con el rey por caudillo, y de consiguiente se hallaban bajo la obediencia de los sacerdotes.

Las tierras estaban divididas en tres partes: la primera pertenecia á los sacerdotes; la segunda al rey, quien empleaba sus réditos en pagar á sus consejeros y ministros, todos sacerdotes; y la tercera á los soldados, es decir, á los guardianes y defensores de los sacerdotes (1).

Hallándose todas las ventajas del órden social, segun los historiadores, en manos de una casta, su goce perpetuo les estaba afianzado por la obligacion impuesta á cada cual, desde el príncipe hasta el labrador, de seguir la profesion

(1) Esta division de las tierras, asegurada por los historiadores, no pareció sin embargo muy clara á D'Anville. *Memoires sur l'Egypte ancienne et moderne*, p. 28.

y conservar la clase de sus padres. Este órden, por estraño que sea á nuestras costumbres actuales, nada tiene de estraordinario; es el mismo al cual tienden, en todos los paises, los hombres que por la astucia ó la violencia han logrado hacerse dueños de sus semejantes.

Ignoramos la época en que la poblacion se dividió de este modo en castas, encontrándose cada cual al nacer en un círculo del que le era vedado salir; mas podemos creer que cuando la clase gobernante pensó oponer una valla insuperable á la intelijencia, á la industria, y por consiguiente á las riquezas de todas las demás, la sociedad habia hecho ya grandes progresos. Si los primeros hombres que cultivaron la tierra ó que edificaron casas, no hubiesen podido hacer jamás otra cosa; si todo individuo hubiese estado obligado á ejercer la profesion de su padre; nunca hubiera habido en Ejipto matemáticos, arquitectos, astrónomos, sacerdotes, reyes, ni ministros. Aun cuando los historiadores no nos hayan declarado el órden por el cual se formaron las artes y las instituciones de aquel pueblo, es dado creer que los monumentos cuyas ruinas causan todavía la admiracion de los viajeros, no fueron obra de arquitectos por derecho de nacimiento (1).

La posesion esclusiva de las tierras por los militares y los sacerdotes, y la obligacion impuesta á cada cual de seguir la profesion de su padre, pueden dar lugar á creer que, en un tiempo cuyo recuerdo no ha conservado la historia, el territorio y los cultivadores de Ejipto fueron presa de un ejército conquistador; pues arduo fuera atinar

(1) Está bien probado, para la mayor parte de los Europeos, que algunos hombres, en virtud de su nacimiento y sin haber hecho estudio alguno, pueden atesorar las luces, las virtudes y la independencia necesarias á los majistrados y lejisladores; pero aun no está probado que el solo derecho de nacimiento haga médicos, arquitectos, pintores, ni siquiera zapateros remendones.

bajo qué otro título hubieran podido pertenecer las tierras á dos clases que en ningun pais se han distinguido jamás por su amor al trabajo.

Dueños los sacerdotes de la parte mas considerable de las tierras, poseian tambien las únicas viviendas que denotaban riqueza y esplendor. Un viajero, al visitar los sitios en donde estuvieron situadas las ciudades mas célebres, ha quedado sorprendido de encontrar donde quiera ruinas de una misma naturaleza. «¡Siempre templos! dice, ni un edificio público, ni una casa particular con bastante consistencia para resistir las injurias del tiempo (1).» Si tantos y tan magníficos templos habia, era porque en ellos habitaban los sacerdotes; sin duda estaban erijidos en honor de las divinidades del pais, cual en Roma se sacrificaban toros en honor de Júpiter; pero los dioses de Ejipto no ocupaban en sus templos mas lugar que el dios del Capitolio en la mesa de sus ministros. Los templos del antiguo Ejipto, considerados bajo su verdadero punto de vista, no eran mas que los palacios de los grandes; palacios que la parte industriosa de la poblacion habia edificado por mandato y para regalo de una aristocracia á la vez territorial y sacerdotal (2).

(1) V. Denon, *Viaje al alto y bajo Ejipto*, t. II, páj. 114 y 115.

(2) En un gobierno teocrático, no se distingue la casa de Dios de la del sacerdote. En la *Atalia*, Racine hace decir al jóven Eliacin:

Ce temple est mon pays, je n'en connais point d'autre. Y es claro que el sumo pontífice, su mujer, sus hijos, y hasta los meros levitas no tienen otra habitacion. Denon ha conjeturado que el rey de Ejipto tenia su morada en el mismo templo en que habia sido educado, servido y aconsejado por los sacerdotes. «Añadiré á las diversas descripciones que he hecho de este jigantesco monumento, dice hablando de un templo de Karnak, que á la parte sur del primer patio hay un edificio particular, comprendido en la circunvalacion jeneral, com-

Cuando un ejército conquistador encuentra en el pais que invade, una aristocracia opulenta, y una poblacion miserable que la sostiene con el producto de sus afanes, la primera es ordinariamente condenada á perecer. Cuando no queda esterminada en el momento de la conquista, ó no muere defendiendo sus posesiones, es condenada á estinguirse en la miseria y el desprecio. Es incapaz de dedicarse á los trabajos que pudieran procurarle una subsistencia, ó los desdeña, porque el hábito de la dominacion los ha envilecido á sus ojos. Los nuevos dominadores se valen á veces de ella como medio de accion sobre la clase laboriosa; mas pronto se desembarazan de la misma, pues sus pretensiones les inspiran desconfianza, y solo encuentran cabal seguridad en su destruccion. Y al contrario, conservan la parte avasallada de la poblacion, porque sabe cultivar las tierras ó ejercer las artes, pudiendo existir solo por ella sus nuevos señores.

Arrebatado el suelo de Ejipto á la parte industriosa de la poblacion por sus reyes, soldados y sacerdotes, ha pasado sucesivamente al dominio de los Asirios, de los Persas, de los Griegos, de los Romanos, de los Arabes, de los Mamelucos y de los Turcos. Bajo Cambises y sus sucesores, vió Ejipto desaparecer la raza de sus primeros dueños; sus soldados hereditarios fueron esterminados, envilecidos y despojados sus sacerdotes, espulsados sus reyes. Los Griegos destruyeron ó espulsaron á su vez á los dominadores asirios, poniéndose en su lugar. Los conquistadores romanos destruyeron ó arrojaron á los dominadores griegos, y fueron destruidos por los conquistadores árabes. Los jefes árabes fueron avasallados ó desposeidos por los soldados que habian comprado como esclavos. Finalmente, los últimos han sido subyugados por los Turcos, quienes han logrado estinguir su raza.

Si algunos historiadores, forasteros á aquel pais, no nos hubiesen dicho que tuvo reyes, soldados y sacerdotes, cuyo poder era hereditario, ignoraríamos que han existido, ó tendríamos que perdernos en conjeturas. Esta primera raza de dueños se ha estinguido tan completamente, que en memoria suya no quedan mas que algunos residuos de monumentos y el testimonio de los historiadores estranjeros; con ella perecieron sus conocimientos, su idioma, su relijion y sus creencias. No menos cabal ha sido la destruccion de las demás razas de dominadores; en balde se buscaran por el suelo de Ejipto descendientes de los conquistadores asirios, griegos ó romanos; si quedan todavía algunos Arabes, no son mas, si así puede decirse, que unos instrumentos de labranza (1). Pero no ha desaparecido tan completamente la raza de los hombres primitivamente avasallados, habiéndose conservado en parte al través de todas las revoluciones; sus costumbres y usos han hecho frente á las violencias de los conquistadores.

puesto de una pared de cerca.... ¿Es esto por fin el palacio de los reyes, ó mas bien su noble cárcel? Así pudiera inferirse de las figuras esculpidas en las partes laterales de la puerta, representativas de héroes que tienen sujetas por los cabellos á otras figuras; las divinidades les muestran nuevas armas, como prometiéndoles nuevas victorias, mientras recurran á ellas para alcanzarlas.» V. Denon, *Viaje al bajo y alto Ejipto*, t. II, paj. 255 y 256.

(1) Los labradores árabes que hay todavía en el territorio de Ejipto, no descienden de los conquistadores de esta nacion, sino de los colonos de la misma raza á quienes admitieron ó llamaron despues de la conquista para repoblar las ciudades cuya poblacion habian destruido ú deportado. Véase la tercera memoria del Sr. Silvestre de Sacy, *sobre la naturaleza y las revoluciones del derecho de propiedad territorial en Ejipto, desde la conquista de este pais por los Musulmanes hasta la espedicion de los Franceses. Memorias del Instituto, Academia de Inscripciones y Bellas letras*, t. VII, páj. 119 y 120.

Sus primeros señores le habian arrebatado la propiedad del suelo en que vivia, condenándola á los trabajos, y á un embrutecimiento sin fin. No ha podido salir del envilecimiento en que la sumieron, ni recobrar las propiedades que le fueron arrebatadas, ni adquirir las luces de que la privaron sus primeros amos; pero se ha mantenido neutral en la mayor parte de las contiendas suscitadas entre los conquistadores. Les ha visto destruirse unos tras otros, mientras ella se ha perpetuado en parte y se conserva aun tal como existia hace mas de dos mil años. «No puedo apreciar, dice Savary, mas que la parte (de la historia de Herodoto) que trata de Ejipto, y con la mayor satisfaccion he hallado en este pais las costumbres y los usos que ha descrito, con algunas leves modificaciones introducidas por el cambio de relijion y de dominacion (1).

Para trazar el cuadro de las costumbres de los habitantes de Ejipto, es menester dividir la poblacion en dos clases: la de los conquistadores que, en diversas épocas, han formado la aristocracia, y la de los súbditos, que componian la masa de la poblacion. Las costumbres de los dueños no siempre han sido las mismas; los ejércitos que sucesivamente han invadido aquel pais, introdujeron en él los usos y costumbres propias de su nacion, siendo mas ó menos opresores y viciosos, segun era mas ó menos bárbaro el pueblo de su procedencia (2).

(1) Savary, *Lettres sur l'Egypte*, carta X, t. I, páj. 106.

(2) Voltaire echa en rostro á los Ejipcios el haber sido el pueblo mas cobarde de la tierra, habiéndose dejado vencer por todos los pueblos que han querido conquistarle. Posible es que aquel pueblo hubiese carecido de valor ó de destreza, cuando por primera vez fué sometido á una aristocracia militar y sacerdotal; pero sus descendientes no se han mostrado cobardes, cuando han dejado esterminar á sus dominadores nacionales ó estranjeros; no se han mostrado cobardes cuando han dejado destruir por los Asirios á los reyes, á los soldados y á los sacerdotes que les habian despojado, á los Asirios por los Griegos, á los Griegos por los Romanos, á los Romanos por los Arabes, á los Arabes por los Mamelucos, y á estos por los Turcos.

Solo conocemos muy imperfectamente las costumbres de los primeros poseedores, las de la triple aristocracia territorial, sacerdotal y militar, que fué la primera que se enseñoreó de los hombres y del suelo. Dicha aristocracia, cual la de los Malayos en las islas del Grande Océano, no apreciaba al parecer sino las prendas esenciales que la constituian, envileciendo cualquier otra calidad que estuviese al alcance de la raza avasallada.

Cuando, á mediados del siglo sexto, los Arabes arrebataron el Ejipto á los emperadores griegos de Constantinopla, aquel pais habia ya padecido mucho con la dominacion de los varios dueños que lo habian poseido. Sin embargo, estaba todavía muy floreciente, si juzgamos por el entusiasmo que inspiró á los nuevos conquistadores la toma de Alejandría, y por la descripcion que de esta ciudad nos dieron los mismos (1). El Ejipto, aunque á menudo lastimado por las contiendas de los Arabes que se disputaban el poder, no cayó en la barbarie: la jeometría, la astronomía, la gramática, la poesía se cultivaron con esmero, sin menoscabo de las artes: hasta la labranza llegó á hacer algunos progresos bajo los califas, pues durante su dominio se introdujo el cultivo del arroz (2).

Uno de los jefes árabes á los cuales estaba sujeto el Ejipto, proponiéndose sin duda aumentar su poder, quiso rodearse de un ejército que no fuese de su nacion ni de

(1) Gibbon's, *History of the decline and fall of the roman empire*, vol. IX, cap. II, páj, 437.

(2) Hasselquist, *Viaje á Levante*, primera parte, páj. 165.—Savary, *Lettres sur l' Egypte*, carta II, t. I, páj. 26.

la conquistada. Compró esclavos de los que se vendian en el Cairo, educóles segun cuadraba á sus miras, y formó de ellos un cuerpo militar. Estos soldados eran conocidos con el nombre de *mamelucos*, equivalente á *esclavos*. Cuando estos llegaron á ser en número bastante y harto poderosos para vencer la resistencia de su dueño, le dieron muerte, y pusieron en su lugar á un hombre elejido de entre ellos. De este modo demostraron que un príncipe que teme la fuerza de su nacion y quiere superarla, se ve obligado á crear una fuerza mayor que tambien tiene albedrío é intereses propios, y que tarde ó temprano sabe triunfar (1).

Una aristocracia puramente militar sucedió pues al gobierno de los Arabes, que tambien era militar; el poder soberano paró en manos de los principales oficiales de los esclavos, llamados *sanjiaques*, y que nosotros designamos con el título de *beyes*. Estos magnates elijieron de entre ellos un jefe, y le encargaron el gobierno bajo su direccion; era su presidente, ó por mejor decir, el jeneral en jefe del ejército, y se le daba la denominacion de *sultan*. Por lo demás, el pais se dividió en veinte y cuatro fracciones, una para cada cual de los oficiales superiores. El ejército estranjero, creado por los jefes árabes, siguió re-

(1) *Memorias de la Academia de inscripciones y bellas letras*, t. XXI, páj. 551.—Sonnini, *Viaje al alto y bajo Ejipto*, t. II, cap. XXXIII, páj. 312 y 313. Savary, t. II, carta XV, páj. 191.

Hasta despues de muchas revoluciones no quedó estinguida la dominacion de los Arabes, estableciéndose el poder de los Mamelucos. Las razas que sucedieron á los Califas, llegadas de un clima comparativamente frio, fueron mucho mas bárbaras que ellos. Véase á Herbelot, *Biblioteca oriental*, y á Deguignes. James Wilson's, *History of Egypt.*, vol. II, lib. VII, cap. II, páj. 191 y 192; cap. III, páj. 234 y 235, lib. VIII, cap. I, páj. 371 y 372.

clutándose del mismo modo que al principio: cada bey mandó comprar en el Cairo ú en Constantinopla jóvenes esclavos que eran traidos de Jeorjia, de Circasia, de Anatolia, y á veces hasta de Nubia. Dichos esclavos, nacidos los mas de padres cristianos, al llegar á la casa de su amo, eran circuncidados y se les instruia en la relijion musulmana. Enseñábaseles á manejar un caballo, á lanzar el venablo, y á servirse del sable y de las armas de fuego; en lo interior de la casa desempeñaban varios quehaceres análogos á su educacion y disposiciones naturales. Estaban obligados á rasurarse y vivir célibes hasta que eran elevados á alguna dignidad; entonces se dejaban crecer la barba y podian casarse. Llegados al grado de *cachef*, se les encargaba la esplotacion de las ciudades puestas bajo la dependencia de su patrono; compraban de su cuenta esclavos á quienes hacian sus guardas, y les daban la misma enseñanza que ellos habian recibido. No tenian mas que dar un paso para llegar á la dignidad de bey (1).

Estando el influjo de cada bey ó sanjiaque en razon del número, talentos y fuerza de sus esclavos, cada cual tenia el mayor interés en multiplicar y hacer temibles á los suyos, siendo este para él el único medio de poderío y seguridad. Un sanjiaque, en la estension del pais sometido

(1) Savary, *Lettres sur l' Egypte*, t. II, carta XV, páj. 192 y sig. —Denon, t. II, páj. 159.

El estado de los Mamelucos puede esplicarnos un fenómeno que hemos observado en Persia, y es el honor anejo al título de esclavo, y el envilecimiento anejo al título que corresponde al de súbdito ú subyugado (*subjectus*). Es claro que el individuo comprado para tomar parte en la esplotacion de una ciudad populosa, debe creerse menos envilecido, bien que esclavo, que los individuos esplotados. Puede gloriarse de un título que le hace partícipe de los privilejios de los amos.

á su esplotacion, jamás tenia por subordinados sino á hombres escojidos por él entre sus propios esclavos. Cada provincia, cada distrito tenia su gobernador; cada ciudad su lugar-teniente; y donde quiera correjidores que vijilaban los movimientos de la masa. « El sistema de opresion, dice Volney al esponer semejante organizazion, es metódico; no parece sino que en todas partes tengan los tiranos la ciencia infusa (1). »

El poder y las propiedades de un bey no pasaban á sus hijos; muerto él, los demás beyes los adjudicaban al esclavo ú al liberto que creian mas digno, ó por mejor decir, al que se mostraba mas adicto á los intereses de la mayoría de los electores: el interés de familia era sacrificado al interés de la ocupacion militar. Si un hijo hubiese heredado el poder de su padre, la aristocracia militar hubiera podido ir á parar á manos incapaces de conservarla, y la poblacion avasallada habria podido tarde ó temprano emanciparse. Haciendo pasar la autoridad á manos de los libertos mas osados, nunca se aflojaban los lazos de la servidumbre. La subordinacion militar conservaba por otra parte todo su poder, y la ambicion de todos estaba incesantemente estimulada por la esperanza del ascenso. El uso de los beyes de trasmitir su poder y haberes á hombres comprados como esclavos, era tan respetado, que ninguno de ellos habia intentado jamás quebrantarlo en favor de alguno de sus hijos (2).

En casi todos los paises donde se establecen los conquistadores, acaban por barajarse mas ó menos con la poblacion conquistada, tomando, á lo menos en parte, sus

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XII, páj. 181 y 182.

(2) J. Bruce, *Voyage aux sources du Nil*, t. I, lib. I, cap. II, páj. 191 y 192.—Sonnini, t. II, cap. XXXIII, páj. 309 y 310.

costumbres, su idioma, su relijion, y hasta sus leyes: si sus descendientes conservan una parte de las ventajas que les dió la fuerza, se consideran á lo menos como un quebrado del pueblo; unos y otros llevan una denominacion comun (1).

Los Mamelucos, desde el establecimiento de su poderío hasta su destruccion, fueron todos de oríjen estranjero, casi todos conducidos al pais como esclavos, y comprados como tales para concurrir á la esplotacion del pueblo conquistado. Diversas circunstancias les impedian perpetuarse por medio de la jeneracion. Mientras no habian llegado á empleo alguno, eran enteramente esclavos, y no

(1) El desprecio que manifiestan todos los conquistadores para con los pueblos vencidos y sus usos, y la adopcion de su idioma y costumbres, son dos fenómenos al parecer contradictorios, pero universales. Algunos profundos publicistas, sin curarse de si sus esplicaciones quedaban desmentidas por los hechos, han atribuido el triunfo del idioma y costumbres de los pueblos sujetados á la política ó á la condescendencia de sus conquistadores. Hay otra razon mas poderosa de este fenómeno: los vencedores cuentan ordinariamente entre sus privilejios el de apoderarse de las hijas ó de las mujeres de los vencidos, tomando de entre estos mismos sus esclavos ó criados. Ahora bien; los hijos hablan la lengua de su madre y de las personas que los cuidan, no siendo necesario esplicar el porqué. La adopcion de la lengua induce necesariamente la de los conceptos, de las preocupaciones y de una parte delas costumbres. Esto esplica el cómo los pueblos del norte que se apoderaron de los Galos y de algunas otras partes del mediodia de Europa, no pudieron radicar allí la lengua jermánica, y cómo el idioma normando ha sido en gran parte sufocado en Inglaterra por el de los pueblos conquistados. Esto tambien puede hacernos reducir á su justo valor la moderacion y cordura de los conquistadores de la China tan pregonadas. Cuando dos pueblos se barajan, el que tiene mas conceptos es el que naturalmente suministra mas términos al idioma.

podian casarse: los mas permanecian solteros toda su vida. Los que se casaban, no lo verificaban con mujeres coptas ó árabes, sino con esclavas jóvenes de igual oríjen que ellos, compradas en pueblos de la misma raza. Ahora bien; los individuos que pertenecian á estos pueblos, cuando no se barajaban con indíjenas, no podian reproducirse mas allá de la segunda jeneracion. Como la raza de los esclavos emancipados rehusaba, por orgullo ú otras causas, emparentar con la poblacion esplotada, hallábase de este modo condenada á estinguirse ó á renovarse incesantemente en pais estranjero (1).

Los Mamelucos, si bien forasteros á Ejipto por nacimiento, no dejaban de mirar aquel pais como nativo; el hábito y la educacion hacian perder á cada cual el recuerdo de sus padres y del lugar donde habia visto la luz primera. Traidos de diferentes paises, no tenian interés alguno comun por su oríjen, estando tan solo enlazados por el interés de una esplotacion comun (2).

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. VII, páj. 98, 99 y 100.—Raynal, *Hist. filosóf. de las dos Indias*, t. VI, lib. XI, páj. 10 y 11.—Wilson' s *History of Egypt*, vol. III, lib. IX, cap. I, p. 55 y 56. —Los Otomanos se hallan en el mismo caso que los Mamelucos, no pudiendo perpetuar su raza sino casándose con indíjenas. He aquí uno de los ejemplos mas notables del influjo de los climas y lugares en la naturaleza de un gobierno, si, realmente, la naturaleza de los lugares ó del clima produce la impotencia de reproducirse.

(2) A pesar de lo dicho, no todos los beyes de Ejipto descendieron de padres cristianos, ni habian sido comprados; algunos, bien que pocos, eran hijos de padres mahometanos, y nunca habian sido esclavos. Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. I, páj. 109.

CAPITULO XXXVII.

Medios empleados por una aristocracia militar de raza caucásica para esplotar una poblacion conquistada.

A principios del siglo XVI, el sultan de los Turcos, Selim, invadió el Ejipto, y destronó el sultan de los Mamelucos. Despues de haberle ahuyentado, le llamó, le devolvió el gobierno, y mas adelante le hizo ahorcar en la puerta del Cairo. Sea que con tal acto de rigor hubiese comprometido su autoridad, sea que quisiese mostrarse jeneroso con los vencidos, consintió en estipular con ellos, y les otorgó una Carta. En el preámbulo de esta reconoció el *gobierno republicano* de los veinte y cuatro beyes, pero les impuso las condiciones siguientes: que reconocerian la soberanía del sultan de Constantinopla y la de sus sucesores; que recibirian, como á representante suyo, al lugar-teniente que fuese de su agrado enviarles; que le pagarian un tributo en moneda y varios renglones; que en tiempo de guerra le aprontarian un continjente de doce mil hombres, cuyo mando tendrian ellos mismos, y que en tiempo de paz, no podrian te-

ner en pié mas de catorce mil soldados ó jenízaros. Los beyes quedaron autorizados para suspender al lugar-teniente del sultan, en el caso de armar asechanzas contra sus privilejios, es decir, contra su poder absoluto sobre la poblacion avasallada (1).

La ocupacion militar, que habia reemplazado la dominacion de los Arabes, siguió existiendo pues despues de la conquista de los Turcos. El bajá de Ejipto logró al principio toda la autoridad que da el recuerdo de una victoria reciente; pero llegando al pais sin fuerza propia, su autoridad se redujo insensiblemente á la que podian darle los manejos. En los últimos tiempos ya no era mas que un fantasma que se desvanecia con un soplo: los beyes, á la cabeza de sus ejércitos y de las provincias, disfrutaban realmente de todo el poder, dejando en su puesto á un bajá por el solo tiempo que convenia á sus designios. Si el representante del sultan osaba levantar la voz para defender los intereses de su amo, reuníase al instante el consejo de los sanjiaques y le despedian. A veces los sanjiaques ni tiempo le dejaban para entrar en funciones;

(1) El Sultan Selim dice, en el preámbulo de su Carta, que concede á los veinte y cuatro sanjiaques (ó beyes) un *gobierno republicano*; pero de las disposiciones de aquella Carta ó tratado resulta claramente que se limita á confirmar el órden de cosas anteriormente establecido, reemplazando solo el sultan elejido por los beyes por un *bajá*, es decir, por un oficial de su eleccion. La carta otorgada á los Mamelucos se lee en Savary, t. II, carta XV, páj. 196, 197 y sig.—El Sr. Silvestre de Sacy no ha podido descubrir la obra de donde sacó Savary aquella carta, y ha puesto en duda su existencia. Por lo demás, ha esplicado muy sabiamente las revoluciones que habian esperimentado las propiedades de resultas de la conquista del Ejipto por los Turcos. Véanse las tres memorias que ha insertado en la coleccion de las del *Instituto*, *Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, t. I, páj. 377; t. V, segunda parte, páj. I, y t. VII, páj. 55.

obligábanle á salir de Ejipto en cuanto habia puesto el pié en él. Si era admitido, no podia salir de su palacio sin permiso del jefe de los beyes; era un prisionero de estado que, en medio del esplendor que le rodeaba, sentia duramente el peso de sus grillos; y así es que el puesto que ocupaba era mirado como una especie de destierro (1).

Los sanjiaques, teniendo por jefe uno de ellos á quien daban el título de *jeque elbeled* (el anciano del pais), venian á repartirse el beneficio del Ejipto, como antes de la victoria de los Turcos. Cada uno de ellos colocaba, en todos los puntos del pais sometido á su mando, desde las ciudades mas populosas al mas corto villorrio, á un hombre escojido entre sus esclavos, y encargado de beneficiar su parte de territorio. Para auxiliar á los beyes y á sus ajentes, habia además un ejército que les estaba subordinado, y compuesto tambien de estranjeros: eran los jenízaros, con el mismo oríjen, los mismos privilejios y la propia organizacion que los que existen en las ciudades sometidas al imperio turco.

Dichos jenízaros eran ordinariamente hombres espatriados por sus crímenes ó desenfreno (2); algunos sucedian al poder militar de sus padres (3); muchos, aun de entre aquellos á quienes sus delitos habian hecho desterrar de Constantinopla, se dedicaban al comercio (4); pero casi todos vivian en el desórden, se dispensaban del servicio militar, y recorrian los pueblos para aprovechar la ocasion de entregarse al robo y al saqueo (5).

(1) Savary, t. I, carta VIII, páj. 90, y t. II, carta XV, páj. 201, 202, 205 y 206.

(2) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. II, páj. 177.—Savary, t. II, carta IV, páj. 52 y 53.

(3) Bruce, t. II, lib. I, cap. IV, páj. 167.

(4) Hasselquist, primera parte, páj. 168 y 169.

(5) *Ibid.*, páj. 152 y 159.

Los jenízaros, aunque por otra parte sujetos á los beyes, tenian el privilejio de no poder ser arrestados ó castigados sino por hombres de su propio cuerpo, cualesquiera que fuesen sus delitos. Así no se castigaban jeneralmente mas crímenes que los que herian los intereses militares; los actos que solo ofendian á los hombres de la clase avasallada no eran reputados delitos, quedando impunes cuando eran sus autores los dueños ó sus ajentes (1).

Los beyes, con un poder sin límites en las tierras de su dominacion, trasmitian á cada uno de sus oficiales un poder tambien ilimitado. Cuando reinaba entre ellos la armonía y se miraban como iguales, habia en la sola ciudad del Cairo mas de cuatrocientas personas que se arrogaban un poder sin límites, y que ejercian á su antojo lo que llamaban justicia (2).

En las villas y ciudades poco populosas, bastaba un delegado del bey y algunos jenízaros para mantener en la obediencia á la poblacion conquistada; pero en las ciudades populosas no siempre eran suficientes estos medios, y así es que se establecieron otros. Todos los hombres que ejercian una misma profesion ú oficio estaban reunidos en corporaciones, con un jefe encargado de vijilar los actos ú opiniones de los agremiados y dar cuenta á los señores del pais. La prevision era tan estremada, que hasta estaban agremiados los ladrones y las prostitutas (3). Las

(1) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. II, páj. 177.

(2) J. Bruce, t. I, lib. I, cap. II, páj. 160 y 161.

(3) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. I, páj. 112. —La agremiacion de las diversas clases que componen un pueblo, es un medio tan poderoso de establecer ó perpetuar la servidumbre, que los mismos barbarescos juzgan útil plantearla para afianzar la posesion de sus esclavos. «Sé, dice Niebuhr, que en Trípoli (Berbería) los esclavos negros escojen entre ellos un prohombre que se hace reconocer por la rejen-

funciones de los prohombres ó prebostes de los ladrones consistian sin duda en zelar de una manera especial la seguridad de las propiedades de los dominadores.

La falta de toda comunicacion entre los habitantes de un mismo lugar, se habia adoptado como medio todavía mas eficaz que el anterior para mantener en la servidumbre á la poblacion conquistada. En toda ciudad algo considerable, habia á los estremos de cada calle una puerta guardada por jenízaros. Si algun acto de violencia conmovia en un punto á la multitud, al instante se cerraban las puertas de la calle, y no se propagaba la insurreccion. Dichas puertas se cerraban cada noche, y se abrian al amanecer. Cada fraccion del pueblo subyugado se hallaba de este modo en una especie de cárcel; y si en el silencio y las tinieblas de la noche les pasaba por la cabeza á los tiranos hacer algunas ejecuciones militares, no habia recelo de que las víctimas se salvasen por la fuga ó fuesen socorridas (1).

El modo de administrar justicia entre los particulares era igual al usado en todo el imperio turco. Hay en Constantinopla un primer majistrado que lleva el título de *gâdi el-asker* (juez del ejército), título muy propio para el majistrado de una nacion conquistadora. Este gran cadí nombra los jueces de las capitales, y estos los de los pue-

cia bajo esta calidad. Se ha esperimentado que semejante clase de funcionarios eran á veces muy útiles. Conocen perfectamente á todos sus compatricios, y vijilan á los que tratan. Si sucede que deserte un esclavo negro, el amo lo advierte desde luego al *prohombre*, y este ordinariamente no tarda en saber que camino ha tomado el prófugo.» Niebuhr, *ibid.*

(1) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. I, páj. 112 y 113. y t. II, páj. 239.—Parece que no ha cambiado ninguna de estas medidas de policia despues de la mortandad de los Mamelucos.

blos de su dependencia. Las funciones de juez, cual todas las demás, nunca se dan sino por un año, y siempre al que mas dinero ofrece. Así es que durante aquel año debe el cadí reembolsar lo que le costó el destino, y hacer además su agosto. Ya se deja conocer el efecto que habian de causar tales disposiciones en los hombres que tenian en su mano la balanza donde deponian sus bienes los súbditos (1).

Habiendo sido la poblacion industriosa de este pais embrutecida y despojada de sus propiedades por sus antiguos dueños, y habiendo pasado, despues de la ruina de estos primeros amos, bajo el yugo de los ejércitos asirios, persas, griegos, romanos y árabes, es fácil concebir que un ejército de bárbaros que disponia de los medios de opresion de que acabo de hablar, debia encontrar poca resistencia; y que si bien no se componia mas que de ocho mil hombres, podia sin dificultad mantener en la obediencia á cerca de cuatro millones de vasallos (2).

Si consideramos ahora la poblacion de Ejipto en su totalidad, verémos que desde los tiempos mas remotos estuvo dividida en dos fracciones; primera, la de los pueblos vencedores, cuyos miembros han ocupado sucesivamente todos los empleos de la potestad civil y militar; y segunda, la del pueblo vencido, que ha formado todas las clases subalternas de la sociedad (3). La opresion necesariamente resultante de este réjimen, no ha dejado subsistir entre los vencidos sino á las personas indispensables para hacer vivir á los vencedores. En Ejipto no hay clase intermedia compuesta de comerciantes, de propietarios,

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXXIV, páj. 356 y 357.

(2) Savary, t. III, carta II, páj. 19.

(3) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XII, páj. 179.

de médicos, de abogados, etc.; en aquel pais, todo es militar, es decir, ajente de esplotacion; todo es artesano, labrador ó negociantillo, es decir, poblacion beneficiada (1). Si hay en las ciudades populosas algunas familias que por sus comodidades pertenecerian en otra parte á la clase media, ocultan su fortuna, y afectando pobreza, procuran barajarse con las clases mas miserables (2).

Los Mamelucos, recibiendo un bajá turco que llegaba á su pais sin fuerza aparente, creian no perder nada de su poder; y efectivamente parece que su poderío subsistió largo tiempo sin menoscabarse. El conquistador les habia dejado un poder sin límites sobre la poblacion conquistada, habiéndoles obligado tan solo á tomar, en los asuntos relijiosos, el consejo del *mollah*, ó gran sacerdote, sometido á su autoridad. Parece que el gobierno de Constantinopla jamás faltó á su empeño, protejiendo á la poblacion vencida contra su opresion; pero la admision de un ajente de una potencia estranjera, y el reconocimiento de la soberanía de esta potencia bastaron para proporcionar á la Puerta el arbitrio de dominar á los unos por los otros, y conseguir su completa ruina.

Como la ocupacion de los Turcos se confundió con la de los Mamelucos, y luego la reemplazó, séame lícito recor-

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XII, páj. 180 y 181.

(2) Cuando una aristocracia, sean cuales fueren su naturaleza y elementos, ha conseguido enseñorearse de un pais, todos sus esfuerzos tienden al aniquilamiento de las clases medias. Impélenla á ello dos motivos: 1°. el deseo de despojarlas; 2°. la necesidad de afianzar su dominio. La aristocracia nunca encuentra hombres que puedan oponerle resistencia, sino en su propio regazo, ú en la clase media. Los hombres de las clases inferiores están poco instruidos y harto ocupados en ganar el pan diario, para oponer una resistencia eficaz, cualquiera que sea su número. Si se arrojan á alguna tentativa, pronto queda sufocada.

dar aquí su oríjen y la naturaleza de su gobierno, para mostrar que la revolucion que han obrado en Ejipto, se ha reducido á una mudanza de personas, quedando el sistema á corta diferencia el mismo.

Los Turcos tienen hoy todos los rasgos físicos de la mayor parte de los pueblos de Europa. Sus antepasados, sin embargo, eran de raza mogola, perteneciendo á aquellas rancherías que del centro de Asia sembraron la barbarie por todo el mundo. Fatíganse muchos en investigar su oríjen; sus antigüedades, segun Voltaire, no son mas acreedoras á una historia seguida que las de los lobos y tigres de su pais. Un califa de los Arabes de la dinastía de los Abasides, llamó para su guardia á una manada de quinientos á seiscientos de aquellos bárbaros; estos llamaron á otros; tomaron parte en las contiendas que se suscitaron entre los Arabes, y acabaron por subyugar á los mismos que les habian llamado ú admitido. Tal es el oríjen de la potencia otomana que todo lo ha invadido, desde el Eufrates hasta la Grecia. Este oríjen ha sido el mismo que el de los Mamelucos.

Los Turcos han alterado su constitucion física con sus enlaces y modificaciones: á la manera de los magnates de Persia, siempre han sacado la mayor parte de sus mujeres de Jeorjia ó de Circasia, escojiendo las mas hermosas. Tambien han exijido por mucho tiempo de los Griegos el diezmo de sus hijos, y estos, educados en la relijion musulmana y barajados con los conquistadores, han llegado á formar un todo (1). Pero las causas que han obrado en sus caracteres físicos, no han influido en su carácter moral; los actuales difieren muy poco, por sus costumbres é instruccion, de los que por primera vez abandonaron la Tartaria.

(1) Rulhiére, *Histoire de l'anarchie de Pologne.*

Segun uso de los pueblos bárbaros, el vencido queda á discrecion del vencedor; conviértese en esclavo suyo; su vida y sus bienes le pertenecen. El vencedor es un dueño que puede disponer de todo, que nada debe, y que hace merced de todo lo que deja. «Tal fué en todos tiempos, dice Volney, el derecho de los Tártaros, de los cuales traen su oríjen los Turcos. Sobre estos principios se formó hasta su estado social. En las llanuras de la Tartaria, las rancherías, divididas por interés, no eran mas que gavillas de facinerosos armados para acometer ó para defenderse, para saquear cuanto escitaba su codicia.

«Ya estaban formados todos los elementos del actual estado. Los pastores, sin cesar errantes y acampados, eran soldados; la ranchería era un ejército; y en un ejército las leyes no son mas que las órdenes de los jefes: estas órdenes son absolutas, no sufren dilacion; deben ser unánimes, salir de una misma voluntad, de una sola cabeza: de ahí la autoridad suprema en el que manda; de ahí la sumision pasiva en el que obedece. Pero en la trasmision de dichas órdenes, el instrumento se vuelve ajente á su vez, resultando un ánimo imperioso y servil, que es cabalmente el que han traido á su pais los Turcos conquistadores: el mas ínfimo Otomano, engreido, despues de la victoria, de pertenecer al pueblo vencedor, miraba al primero de los vencidos con el orgullo de un amo; y yendo gradualmente á mas este concepto, júzguese de la distancia que ha debido suponer el jefe supremo entre él y la turba de los esclavos. La idea que de ella se ha formado no puede pintarse mejor que con la copia de los títulos que se dan los sultanes en los documentos públicos.

«Yo, dicen en los tratados con el rey de Francia, yo que soy, *por las gracias infinitas del grande, justo y todopoderoso Criador, y por la abundancia de los milagros del*

iefe de sus profetas, emperador de los poderosos emperadores, refujio de los soberanos, repartidor de las coronas á los reyes de la tierra, servidor de las dos ciudades sagradas (la Meca y Medina), gobernador de la santa ciudad de Jerusalen, dueño de la Europa, del Asia y del Africa, conquistadas con nuestra victoriosa espada y espantosa lanza, señor de los dos mares (el Blanco y el Negro), de Damasco, olor del paraíso, de Bagdad, residencia de los califas, de las fortalezas de Belgrado, de Ario, y de una multitud de paises, de islas, de estrechos, de pueblos, de jeneraciones y de tantos ejércitos victoriosos que reposan cerca de nuestra sublime Puerta; yo, en fin, que soy *la sombra de Dios sobre la tierra*, etc. (1).»

Difícil es que de la cumbre de tantas grandezas, no mire el sultan la tierra que posee y distribuye, como un dominio del cual es dueño absoluto; que no considere á los pueblos que ha conquistado como á esclavos destinados á servirle, y á los soldados que manda como ajentes por cuyo medio impone obediencia á sus esclavos. Volney coteja el imperio turco con una hacienda de nuestras is-

(1) Volney, *Viaje á Siria*, t. II, cap. XXXIII, páj. 340, 341 y sig.

Por lo dicho se ve que los Turcos han supuesto en el cielo el orijen de su poder. Este medio de poner el principio de la autoridad fuera del alcance de la intelijencia humana, ha sido adoptado por todos los conquistadores, aun los mas bárbaros.

Teniendo el sultan su poder de la misma Divinidad, no puede ser depuesto, segun la doctrina de los sacerdotes musulmanes, por muchos que sean los crímenes que haya cometido contra su pueblo; mas puede serlo si quebranta las leyes de la Iglesia, es decir, las prerogativas de los Sacerdotes. Los atentados contra las naciones no son ofensas hechas á Dios, porque, segun la teolojía turca, Dios entregó los pueblos á las garras de los déspotas. Felix Mengin, *Hist. d'Egypte*, t. I, páj. 166.

las é injenios de azúcar, donde un sinnúmero de esclavos trabajan para el lujo de un solo propietario, bajo la inspeccion de algunos sirvientes que hacen su ganancia: no ve mas diferencia sino que, siendo harto dilatado el dominio del sultan para una sola administracion, ha sido menester dividirlo en *sub-haciendas*, bajo el plan de la primera: tales son las provincias gobernadas por los bajáes. Siendo todavía demasiado estensas estas provincias, las han dividido aun mas, y de ahí esa jerarquía de funcionarios y comisionados, que de grado en grado llegan á los mas ínfimos encargos.

«En esta serie de empleos, añade Volney, siendo siempre uno mismo el objeto de la comision, los medios ejecutivos no varian de naturaleza. Así, siendo el poder absoluto y arbitrario en el primer motor, absoluto y arbitrario se trasmite á todos sus ajentes; cada uno de ellos es la imájen de su comitente; siempre es el sultan quien manda bajo los diversos nombres de *bajá*, *motsallam*, *gâym-magam*, ó *agá*; hasta el *delibache* le representa. Es cosa de oir el orgullo con que el mas ínfimo soldado, al comunicar órdenes á un pueblo, pronuncia: *Es la voluntad del Sultan; place al Sultan*; etc. Muy obvia es la razon de este orgullo, pues llevando la palabra y siendo ministro de la palabra del Sultan, viene á ser el mismo Sultan... No hay duda, que *el sable del Sultan no baja hasta el polvo*, como dicen los Turcos; pero el sultan lo pone en manos del *visir*, quien lo trasmite al *bajá*, del cual pasa al *motsallam*, al *agá*, y hasta el postrer *delibache*, por manera que se halla en manos de todo el mundo, y alcanza hasta las cabezas mas viles (1).»

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XLIV, páj. 344 y 345.

En cada gobierno, el bajá representa al sultan, que es la sombra de Dios en la tierra, y por lo mismo ejerce una autoridad absoluta, reuniendo en su persona todos los poderes, menos el que consiste en administrar justicia en los asuntos en que no está interesado el gobierno: es jefe de la milicia, de la hacienda, de la policía y de la justicia criminal; tiene poder de vida y de muerte; puede, á su antojo, hacer la paz ó declarar la guerra: en una palabra, su autoridad no tiene otros límites que las fuerzas de que dispone. El principal objeto de su mision es exijir el *tributo*, es decir, hacer pasar la renta al gran propietario, al amo que ha conquistado y posee la tierra por el derecho de su espantosa lanza. Sean cuales fueren los medios que emplee para llenar el objeto de su mision, nunca se le piden cuentas, atendiéndose solo al resultado, es decir, al pago. Como el empleo de bajá es vendido, el visir los muda de lugar tan á menudo como puede, para tener ocasion de renovar las ventas (1).

Los musulmanes, sin embargo, no creen que la victoria constituya á un conquistador dueño absoluto de la persona y bienes de los vencidos (2); al contrario, sus juris-

(1) Volney, páj. 346 y 347.—Hanse alegado en favor del despotismo turco los desvelos que manifiesta el Sultan en favor del pueblo de Constantinopla; pero estos cuidados que demuestra en obsequio á su seguridad personal, no existen para lo restante del imperio; y aun puede decirse que producen efectos perniciosos; pues si Constantinopla necesita víveres, se sumerje en la carestía á diez provincias para dárselos á la capital. *Ibid.*, páj. 345.

(2) Pueden verse los límites que dan al derecho de conquista los doctores musulmanes, en la segunda memoria del Sr. Silvestre de Sacy *sobre la naturaleza y las revoluciones del derecho de propiedad territorial en Ejipto, desde la conquista de este pais por los Musulmanes hasta la espedicion de los Franceses*, inserta en el V vol. de las *Memorias del Instituto, Academia de Inscripciones.*

consultos dan al derecho de conquista unos límites en ciertos casos muy estrechos; pero, en todos los paises sujetos á un gobierno despótico, el hecho arrolla muy á menudo el derecho.

CAPITULO XXXVIII.

Relaciones observadas entre la aristocracia militar y la clase industriosa, en los pueblos de raza caucásica del nordeste de Africa.

La *aristocracia* militar que se habia sustituido al gobierno de los Arabes, habíase reclutado siempre, desde su oríjen hasta su estincion, entre los bárbaros del centro de Asia, ó entre los pueblos no menos bárbaros del Cáucaso. Admitiendo en su regazo á esclavos mozos, comprados en uno ú otro de aquellos dos paises, daba á sus facultades fisicas el desarrollo que exijia la esplotacion del pueblo conquistado. Para llegar á los mas altos empleos era necesario manejar con destreza caballos indómitos, saber ejecutar ó mandar evoluciones militares, servirse con soltura de las armas mas terribles, hablar el idioma del pais con bastante facilidad para intimar las órdenes de la potestad, y considerar á los infieles como á una presa destinada para los creyentes (1). La poblacion

(1) Savary, t. II, carta XV, páj. 194, 195 y 196.

que ocupaba el suelo de Ejipto, se dividia pues en dos fracciones. La una, poco numerosa, pero fuertemente organizada, solo valia para las lides y para la esplotacion de los vencidos; la otra, muy numerosa, pero falta de toda organizacion, no sabia hacer ningun uso de las armas, y solo servia para el cultivo. En tal situacion, llegaron los Turcos, y tomaron parte en los beneficios de la esplotacion; su intervencion en nada varió la division primitiva. Estos nuevos amos entraron en particion con los antiguos, hasta que hallaron arbitrio para esterminarlos y quedar dueños esclusivos del suelo y del pueblo que lo cultiva. Conocidas las relaciones de las diversas fracciones de la poblacion, falta esponer la accion de las unas respecto de las otras, y el influjo de esta accion tanto en las costumbres como en las riquezas.

Los viajantes estranjeros que llegaban á Ejipto, podian distinguir á primera vista los hombres que pertenecian á la aristocracia militar, de los que formaban parte de la poblacion conquistada: el brillo y la prodigalidad del lujo contrastaban con los andrajos y desnudez de la miseria, la desenfrenada opulencia de algunos con la asquerosa miseria de infinitos. Si el comercio proporcionaba riquezas á tal cual familia, eran sepultadas ó cuidadosamente encubiertas; los que las habian adquirido solo hacian de ellas un uso clandestino. El temor de escitar la codicia de la potestad, y de esponerse á las estorsiones que los gobernantes han decorado con el nombre de *impuestos*, les vedaba gastarlas públicamente. De consiguiente todos los hombres que pertenecian á la raza conquistada ofrecian á corta diferencia el mismo aspecto (1).

Por mas que los aristócratas no se mostrasen sino bajo

(1) Sonnini, t. II, cap. XXXIII, páj. 302.

el esterior mas brillante, cubiertos de riquísimos vestidos y montados en lujosos caballos, no eran menos groseros y bozales que los hombres de las ínfimas clases. El oropel del lujo era la corteza de la mas rematada barbarie, y si esta descollaba sobremanera hedionda y feroz en el populacho, era porque estaba desnuda, y no deslumbraba la vista el barniz de la magnificencia; si alguien cultivaba las artes, eran estranjeros. Los dos estremos de la poblacion tenian mas analojía entre sí; el bey y el hombre de la hez del pueblo eran igualmente ignorantes, fanáticos á la par (1).

Los Ejipcios fueron antiguamente despojados de sus tierras por una aristocracia sacerdotal y militar; ignoramos quiénes fueron sus dueños bajo los conquistadores que se sucedieron desde los Asirios hasta los Arabes; pero es probable que variasen de amos á cada cambio de dominacion.

Para quedar dueños de las tierras, no tuvieron pues los Arabes mas que ocupar el puesto de los últimos conquistadores. Bajo sus sucesores, las tierras se hallaban en manos de tres clases de personas. La parte mas considerable estaba en poder de los beyes y sus esclavos; la segunda en el de los ulemas ó sacerdotes musulmanes; y la tercera en el de personas que no pertenecian á ninguna de dichas dos clases, pero sus productos eran absorbidos por el tributo que se pagaba al Sultan (2). Así, en los últimos tiem-

(1) *Ibid.*, t. I, cap. XXXIII, páj. 303.—Sonnini asegura que ninguno de los beyes sabia leer ni escribir; Savary afirma lo contrario: pero en un pais donde no se lee mas que el Coran, ni se imprime libro alguno, un hombre puede saber leer y escribir, sin tener conceptos ni sentimientos mas exactos.

(2) Volney, *Viaje á Ejipto y á Siria*, t. I, cap. XII, páj. 172, 179 y 180.—Savary, t. II, carta VIII, páj. 280.—Raynal, *Hist. filosóf.*

pos de la dominacion de los Mamelucos, lo mismo que en tiempo de los Faraones, todas las tierras estaban en manos de los sacerdotes, de los soldados y de su jefe comun. Mas adelante verémos la parte de los productos que se atribuyen los amos, y la que dejan á los cultivadores.

Una república compuesta de veinte y cuatro caudillos, tan iguales en ignorancia, ambicion y fanatismo, como en autoridad, no podia quedar en paz, sobre todo cuando hubo recibido en su seno al delegado de una potestad cuyos continuos esfuerzos propendian á ponerla en guerra y destruirla. La dignidad de jefe y los provechos que producia, eran realmente para ellos causa de eternas disensiones: cada bey tomaba partido por el candidato á quien favorecia, y el pais entero se trasformaba en campo de batalla (1). Los Mamelucos, para granjearse la benevolencia de sus amos los beyes, se entregaban á los mismos vicios y cometian los mismos delitos que ellos para llegar á jefes de la aristocracia. Aquellos soldados, devorados por la ambicion, se prestaban á todas las vilezas y á las pasiones mas ignominiosas; sus arbitrios predilectos eran la intriga, la perfidia, la traicion y el asesinato; el mas cercano al poder degollaba al que lo poseia, para ocupar su pues-

de las dos Indias, t. VI, lib. XI, páj. 8. Véanse sobre todo las memorias del Sr. Silvestre de Sacy, *sobre la naturaleza y las revoluciones del derecho de propiedad territorial en Ejipto, desde la conquista de este pais por los Musulmanes hasta la espedicion de los Franceses*, insertas en la coleccion de las memorias del Instituto. Academia de las Inscripciones y Bellas Letras, t. I, V y VII.

(1) Sonnini, t. I, cap. XIV, páj. 238; t. II, cap. XIV, páj. 79 y 80, y cap. XXXIII, páj. 316.—Savary, t. II, carta XVIII, páj. 280 y 281.—Hasselquist, primera parte, páj. 159.

to (1); el bando vencido en las guerras era despojado de sus propiedades igualmente que del poder (2).

El delegado del sultan fomentaba las disensiones entre los beyes; escitaba entre ellos los celos con las finezas que repartia á algunos en nombre del amo; y cuando habia conseguido que ellos mismos formasen un partido bastante poderoso para sostenerle, en pleno consejo mandaba degollar por sus esclavos á los de la oposicion. Un sultan, por su parte, no contaba con la fidelidad de su delegado, sino en cuanto le veia dispuesto á trabajar en la destruccion de los beyes, bastando que hubiese sospechas de que un bajá estaba de acuerdo con ellos, para verse obligado á justificarse con el asesinato de algunos beyes (3).

Las relaciones entre los grandes pueden darnos una idea de las que mediaban entre los aristócratas y la mole de la poblacion. Los beyes no trasmitian á sus hijos sus propiedades ni su poder: ora siguiesen por hábito una ley que les fué impuesta por los Arabes, sus primeros amos, ora el instinto de la tiranía les hubiese enseñado que su dominio se comprometeria con la dejeneracion de su raza y la trasmision hereditaria del poder, prefirieron los hijos adoptivos, escojidos entre sus esclavos, á los hijos que

(1) Sonnini, t. II, cap. XXXIII, páj. 314 y 315.

(2) Savary, t. II, carta III, páj. 48.— «Reinar algunos dias, dice Savary hablando de los beyes, entregarse sin freno á sus pasiones, encenagarse en toda especie de placeres, y destruirse mutuamente, son los objetos de su ambicion. En once años he visto pasar de este modo á once del regazo de los deleites á la muerte que les ha dado el puñal de sus cólegas, á quienes espera igual suerte. La fuga ha salvado á muchos mas.» Tomo II, carta VIII, páj. 114.

(3) Savary, t. I, carta VIII, páj. 90, y t. II, carta XV y XVI, páj. 205, 206, 210, 211 y 212.

habian enjendrado. Escluidos de la sucesion sus propios hijos, era difícil que admitiesen la sucesion á los padres en los hijos de las clases inferiores: y así es que toda sucesion iba á parar al gobierno, es decir, á los miembros de la aristocracia. Un hijo no podia tomar posesion de la herencia de su padre sin comprarla á los jefes, y aun no siempre estaba seguro de alcanzarla: el que mas ofrecia ó el mas acreditado lograba su investidura (1).

El hijo que podia hacerse mantener en la posesion de los bienes raices que le habia legado su padre, solo los conservaba mediante durísimas condiciones; á cada paso contribuciones nuevas, á cada instante indemnizaciones y gabelas. Como los cachefes y los sanjiaques tenian la facultad arbitraria de levantar tributos, cometian vejaciones inauditas. El infeliz labrador, en medio de la abundancia, se veia á menudo falto de lo necesario, y precisado á vender los aperos de labranza para satisfacer los impuestos, quedando luego sin poder cultivar las tierras mas fértiles (2). En las guerras que se hacian los aristócratas, cada bando se daba priesa á exijir el tributo de los cultivadores en cuyo suelo se hallaba; y estos tenian que pagarlo de nuevo si quedaba vencido el primer bando. Por no tener que pagar dos veces, los labradores se determinaban á revolucionarse en cuanto veian amagos de algun desórden, suspendiendo el pago hasta ver de quién quedaba la victoria; mas eran duramente castigados, si salia vencedor el partido á quien habian negado el tributo (3).

Los impuestos siempre se levantaban á mano armada; cada magnate iba á acamparse cerca de las poblaciones de

(1) Savary, t. II, carta XVIII, páj. 280.—Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XII, páj. 172.

(2) Savary, t. II, carta XVIII, páj. 280.

(3) Sonnini, t. III, cap. LII, páj. 304 y 312.

su dominacion con una turba de malhechores que sentaban plaza de soldados para evitar el castigo de sus delitos; y cuando por medio del temor ó de la violencia habia arrancado á los labradores el fruto de sus afanes, dirijíase á otro punto del pais, cometiendo en él las mismas exacciones. Si los labradores se insurreccionaban por no poder satisfacer la codicia aristocrática, veíanse entonces desórdenes de otra clase; los campos eran abandonados ó arrasados; los labriegos tiraban el arado para correr á las armas; los rebaños eran robados ó degollados; los frutos eran presa de los enemigos ó de los ladrones; quedaban interrumpidas las comunicaciones por inmensas gavillas de salteadores que ocupaban los caminos, campeando el desenfreno y la desolacion en un suelo que la fertilidad disputaba á la barbarie (1).

Las propiedades mobiliarias no dejaban de escitar, á la par de las fincas, la avidez de la soldadesca predominante: muchas veces, sin otro motivo que la codicia de un poderoso, citábase ante cualquier miembro de la aristocracia á un hombre en quien se suponia algun dinero; exijíasele una cantidad; si se negaba á entregarla, le ponian boca abajo, aplicábanle dos ó trescientos palos en la planta de los piés, y algunas veces le mataban. Siempre habia cien espías prontos á denunciar á todo hombre de algunas comodidades, pudiéndose solo sortear la rapacidad del poder, aparentando un esterior miserable. En una palabra, la fraccion gobernante, apropiándose, á fuer de conquistadora, el derecho esclusivo de toda propiedad, trataba á la fraccion gobernada como á un instrumento pasivo de sus fruiciones. «No se habla mas, dice Volney,

(1) Sonnini, t. III, cap. LII, páj. 312.—Savary, t. II, carta III, páj. 48.

que de revueltas civiles, de miseria pública, de estorsiones de dinero, de palizas y asesinatos. En ninguna parte hay seguridad para las vidas ni para las propiedades. Viértese la sangre de un hombre con igual indiferencia que la de un buey (1).»

Como no habia regla que señalase las penas aplicables á cada delito, cualquiera encargado de mantener el órden determinaba por sí el castigo arbitrario de cada caso particular. En las ciudades populosas, como el Cairo, un oficial de policía, acompañado de un sinnúmero de verdugos, recorria dia y noche las calles. Comprobaba las pesas y medidas, examinaba los artículos que iban á venderse en el mercado, mandaba arrestar á las personas que juzgaba sospechosas, prendia á los ladrones, y precavia ó reprimia las sediciones. Si sorprendia á un mercader con pesas ó medidas falsas, en el acto le mandaba aplicar quinientos palos ó le hacia cortar la cabeza. Dicho ajente de policía fallaba sin exámen ni apelacion: á la primera voz, se veia caer la cabeza de un infeliz en un saco de cuero, para que no manchase el piso de la calle. Los bajáes desempeñaban á veces personalmente las funciones de ajentes de policía, y aun las de verdugo. Tal era el terror que infundian aquellos oficiales y los numerosos esbirros de su acompañamiento, que en cuanto se descubrian, todo el mundo huia á mas no poder: uno solo de ellos bastaba á veces para difundir el espanto por el pueblo (2).

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. XII, páj. 174, 175, 179 y 180.

(2) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. I, páj. 112. —Norden, *Viaje á Ejipto y Nubia*, tercera parte, t. I, páj. 99.—Savary, t. II, carta XIV, páj. 184.—Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXXIII, páj. 353, 354 y 355.—Los actos de rigor contra los fraudes en las pesas y medidas, nunca han bastado para introducir la buena fe en el comercio: «No hay pais, dice Volney hablando del imperio turco, donde se cometan mas fraudes en el peso; pero los vendedores tienen que estar muy vijilantes por si pasa el *uali* ó el *mohteseb* (inspector del mercado). En cuanto comparecen estos á caballo, todo lo esconden, ó sacan otro peso. A veces tambien los vendedores se ajustan con los criados que van delante de los oficiales, y mediante una retribucion, pueden contar con la impunidad.» *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXXIII, páj. 354 y 355.

La administracion de justicia entre los particulares se ejercia de una manera no menos violenta. Los oficiales que la administraban no estaban bajo la dependencia de los bajáes; mas como su jurisdiccion estaba fundada en los mismos principios, traia los mismos inconvenientes. En un aposento desocupado, medio derruido y abierto para todo el mundo, sentábase el cadí sobre una estera ó una alfombra despilfarrada, con unos cuantos escribas y criados al lado. Comparecian las partes, y esponian personalmente sus demandas y réplicas; si en el calor de la discusion se encolerizaban demasiado, las voces de los escribas y el baston del cadí restablecian el órden y el silencio. El juez daba por último su fallo, fundado en la infalibilidad del Coran; y si ninguna de las partes llevaba recomendacion particular, ambas eran conducidas á la calle á garrotazos. La justicia se quedaba la décima parte del valor del objeto litijioso (1).

Aunque los cadíes fuesen independientes de los magnates del pais, y administrasen públicamente la justicia, distaban mucho de ser imparciales, notándose en ellos los vicios y costumbres de la potestad que los habia elejido. «La esperiencia diaria demuestra, dice Volney, que no hay pais donde mas cohechada esté la justicia, que en

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXIV, páj. 356, 357 y 359.—De Forbin, *Viaje al Levante*, páj. 247.

Ejipto, en Siria, y sin duda en lo restante de Turquía. En ninguna parte asoma mas osada é impudente la venalidad; se puede tratar con el cadí sobre un proceso, lo mismo que con los negociantes sobre un jénero. En la muchedumbre se encuentran algunos ejemplos de equidad y finura; pero son raros por lo mismo que son citados. La corrupcion es habitual, está jeneralizada; ¿y cómo no lo ha de estar, cuando la integridad puede ser gravosa, y lucrativa la improbidad; cuando cada uno de los cadíes, árbitro en última instancia, no teme revision ni castigo; cuando, finalmente, la falta de leyes claras y terminantes da á las pasiones mil medios de evitar el oprobio de una injusticia manifiesta (1)?»

La venalidad no era un vicio particular de los hombres encargados de la administracion de justicia, sino comun á todos los ajentes del poder, desde los mas ínfimos hasta los mas encumbrados; entre ellos, era una costumbre, un uso, un convenio el que con dinero se alcanzasen las cosas mas arduas; y por cierto que no se necesitaba mucho para conseguir su objeto (2).

Cuando los miembros de la aristocracia eran independientes del gobierno turco, ellos solos podian considerarse como encargados de velar por los intereses del pais. La falta de trasmision de las propiedades á sus hijos, y las disensiones que entre ellos se suscitaban, les hacian sin duda olvidar muy á menudo aquellos intereses. Sin embargo, como su poder duraba jeneralmente tanto como su vida, y estando en la naturaleza del hombre el pensar en su porvenir, procuraban no agotar el manantial de sus riquezas con un descuido escesivo. Luego que quedó reconocida la autoridad del sultan, luego que los beyes se

(1) *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXIV, páj. 358 y 359.
(2) Sonnini, t. III, cap. LII, páj. 337 y 338.

comprometieron á pagarle un tributo, y hubieron admitido la presencia de un bajá, los negocios cambiaron de aspecto: las obligaciones concernientes á la conservacion de los intereses jenerales, las de atender á la conservacion de los canales, y precaver las invasiones de los Arabes Beduinos, por ejemplo, fueron declaradas á cargo del sultan: los bajáes ó los beyes retuvieron para este objeto una parte de los tributos que debian pagarle; pero en vez de aplicarla á los objetos para que la retenian, se la quedaron para su bolsillo. Habiendo aprendido por esperiencia que sus funciones en el pais eran de cortísima duracion, apresurábanse los bajáes á aprovechar el tiempo para medrar y adquirir los medios de comprar el favor de los ministros del sultan; sacaban del territorio ú de los habitantes cuanto podian arrancarles, no destinando siquiera la mas mínima cantidad para los gastos de seguridad pública, ni para la conservacion de las obras necesarias á la prosperidad del pais (1).

(1) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. II, páj. 277 y 278.—Hasselquist, primera parte, páj. 251 y 252.—Savary, t. II, carta XVIII, páj. 281.—Volney, t. II, cap. XXXIII, páj. 346 y 347.—De Forbin, páj. 76 y 77.

Los mismos motivos que obran en el ánimo de los bajáes obran en el de sus subordinados. «Esta ciudad, dice Volney hablando de Ramlé, está casi tan arruinada como el mismo Ludd. Solo puede andarse en ella por entre escombros; el agá de Gaza reside en la misma, en un serrallo cuyos techos se desploman con las paredes. ¿Porqué (decia yo un dia á uno de los subagáes) no manda recomponer al menos su aposento? — Y si el año que viene le quitan el puesto, ¿quién le pagaria la recomposicion?» *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXXI páj. 307.

CAPITULO XXXIX.

Influjo de la aristocracia militar sobre la prosperidad pública, en los pueblos de raza caucásica del nordeste de Africa.

El réjimen militar cuyo bosquejo se acaba de leer, ha producido los efectos que naturalmente debia. Nadie se ha atrevido á edificar, á plantar ó hacer ejecutar obra alguna que pudiese indicar que habia acopiado algunas economías. Si algun imprudente se ha lanzado á plantar ó construir, pronto le han castigado los impuestos. Los hombres del poder han dicho: este individuo tiene dinero; le han mandado comparecer, y se lo han pedido; si se ha negado, ha llevado palo; si ha concedido, palo ha llevado tambien para que diese mas. Si por casualidad han introducido algunos ciertas mejoras en la labranza, al punto han tenido que orillarlas, por cuanto las contribuciones impuestas sobre la mejora absorbian de mucho sus productos. Cada cual pues se ha visto en la precision de anteponer el oro ú la plata á todas las demás riquezas, por ser la mas fácil de esconder. Se han dejado arruinar las

casas y los capitales empleados en la labranza ó en otros ramos de industria (1).

«Construyen lo menos que pueden, dice Denon hablando de los Ejipcios; nunca recomponen edificio alguno: si una pared amenaza ruina, la apuntalan; si se desploma, allá se queda, contentándose con algunos aposentos menos en la casa, ó arreglándose como pueden junto á los escombros; si por fin cae el edificio, abandonan el solar; ó si tienen que limpiar el sitio, se llevan los menos yesones que pueden: por esta razon se notan al rededor de casi todas las ciudades de Ejipto, particularmente del Cairo, no montecillos, sino montañas que sorprenden al viajero, y con cuya formacion no puede atinar (2).»

Sin embargo, como los hombres no pueden prescindir de viviendas, los labradores ejipcios construyen unas malas chozas, ya con ladrillos cocidos al sol, ya con tapia y paja picada. En el campo, dichas chozas tienen la forma de una colmena: constan de dos piezas, una baja para el propietario, su familia, sus gallinas y sus pollos, y otra en el primer piso

(1) Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXVIII y XXXI, páj. 158, 159 y 311.

Hay una clase de propiedades que no están espuestas á las mismas averías que las otras; tales son las que pertenecen á los sacerdotes. Si un hombre quiere poner sus propiedades á cubierto de la violencia, basta que haga lo que se llama un *uagf*, es decir, una *atribucion* ó una fundacion á una mezquita. Desde aquel punto queda constituido conserje inamovible de su fondo; y en lugar de que le roben sus productos las potestades militares, los ve devorados por los humildes servidores de las mezquitas. Volney, t. II, cap. XXXV, páj. 369 y 370. —Raynal, t. VI, lib. XI, páj. 8. — Felix-Mengin, *Historia de Ejipto bajo el gobierno de Mohamet-Ali*, t. I, páj. 401 y 402. Véanse las Memorias del Sr. Silvestre de Sacy, anteriormente citadas.

(2) Denon, *Viaje al alto y bajo Ejipto*.

para los palomos. En algunas villas, aquellas chozas, á escepcion de la puerta, no tienen mas abertura que un agujero para dar salida al humo, y los habitantes duermen en el suelo como los salvajes. Allí, cubiertos de insectos devoradores, sufocados por el humo y el calor, son presa de cuantas enfermedades pueden enjendrar la inmundicia, la humedad y los malos alimentos (1).

La mayor parte de los habitantes de las ciudades están poco mejor alojados que los campesinos. Las ciudades mas populosas y florecientes han desaparecido enteramente bajo la dominacion de los Mamelucos y de los Turcos. Alejandría, que tanto asombró á los Arabes, y que tanto brillaba aun en el siglo quince, no ofrece ya, en un espacio de dos leguas, mas que columnas de mármol, deshechos de pilastras, capiteles, obeliscos y montones de ruinas (2). Kus, tan opulenta en tiempo de los Arabes, ha perecido tambien bajo la dominacion de los Mamelucos y de los Turcos; en el sitio que ocupaba quedan solo algunas miserables cabañas (3). Tebas, Canope, Latópolis y otras ciudades menos célebres, no ofrecen ya mas que ruinas, y en torno de estas algunas cabañas de tapia construidas por hombres que han vuelto á caer en el estado bravío (4). El resto de los monumentos que no han

(1) Hasselquist, primera parte, páj. 160 y 224. — Norden, t. II, quinta parte, páj. 32.—Savary, t. II, cartas III y IV, páj. 47 y 52.— Sonnini, t. III, cap. XXXIX y XLVIII, páj. 32, 33, 227 y 228. — Volney, t. I, cap. XII, páj. 173.—Denon, t. I, páj. 222, 223, 281 y 282.—De Forbin, páj. 203.

(2) Savary, t. I, carta II, páj. 26 y 27. El territorio donde fué construida Alejandría era estéril y no tenia agua dulce; pero era el único puerto de mar que habia en Ejipto. D'Anville, *Memorias sobre el Ejipto antiguo y moderno*, § VII, páj. 52.

(3) Savary, t. II, carta VIII, páj. 106.

(4) Sonnini, t. I, cap. XX, páj. 395.—Savary, t. II, cartas IX y XI, páj. 129 y 148.—Denon, t. II, páj. 43 y 44.

podido destruir los bárbaros, se ha convertido en corrales para sus rebaños, y las marmóreas columnas de los palacios han sido aserradas y trasformadas en ruedas de molino (1).

Conforme el tiempo va aniquilando las casas de las ciudades que todavía no han quedado desiertas, los habitantes las reemplazan con edificios tan endebles, que si no los respetase el clima, quedarian tan pronto destruidos como formados; todos consisten en chozas de tierra ó de ladrillos endurecidos al sol (2). Como no se repara casa alguna, ándase por la calle siempre entre escombros; y hasta las ciudades que de lejos tienen cierto aire de grandeza, como Damieta, presentan de cerca el aspecto de la destruccion y miseria. Al ver aquel monton de boquetes, de enormes piedras, de canales inficionados y de casas arruinadas, creeríase, dice un viajero, que la ciudad acaba de sufrir un largo asedio, seguido de mortífero asalto (3).

(1) Savary, t. II, cartas VI, IX y XI, páj. 81, 84, 129 y 148. — Las mas célebres ciudades del Asia Menor han esperimentado igual suerte que las de Ejipto. Tiro, con la cual ninguna ciudad compitió jamás en esplendor y riquezas, ha sido sepultada bajo sus ruinas: diez cabañas de pescadores han reemplazado aquella ciudad famosa. Hasselquist, primera parte, páj. 236 y 238.

(2) Savary, t. II, carta III y IV, páj. 47, 51 y 52. — Sonnini, t. III, cap. XL, páj. 41 y 42.—Denon, t. I, páj. 88 y 89.

(3) Savary, carta XXII, páj. 256.—De Forbin, páj. 192, 193, 194 y 195.—En el imperio turco no hay posadas para alojar á los viajeros; pero encuentran en las ciudades unos edificios llamados *kanes* ó *kervan serai*, que les sirven de asilo. Estas hospederías, que siempre están fuera del recinto de las ciudades, constan de cuatro alas que dominan un patio cuadrado que sirve de parque. Los aposentos son unas celdillas en las cuales no hay mas que las cuatro paredes, polvo, y á veces escorpiones. El guardian del *kan* está encargado de dar la llave y una estera; el viajero tiene que buscar lo restante. Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXXVIII, páj. 383 y 384.

Siendo á veces la destruccion de las viviendas mas rápida aun que la de la poblacion, el pueblo se va encojiendo en el menor espacio posible: en el Cairo, doscientos individuos ocupan, segun Savary, menos puesto que treinta en Paris (1).

Si el temor de parecer rico ha causado la destruccion de las propiedades privadas, la sustraccion de las contribuciones, y la instabilidad en los empleos han producido la ruina de las propiedades públicas. Todos los edificios públicos ó relijiosos que se encuentran en Ejipto, kanes, fuentes y mezquitas, no ofrecen mas que ruinas, siendo propios tan solo para servir de guarida á los chacales. Los monumentos mas admirables de la piedad de los califas y del esquisito gusto de los arquitectos árabes están amenazados de próxima destruccion; desplómanse como los palacios encantados de los beyes, y un tercio de la ciudad del Cairo yace en el polvo (2). Las fuentes arruinadas riegan jardines abandonados, que convierten en pantanos infectos é intransitables (3). Por último, las fortalezas y palacios que pertenecen á los sultanes, no ofrecen á la vista mas que escombros en toda la estension del imperio turco (4).

(1) Savary, t. III, carta I, páj. 15, 16 y sig.

(2) De Forbin, páj. 208, 209 y 249. En 1825, el Cairo tenia treinta mil casas; de estas solo veinte y cinco mil estaban sujetas al impuesto, porque las restantes cinco mil se hallan arruinadas ó desiertas. (Felix Mengin, *Historia del Ejipto bajo Mahomet-Ali*, t. II, páj. 317). Aun en las ciudades mas populosas las casas son bajas, con poca luz y celosías; su solo aspecto denota la presencia del despotismo. Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. I, cap. I, páj. 4.

(3) De Forbin, páj. 76 y 77.

(4) Hasselquist, primera parte, páj. 182, 251 y 252. — Volney, *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXIX y XXXVII, páj. 216 y 376. —Denon, t. I, páj. 193.

Los encargados de la policía local no cuidan de la limpieza ni de la salubridad de las ciudades; las calles, estrechas y tortuosas, no están empedradas, ni barridas, ni regadas, y casi siempre llenas de escombros, de porquería y animales muertos. Una multitud de perros errantes, flacos, descarnados y roidos por una sarna que acaba por dejenerar en lepra, forman allí una república independiente, acantonada por familias y cuarteles. Estos asquerosos animales sin amo, y cuya multiplicacion solo es atajada por la falta de subsistencias, se alimentan de carne corrompida que disputan á los buitres y á un sin número de chacales ocultos á centenares en los jardines y entre los escombros y los sepulcros. A la escesiva multiplicacion de estos animales inmundos deben los Ejipcios el verse desembarazados de los cadáveres de los asnos y de los camellos tirados de continuo por el interior y las cercanías de sus ciudades (1). En la capital, todas las inmundicias van á parar á un canal que se abre una vez al año, en la época del calor mas escesivo, para limpiarlo, infectando el ambiente con la fetidez de las materias pútridas que encierra (2).

Cuando el Ejipto no estaba aun sometido mas que al yugo de los Arabes, un sinnúmero de lagos artificiales y de canales refrescaban y purificaban las ciudades, fertilizando á un tiempo la campiña; pero bajo la dominacion de los Mamelucos y de los Turcos, han casi enteramente desaparecido aquellas obras. Los canales se han cegado, los lagos se han trasformado en pantanos ó se han secado, y comarcas, en otro tiempo fértiles y florecientes, se han convertido en arenosos desiertos, sin un arbusto, sin una yerba, sin aquel verdor que consuela al viajero (1). No oponiendo ya la industria una valla á las invasiones del desierto, las arenas se han adelantado hácia las tierras de cultivo y las ciudades. «El embocadero del valle del Nilo (frente por frente de Benesuef) no ofrece mas que una triste llanura, cultivada tan solo en una estrecha zona hácia la orilla del rio: pasada esta zona, nótanse todavía algunos residuos de pueblos devorados por la arena, presentando el doloroso espectáculo de una devastacion diaria, producida por la invasion incesante del Desierto sobre el territorio inundado. Nada tan doloroso como el andar por aquellos pueblos, pisar sus techos, tropezar con las cumbres de sus minaretes, pensar que allí habia campos cultivados, que allí crecian árboles, que allí habitaban hombres, y que todo ha desaparecido (2).»

(1) Hasselquist, segunda parte, páj. 17 y 18.—Sonnini, t. I, cap. XVII, páj. 312 y 313; t. II, cap. III y XII, páj. 20, 21, 301 y 302, y t. III, cap. XL, páj. 61 y 62.—Volney, t. II, cap. III, páj. 355 y 356.—Denon, t. I, páj. 50.

(2) Hasselquist, segunda parte, páj. 116.

Un viajero calcula en un tercio del territorio de Ejipto la parte convertida en desierto por la destruccion de los lagos y canales, ó por la invasion de las arenas (3); pero es difícil determinar cuál fué en aquel pais la estension del terreno cultivado, cuando vemos que los viajeros han encontrado valles y selvas petrificadas hasta en el interior del Desierto (4). ¿No seria esto una prueba de que habia antiguamente en aquellos sitios bosques y rios, esten-

(1) Savary, t. I, carta II y V, páj. 28, 29 y 58; t. II, carta II y XVIII, páj. 38, 276, 277 y sig.—Sonnini, t. I, cap. X y XX, páj. 143, 144, 145 y 395; t. II, cap. XXII, páj. 20 y 21, y t. III, cap. II, páj. 302 y 303.

(2) Denon, t. I, páj. 246.

(3) Savary, t. II, carta XVIII, páj. 278 y 279.

(4) Denon, t. I, páj. 271 y 272.

diéndose la poblacion mas allá de lo que comunmente se ha creido (1)?

Una porcion de las tierras, capaces aun de cultivo, quedan á menudo improductivas, ya porque se quitan á los labradores los medios de sembrarlas, ya porque la necesidad de pagar los impuestos les obliga á vender sus aperos de labor, ó ya en fin porque el estado habitual de desórden y opresion en que viven les hace temer la destruccion ó el robo de sus cosechas. Así es que en las cercanías de los pueblos se ven estensos y fértiles campos que en balde esperan que la mano del labrador arroje en ellos una semilla. En los territorios abiertos á los Arabes, como las cercanías del convento de los Coptos, el terreno está siempre en barbecho, ó el labrador siempre con las armas en la mano (2).

Por último, las tierras cultivadas lo son de una manera muy imperfecta. «El arte de la labranza, dice Volney, se encuentra en un estado deplorable; por falta de medios, el labrador carece de aperos ó los tiene muy malos: el arado no es por lo mas sino una rama de árbol cortada debajo de una bifurcacion y conducida sin ruedas. Se labra la tierra con asnos, con vacas y rara vez con bueyes, porque denotan sobradas comodidades; por esta mis-

(1) Parece sin embargo que aun en tiempo de Estrabon no habia en Ejipto otras tierras cultivables que las que podian ser regadas por el Nilo; lo cual prueba que si en otro tiempo se estendió mas allá el cultivo, su decadencia fecha de muy antiguo. Con efecto, se debe confesar que remonta á una época muy lejana, puesto que ya en tiempo de Plinio no habia rastro del lago Meris. D'Anville, *Memoires sur l'Egypte*, páj. 22 y 153.

(2) J. Bruce, t. I, lib. I, cap. IV, páj. 224 y 246.—Volney, t. II, cap. XXXVII, páj. 379.—Denon, t. II, páj. 24.

ma razon escasea en Siria y en Ejipto la carne de este animal (1).

Es difícil determinar con exactitud el menoscabo de la poblacion de Ejipto desde la época de su esplendor hasta el dia. En los paises orientales no hay rejistro de muertos y nacidos, y tampoco es fácil á los viajeros penetrar en lo interior de las familias. Si en aquellos pueblos pregunta uno por la poblacion de las ciudades, siempre le hablan de algunos centenares de miles, pero los cómputos que dan no se fundan en base alguna, y son por lo comun muy exajerados (2). Por otra parte, los cómputos de los historiadores acerca de la poblacion de Ejipto ofrecen mucha incertidumbre, y no están al parecer exentos de exajeracion. Aun admitiendo que habia veinte mil pueblos en tiempo de los Faraones, como pretenden algunos historiadores, no tendríamos mas que un dato muy incierto, pues faltaria determinar el número de habitantes de cada pueblo (3).

(1) Volney, t. II, cap. XXXVII, páj. 378.

La Siria ofrece el mismo espectáculo que Ejipto: las ciudades no presentan mas que ruinas; territorios antiguamente fértiles se hallan convertidos en desiertos; los labradores no siembran, los artesanos no trabajan mas que para proporcionarse lo absolutamente indispensable para vivir; ocultan con el mayor esmero sus miserables productos; habitan en indecentes chozas, no tienen mas vestido que una camisa de tela azul y un taparabo de lana, ni mas alimentos que un mal pan negro y cebollas. El labrador vive en la escasez, dice Volney, pero á lo menos no enriquece á sus tiranos. De este estado habitual de miseria esceptúanse tan solo los montañeses á quienes no han podido señorear los Turcos.

(2) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. II, páj. 179.

(3) Si en los tiempos mas remotos contaba Ejipto diez y ocho ú veinte mil pueblos, como aseguran Diodoro y Herodoto, segun los antiguos Ejipcios, era necesario que cada legua cuadrada de terreno

Sin embargo, aunque nos sea imposible determinar de un modo exacto cuál ha sido la merma de la poblacion, es fácil ver que la destruccion es inmensa: varias de las ciudades mas populosas se han convertido en desiertos; la antigua Alejandría contaba cerca de trescientos mil habitantes libres, y mas de duplo número de esclavos; y la nueva no es mas que una especie de barrio que no pasa de cinco á seis mil habitantes (1); Faué, que en el siglo quince era la ciudad mas populosa despues del Cairo, no contenia en el siglo último mas que algunos miserables habitantes (2); la poblacion de Kus, que, hácia la misma época, no era menos considerable, no consistia ya, dos siglos despues, mas que en diez miserables pescadores. Y no hablo de la numerosa poblacion de Tebas, reemplazada por un corto número de salvajes que viven como fieras en las cavernas de las rocas, ni de tantas otras ciudades de las cuales no quedan mas que algunos vestijios, ó cuyo sitio apenas pueden determinar los sabios (3): la mayor parte de estas ciudades habian sido destruidas mucho tiempo antes que Ejipto fuese conquistado por los Arabes (4).

contuviese nueve ó diez; y como entre ellos los habia muy populosos, la mayor parte no podian ser mas que lugarejos ó cortísimos villorrios. Véase D'Anville, *Memoires sur l'Egypte ancienne et moderne*, pájina 28 y 29.

(1) Savary, t. I, carta II, páj. 28 y 29.—Sonnini, t. I, cap. VIII, páj. 114.—Felix Mengin dice que en 1823 habia en Alejandría 12 528 habitantes.

(2) Savary, t. I, carta V, páj. 58.

(3) D'Anville, *Memoires sur l'Egypte ancienne et moderne*.

(4) Bajo la aristocracia y el despotismo militar de los Romanos, las artes, y aun podemos añadir la civilizacion, recibieron los golpes mas funestos en Europa, Africa y el Asia Menor. Este pueblo, en el tiempo de sus conquistas, habia totalmente destruido las ciudades

Savary, juzgando por los escombros que todavía cubren el suelo de Ejipto, y considerando exajeradas las relaciones de los historiadores, ha creido que la poblacion de las ciudades era tres tantos mas numerosa en la antigüedad que en su tiempo (1). En la época en que escribia (en 1777, 1778 y 1779), la hacia subir á cuatro millones (2); y sin embargo este último cómputo parece esceder de mucho á la verdad, pues un autor contemporáneo ha valuado la poblacion ejipcia (en 1823) á dos millones quinientos catorce mil y cuatrocientos habitantes (3). Así pues la poblacion de Ejipto ha quedado reducida, bajo la

mas florecientes, y acabado en casi todos los estados con la parte mas ilustrada de la poblacion. Cuando sus emperadores se volvieron cristianos, Teodosio, instado por los sacerdotes, ordenó la demolicion de todos los templos consagrados á los antiguos cultos, y el mundo civilizado no ofreció mas espectáculo que un monton de ruinas. Los Ejipcios se rebelaron contra la ejecucion de semejante órden, pero fueron vencidos. James Wilson's, *History of Egypt*, vol. II, lib. VI, cap. II, páj. 90, 91 y 92.

(1) Savary, t. II, carta XVIII, páj. 279.

(2) Savary, *ibid.*

(3) Felix Mengin, *Historia de Ejipto bajo Mahomet-Ali*, t. II, p. 317. Es dificil creer que de 1779 á 1823, es decir, en un espacio de cuarenta y cuatro años, una poblacion de cuatro millones haya disminuido de un millon y medio. Inclíname sobre todo á creer que el cómputo de Savary sobre la poblacion total de Ejipto adolece de crecido, la poblacion que señala á ciertas ciudades particulares. Segun él, el Cairo contaba en su tiempo 900.000 habitantes; segun Mengin, no tiene mas que 200.000; segun Savary, Damieta tenia 80.000 almas; segun Mengin, no tiene mas que 13.600. Igual diferencia casi se encuentra en el cómputo de la poblacion de Roseta. — Savary, t. I, carta XXXII, páj. 281 y 282, y t. III, carta I, páj. 15 y 16. — El Sr. Mengin ha computado la poblacion por el censo de las casas mandado hacer por el gobierno. *Historia de Ejipto*, t. II, páj. 315 y 316.

dominacion militar que ha sucedido al poder de los Arabes, casi al tercio de lo que era en tiempo de los Romanos, cuando proporcionaba subsistencias á la Italia y á las provincias vecinas (1).

(1) Savary, t. II, carta XVIII, páj. 279. —D'Anville calcula la estension de la tierra labrantía de Ejipto en solas 2100 leguas cuadradas de 25 al grado, comprendiendo en esta estension el terreno ocupado por muchos lagos; y aun cree que dicho número puede reducirse á 2000. *Memoires sur l'Egypte*, páj. 25 y 26. Si en la época mas próspera de aquel pais, la poblacion solo ascendia á ocho millones de habitantes, cada legua cuadrada contenia cuatro mil. Esta poblacion es casi cuádrupla de la de Francia; pero no la graduarémos de exajerada, si atendemos á que el pais, muy fértil, no contenia montañas, ni bosques, ni pastos, ni tierras incultas; que los habitantes de los paises cálidos consumen mucha menor contidad de alimentos que nosotros; y que el terreno puede dar varias cosechas en un mismo año. Calculando en ocho millones la poblacion de Ejipto, la cuenca del Nilo, desde el mar á las primeras cataratas, estaba poblada en la misma proporcion que hoy la cuenca del Támesis.

CAPITULO XL.

Riquezas dejadas á la clase laboriosa por la aristocracia militar, en los pueblos de raza caucásica del nordeste de Africa.

Habiendo espuesto los medios empleados en Ejipto por una aristocracia militar para esplotar una poblacion conquistada, y los efectos principales que resultan de la esplotacion para los esplotadores y los esplotados, debo manifestar ahora cómo se distribuyen entre estas dos clases de personas los productos anuales del pais. Debo esponer tambien cuál es la porcion de riquezas que dejan á la clase industriosa los jefes militares que la dominan, y cuál la que estos se reservan. En seguida verémos las costumbres resultantes de las relaciones que entre sí tienen estas dos clases, y el influjo de las mismas costumbres en el estado de las mujeres de todas jerarquías.

El estranjero que llega por primera vez al Cairo, una de las ciudades mas considerables de Ejipto, se sorprende al aspecto de tanta ruina y miseria; la turba que se agolpa

por las calles, no ofrece á su vista mas que andrajos asquerosos y fastidiosa desnudez; los individuos que la componen van con el pecho, los brazos, las piernas y los piés desnudos; la mayor parte ni calzoncillos llevan. Una camisa de tela azul muy ordinaria, con una correa ó un pañuelo encarnado por cinturon, una capa negra de tejido claro y tosco, y una especie de toca sobre la cual llevan arrollado un gran pañuelo de lana encarnada, forman el traje de los mas (1).

La poblacion se presenta bajo un aspecto todavía mas miserable en las ciudades menos populosas, y por consiguiente mas oprimidas. En San Juan de Acre, dice Forbin, todos los sentidos están ingratamente afectados por las mas asquerosas deformidades; unos entes que parecen salir de la tumba, se arrastran medio desnudos, envueltos en grandes mantas de un blanco sucio, salpicadas de negro; su cabeza está recargada de harapos que les sirven de turbante; y al lado de las víctimas de la oftalmía encuéntranse á cada paso las de la ferocidad del Gezzar Bajá (2), como ciegos, ó infelices sin nariz y sin orejas. Esta mole de hombres, inertes, miserables y asquerosos, se halla todo el dia tendida al sol al pié de las paredes de los jardines del serrallo (3).

Los campesinos no llevan mas que cuatro andrajos. Los mejor vestidos no llevan mas que una mala camisa azul y un taparabo de lana; los demás llevan por todo vestido un residuo de capa parda que se está cayendo á pedazos. Las mujeres, que por todas partes ostentan el sello y la librea de la miseria, no tienen otro vestido que una ancha túnica con mangas, abierta por cada lado desde los sobacos hasta las rodillas, que les sirve de saya y de camisa. Cúranse muy poco de que al menor movimiento pongan de manifiesto las partes mas recónditas de su cuerpo, con tal de que nunca tengan descubierta la cara. Las criaturas van enteramente desnudas (1).

(1) Volney, t. I, cap. XII, páj. 4, 173 y 174.

(2) El Gezzar, el verdugo.

(3) De Forbin, *Viaje al Levante*, páj. 70 y 71.

No todos los individuos que pertenecen á la poblacion avasallada son igualmente miserables; pero como todos se hallan igualmente espuestos á las estorsiones, los pocos que podrian hacerse con buenos vestidos, se abstienen por no escitar la codicia de los aristócratas (2).

Los alimentos reservados para la clase numerosa del pueblo se componen de pan de cebada ó de dura, sin levadura ni sabor, cebollas crudas, lentejas é higos de sicómoro. Las familias que á esto pueden añadir de vez en cuando miel, queso, leche acedada y dátiles, ya creen

(1) Sonnini, t. I, cap. XVI, páj. 288 y 289, y t. III, cap. XXXIX, páj. 27 y 28. — Savary, t. II, carta III y V, páj. 46, 65 y 66. — Volney, t. I, cap. I, páj. 4, y t. II, cap. XXXVII, páj. 379. — De Forbin, páj. 246.

(2) Savary, t. I, carta XIII, páj. 127 y 128. — No pudiendo los labradores perderse entre la turba, como los habitantes de las grandes ciudades, aun temen mas llamar la atencion de los poderosos: este recelo se echa de ver sobre todo en el labriego árabe. «El dinero que puede esconder, y que representa todos los goces de que se priva, es lo único que cree verdaderamente suyo: así es que el arte de esconderlo constituye su estudio principal; no encuentra seguridad ni en las entrañas de la tierra; solo presentando escombros, andrajos y demás insignias de miseria á los ojos del público, le es dable sustraer aquel metal á la avidez de sus amos. Impórtale inspirar compasion; no compadecerle seria lo mismo que denunciarle. Zozobroso mientras recoje aquel peligroso dinero, y turbado cuando lo posee, pasa su vida entre la desgracia de no tenerlo ú el temor de vérselo arrebatar.» Denon, t. I, páj. 90 y 91.

vivir en la abundancia (1). Cuando los vientos traen nubes de langostas, los individuos de la hez del pueblo las recojen, las salan, las guardan como provisiones, y se las comen ó las permutan con otros artículos (2). En tiempos de carestía se diseminan en cuadrillas por los campos, y comen alfalfa (3): y por último, si les aprieta el hambre, van en busca de cadáveres de camellos, disputando á los perros los colgajos podridos (4).

La continua carestía que sufren los habitantes de las ciudades, los malos alimentos de que se sustentan, y el aire emponzoñado que respiran, les hacen contraer un sinnúmero de enfermedades. La poblacion del Cairo, que es la menos sujeta á falta de alimentos, se presenta flaca y negruzca; los mendigos tienen una forma asquerosísima, las criaturas ofrecen un aspecto miserable y abortado. En ninguna parte, dice Volney, tienen un esterior tan aflictivo; los ojos escavados, le tez pálida y abofellada, el vientre lleno de obstrucciones, las estremidades descarnadas, y la piel amarillenta, les dan trazas de estar luchando de continuo con la muerte (5).

Un sinnúmero de personas tienen la vista perdida ó desgraciada; y son tantas, dice el mismo viajero, que, pasando por las calles del Cairo, he encontrado á menudo, en-

(1) Norden, *Viaje á Ejipto y Nubia*, t. I, tercera parte, páj. 86.— Sonnini, t. II, cap. XXIV, páj. 66 y 67.—Volney, t. I, cap. XII, páj. 172 y 173, y t. II, cap. XXXVIII, paj. 397 y 398.

(2) *Viaje á Trípoli ó relacion de una permanencia de diez años en Africa*, traducido del inglés por Mac Carthy, t. I, páj. 234 y 235.

(3) Denon, t. I, páj. 282 y 283.

(4) Volney, t. I, cap. XII, páj. 177. — En los montes del Líbano y de Neblo, cuando hay carestía, recojen las bellotas de las encinas, y despues de haberlas cocido ú puesto al rescoldo, se las comen. *Ibid.*, t. II, cap. XXVII, páj. 379.

(5) *Ibid.*, t. I, cap. XVII, páj. 223.

tre cien personas, veinte ciegos, diez tuertos, y veinte con los ojos encarnados, purulentos ó con manchas; casi todos llevan vendas, indicio de una oftalmía naciente ó en estado de convalecencia (1). En el alto Ejipto, la mala calidad de los alimentos enjendra otras varias dolencias que alcanzan á casi todos los habitantes (2).

El suelo de Ejipto, sin embargo, no ha variado, produciendo siempre en abundancia arroz, trigo, cebada, lino, habas, caña de azúcar y otros vejetales: todas las plantas son en Ejipto robustas, los árboles frondosos y cargados de fruta; críanse allí una infinidad de volátiles: un sol, siempre puro y brillante alumbra una vejetacion asombrosa; y el terreno, mediante el riego artificial, puede dar varias cosechas en pocos meses (3). ¿Cómo cabe que exista tanta miseria en medio de tantas riquezas?

Entre aquella poblacion mal sana y cubierta de andrajos, que se nota en las ciudades, descuellan algunos hombres robustos, magníficamente vestidos y montados en briosos caballos: son los aristócratas militares, los que chupan las riquezas que produce la tierra mediante los afanes de las demás clases. Lo mejor que da el suelo por medio del trabajo del hombre, está reservado para su mesa; y todo lo que no pueden consumir en especie, lo estraen y venden al estranjero. El valor que de ello sacan lo invierten en la compra de ricas telas, de suntuosos mue-

(1) *Ibid*, p. 217 y 218.

(2) Sonnini, t. III, cap. LII, páj. 314 y 315. — La naturaleza del suelo y del clima contribuye á la produccion de algunas de estas enfermedades; pero la miseria y la falta de limpieza constituyen sus causas principales. Las clases mas miserables son tambien las mas enfermizas.

(3) Savary, t. I, carta IV, páj. 50 y 51, y t. II, carta V, páj. 65 y 76. — De Forbin, páj. 192, 193 y 246.

bles y de hermosísimas esclavas. Así, en medio de una poblacion muerta de hambre, los amos viven en la abundancia, y al lado de chozas de tierra ó de casas que caen arruinadas, poseen ricos palacios y magníficos jardines (1).

Los palacios de los magnates están cercados de paredes que hacen su esterior poco agradable; mas penetrando en su interior, se encuentran la mas fina decoracion y el lujo mas esquisito, como hermosos baños de mármol, voluptuosas estufas, salones de mosaico, con conchas y surtidores de agua en el centro, grandes divanes compuestos de alfombras afelpadas, de anchas colchas cubiertas de riquísimas telas y cercadas de blandos almohadones; el aroma de los naranjos es introducido en los salones por un céfiro refrescado bajo la bóveda de frondosos árboles. Allí es donde, recostado en blandas alfombras con riquísimas almohadas, teniendo en una mano la pipa cuyo vapor le embriaga, y con la otra unas cuentas cuyos granos recorre con sus dedos, y servido por lindísimas esclavas, sueña sin objeto el rico Musulman; cada dia hace sin fruicion lo mismo que la víspera, y muere por fin sin haber tratado siquiera de variar la monotonía de su existencia (2).

(1) Savary, t. I, carta XII, páj. 18, 19 y sig. — Denon, t. I. páj. 176, 177 y sig.

(2) Denon, t. I, páj. 176 y 177.

CAPITULO XLI.

Influjo de la aristocracia militar en las costumbres de las diversas clases de la poblacion, en el nordeste de Africa.

Cuando en un pais no hay poder imparcial para hacer respetar la persona y bienes de cada individuo, la venganza ocupa el lugar de la justicia, y llega á ser la única salvaguardia de la seguridad de cada cual. Así es que en todos los paises sometidos al imperio turco, ofrece aquella pasion la misma pujanza que entre los salvajes.

«Si la venganza tiene aras, dice Sonnini, es sin duda en Ejipto; allí es la diosa, ó, por mejor decir, el tirano de los corazones, y como tal, implacable. La mayor parte de los hombres cuya mezcla forma la masa de los habitantes, no solo no perdonan jamás, sino que por completa que sea la satisfaccion que se les dé, no se juzgan satisfechos hasta que han empapado sus manos en la sangre del que miran como á enemigo. Aunque conserven el odio por mucho tiempo, y lo disimulen hasta que encuentran ocasion propicia para satisfacerlo, sus efectos no son menos terribles,

ni ellos mas razonables. Si un Europeo, ó un *Franco*, como dicen ellos, ha provocado su animosidad, hácenla recaer indistintamente en un Europeo, sin meterse en si es pariente, amigo ú á lo menos compatricio del que les ofendió, defraudando de este modo su resentimiento de toda disculpa, y su venganza no es mas que una atrocidad (1).»

El principal objeto de la conquista es apoderarse de los productos del trabajo del pueblo vencido, y dispensarse los conquistadores de toda tarea laboriosa. Entre todas las razas de hombres, ninguna muestra mas aversion al trabajo, ni una inclinacion mas decidida al ocio que los Musulmanes; mudar de sitio es para ellos una fatiga; un hombre que se pasea es un insensato. Entre ellos, el mueble mas buscado de un aposento es el divan, en el cual están mas bien acostados que sentados; sus jardines tienen hermosas sombras, cómodos sofás, pero ni una calle de árboles para poderse pasear (2). La misma forma de sus vestidos escluye ya toda actividad: sus calzones son una especie de jubones en los cuales están encajadas las piernas; sus grandes mangas pasan en mas de ocho pulgadas la punta de los dedos; el turbante no les deja bajar la cabeza; en una palabra, todo su traje tiende al reposo (3).

Habituados á no mirar en los pueblos conquistados mas que instrumentos de sus deleites, consideran á las mujeres bajo igual punto de vista. Cómpranlas en el mercado, y las encierran luego en los harenes, donde las educan segun conviene á sus pasiones. Una especie de prostitutas, llama-

(1) Sonnini, t. I, cap. VIII, páj. 118, 119 y 120. — Savary, t. III, carta II, páj. 22 y 23. — Este anhelo de venganza estremado hace que los Turcos anden muy mirados en ofenderse mutuamente, dándoles cierto aire de fina politica. Hasselquist, primera parte, páj. 115.

(2) Savary, t. I, carta XII, páj. 118, 119 y 120.

(3) Denon, t. I, páj. 189, 190 y 191.

das *almé*, van á enseñar á aquellas esclavas bailes propios para estimular la sensualidad de sus amos, y á instruirlas en el arte de la torpeza (1). La poligamía solo está en uso en Ejipto para la raza de los amos.

Las costumbres de la clase dominante contribuyen en todos los paises á formar las costumbres de la poblacion avasallada. La poblacion de Ejipto tiene pues sus *almés* como los magnates, especie de prostitutas que recorren medio desnudas los lugares públicos, bailando en términos que la decencia no permite describir. Como esta clase de espectáculos forman las delicias de los Ejipcios, las plazas y paseos están cuajados de ellas (2); las jóvenes y las mujeres á quienes no se permite salir, las contemplan con vista ansiosa por entre las celosías de sus ventanas, como el populacho de las calles (3).

Las mujeres en ninguna época de su vida son dueñas de sí mismas; solo dejan de estar sometidas á la potestad de su padre, para pasar á la de un hermano, de un deudo ú de un marido. No pueden disponer de cosa alguna, ni poseer

(1) Savary ha trazado un cuadro embelesante de las danzas y del canto de estas *institutoras*, las cuales, dice, se hacen pagar muy caro, y no van mas que á las casas de los grandes señores y de la jente rica (t. I, carta XIV, páj. 131, 132, y 133 y sig.) Pero algunos viajeros menos amantes de lo maravilloso, ó por mejor decir, mas amigos de la verdad, no han visto en las danzas y canciones de aquellas mujeres, sino lecciones del mas rematado desenfreno y de la mas asquerosa obscenidad. — Hasselquist, primera parte, páj. 88 y 89. — Sonnini, t. III, cap. LIV, páj. 145 y 146. — Volney, t. II. cap. XXXVIII y XL, páj. 404, 447 y 448. — Denon, t. I, páj. 153, 154 y sig.

(2) Savary, t. I, carta XIV, páj. 136 y 137.

(3) Sonnini, t. II, cap. XXXV, páj. 373 y 374. — Volney, t. II, cap. XXXVIII, páj. 404.

bienes raices, y están continuamente reclusas. El marido está obligado á asegurarles la subsistencia para el caso que sean repudiadas; mas si salen de la potestad del marido, vuelven á caer bajo la de un pariente (1). Si piden el divorcio, para sustraerse á la violencia, no solo pierden las ventajas que se les prometieron, sino tambien su propio dote (2). En una palabra, las mujeres ejipcias se presentan cargadas con los grillos de la esclavitud; tienen dueños, y no esposos (3).

Unas mujeres que no pueden tener albedrío, y que por consiguiente nada pueden conceder ni negar, inspiran desde luego saciedad, tedio y desconfianza. En casa de los hombres que tienen muchas y que poseen además esclavas jóvenes, están en continua y mutua rivalidad, siendo siempre preferidas las recien llegadas (4). El hastío va en pos de la posesion; entonces los amos buscan placeres menos fáciles. La depravacion, que por donde quiera nace de la esclavitud de las mujeres, es tan jeneral, sobre todo entre los magnates, que ni siquiera se toman la molestia de disimularla. «Los magnates dan el ejemplo, dice el señor de Forbin, y en este particular son remedados de un modo tan asqueroso como jeneral. El segundo personaje del gobierno encubre tan poco sus infames antojos, que

(1) Volney, t. II, cap. XL, páj. 41 y 42.

(2) Savary, t. III, carta III, páj. 46 y 47.

(3) Sonnini, t. II, cap. XXII, páj. 23 y 24. — Savary, t. I, carta XV, páj. 138 y 139. — Denon, t. II, páj. 198, 199 y 200. — Las mujeres son esclavas; sus padres, en vez de asegurarles un dote al casarlas, reciben su valor de los hombres á quienes las entregan; y esto es lo que pasa en Ejipto. (Sonnini, t. II, cap. XXXV. páj. 377 y 378). Es claro que entonces un padre entrega su hija, no al hombre que desea por esposo, sino al que mas da por ella. Por su parte, el que compra una mujer, la trata como propiedad adquirida.

(3) Volney, t. II, cap. XL, páj. 446 y 447.

á la legua se distinguen los que son su objeto, por la hermosura de los caballos y la magnificencia del traje. Las mujeres están á tan ínfimo precio, que muchas veces no se logra vender fácilmente las mas bellas esclavas. Los baños públicos son en particular el teatro de tan asquerosos desórdenes (1).» A mas todavía llega la depravacion; pero aquí se detiene la pluma, porque no puede reproducir las vergonzosas escenas que nos han trascrito los viajeros (2).

La servidumbre, el menosprecio y el abandono de las mujeres las hacen odiar por naturaleza á sus amos, infundiendo de consiguiente á estos celos y desconfianza. Nadie que no sea su amo puede entrar en la vivienda de las mujeres: una muerte infalible seria el castigo de cualquiera que osase penetrar en su aposento, ú tan solo dirijirlas algunas palabras al encontrarlas fuera de su casa (3).

Las mujeres del pueblo conquistado, aunque sean católicas, están sujetas en Ejipto á la misma reclusion que las mujeres de los magnates: solo están visibles para los curas y frailes: en sus enfermedades no pueden ser visitadas sino por su médico (4).

(1) De Forbin, páj. 291.

(2) Sonnini, t. I, cap. XV, páj. 277, 278 y 279; t. III, cap. II, páj. 297.

(3) Sonnini, t. I, cap. XV, páj. 280.

(4) Si se trata de pulsarlas, presentan una mano y muñeca bien envueltas con un lienzo, dejando solo el espacio necesario para aplicar los dedos sobre la arteria. Si conviene sangrarlas, no quieren dejar ver mas que la doblez del brazo, siendo menester que el médico use hasta de la violencia para lograr que el antebrazo quede libre. Si tienen alguna enfermedad en los ojos, se exije que el médico las cure sin verlas. «Casi siempre salia de aquellos asilos de la estupidez, dice Sonnini, con el alma indignada contra unos sacerdotes que, lejos de

El furor de los celos arrebata á los hombres á los escesos mas inauditos. Cuando el ejército francés estuvo en Ejipto, algunos soldados, al salir de Alejandría, encontraron cerca de Beda, en el Desierto, á una jóven con el rostro ensangrentado. Conducia con una mano á una criatura de corta edad, y con la otra, desatentada, iba en busca del objeto que pudiese guiarla. Estimulóse su curiosidad, dice Denon; llaman á su guía, que les servia á un tiempo de intérprete; se acercan y oyen los suspiros de una persona á quien habian arrancado el órgano de las lágrimas: ¡una jóven, una criatura en un desierto! Atónitos, curiosos por demás, preguntan, y se les contesta que el espectáculo que tienen á la vista es efecto de un arrebato de celos. La víctima no articula quejas, sino súplicas en favor del inocente compañero de su infortunio, que va á perecer de hambre y miseria. Compadecidos nuestros soldados, le dan inmediatamente una parte de su racion, olvidando su necesidad al lado de otra mas urjente; prívanse de una agua escasa, de la cual en breve van á carecer absolutamente, cuando ven llegar á un frenético que de lejos se cebaba en el espectáculo de su venganza, no perdiendo de vista á sus víctimas. Corre á arrebatar de las manos de la jóven aquel pan, aquella agua, aquel postrer recurso de vida que la compasion acababa de ofrecer á la desgracia. Deteneos, esclamó él; ella ha faltado á su honor, ha ajado el mio; esta criatura es mi oprobio, es hija del delito. Nuestros soldados quieren oponerse á que la prive del socorro que acababan de darle; encónanse entonces sus celos al ver que el objeto de su saña inspira todavía compasion; saca un puñal, hiere de muerte á la jóven, coje al niño y lo estruja contra el suelo; y en seguida, estúpidamente feroz, se queda inmóbil, mira descarado á nuestros soldados y apréstase á arrostrar su venganza.

fomentar el desarrollo de los jérmenes de la razon, solo procuran sofocar hasta su mas débil destello» t. III, cap. XLIX, p. 233 y 234.

Me he informado, continúa Denon, de si habia leyes represivas contra un abuso de autoridad tan atroz; y me dijeron que *habia hecho mal* de darla de puñaladas, porque si Dios no hubiese querido que muriera, al cabo de cuarenta dias, la infeliz hubiera podido ser admitida en una casa y alimentada por caridad (1).

Si las mujeres no gozan de ninguna proteccion en las ínfimas clases de la categoría social, es claro que tampoco cabrá mejor suerte á las de los poderosos: los majistrados encargados de la policía pueden hacer sentir su autoridad á los desvalidos; mas, ¿cómo cabe atajar los desórdenes del magnate?

Considerando en jeneral las costumbres de la clase conquistadora, se ve que el carácter de los hombres que la componen reune los vicios siguientes: codicia, venalidad, perfidia, venganza, crueldad, ociosidad, odio al trabajo, y aficion desmedida á los placeres mas bozales. Bien podia pues decir Bruce sin exajeracion: «tal vez no hay en el mundo hombres tan bozales, tan injustos, tan tiránicos, tan opresores y tan avarientos como los de la raza infernal que tiene en sus manos el gobierno del Cairo (2).» A este cuadro de las costumbres aristocráticas debemos añadir un orgullo ilimitado. Allí es donde, segun Savary, el ignorantísimo Musulman se cree el ente mas encumbrado del universo, apropiándose con cierta complacencia las siguientes palabras del Coran: *tú eres el pueblo mas escelente del universo; tú prescribes lo justo, tú vedas el delito* (3).

Las costumbres de las razas conquistadas, las de los

(1) Denon, t. I, páj. 71 y 72.

(2) J. Bruce. *Voyage aux sources du Nil*, t. I, cap. II, páj. 159.

(3) Savary, carta VI, t. I, páj. 67. —El Coran, t. I, páj. 66.

Arabes y los Coptos, llevan el sello que les estamparon sus dueños. Los Arabes labriegos, entregados sin defensa á la raza de los conquistadores, espuestos de continuo á verse arrebatar los productos de su trabajo, y por su destino, mas bien dependiente de sus amos que de sí mismos, son desconfiados, recelosos, avarientos, descuidados é imprévidos (1). Los Coptos adolecen de los mismos vicios, siendo además muy descuidados y propensos al ocio: sabiendo que nada pueden conservar fuera de lo rigurosamente necesario para sostener su existencia, es rarísimo que dirijan sus conatos á conseguir mas. Nada inventan para trabajar mejor, ni tampoco tratan de utilizarse de los inventos de los demás. Tienen mucha aversion á cualquier trabajo que deba practicarse en pié; el ebanista, el cerrajero, el carpintero, el albéitar, y hasta el albañil, trabajan sentados (2).

Los hombres conquistados tienen simultáneamente los vicios resultantes de la esclavitud, y los que les comunican sus amos; pero no obstante son mucho menos viciosos. Los Coptos son muy débiles respecto de sus opresores; sin armas, sin relaciones entre sí, sin jefe para dirijirles, déjanse despojar sin resistencia, y difícilmente saben arrojarse á la insurreccion (3); pero las estorsiones, las violencias y los asesinatos forman el patrimonio de los estranjeros que han invadido su pais, mandando en él á fuer de señores (4).

(1) Denon, t. I, páj. 90 y 91.

(2) *Idem*, t. I, páj. 191 y 192.

(3) Savary, t. III, carta II, páj. 21.

(4) «He habitado veinte y dos años en el Cairo, dice Felix Mengin; nunca supe que un Ejipcio hubiese cometido alguno de los crímenes de robo con efraccion, envenenamiento ú asesinato premeditado. *Parecian reservados á los Mamelucos, cual ahora lo están á los Turcos*». *Historia de Ejipto bajo el gobierno Mahomet-Alí*, t. II, nota de la páj. 299.

Si hay vicios particulares á la clase de los conquistadores, y otros esclusivos á la de los vencidos (1), los hay tambien comunes á entrambos, y entre estos se cuenta el odio y la aversion á los estranjeros. Cuando una raza de hombres ha establecido su dominacion sobre otra, y logrado trasformarla en instrumento de cultivo, su primer conato es infundirle horror á todo cambio, inculcarle el menosprecio de los hombres ó de las cosas que pudiesen darle concepto de un estado menos miserable, é inspirarle deseos de mejorar su suerte. De ahí ese artículo del código sunnita, que hace decir á Mahoma que toda innovacion es un error, y que todo error conduce al fuego; de ahí el menosprecio y el odio que todos los dueños de hombres, cualquiera que sea su título, han declarado anejo á las palabras de *infieles*, *herejes*, *innovadores* y otras (2).

Los Musulmanes, y particularmente los Turcos, como los mas despóticos de todos los conquistadores, han sido tambien los que han inspirado á sus súbditos el odio mas intenso á los hombres que no han adoptado sus prácticas y creencias. Uno de los principales conatos de los gobernantes y de los sacerdotes musulmanes en Ejipto, ha sido en su consecuencia inspirar aquel impulso contra todos los hombres estraños á su dominio (3). El medio mas eficaz

(1) Volney, t. II, cap. XL, páj. 448 y 449.

(2) Las clases que se aprovechan de la tiranía ó que viven de embustes, son siempre las que mas temen toda comunicacion de conceptos con los estranjeros. En una insurreccion que se verificó en el Cairo, durante la ocupacion de esta ciudad por los Franceses, los sacerdotes y los magnates escitaban desde lo alto de los minaretes al populacho para que se cebase en la carnicería; pero las pocas personas de la clase media se mostraron humanas y jenerosas con los estranjeros, salvando á muchos, sin atender á diferencias de costumbres, relijion ó idioma. Denon, t. I, páj. 205 y 206.

(3) Sonnini, t. I, cap. XV, páj. 266 y 267.

que han empleado los sacerdotes ha sido persuadir á sus prosélitos que á ellos esclusivamente tocan los favores del cielo, y que son los únicos para quienes están reservados los goces eternos. Despreciando ó insultando á un hombre que no es de su opinion ó no sigue sus prácticas, créense que le tratan en este mundo con menos severidad de la que le aguarda en el otro. Creen que no pueden obrar mejor que con arreglo á los sentimientos que imputan á la Divinidad, figurándose ser humanos y jenerosos, cuando se ciñen á despreciar y aborrecer.

Los jefes de los conquistadores han acudido á otro medio no menos eficaz, cual ha sido sujetar á las condiciones mas humillantes, y designar con los apodos mas ignominiosos á los estranjeros á quienes han permitido establecerse en la tierra conquistada. Un Arabe, un Moro, un Ejipcio, bien que súbditos, pueden salir por las ciudades de Ejipto montados en mulas (1); un Europeo no puede tener otra caballería que un asno. Y aun no puede ser de los mejores, pues de lo contrario, se espondria su dueño á una multa crecida (2). El uso de los caballos es esclusivo de los conquistadores; montar caballo es una de las señales de la conquista, así como de esclavitud el ir á pié (3).

Los Europeos, ó los *Francos*, segun les llaman los Turcos, no pueden salir á la calle con su traje nacional, sin esponerse á ser maltratados por el pueblo; es preciso que vayan con vestido talar al uso del pais; pero al mismo tiempo una parte de este traje, como el turbante, debe indicar que son estranjeros, denunciándose de este modo

(1) Hasselquist, primera parte, páj. 80. — Volney, t. I, cap. XV, páj. 209.

(2) Sonnini, t. II, cap. XXXV, páj, 360 y 361.

(3) Volney, t. I, cap. XI, páj. 153.

al desprecio, y en cierto modo á la proscripcion (1). Si quieren salir del cuartel que les está señalado, sin esponerse á los insultos del populacho, deben hacerse acompañar por jenízaros armados con palos ó picas (2). Si en sus escursiones pasan por delante de la casa de un grande, ó encuentran algun poderoso, á un sacerdote, ó algun empleado, tienen que apearse inmediatamente, retirarse dejando el paso libre, y ponerse la mano sobre el pecho en señal de respeto. Mientras así se humillan ante la fuerza ó la impostura, los jenízaros que les acompañan, y aun sus criados, si son musulmanes, se mantienen fieramente montados en sus burros (3). La órden de apearse es dada por los criados ó los jenízaros que preceden á los magnates, y si por inadvertencia ú otra causa no andan listos en obedecer, salúdanles con garrotazos dados con furia bastante para romper los huesos al infeliz que los recibe (4). Los Europeos solo son designados con el nombre de *perros*; esta denominacion y la de *cristiano* son dos sinónimos tan comunes, que casi no se nota entre ellos diferencia alguna (5). Por último, es tan grande el desprecio inherente á

(1) Sonnini, t. II, cap. XXXIII, páj. 305 y 306.

(2) Hasselquist, segunda parte, páj. 153 y 154, carta á Lineo.

(3) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. I, páj. 113 y 114, y Descripcion de Arabia, páj. 39. — Sonnini, t. II, cap. XXXIII, páj. 305 y 306. — Volney, t. I, cap. XV, páj. 209.

(4) Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. I, páj. 113. — Sonnini, t. II, cap. XXXIII, páj. 306 y 307. — En Inglaterra, último pais de Europa donde se establecieron los conquistadores, y en el cual mas que en otra parte son seguidos los antiguos usos, los magnates se hacen á menudo preceder ó seguir, aun yendo á pié, por criados armados con garrotes por el estilo de los criados turcos. Los Normandos establecieron sin duda esta costumbre para hacer apartar al populacho conquistado, que tenia demasiada curiosidad de verles.

(5) Sonnini, t. I, cap. XV, páj. 266 y 267. — Para comprender to-

la calidad de estranjero, que, segun Hasselquist, no habria mejor medio para hacer purgar á los criminales sus delitos, que mandarles á vivir al Cairo por algun tiempo (1).

do el desprecio que envuelve este apellido, tienen que recordar los lectores cómo son considerados en Ejipto los perros. Los cónsules de las potencias europeas han conseguido por fin la autorizacion de ir á caballo los dias en que el bajá se digna concederles audiencia. En los demás casos, montan burros, y están sujetos á iguales humillaciones que todos los cristianos. Niebuhr, *Viaje á Arabia*, t. I, páj. 114.

(1) Hasselquist, segunda parte, páj. 153 y 154.—En una mojiganga verificada en Roseta, durante el ramadan, en 1778, el jefe de los limpia-letrinas salió disfrazado de europeo: la multitud, al verle en aquel disfraz, le acojió con gritos de júbilo y admiracion. (Sonnini, t. III, cap. LIV, páj. 367.) Cuando el ejército se hubo apoderado del Cairo, los jefes pidieron á los jeques que les presentasen las *almés*, á quienes deseaban ver bailar. «El gobierno del pais, dice Denon, de cuyas rentas quizás formaban parte, oponia alguna dificultad á su presentacion: manchadas con las miradas de los *infieles*, podia menoscabarse la reputacion de las *almés*, ó quizás perder su estado. Esto basta para dar una idea de la abyeccion de un *Franco* á los ojos de un Musulman, pues hasta lo mas disoluto que tienen, puede quedar profanado por nuestras miradas.» Tomo I, páj. 153, 154 y 155.

CAPITULO XLII.

Paralelo entre las poblaciones que ocupan las partes inferiores de la cuenca del Nilo y las que ocupan las superiores.—Revolucion causada por la destruccion de los Mamelucos.

Desde que Ejipto quedó presa de los bárbaros, cayó del estado mas floreciente en la degradacion mas profunda. Sus mas célebres ciudades fueron arruinadas; sus canales se cegaron; sus campos quedaron incultos ó convertidos en desiertos; estinguióse la parte mas ilustrada de su poblacion; eclipsáronse las ciencias; desaparecieron con ellas las artes; depraváronse las costumbres; y á la opulencia sucedió la miseria. Pero, por mas jeneral que haya sido la decadencia, y por mas que la tiranía se haya cebado en todo el territorio, la barbarie no se ha difundido igualmente por el pais. Partiendo de uno de los puntos donde desagua el Nilo en el mar, y subiendo hasta las primeras cataratas, obsérvase que los hombres se vuelven mas viciosos y miserables; en la estremidad del alto Ejipto, cerca de Siena, ya no se encuentran mas que salvajes.

La parte mas cultivada de Ejipto es la Delta, es decir la parte de territorio comprendido entre el mar y los dos brazos que forma el Nilo mas acá del Cairo. Mas allá de Atrib, dice Savary, las poblaciones se hallan tan contiguas unas á otras, que las riberas del Nilo parecen una dilatadísima ciudad, interrumpida tan solo por amenos jardines y olorosas selvas. Los árboles son variados, los rebaños numerosos, la riqueza del suelo inagotable (1). No hay duda que allí los labradores están reducidos á lo rigurosamente necesario; sus viviendas se hallan en mal estado; sus vestidos apenas les cubren las carnes; sus alimentos son todos de mala calidad. Hay sin embargo en toda la parte del territorio designado bajo el nombre de bajo Ejipto, un número mas ó menos crecido de familias que disfrutan de cierta comodidad. Y este número es quizás mayor aun de lo que parece, por cuanto cada cual se cree precisado á encubrir sus medios de existencia para sortear las estorsiones.

Conforme se va penetrando por el alto Ejipto, échase de ver que las viviendas son mas escasas, mayor el número de tierras incultas, peores las casas, mas pobres y miserables los hombres. En Siena se encuentran apenas residuos de cultivo; no se ve mas que una naturaleza yerta, abandonada á sí misma, y allá en las peñas, una que otra vivienda parecida á las cabañas de los salvajes (2).

Sonnini, conducido por un jeque á Gurnoy, otra de las ciudades de la Tebaida, se encontró, dice, en el lugar mas espantoso y miserable del mundo. Las madrigueras que lo componian eran hechas de barro, de la altura de

(1) Savary, carta XXII, t. I, páj. 254 y 255.

(2) Norden, *Viaje de Ejipto y de Nubia*, tercera parte, t. I, páj. 93.—Denon, t. II, paj. 81, 82 y 246.

un hombre, y sin mas cubierta que ramas de palmera (1). Muchos de los habitantes del distrito vivian en las cavernas ó en los huecos de los árboles, y no tenian mas industria que los estupidísimos salvajes (2).

El aspecto de los hombres estaba en armonía con el de los lugares. «Nunca los he visto, dice Sonnini, de tan mala estampa; seminegros, casi desnudos, cubiertos en parte por cuatro andrajos; fisonomía áspera y feroz; sin disposicion para ninguna arte, sin aficion á la labranza; ocupados solo en la rapiña, ni mas ni menos que las fieras de los áridos montes donde vejetan; y su trato es capaz de asustar á cualquiera. Mis compañeros, prevenidos de antemano con lo que habian oido contar de aquellos detestables sitios, estaban al parecer muy inquietos; el intérprete sirio, tan cobarde como malvado, lloraba de miedo; todos me reconvenian fuertemente, y miraban segura nuestra perdicion, cuando me vieron sentado en la arena entre una docena de aquellos viles fellahs (3).»

La suerte de las mujeres, en estos pueblos, cual entre todos los salvajes, es todavía mas miserable que la de los hombres. Sonnini no pudo verlas, porque los celos de los maridos las sustrajeron probablemente á su vista; pero en la invasion del pais por los Franceses, Denon tuvo lugar de ver muchas, y nos da de ellas la siguiente descripcion: «Su estremada fealdad, dice, es solo comparable con los atroces celos de los maridos; vi á algunas. Como yo inspiraba á los maridos menos miedo que los soldados, pusieron á cierto número de ellas bajo mi salvaguardia, en una cabaña delante de cuya puerta me habia

(1) Sonnini, t. III, cap. L, páj. 274 y 275.

(2) Sonnini, t. III, cap. XL, páj. 53.—Denon, t. II, páj. 271 y 272.

(3) Sonnini, t. III, cap. L, páj 274 y 275.

apostado para pasar la noche. Sorprendidas por la marcha simulada de los Franceses al caer el dia, no tuvieron tiempo de huir y esconderse en las rocas ó pasar el rio á nado; tenian absolutamente la estúpida ferocidad de los salvajes; un suelo ingrato, la fatiga y una alimentacion insuficiente marchitan en ellas todos los hechizos de la naturaleza, y estampan hasta en la mocedad el sello y la degradacion de la decrepitud (1).»

Obsérvase en las costumbres la misma degradacion progresiva que en la labranza y en la industria. En el bajo Ejipto, la ambicion y demás vicios de los magnates escitaban á menudo desórdenes y guerras en tiempo de los Mamelucos; pero mientras los jefes y sus soldados anhelaban destruirse mutuamente, la mole de la poblacion se mantenia á veces pacífica, y seguia dedicándose á sus tareas (2). En el alto Ejipto, al contrario, las poblaciones están en guerra unas contra otras, familias contra familias: una gota de sangre derramada se convierte en manantial de odios inestinguibles; la venganza provoca la venganza, y de represalia en represalia, todas las rancherías tienden á su mutuo esterminio. Su estado es muy análogo al de los salvajes de Nueva Zelandia (3).

(1) Denon, t. II, páj. 82 y 83.—En el Cairo, si la turba es miserable, hay á lo menos cierto número de familias que viven con alguna comodidad, y los jefes poseen riquezas considerables; mas no así en el alto Ejipto. He aquí la descripcion que da Sonnini de un príncipe árabe que visitaba sus posesiones junto á las ruinas de Tebas: «Era un anciano, pequeño, muy feo, y medio tullido. Encontréle en su tienda envuelto con un mal casacon de lana, todo roto y muy puerco, que entreabria á cada paso para escupir sobre sus vestidos. Este hombre asqueroso tenia sin embargo la afectacion de teñirse la barba de rojo.» Tomo III, cap. XLVII, páj. 209 y 310.

(2) Sonnini, t. II, cap. XXXIII, páj 316.

(3) Sonnini, t. III, cap. L, páj. 277 y 281.—Denon, t. II, páj. 267 y 268.

La pasion mas señalada es el odio á los estranjeros: hácia una de las desembocaduras del Nilo, en Roseta, muéstrase ya sin embozo aquel rencoroso afecto. Sin embargo, este vicio es allí menos palpable que en lo restante del pais (1). En el Cairo, el odio y menosprecio para con los estranjeros se manifiestan de un modo mas fuerte é insultante (2); en el Said, los sentimientos de malevolencia son todavía mas señalados; los Europeos, dice Sonnini, son allí mirados con horror (3); finalmente, en la Tebaida y en Siena, que se hallan en la parte mas alta de Ejipto, han imposibilitado casi toda comunicacion con ellos; si se creen mas fuertes, acometen á los estranjeros que se les presentan; y cuando se juzgan mas débiles, se refujian á las cavernas como fieras, ó se salvan vadeando el rio. El terror ó el odio que les infunden los estranjeros es tal, que si en su fuga no pueden llevarse á las criaturas, las tiran al rio ú las mutilan (4).

Estos pueblos igualan ó tal vez sobrepujan á los mas salvajes en propension al robo y destreza en ejecutarlo (5).

(1) Sonnini, t. I, cap. XV, páj. 278 y 248.

(2) Sonnini, t. I, cap. XV, páj. 266 y 267.—Norden, t. I, páj. 40.

(3) Sonnini, t. III, cap. XLIX, páj. 243.

(4) Denon, t. II, páj. 88.

(5) Sonnini, t. III, cap. XL y L, páj. 53, 271 y 272.—Denon, t. II, páj. 82 y 83. — Felix Mengin, *Historia de Ejipto*, t. I, páj. 151. — «La destreza de los ladrones árabes, dice el Sr. de Jomard, era proverbial entre las tropas de la espedicion francesa, pues solo se la puede comparar con la avilantez de los mismos. Robaban las armas, los equipajes, y los caballos en medio de nuestros campamentos; las espadas del costado mismo de los oficiales, encubriendo su botin y ocultándose ellos mismos en hacinas de forraje, con riesgo de quedar allí ahogados. Se han visto algunos de ellos, en el alto Ejipto, demoler la parte posterior de las casas para despojar á los soldados dormidos, y todo con una prontitud y destreza que no

Tienen, como todos los demás Ejipcios, los vicios que enjendran la opresion y el desprecio de las mujeres, pero bajo una forma todavía mas asquerosa (1).

El estado de degradacion al cual habia reducido á los pueblos de Ejipto á fines del siglo XVIII la dominacion combinada de los Mamelucos y de los Turcos, no parecia poderse agravar; y sin embargo la suerte de la poblacion se ha vuelto aun mas miserable desde aquella época. Los Mamelucos, largo tiempo divididos por los Turcos, han sido sacrificados por ellos; y de este modo ha acabado su república, y la carta con la cual les habia afianzado Selim su eterna duracion (2). Desde aquel momento ya no ha encontrado obstáculo la potestad del delegado del sultan, y el gobierno de Ejipto ha tenido toda la sencillez del de Constantinopla.

Los Ejipcios, lejos de haber ganado en este cambio, se han degradado aun mas que antes. Las propiedades territoriales no tenian garantías; el bajá se ha apoderado de todas ellas, y las beneficia en provecho suyo (3). Todo el territorio no forma pues sino un dilatado patrimonio de un solo hombre; y la poblacion labradora no se compone mas que de una inmensa muchedumbre de jornaleros,

permitian á uno el ponerse sobre sí hasta que el ladron se habia alargado. He aquí un caso que presencié en el Nilo. Un Arabe que nadaba detrás de nuestra barca, apareció súbitamente sobre cubierta y quitó el turbante del rays (piloto); arrojóse luego al rio, que atravesó en toda su anchura entre dos aguas, asomando en seguida sobre la ribera opuesta, á cuatrocientas toesas de nosotros.» Felix Mengin, *Hist. de Ejipto*, t. I, nota de la páj. 441.

(1) Sonnini, t. III, cap. XLVIII y LI, páj. 231 y 297.

(2) Felix Mengin, *Historia de Ejipto bajo el gobierno de Mahomet-Ali*, t. I, páj. 361, 362 y sig.

(3) Felix Mengin, t. I, páj. 330 y 345, y t. II, páj. 337. — De Forbin, páj. 243 y 244.

cuyo salario es señalado arbitrariamente por el amo, sin que puedan trabajar mas que por cuenta del mismo.

En tiempo de los Mamelucos, habia algunas artes toscas con cuyo ejercicio podia una parte de la poblacion proporcionarse la subsistencia; pero desde que los Turcos han llegado á ser dueños esclusivos del pais, el bajá se ha quedado con la esplotacion esclusiva de todas las manufacturas (1): los fabricantillos, que gozaban de cierta independencia, se han convertido en jornaleros; el señalamiento de su salario ha quedado al arbitrio del gran monopolista industrial, no estando en su poder el mudar de amo.

Antes de esta última revolucion, habia en las ciudades un número bastante crecido de comerciantes que negociaban sus capitales, y eran tan independientes como comportaba la índole del gobierno; mas el bajá se ha apoderado de la venta esclusiva de los jéneros, y hasta de los artículos de primera necesidad; los negociantes se han trasformado en dependientes suyos, les ha señalado á su antojo un salario, pudiéndoles poner en la calle lo mismo que un amo á sus criados (2).

Al propio tiempo que el bajá se ha apoderado del monopolio agrícola, fabril y comercial, haciéndose de este modo dueño de los medios de existencia de todos los habitantes, ha vuelto mas productiva la industria, ya mandando abrir canales, ya adoptando procederes y máquinas inventadas por los pueblos civilizados de Europa; pero este progreso aparente es una verdadera calamidad.

Aun cuando los productos del suelo ejipcio fuesen duplos, la poblacion labradora no estaria realmente mejor alimentada, ni mejor vestida, pues el bajá tiene facultad

(1) De Forbin, páj. 243 y 244. — Felix Mengin, t. II, páj. 375.

(2) De Forbin, páj. 309. — Felix Mengin, t. II, páj. 394.

de no dejarle mas que lo rigurosamente necesario para no morir de hambre. Los cultivadores ejipcios se hallan hoy dia en una posicion análoga á la de los esclavos de las colonias europeas; por copioso que sea el fruto de las tierras que cultivan, no mejoran de condicion; lo que sobra, despues de cubiertas las necesidades del amo, es estraido.

La poblacion industriosa tampoco reportará beneficio alguno de los progresos de las manufacturas; la abundancia de los productos no tendrá mas influjo en la suerte de los trabajadores, que la copia de los productos agrícolas en la de los cultivadores. El bajá no puede ver en ellos mas que otra clase de esclavos: señalando, por una parte, el tanto de sus salarios, y por otra el precio de los objetos necesarios á su subsistencia, simplificaria sus procedimientos sin agravar su suerte, si les tratase como trata á sus negros el propietario de un injenio. Por último, los beneficios del comercio no se quedaran en manos de los negociantes, así como no quedan en poder del labrador los provechos de la agricultura.

Si el aumento de los productos no hace mas feliz la suerte de la poblacion, acrece de mucho la potencia del bajá, dándole medios de pagar un ejército mas numeroso y una marina mas respetable. El acrecentamiento de sus riquezas le facilita el estender el dominio de los Turcos, levantando de este modo vallas á la civilizacion en los paises donde pudiera penetrar, y estinguiéndola en los lugares donde quizás haya asomado.

Monopolizando todas las clases de industria, ha puesto sus intereses en manos de los Armenios y de los Griegos mas codiciosos. Así es, dice el Sr. de Forbin, que el pueblo ejipcio jamás se ha visto tan oprimido y vejado como en la época actual. El terror impone silencio á las que-

jas; pero aquel silencio es el de la muerte (1).

Si los labradores buscan un asilo en el desierto, por no serles dable satisfacer la codicia de los empleados, son capturados sus hijos, y sobre ellos se descarga la vara de los Turcos. «Doce criaturas, dice el mismo viajero, desnudas, atadas de dos en dos con robustas cuerdas, y tendidas sobre el enlosado del palacio del cachef (en Mankié), se estaban muriendo de hambre y sed. Eran rehenes. Aquellas miserables é inocentes criaturas sentian ya los dolores del cautiverio, porque sus padres, imposibilitados de pagar el miry, habian huido al Desierto (2).»

En las ciudades, y sobre todo en la capital, el pueblo, y especialmente los negociantes estranjeros, echan menos el gobierno de los Mamelucos, quienes no se entrometian absolutamente en los asuntos mercantiles (3). Por fin, es tal la tiranía que gravita sobre los habitantes de todas las clases, que cada cual desea una revolucion, ó invoca á veces para alivio el mas cruel azote. El pueblo que jime en la opresion, es como un enfermo; persuádese de que sentiria alivio si su mal cambiase de naturaleza (4).

La dominacion esclusiva de los Turcos ha hecho mas dura la condicion de los habitantes en órden á sus medios de existencia; pero no ha cambiado en lo mas mínimo las formas de la policía ó de la administracion de justicia (5). Siempre los propios ajentes, siempre los mismos principios y procedimientos (6): inútil fuera pues detenernos

(1) *Viaje á Levante*, en 1817 y 1818, páj. 250.

(2) De Forbin, *Viaje á Levante*, páj. 247 y 248.

(3) De Forbin, *Viaje á Levante*, páj. 309.

(4) *Ibid.*, páj. 209 y 210.

(5) *Ibid.*, páj. 247 y 300.

(6) Algunas personas que admiran al bajá han hallado mucha analojia entre él y Napoleon Bonaparte: «Es imposible, dice Jomard, no admirar la presencia de ánimo y firmeza que brillan en las palabras del

en averiguar si se han perfeccionado las costumbres.

virey; distinguese al parecer en ellas el lenguaje de un conquistador harto famoso, que ha debido el grandísimo influjo que tiene sobre sus contemporáneos, al solo ascendiente de su carácter y política. Otros puntos de semejanza se advertirán aun entre los dos. El virey es de estatura mas que mediana; sus determinaciones son súbitas, rápidos é inopinados sus procedimientos. Añádanse á estos rasgos comunes un carácter violento y arrebatado. » *Hist. de Ejipto*, por Felix Mengin, t. I, nota de la páj. 447.

El Sr. Jomard aun pudiera haber seguido adelante el paralelo, comparando la maña con que el bajá engañó y destruyó á los Mamelucos, con la felonía de Bonaparte al engañar y perder á los amigos de la libertad; el esmero de este último en hacer florecer las artes y envilecer á los hombres, en propagar la industria y quedarse con sus productos por medio de las contribuciones, con el arte que hizo llevar á cabo los propios designios al primero.

CAPITULO XLIII.

Causas de los vicios observados en los pueblos del nordeste de Africa.

En Ejipto se observan todos los vicios que achacan los filósofos al calor del clima, como la pereza, la desconfianza, los celos, la venganza y la crueldad; pero tales vicios no son parto de la naturaleza del terreno, ó del calor, sino consecuencias de la tiranía que oprime á los habitantes: si cesase esta, desaparecieran los vicios.

Con efecto, la haraganeria que se observa entre los hombres de la clase laboriosa, desapareceria en cuanto estuviesen seguros de un salario; cuando se ponen en accion, lo verifican con un ardor desconocido en nuestros climas. Un Europeo no puede menos de admirar la actividad con que los marineros, con los brazos y las piernas desnudas, manejan los remos, tienden las velas y hacen toda la maniobra; y el ardor con que los faquines descargan un batel, trasportando los *cufes* mas pesados (1);

(1) Los *cufes* son unos sacos de paja muy usados en Asia.

siempre cantando y respondiendo con versículos á uno de ellos que lleva la voz, ejecutan todos los movimientos en cadencia, y duplican sus fuerzas reuniéndolas á compás (1).

Los campesinos, tan menospreciados bajo el nombre de *fellahs*, ejecutan faenas á que no alcanzarian los mas de los Europeos; es muy comun verles pasar dias enteros sacando agua del Nilo, desnudos y espuestos á un sol que no pudiéramos resistir. Los que sirven de criados á los amos del pais, siguen á pié todos los movimientos de los jinetes; en la ciudad, en el campo, en la guerra, donde quiera, pasan dias enteros corriendo delante ó detrás de los caballos; y cuando el cansancio les rinde, se agarran á la cola antes que consentir en quedarse atrás (2).

La paciencia con que sufren la opresion depende de la conviccion de su impotencia, y no de debilidad de carácter. La terquedad de sus odios y venganzas, el encarnizamiento que muestran en los encuentros que se traban á veces entre poblacion y poblacion, el pundonor que manifiestan sufriendo horribles palizas sin descubrir el secreto que se les pretende arrancar, y hasta la misma barbarie con que castigan á sus mujeres é hijas por el menor desliz contra el pudor, todo prueba que si tienen enerjía en ciertos puntos, sólo falta ilustracion para convertirla en admirable valor (3).

Los Ejipcios descuellan en actividad y destreza; privados como están de instrumentos, admira verdaderamente el partido que saben sacar de sus dedos y aun de sus piés. Como trabajadores, tienen una prenda apreciabilísima, cual es ser sufridos, sin presuncion, y repetir cien veces

(1) Volney, t. II, cap. XL, páj. 438.
(2) *Ibid.*, t. I, cap. XII, páj. 184 y 185.
(3) Volney, t. I, cap. XII, páj. 185 y 186.

una cosa hasta hacerla en los términos que se les pide. Poseen además todas las calidades de un escelente soldado; son eminentemente sobrios, andariegos, picadores como centauros, nadadores como tritones (1). Conservan sus fuerzas y actividad hasta una edad muy avanzada; en el Said, que es la parte mas ardiente de Ejipto, se ven muchísimos ancianos, y algunos de ellos octojenarios, montan perfectamente á caballo (2).

Los artesanos árabes, al parecer tan inactivos y tan estúpidos á los ojos de sus opresores, muestran suma actividad é intelijencia desde el momento en que esperan alcanzar algun fruto. Cuando la ocupacion del alto Ejipto por el ejército francés, se les vió ir en busca de nuestros soldados artistas, ofrecerles sus servicios, trabajar con ellos, y seguros de un salario proporcionado á su trabajo, esforzarse en complacerles, poner particularísimo esmero en la labor, mirar con entusiasmo los efectos del molino de viento, y ver curtir el cordoban con raptos de admiracion (3).

La actividad que se observa en los marineros y en los faquines que sirven á los Europeos, se manifestó claramente en los habitantes de los campos, luego que la presencia del ejército francés les hizo concebir la esperanza de recojer sus cosechas: los campos se cubrieron de labradores; abriéronse los canales; y los cultivadores no dejaban sus tareas sino para ir á llevar agua y sandías á nuestros soldados, cuya pacífica conducta ya no les asustaba (4).

El mismo sentimiento de confianza que restituyó su ac-

(1) Denon, t. I, páj. 322.
(2) Savary, t. III, carta I, páj. 2.
(3) Denon, t. I, páj. 192 y 193.
(4) *Ibid.*, t. II, páj. 267 y 268.

tividad á las clases laboriosas, determinó á los que poseian algunas riquezas, y no se atrevian á usar de ellas, á disfrutarlas públicamente. «Otra dicha para los habitantes acomodados, continúa Denon, fué poder ostentar impunemente sus riquezas, venir cada dia á nuestras casas mejor vestidos, y comer juntos, sin esponerse á una multa ó aumento de contribucion. Fuimos convidados y tratados con toda magnificencia por personas bien vestidas, á las cuales nunca habíamos visto, y quienes, abundando en injenio y cordura, trataban con sagacidad de nuestros intereses y de los suyos, de nuestros yerros y de sus necesidades, hablando de Desaix con confianza y respeto (1).»

Otro resultado no menos pronto, pero quizás mas estraordinario, del establecimiento de la seguridad y de la administracion de una justicia imparcial, fué la cesacion de las venganzas. «Otra circunstancia consoladora para el pais y para nosotros, dice el mismo escritor, es que las poblaciones habian convenido en fiar á nuestra equidad el castigo de los delitos, y en abolir el *rescate de sangre*. Este rescate era uno de aquellos azotes, hijos de la preocupacion y de la barbarie, que levantaban vallas entre cada pais, é interceptaban sus comunicaciones. Si una riña particular, un accidente cualquiera, habia causado la muerte de alguno, la falta de justicia, la venganza, y un honor mal entendido acumulaban represalias sobre represalias, y de ahí una guerra eterna. Ya no se andaba sino en cuadrillas y ejércitos (2); las dilijencias particulares venian á ser espediciones; los caminos se hacian intransitables, encontrándose solo algunos peones de la clase mas ruin, que los hacian todavía mas espuestos. El olvido de los yerros pasados fué pues el primer influjo feliz de nuestro gobierno.»

(1) Denon, t. II, páj. 267 y 268.

(2) Denon, t. II, páj. 267 y 278. — Los cambios de costumbres causados por el establecimiento ó por la destruccion del despotismo, son á veces muy rápidos. «El gobierno del Brasil, dice un viajero, parece absolutamente despótico, y es un desconsuelo ver que bajo tal dominacion hasta los Ingleses pierden aquella franca libertad que les caracteriza.» Mac-Leod, *Viaje del Alcestes*, cap. I, páj. 9.

CAPITULO XLIV.

Relaciones observadas entre los medios de existencia y la organizacion social de los pueblos de raza caucásica de la costa septentrional de Africa. — Paralelo entre estos pueblos y los de la misma especie situados bajo un clima mas cálido en el mismo continente.

De todas las partes del Africa por donde han estendido su imperio el gobierno turco y la relijion musulmana, Ejipto es la mas cercana al ecuador y la menos elevada sobre el nivel del mar. Si pues el influjo del calor fuese tal como han supuesto Montesquieu y otros escritores, aquel pais debiera ser el mas corrompido, selvático y miserable. Sin embargo, no es así: si bien el Ejipto no es hoy mas que una sombra de lo que fué, preséntasenos como el menos degradado de los paises que han sufrido el yugo otomano (1).

Las costas septentrionales de Africa son tan inferiores respecto de Ejipto, que, segun Norden, para reducir este último pais al mismo nivel, seria menester aun cerca de.

(1) D'Anville, *Memorias sobre el Ejipto antiguo y moderno*, páj. 30

un siglo de dominacion del gobierno turco, y una cesacion de trabajo casi completa por igual tiempo (1).

Las costas septentrionales de Africa, que se designan bajo el nombre de Berbería, están habitadas por dos razas de hombres, como el Ejipto, la de los vencedores y la de los vencidos: los Moros y los Arabes han sido subyugados por un ejército de Turcos que se establecieron en el pais. Por largo tiempo los conquistadores se reconocieron súbditos del Sultan de Constantinopla; recibieron de él sus jefes, y le pagaron un tributo; mas finalmente estos jefes se han hecho independientes, conservando no obstante las formas y la relijion del gobierno turco (2).

Pintar las costumbres y los procedimientos de los gobiernos berberiscos, no seria pues mas que reproducir con colores mas lóbregos el cuadro que dejo ya trazado. Con efecto, hállanse en Berbería los mismos vicios y delitos que hemos observado bajo el cielo mas ardiente de Ejipto, pero con mayor asquerosidad y pujanza. La arbitrariedad es igual, pero las muertes y asesinatos son mas comunes, y acompañados de circunstancias mas atroces. Allí no se limitan, como en Ejipto, á dar la muerte á un enemigo, sino que dilatan en cuanto pueden su agonía. En Ejipto se derrama la sangre por temor, por venganza, ó por el anhelo de despojar á los demás; en Berbería, los conquistadores derraman la sangre, como los tigres, por el mero antojo de verla derramar (3). En el primero de estos

(1) Norden, *Viaje á Ejipto y Nubia*, tercera parte, t. I, páj. 93.

(2) Poiret, *Viaje á Berbería, ó Cartas escritas desde la antigua Numidia, durante los años* 1785 y 1786, t. I, carta, XXIX, páj. 210, 211 y 212.—*Viaje á Tripoli, ó Relacion de una estancia de diez años en Africa*, traducido del inglés, por Mac Carthy, t. I, páj. 10.

(3) Poiret, t. I, carta XV, páj. 92, 93 y 94.

dos paises, un rival ó un concurrente estranjero es el sacrificado á la seguridad propia; en el segundo, es un hermano, un pariente, un hijo, ó una esposa (1).

En Berbería, lo mismo que en Ejipto, los hombres que viven en las ciudades, están menos oprimidos, y son menos miserables que los campesinos; pero sin embargo los descendientes de los vencedores se distinguen á primera vista de los descendientes de los vencidos, ó los hombres del poder de los que á estos se hallan sujetos. Descuellan los unos por un lujo bárbaro, los otros por la mas profunda miseria. Hablando de estos pueblos, dijo un viajero: «Sus largos ropajes flotantes, de raso, de terciopelo y de ricas pieles, se desplegaban en medio de la turba de séres miserables sin mas vestido que un pedazo de tela de algodon pardo, de un tejido mas lijero, parecido á una cubierta sucia, los cuales, por un desgraciado contraste, servian para realzar el brillo de los que pasaban en medio de ellos para venir á nosotros (2).»

Las estorsiones que sin cesar amagan á la poblacion, son causa de que esté tan mal alojada como vestida, pues nadie se atreve á construir ni á reparar. Así las ciudades están llenas de escombros: si es indispensable formar una vivienda, nunca se toman la molestia de limpiar el terreno, y así edifican sobre ruinas. Los escombros que el tiempo va acumulando en un mismo punto llegan á ser tan considerables, que los umbrales de las puertas de algunas casas se encuentran al nivel de los terrados ó del remate de las casas vecinas (3).

(1) *Viaje á Tripoli, ó Relacion de una estancia de diez años en Africa*, t. I, páj 72 y 109.

(2) *Viaje á Tripoli*, t. I, páj. 5.

(3) *Viaje á Tripoli*, t, I, páj. 11 y 14.—Poiret, t. I, carta XV, páj. 94, 95 y 96.

El campo está casi enteramente desierto; á veces se pasan tres y cuatro leguas de eriales, sin hallar una vivienda, y si algunas se encuentran, son miserables chozas llenas de gusanos y porquería, con unos moradores tan feroces como los irracionales entre quienes viven. Muchos se han refujiado al monte para sustraerse á las violencias de los dueños del pais, viviendo dispersos en medio de las selvas, en las escavaciones de las rocas, ó en cavernas fraguadas debajo tierra. No tienen cosechas, ni rebaños; aliméntanse de raices y frutas silvestres, ó de lo que roban á las rancherías un poco menos bárbaras. En su rostro llevan estampada la ferocidad junto con la mas espantosa indijencia; van casi desnudos; tienen la tez aceitunada, la cara flaca y descarnada (1).

Cuanto mas se acercan los pueblos al estado salvaje por efecto del despotismo, mas miserable es la suerte de los desvalidos. Así es que en ninguna parte son tratadas las mujeres con mas desprecio y crueldad que en las costas septentrionales: sus padres las venden al hombre que mas ofrece por ellas, y los que las compran, las miran como de condicion inferior á la de los esclavos. Las que van á parar en poder de los magnates, son condenadas á muerte por la menor sospecha; la esclavitud y la poligamía levantan contra ellas continuas maquinaciones, viviendo en perpetua zozobra, aun cuando sea irreprensible su conducta. Las que no pertenecen á los grandes, y particularmente las campesinas, no son, propiamente hablando, mas que bestias de carga que ejecutan los mas ásperos trabajos, ó acarrean el ajuar de la casa cuando el marido resuelve mudar de domicilio. Un hombre que juzga oportuno trasladarse á un lugar distante, monta á caballo sin mas carga

(1) Poiret, carta XII, páj. 157.—*Viaje á Trípoli*, t. II, páj. 206.

que sus armas, hace andar delante de él y á pié á su mujer cargada con el equipaje, y hasta con la tienda que debe servirles de habitacion, pinchándola con la lanza si estorba la marcha del caballo. Si la mujer no tiene quehacer alguno fuera de casa, queda encerrada en una tienda ó en una cabaña, donde vive en medio de la mayor inmundicia (1).

Las mujeres, mal vestidas, peor alimentadas y agobiadas de trabajos y malos tratos, pasan en un instante de la mocedad á la senectud. « Apenas salen de la infancia, dice Poiret, y ya se echan de ver en su rostro las melancólicas señales de una vejez anticipada, como son las arrugas que surcan su frente y mejillas; pero fácil es conocer que no son mas que el efecto de trabajos desmedidos, y no consecuencia de los años. Es imposible mirarlas sin sentirse movido á compasion. Las hechiceras gracias de la juventud no pueden desarrollarse; de la niñez á la decrepitud casi no hay intermedio. Unos ojos apagados, un aire abatido y consternado, unas mejillas escavadas, un espinazo encorvado por el peso de los fardos, las señales de la mas espantosa miseria en todo el esterior de su cuerpo, el abatimiento, el tedio y una tétrica melancolía forman el retrato de las montañesas árabes. Cásanse muy jóvenes, conciben pocos hijos, y terminan muy temprano su desdichada carrera (2). »

Los hombres son algo menos miserables, por la razon de que son menos débiles; sin embargo, son muchos los males á que están sujetos. En perpetua guerra unos contra otros, obligados á defender su propia subsistencia, ó á disputar la de otro para no morirse de hambre, viven en

(1) Poiret, t. I, carta XXI, páj. 140, 141 y 142.—*Viaje á Trípoli*, t. I, páj. 258.

(2) Poiret, t. I, carta XXI, páj. 143 y 144.

continua alarma y acosados de necesidades siempre renacientes. La incuria en que vejetan, los malos alimentos de que se nutren, el ambiente mal sano que respiran, y sus escesos con las mujeres, tienen sujetos estos pueblos á un sinnúmero de dolencias. Tales son las enfermedades cutáneas, las calenturas intermitentes ó pútridas, los reumatismos, el agotamiento de los humores y de la sangre: casi todas las mujeres tienen sarna, y exhalan un hedor intolerable (1).

La esclavitud y el abuso de las mujeres producen en esta parte del Africa los mismos vicios que hemos observado en las rejiones mas meridionales. Estos vicios se presentan bajo formas tan asquerosas, que los viajeros se han ceñido á apuntarlos, cual si se ruborizasen de trazar su cuadro (2). El menosprecio de las mujeres, lejos de estinguir el impulso de los celos, acrecienta al parecer su pujanza, arrojando á los hombres á los crímenes mas atroces. La mujer reputada infiel es metida en un saco y arrojada al mar; el supuesto cómplice es quemado ó descuartizado. Y no obstante estos rigores, no son mas castas las mujeres (3).

Por último, estos pueblos muestran tanta tendencia y aficion al robo y á la venganza como los salvajes.

Los Turcos han introducido sus costumbres, máximas y procedimientos en todos los paises donde han sentado su imperio; pero los estragos que han causado no son iguales en todos los paises y bajo todos los grados de latitud. La degradacion del pueblo avasallado ha sido menos profunda en el bajo Ejipto que en Said y en la Tebaida, y los Moros ó los Arabes de la costa septentrional de Africa se

(1) Poiret, carta X, XVIII y XXI, páj. 62, 115, 142 y 143.
(2) Poiret, t. I, carta XV, páj. 92 y 93.
(3) *Ibid.*, carta XXII.

han vuelto mas bárbaros que los Ejipcios. Han mediado pues en la índole de los pueblos vencidos, ó en la naturaleza de los lugares y climas, circunstancias que han resistido mas ó menos al influjo del despotismo.

Las costas de Africa, desde la estremidad boreal de Ejipto hasta la del reino de Marruecos, bajo los 30 grados de latitud N., han sido ocupadas largos siglos por dos razas de hombres: la una, establecida en el pais desde época anterior á los monumentos históricos mas antiguos; y la otra, cuya llegada al pais no asciende mas que á algunos siglos. Esta última, oriunda de climas comparativamente frios, era bárbara cuando la invasion; y no solo jamás ha salido de la barbarie, sino que ha sumido en ella á las poblaciones conquistadas. La introduccion del pueblo conquistador en Ejipto debe con tanta mas razon considerarse como reciente, por cuanto los conquistadores nunca han podido multiplicarse allí por jeneracion, sino reclutándose en los mismos lugares donde habian nacido sus predecesores.

Las razas conquistadas han estado pues sujetas, durante una dilatada serie de siglos, á la accion de un clima cálido; y las razas conquistadoras no han sentido su influjo durante el curso de muchas jeneraciones. De ahí ha debido resultar que los vicios achacados al influjo del calor, como la molicie, la ociosidad, el orgullo, la crueldad, etc., hayan subido de punto en las razas conquistadas; al paso que los conquistadores se han mantenido, á lo menos por algun tiempo, con las virtudes atribuidas á los climas frios, como son la buena fe, la jenerosidad, y el amor al trabajo. Pero, ¿ es esto lo que demuestra la esperiencia? ¿No hemos visto que en Ejipto los vicios de las razas conquistadas se han menoscabado y desaparecido á la par de la opresion que los causara? ¿No han tenido siempre igual

enerjía los vicios de los conquistadores? ¿Han sido acaso menos intensos en Arjel y Tunez, bajo los 37 grados de latitud N., que en Ejipto, bajo los 25? ¿Encuéntranse por ventura en Constantinopla y en las orillas del mar Negro, entre los 40 y 45 grados de latitud boreal, pueblos mas virtuosos y mas libres que en la estremidad de la Arabia, 26 grados mas cerca del ecuador (1)?

El Ejipto y una parte de las costas septentrionales de Africa han sido ocupados por pueblos muy adelantados en la civilizacion, y para probar que su degradacion actual ha de atribuirse al calor del clima, seria forzoso establecer primero que cuando se civilizó aquel pais, el clima era frio ú templado; de otra suerte fuera difícil esplicar el cómo una causa que sumerjió y retuvo aquellos pueblos en la barbarie, no les atajó el salir de ella.

(1) La policía se hace en Constantinopla del mismísimo modo que en el Cairo. Ya llevo espuestas las costumbres de los pueblos de Arabia. Si el lector desea enterarse de las de los pueblos de las orillas del mar Negro, puede consultar los dos primeros volúmenes de los Viajes de Chardino.

CAPITULO XLV.

Bosquejo de las costumbres de algunos pueblos del norte de Europa.

Cuando se quiere cotejar las costumbres de las naciones situadas bajo latitudes diferentes, tropiézase con dificultades casi invencibles, siendo la primera determinar la época en que deben tomarse los hechos que han de servir de términos de comparacion. No hay en Europa pueblo alguno cuyas costumbres no hayan variado en el curso de los siglos; desde los últimos tiempos de la república romana hasta el dia, las costumbres de todos ellos han esperimentado notabilísimos cambios. Nótase hoy en ellos mas humanidad, mas buena fe, mas consideracion á los entes desvalidos, y sobre todo mas respeto á las propiedades, sin estar por esto faltos de valor. ¿Acaso ha cambiado el clima junto con las costumbres? Cuando las lejiones romanas invadieron las Galias y estendieron su dominacion hasta el Vístula, ¿habíase por ventura alejado el sol de Italia para acercarse á aquellas rejiones? ¿Se adelantó hácia el sur, cuando los bárbaros del norte destruyeron el

imperio romano? ¿Y se alejó de nuevo, cuando, tras largos siglos de esclavitud, de ignorancia y de corrupcion, se estableció la libertad civil, se ilustraron los ánimos, y se acrisolaron las costumbres?

Pero tomando á los pueblos de Europa en un instante dado, ¿cuáles son las diferencias morales que observamos entre unos y otros? ¿Es cierto que, partiendo de la estremidad septentrional de nuestro continente, y avanzando hasta el cabo de San Vicente, encontremos pueblos de mas á mas esclavos y viciosos? Para contestar á estas preguntas, basta ojear rápidamente algunas de las naciones de Europa, y particularmente las que habitan en los climas mas frios.

Los Lapones, si bien errantes como todos los salvajes, son tributarios de los Rusos, de los Daneses y de los Suecos; son tan poco numerosos y tan débiles, que no pueden ser malhechores. En sus costumbres privadas, se parecen á la mayor parte de los salvajes: son en estremo perezosos, y solo trabajan á impulsos de la mas rigurosa necesidad. Sufren con facilidad el hambre, y consumen habitualmente una corta cantidad de alimentos, por cuanto á menudo esperimentan carestía. En las épocas de abundancia, son tan voraces como las fieras; dos de ellos pueden zamparse de un tiron la mitad de un ciervo de los mayores. Las mujeres á sus ojos son una especie de mercancía; los padres entregan sus hijas á los que mas les dan por ellas; y los maridos ofrecen sus mujeres á cuantos desean obsequiar. En sus cabañas no hay mas que una cama para toda la familia, estando formada con las pieles de los animales que han muerto en la caza. No hay para que esponer las costumbres que resultan de esta mezcla; pero dirémos que los conceptos de decencia y de rubor les son tan desconocidos como á las bestias. Aquí encontramos

costumbres análogas á las que hemos observado en el nordeste del Asia, en Kamtschatcká ó en las islas Aléutias (1).

La poblacion rusa se divide en tres grandes clases: la de los cultivadores que pertenecen á los nobles; la de los nobles que pertenecen al zar; y la de los artesanos, los cuales en su mayor parte son tambien propiedad de la nobleza. En un pueblo de esclavos pues debemos buscar las virtudes que se han querido suponer inherentes á los climas frios.

Todos los pueblos de Europa, en épocas diversas, se han señalado por sus vicios ó por sus crímenes; pero los habitantes de los climas frios han aventajado al parecer á todos los demás. En las guerras civiles ó relijiosas que han conmovido á la mayor parte de los estados Europeos, el fanatismo ha arrojado á los vencedores á escesos de barbarie dignos de los pueblos salvajes; pero tales escesos han sido pasajeros, y los sentimientos de humanidad han reaparecido con el sosiego de la paz. En Rusia, desde la época que conocemos la historia de aquel pais, hasta fines del siglo último, casi no han variado las costumbres, las cuales son, jeneralmente hablando, tan toscas y bárbaras como las de los pueblos mas feroces del Asia. Los vicios de la poblacion rusa, cubiertos en el dia con un charol de civilizacion, pero descubiertos por los historiadores, sobrepujan de tal modo á los de las demás naciones europeas, que no cabe tratar de describirlos sin una repugnancia invencible, y sin temer que el mas corto bosquejo no se tome por exajeracion.

Hace poco mas de un siglo que las comunicaciones entre los pueblos del mediodía de Europa y los dueños de

(1) Regnard, *Viaje á Laponia*, páj. 101, 103, 109, 122, 157, 193 y 206.

esclavos de Rusia, han dado á algunos de estos conceptos y hábitos forasteros á su patria. Algunas familias ricas de aquel pais han tomado maestros, artistas y productos de los climas templados de Europa, para formar su entendimiento ó reformar sus costumbres. Con su ejemplo han influido en otras familias; pero no hay que juzgar de una nacion numerosa por un corto número de personas privilejiadas, sino por los hombres que están mas sujetos al influjo de los lugares y de los climas, es decir, por la mole de la poblacion.

Considerando á la nacion rusa en sus relaciones con los pueblos estranjeros, hallamos que en la victoria, ha sido siempre tan vengativa y cruel como los pueblos mas salvajes; que en los contratiempos, ha estremado mas la sumision y la bajeza que ningun otro pueblo; y que en los tratados siempre se ha mostrado fementida (1). Desde la toma de Constantinopla, á principios del siglo décimo, hasta la guerra que terminó con la reparticion de la Polonia inclusive, la conducta de los Rusos respecto de los vencidos casi nunca varió. Preludiando siempre con la violencia y la destemplanza, con el sacrificio de las mujeres, de los niños y de los ancianos, y refinados en el arte de inventar suplicios, hubieran podido aleccionar á los déspotas asiáticos mas crueles. La historia de los tigres, dice su historiador, seria menos horrible que la de los hombres en aquellos siglos de barbarie (2).

(1) En otro tiempo los Rusos, en sus negociaciones, procuraban siempre hacer firmar por engaño una copia falsificada de los tratados que estipulaban, y jurando sobre aquella falsa copia, creian eludir la fe del juramento. Rulhiere, *Hist. de la anarquia de Polonia*, t. II, lib. VIII, páj. 552.

(2) Levesque, *Hist. de Rusia*, t. I, páj. 76, 77 y 185, y t. III, páj. 87 y 88.

En la guerra que precedió á la reparticion de la Polonia, los oficiales y soldados rusos manifestaron la misma perfidia, la propia crueldad y la misma venganza que hemos observado en los indíjenas del norte de América.

Todos los usos con que hasta las naciones mas bárbaras han suavizado el azote de la guerra, fueron quebrantados respecto de los vencidos; todas las capitulaciones no fueron mas que lazos; y la fe de los prisioneros siempre burlada. Los prisioneros de guerra fueron sacrificados á sangre fria; y los jefes perecieron en los suplicios inventados para los esclavos. Muchos de ellos fueron atados á un árbol y señalados por blanco á la destreza de los soldados; y otros fueron encadenados, para que sus cabezas, cortadas con finura, representasen todos los juegos de una corrida de caballos. De este modo, la carnicería, solo disculpable por la necesidad de las lides, mediante estas horribles variedades, se convirtió en diversion de los vencedores. Aun mas estremaron la barbarie, llegando á dejar errantes por los campos á cuadrillas enteras de vencidos, despues de haberles cortado ambas manos. Otras veces, por efecto de una inconcebible ferocidad, y añadiendo la insultante ironía á la mas inaudita crueldad, mandaban desollar vivos á aquellos infelices, en términos que su cutis representase el traje polaco (1).

Este cuadro, trazado por la mano de un eminente historiador, es cabalmente parecido al que han bosquejado otros historiadores de las costumbres de los Rusos en casi todas las guerras. Véseles, en los siglos X y XVI, entregarse á todos los placeres que se dan á fines del XVIII, y que nos ha dado á conocer Rulhiere (2).

(1) Rulhiere, *Historia de la anarquia de Polonia*, t. III, lib. IX, páj. 138 y 140.

(2) La guerra que los Rusos han hecho á Polonia despues de la

La crueldad no es por lo comun mas que una consecuencia de la cobardía y del temor. Los hombres que de continuo tiemblan, como los tiranos y los esclavos, muéstranse terribles en sus victorias, ora quieran vengarse de los largos tormentos que les ha hecho pasar el miedo, ora aspiren á intimidar y contener á sus enemigos. Así, esos mismos Rusos, tan feroces en su triunfo, han sido los esclavos mas sumisos mientras sobre ellos ha cargado el yugo de los Tártaros. Sus jefes, en las reyertas, no solo se sometian siempre á las decisiones del Khan, sino que ninguno de ellos osaba ponerse en posesion de su ajuar antes de haber ido á rendir homenaje, en calidad de vasallo, á aquel caudillo de bárbaros. Los príncipes rusos escoltaban á los colectores de los impuestos de los Tártaros, sirviéndoles en cierto modo de alguaciles (1). «Cuando los emisarios del Khan llegaban á Moscou para recojer el tributo, dice Rulhiere, el gran duque salia á su encuentro, con la cabeza descubierta, llevando en la mano un vaso lleno de leche de burra, que es la bebida mas agradable á todas las naciones tártaras; y mientras la bebia el delegado, si caia alguna gota en las crines del caballo, el príncipe ruso tenia que limpiarla con la lengua (2).»

Los Rusos, en sus mutuas relaciones, nunca han mostrado mas humanidad, ni mayor elevacion de carácter que en sus victorias ó en sus reveses en órden á los vencidos ó vencedores. Cuando vemos en nuestra historia al jefe de la ranchería de los Francos derribar con su propia mano la cabeza de un soldado que le ha ofendido, nos figuramos un jefe de salvajes que no tiene el menor con-

publicacion de la primera edicion de esta obra, ha probado que no han variado sus costumbres.

(1) Levesque, *Hist. de Rusia*, t. II, páj. 59 á 77.

(2) *Hist. de la anarquía de Polonia*, t. IV, lib. XII, páj. 13 y 14.

cepto de justicia; mas cuando vemos hacer el oficio de verdugos á los soberanos rusos hasta el siglo XVIII; cuando les vemos torturar y degollar con sus imperiales manos, no una víctima, sino cincuenta ó sesenta; cuando vemos á sus numerosos cortesanos disputarse el timbre de tomar parte en sus infames placeres; y cuando vemos que las mismas víctimas llevan el instrumento de su suplicio y adoran la mano que les hiere, es imposible no reconocer en los unos cierta ferocidad, y en los otros cierta bajeza estraña en todas las demás partes de Europa (1). Esta ferocidad y bajeza no son particulares á una sola clase de la poblacion, sino que se notan en todas. Si los senadores rusos á quienes un príncipe acaba de declarar libres, se avanzan inmediatamente para uncirse á su carruaje, y si en seguida se retiran cual asustados de haber mostrado tanta avilantez, los labradores no se manifiestan menos serviles con sus amos, ni menos crueles con sus enemigos (2).

En un pais donde tan poco respetadas son las personas,

(1) Levesque, *Hist. de Rusia*, t. III, p. 71, 72, 73, 150 y 153; y t. IV, páj. 217, 220 y 222.

(2) Rulhiere, *Historia de la anarquía de Polonia*, t. II, lib. V, páj. 76, y t. III, lib. IX, páj. 67.

He aquí cuales eran las diversiones de un príncipe ruso á fines del siglo XVI: «A veces, cuando el zar veia una gran reunion de pueblo, mandaba soltar los osos mas robustos y voraces de su leonera, burlándose con su hijo del susto de los infelices perseguidos por aquellas fieras, del dolor de los hombres cuyas esposas eran víctimas del animal, y del dolor de las pobres madres que miraban descuartizados sus hijos sin poderles socorrer. Si los parientes de las víctimas de semejante barbarie iban á quejarse, creíase hacerles gran favor dándoles alguna moneda, y *asegurándoles que el príncipe y su hijo se habian divertido mucho.*» Levesque, *Historia de Rusia*, t. III, páj. 149 y 150.

poco seguras deben estar las propiedades. Así los anales rusos, como los del imperio romano, nos presentan la delacion, la venganza y la crueldad como consecuencias de la codicia. En Moscou, lo mismo que en Roma bajo los emperadores, se veia no hace mucho á los esclavos denunciar á sus amos, mancomunándose con los grandes para perder con falsas acusaciones á los hombres cuyas riquezas ambicionaban, y á los príncipes fomentando tan negro maquiavelismo para tener parte en los despojos. Ningun pais hay en Europa donde los judíos no hayan sido perseguidos y vejados por los gobiernos; pero solo en Rusia, que yo sepa, se les ha hecho perecer á todos en un degüello jeneral, para apoderarse de sus bienes (1).

Los rusos, en sus relaciones sexuales, han sido mas corrompidos que ninguna otra nacion europea. Hasta el reinado de Pedro I, las mujeres estuvieron reclusas en sus casas, como lo están en la mayor parte de los paises de Asia. Eran casadas, ó, mejor dicho, abandonadas, sin consultarlas, á unos hombres á quienes jamás habian visto, y esto se llamaba matrimonio. Tanto esposas, como madres, para nada eran contadas, ni siquiera en lo interior de su familia, pues no tenian ninguna autoridad doméstica. Como no estaba establecida la moda de los eunucos, de este cautiverio de las mujeres en medio de esclavos habia resultado, dice Rulhiere, un desenfreno total en las costumbres; y cuando Pedro I hizo nacer allí la sociedad, no tuvo mas que reformar una austeridad aparente de costumbres ya disolutas (2). Donde quiera están esclavizadas las mujeres, son objeto del desprecio y los ultrajes de los hombres: las

(1) Levesque, *Hist. de Rusia*, t. I, páj. 198 y 199; y t. III, páj. 145, 157, 158, 222 y 225.

(2) *Historia de la anarquía de Polonia*, t. IV, páj. 318.—Levesque, t. IV, páj. 120.

de los Rusos estaban y son todavía mas ultrajadas que las de otra nacion alguna: ni siquiera el asesinarlas era delito que se castigase (1); pero si ellas mataban á sus maridos, se las condenaba á los mas horribles suplicios (2). Este desprecio de las mujeres hacia caer á los hombres en un vicio comun entre los pueblos esclavos, pero muy raro en casi todos los demás estados de Europa (3).

No conociendo otro modo de administrar justicia, en materia criminal, que someter el acusado á la paliza, hasta confesar su delito; y si no lo confiesa, sujetar el acusador á la misma prueba, hasta retractarse de su acusacion (4); juzgados en lo civil por majistrados sin luces ni

(1) Levesque, *Hist. de Rusia*, t. III, páj. 162 y 165, y t. IV, páj. 119 y 131.

(2) Levesque, t. III, páj. 164 y 165.

(3) El cuadro que ha trazado Rulhiere de la corte de la célebre Catalina, puede darnos una idea de las costumbres de una nacion donde la conducta de los magnates sirve de ejemplo á todos los demás: «Aunque la blandura de este último reinado, dice el historiador, hubiese dado *alguna finura á los espíritus* y alguna *decencia á las costumbres*, no era remoto el tiempo en que aquella corte bárbara habia celebrado con una fiesta las nupcias de un bufon con una cabra. La nueva corte tomó pues fácilmente el aire y tono de un cuerpo de guardia en algazara.»

Pero, ¿cuál era la *decencia* que habia dado á las costumbres el último reinado? El mismo historiador nos enterará; pues hablando del gran duque, marido de la ilustre Catalina, nos dice: «Habia dispensado singular y favorable acojida al enviado de este príncipe (del rey de Prusia, Federico II). Queria que este enviado, antes de partir á la guerra, gozase de todas las jóvenes de su corte. Encerrábale con ellas, se ponia de faccion á la puerta con la espada desenvainada; y en tal momento, habiendo llegado el gran canciller del imperio para el despacho, le dijo: id á dar cuenta al príncipe Jorje, porque ya veis que estoy haciendo de soldado.» *Hist. de la anarquía de Polonia*, t. IV, páj. 318 y 345.

(4) Rulhiere, t. IV, páj, 341 y 342.

conciencia, que no conocen otras reglas de justicia que el crédito de los litigantes y el dinero que reciben de ellos (1), en balde fuera buscar entre ellos probidad, sinceridad, ni franqueza. Añádanse á estos rasgos una profunda ignorancia y un orgullo desmedido, y se tendrá una leve idea de sus costumbres nacionales (2).

Voltaire, que solo juzgó este pais por las memorias que del mismo recibia, pero que no ignoraba la barbarie y la corrupcion que reinaba antes de Pedro I, ha supuesto que este príncipe habia hecho adelantar de *treinta siglos* la civilizacion. Rulhiere, que lo vió de cerca, juzgó de otro modo. Lo que quedaba de aquel célebre reinado, dice, no era un imperio culto, cual repiten sin cesar los panejiristas de Pedro, sino un pueblo feroz, armado con todas las artes de la guerra (3). «Apenas llegué á Rusia, dice en otra parte el mismo historiador, todo lo que ha descrito Tácito tomó á mis ojos un nuevo carácter de semejanza. Los Rusos, en los progresos de su civilizacion, me dieron una tosca idea de la ruina de Roma; y por donde quiera me chocó tan triste conformidad (4).»

Las tareas lejislativas de Catalina en nada han hecho progresar las costumbres; toda esa obra de fausto y ambicion está reducida á conservar el despotismo en Rusia y la anarquía en Polonia. El zar, dice el mismo escritor, es cien veces mas déspota que el Gran Señor, pues que es déspota viviendo con sus súbditos, sin que un muftí, con el Coran en la mano, tenga derecho de con-

(1) Levesque, t. III, páj. 170.

(2) Raynal, *Hist. filosóf.*, t. X, lib. XIX, páj. 47 y 48. — Levesque, t. IV, páj. 215.

(3) Rulhiere, *Hist. de la anarquía de Polonia*, t. III, lib. IX, páj. 145.

(4) *Ibid.*, t. IV, páj. 300.—*Ibid.*, t. II, lib. VIII, páj. 553.

trarestar sus voluntades, sin haber de respetar las antiguas costumbres, ni contemporizar con los hábitos de una nacion á la cual el palo y el hacha han enseñado de ochenta años acá que debe mudarlos (1).

Terminaré estas observaciones con la descripcion que hace Rulhiere de las costumbres y artes de este pais, medio siglo despues de la muerte de *Pedro el Grande*. «Su antigua pobreza, y el fausto asiático; las supersticiones judaicas, y la licencia mas desenfrenada; la estúpida ignorancia, y la manía de las artes; la insociabilidad en una corte galante; la fiereza de un pueblo conquistador, y las maldades de los esclavos; academias en un pueblo ignorante; órdenes de caballería en un pais que ni siquiera conoce el honor de nombre; arcos de triunfo, trofeos y monumentos de madera; la imájen de todo, y nada en la realidad; un sentimiento secreto de su debilidad, y la persuasion de que en todos ramos han alcanzado á la gloria de los pueblos mas famosos: he aquí lo que resulta, despues de medio siglo, de aquellos asombrosos afanes de Pedro I, porque no pensó en dar leyes, porque dejó sub-

(1) Rulhiere, *Hist. de la anarquía de Polonia*, t. III, lib. X, páj. 316.—Volney, que tan terrible cuadro ha trazado de la esclavitud de los súbditos de los sultanes de Constantinopla, en Siria y en Ejipto, ha creido sin embargo que eran menos esclavos que los Rusos. «En Siria, y hasta en todo el imperio turco, dice, los labradores, á la par de todos los demás habitantes, son tenidos por esclavos del sultan; pero esta denominacion no comporta otro sentido que entre nosotros la de súbdito. Aunque dueño de vidas y haciendas, el Sultan no vende á los hombres, ni les vincula á un lugar fijo. Si da alguna propiedad á un magnate, no se dice, como en Polonia y en Rusia, que da quinientos labradores: en una palabra, los campesinos están oprimidos por la tiranía del gobierno, pero no degradados por la esclavitud del feudalismo.» *Viaje á Siria y Ejipto*, t. II, cap. XXVII, páj. 372.

sistir todos los vicios, y se dió priesa á fomentar las artes antes de haber reformado las costumbres (1).»

No podemos dejar el dilatado territorio de Rusia y acercarnos á los paises meridionales, sin temer alejarnos de la misma moral. ¿Hallarémos costumbres mas acendradas entre los Polacos, quienes tampoco viven bajo un clima cálido? Muchos son los que no pueden oir hablar de Polonia sin que se agolpen desde luego á su mente ideas de libertad é independencia. No atinan que en aquel territorio, lo mismo que en el ruso, existen de tiempo inmemorial dos pueblos: uno numeroso, servil, pobre y mudo, como todos los esclavos; otro escaso, orgulloso y alborotador, como todos los dominadores. El primero trabaja, sufre y calla; el segundo es perezoso, opresor y guerrero. Este ha atronado al mundo con la algazara de sus querellas, hasta que á su vez ha sido sujetado; aquel nunca ha hecho hablar de sí. La existencia de estos dos pueblos en el mismo suelo es muy antigua; si ambos no son oriundos del pais, ó no llegaron á él á un tiempo, es probable que allí, como en otras partes, los esclavos son los primeros ocupantes. El calor ú el frio ha obrado pues en ellos tanto y con mas fuerza que en sus poseedores, respecto de que no tenian, cual estos, el medio de sustraerse á su influjo. Ahora bien, ¿porqué, siendo en mucho mayor número que sus amos, no han hecho, para sacudir su yugo, los esfuerzos que hizo una parte de la nobleza para repeler la dominacion de los Austríacos, Prusianos y Rusos? ¿Calentábales por ventura un sol mas ardiente que á los jentiles-hombres? ¿habria el calor relajado sus fibras?

Una parte de la poblacion polaca es esclava como la

(1) Rulhiére, *Hist. de la anarquia de Polonia*, t. III, l. IX, p. 144 y 145.

rusa que habita un clima mas frio; hay sin embargo entre las dos una diferencia muy notable. Los esclavos rusos, segun Rulhiere, constituyen la fuerza de los ejércitos del imperio: embrutecidos y feroces, miran su esclavitud como el estado natural de los hombres; bendicen á Dios por su estado, y creen ganar el cielo sufriendo la muerte para obedecer al zar (1). Los esclavos polacos, al contrario, aguantan con impaciencia su yugo; y en las guerras que ha tenido que sostener la nobleza polaca, han procurado utilizar la presencia de los enemigos de sus amos para conquistar su libertad individual. Es cierto que en las revueltas que entre ellos promovia la Rusia, se han desagraviado cruelmente de la larga opresion en que habian jemido; pero abandonándose á la ferocidad de su natural, han acreditado al menos que apreciaban en algo su libertad, especie de virtud que todavía desconocian los esclavos rusos. Harto comprobadas están la crueldad y la índole vengativa de los esclavos de Polonia; pero en ningun historiador se encuentra el elojio de su sinceridad, de su franqueza, ni de las demás virtudes atribuidas á los pueblos de los climas frios (2).

Las costumbres de los nobles polacos no pueden parangonarse con las de los nobles rusos; en muchos de los primeros descuella una fiereza, cierta elevacion de carácter que en balde buscaríamos entre los segundos. La historia, no obstante, dista mucho de dar honroso recuerdo de las costumbres de aquella parte de la poblacion polaca; el embrutecimiento, la miseria y el encono de los esclavos deponen contra las costumbres de sus amos. Cuando una poblacion avasallada adquiere ó conserva por siglos la estupidez é índole bravía de los salvajes, no hay para

(1) *Hist. de la anarquia de Polonia*, t. III, l. IX, p. 67.

(2) Rulhière, t. III, l. IX, p. 93 y 94.

que creer en la blandura de la dominacion. La codicia de una gran parte de la nobleza polaca está comprobada, no solo por la miseria de sus esclavos, sino particularmente por la facilidad con que los reyes compraban los votos. Tal era esta facilidad, que, en sus dietas, los mas virtuosos Polacos no veian otro recurso contra el cohecho, que la *unanimidad* en los acuerdos. Segun cierto historiador, mas parte ha tenido en la sujecion de Polonia el oro de la Rusia que sus armas (1).

En otras partes del norte de Europa se encuentran dos poblaciones en el mismo territorio, como en Rusia y en Polonia; mas en jeneral los historiadores observan poco las costumbres de los pueblos avasallados, ocupándose de las de los amos, y solo en lo concerniente á las divisiones que entre ellos se mueven. No describen la historia de la especie, sino la de los reyes, de sus cortes, y á lo mas de sus ejércitos. Bien es verdad que al parecer forman parte de ella las poblaciones que cultivan el suelo, pero solo llaman la atencion para dar á conocer los recursos que han suministrado á sus dueños (2). Sin embargo, conforme nos vamos acercando á los climas templados, nótase que los hombres son jeneralmente menos esclavos. Los que cultivan la tierra participan mas de sus productos; sus personas y propiedades están menos sujetas á la arbitrariedad. Tienen por consiguiente costumbres mas apacibles, no necesitando apelar á la astucia y bellaquería de los esclavos.

(1) Rulhiére, *Hist. de la anarquia de Polonia*, t. I, l. III, p. 220, y t. II, l. VIII, p. 555 y 556. — El cuadro que hace Raynal de Polonia, antes de su esclavizamiento, da una idea muy poco favorable de las costumbres de sus habitantes:

«Recorred, dice, esas dilatadas rejiones: ¿qué hallaréis en ellas? La dignidad real con el nombre de república; el fausto del trono con la impotencia de hacerse obedecer; el amor estremado de la independencia con todas las bajezas de la esclavitud; la libertad con la codicia; las leyes con la anarquia; el lujo mas desmedido con la mas profunda indijencia; un suelo fértil con campiñas en barbecho; aficion á las artes, y arte ninguna,» *Hist. filosóf.*, t. X, l. IX, p. 59 y 60.

(2) El Sr. Alejandro de Humboldt ha creido el estado de los Indios avasallados por los Españoles menos miserable que el de los labradores de la Curlandia, de Rusia y de una parte de la Alemania septentrional. *Ensayo político*, t. II, l. II, c. VI, p. 421.

En algunas partes de Alemania se encuentran pueblos que tienen mejores costumbres y son mas cultos que algunos pueblos mas cercanos al mediodia; pero el grado de frio ú de calor de un pais no se calcula solo por el grado de su latitud, sino tambien por la elevacion del suelo sobre el nivel del mar. Una parte de los pueblos situados á las orillas del Rin, por ejemplo, disfrutan de un clima mucho mas suave que los habitantes de ciertas montañas de Francia, Italia y España. Ni de unos ni de otros se puede sacar consecuencia alguna en favor del sistema de Montesquieu.

Algunas de las rejiones mas meridionales de Europa, como España, Italia y Turquía, tienen menos libertad que Francia y una parte de Alemania; pero los dos primeros paises tienen mas, y el tercero no tiene menos que Rusia. Cuando los Españoles han tenido que batallar por intereses que les herian en lo vivo, no han mostrado menos actividad y denuedo que los demás pueblos de Europa. Si no saben ser libres, es por la naturaleza de sus conceptos y preocupaciones (ó por otras causas cuya esposicion es ajena de este capítulo), y no por endeblez de su constitucion física ó por falta de valor. Los Italianos, tan fácilmente sometidos por las bayonetas del Austria, no se han

mostrado menos animosos que los pueblos del norte, mientras han sido mandados por caudillos de su confianza. En la historia de las campañas de 1812 puede verse que un ejército de 18000 ó 20000 Italianos no se asustaba por el encuentro de 40000 Rusos, hasta en un clima al cual no estaban habituados, y en posiciones que no les eran favorables. Por último, si los pueblos situados en las partes mas meridionales de Europa no han disfrutado por mucho tiempo de ninguna libertad política, ¿no fué porque las naciones boreales están avasalladas? ¿No es el Norte quien gravita sobre el Mediodía con todo el peso de su ignorancia, de sus esclavos y de sus vicios?

CAPITULO LXVI.

Paralelo entre los pueblos de diversas especies puestos en circunstancias parecidas.— Conclusion de este libro.

Comparando entre sí á pueblos de una misma especie, nos es imposible descubrir en los mas cercanos á los polos superioridad alguna física, intelectual ó moral sobre los contiguos al ecuador ó intertropicales; al contrario, vemos que conforme se asciende hácia una ú otra de aquellas dos estremidades del globo, son los hombres mas escasos, mas viciosos y estúpidos. Iguales fenómenos se notan en todas las razas: los pueblos de especie americana están sujetos á las propias leyes que los de especie mogola, ó que los de raza africana. ¿Débese inferir de los numerosos hechos que hemos observado, que el frio y el calor produzcan efectos contrapuestos á los que les han asignado muchos escritores? ¿Debemos pensar que una temperatura fria sea un obstáculo para el acabalamiento de los hombres, y que el calor propenda á desarrollar sus facultades? Esta opinion se acercaria á la verdad mucho mas que la contraria. El hombre no vive sino por el calor; este

ajente es el mismo por el cual crecen y se multiplican los alimentos de que se sustenta. Conforme ascendemos hácia los climas frios, menguan las especies vejetales propias para su subsistencia; cada especie tiene su zona particular, fuera de la cual no le es dable vivir. Las especies que pueden multiplicarse bajo los climas cálidos son mas numerosas y suministran mayor cantidad de subsistencias que las que pueden vejetar bajo los climas frios. Entre los trópicos, la planta que proporciona el principal alimento de los moradores, no crece mas arriba de 1550 metros de elevacion, y el trigo de Europa no pasa de los 3000 metros. Ahora bien; no se necesita gran fuerza de raciocinio para probar que cuantas menos sustancias alimenticias produce la tierra, menos puede desarrollarse un pueblo. Las rejiones que no producen planta alguna adecuada para la inmediata alimentacion del hombre, no pueden ser habitadas sino por pueblos cazadores ó pastores.

Sin embargo, aun cuando se pueda decir que un clima abundante en todo lo necesario para cubrir las necesidades de los hombres, es por este solo hecho favorable al desarrollo y perfeccion del linaje humano; y aun cuando esté probado por hechos repetidos é incontrastables que á medida que nos adelantamos de los polos al ecuador, se encuentran pueblos jeneralmente mas ilustrados, mas activos, mas industriosos y menos malvados; no hay que atropellarse en inferir que el efecto inmediato de un grande calor sea volver intelijentes y virtuosos á los hombres, ni que el efecto inmediato del frio sea volverles estúpidos y viciosos. Tan menguado fuera este raciocinio como el sistema contrario.

Varios órdenes de hechos tendrian que compulsarse, si tratásemos de determinar el influjo de la temperatura del clima en el desarrollo del linaje humano. Convendria

averiguar por medio de repetidas observaciones el promedio del calor que se esperimenta, sino en todos los puntos de la tierra, á lo menos en los habitados por asociaciones de hombres. Estos hechos no habian sido compulsados cuando fué adoptado el sistema que atribuye las virtudes y la libertad á los climas frios, y los vicios con la esclavitud á los cálidos; y aun en el dia solo se han hecho las convenientes observaciones en muy pocos puntos. La falta de esta clase de observaciones se ha suplido por otro estilo, cual es notar el grado de latitud de cada pueblo: pero esta base de raciocinio es tan falsa, que no puede adoptarse sin llegar á la consecuencia de que los habitantes de la helada cumbre de los Alpes viven bajo un clima mas caliente que los moradores de las llanuras de Provenza, en las cuales se dan la vid y el olivo.

Si en vez de tomar la latitud por norma de la temperatura atmosférica, se hubiese tomado el grado de elevacion del suelo sobre el nivel del mar, error hubiera habido tambien, pero no tan grande. Al nivel del mar, cuando la atmósfera no recibe ningun influjo considerable de la tierra, la temperatura no varia sensiblemente, por decirlo así, siendo necesario recorrer un espacio inmenso para pasar de un temple medio á otro glacial. El navegante que parte del ecuador dirijiéndose á uno de los polos, debe correr cerca de 1200 leguas antes de hallar agua á la temperatura del hielo. Si en vez de seguir un plano horizontal, tomamos una direccion perpendicular, pasarémos en breve espacio de la zona tórrida á otra helada. De ahí resulta que basta á veces una leve elevacion del suelo para colocar á un pueblo bajo el clima que los filósofos miran como frio, al paso que una distancia considerable por la latitud apenas produce diferencia perceptible en la temperatura.

Los filósofos que han juzgado de la temperatura media

de un país por su latitud, debian caer y han caido realmente en gravísimos yerros. Montesquieu, por ejemplo, considera la Inglaterra como situada bajo un clima frio, y á tal circunstancia achaca así la insensibilidad para la música, que dice haber observado entre los Ingleses, como la libertad de que gozan. Considera tambien como habitantes de un clima frio á los pueblos de la ribera derecha del Rin, atribuyendo á la frialdad de este clima la cordura de sus pueblos y la resistencia que opusieron á las invasiones de los Romanos. No obstante, la temperatura media de Inglaterra es tan suave como la de la mayor parte de Francia; la de una parte de las orillas del Rin lo es mas: la diferencia en la elevacion ó la esposicion de los lugares compensa plenamente la diferencia de latitud. Con respecto al Asia, cae Montesquieu en los mismos yerros que respecto de algunos puntos de Europa: considera el dilatado imperio de la China como situado bajo un clima cálido, no solo sin conocer su temperatura media, pero sin saber tampoco la elevacion del suelo y el influjo de las montañas, y hasta pudiera añadir, sin considerar debidamente la latitud de la mayor parte de aquel pais.

No menos graves son los yerros que han cometido célebres escritores respecto del continente americano. La temperatura de este continente, sea á causa de la elevacion de las montañas, sea por otras circunstancias que no me hace al caso averiguar, es mucho mas fria que la del antiguo continente, en igualdad de elevacion y latitud. La diferencia de un continente á otro es, segun algunos, de catorce ó quince grados de latitud, y segun otros, de diez y ocho (1). La temperatura de Francia, bajo los cuarenta y cinco grados, debe ser pues la misma, en igualdad de

(1) Robertson, vol. II, lib. IV, páj. 23 y 24; y páj. 365, nota XI.

circunstancias, que la de América bajo los 30 ó los 27. La Florida y una gran parte de Méjico se hallan así bajo un clima que consideramos como templado. Hay tambien que advertir que conforme se avanza de las dos estremidades de América á su centro, una parte del suelo se encumbra gradualmente; por manera que las montañas mas altas se encuentran entre los trópicos. Así pues, una parte del calor que se debiera sentir por la mayor proximidad á la línea equinoccial, se pierde á causa de la mayor elevacion del suelo (1).

Robertson ha tomado en cuenta estos hechos, mientras no ha descrito mas que el clima y el suelo de América; pero los ha perdido de vista en cuanto ha querido esplicar las causas del despotismo de los Caciques y de los Incas. Entonces, en el calor de un clima bajo el cual, segun él, apenas maduran los frutos, que facilísimamente produce el cabo de Buena Esperanza, ha visto la causa de la sujecion de los indíjenas á sus nobles ó á sus príncipes, así como ha visto la causa de la supuesta libertad de los salvajes en el clima frio que les cobija (2). Para juzgar de la temperatura atmosférica, tampoco ha atendido mas que á la latitud; y aun no siempre la ha consultado acertadamente, pues ha considerado como libres á los pueblos de las bocas del Orinoco, y como esclavos enervados por el calor á los Mejicanos y á los indíjenas de las Floridas (3).

Entre los varios sistemas que se han discurrido, tanto acerca de la formacion de los pueblos y de los gobiernos,

(1) Igual observacion se ha hecho en Africa; el coronel Gordon ha comprobado que desde el cabo de Buena-Esperanza hasta los 21° de latitud S., el suelo se eleva á 2000 metros (mil toesas) de altura. Labillardière, t. I, páj. 89.

(2) Robertson, vol. II, lib. IV, páj. 23 y 24.

(3) Vol. II, lib. IV, páj. 138 y 139.

como acerca de sus vicios y virtudes, no hay ninguno cuyas consecuencias sean mas estensas que el que se ha tratado de establecer sobre el influjo del frio y del calor. En este sistema, la fuerza y la debilidad, las virtudes y los vicios, las leyes acertadas y las malas, la libertad y la esclavitud, la riqueza y la miseria, son consecuencias inevitables del grado de temperatura de un pueblo. Digo que estos fenómenos son resultados inevitables de las causas que se señalan, aunque á menudo se aconseja combatir el influjo del clima por medio de las instituciones: porque, para lograr buenas instituciones, es necesario que haya hombres para concebirlas y ponerlas en práctica; y los hombres no pueden pensar y obrar sino conforme á su propia naturaleza, la cual está determinada por el clima.

No obstante, por trascendentales que puedan ser las consecuencias de este sistema, y por imponentes que sean los apellidos de los hombres que lo han adoptado, hubiera bastado quizás el no estar compulsados los hechos fundamentales, para dispensarnos de entrar en su profundo exámen. Pero yo no solo queria desvanecer un error funesto, cuyo influjo se deja sentir en todos los ramos de la lejislacion; sino que tenia que demostrar además el rumbo jeneral de la civilizacion por la haz del globo, y esponer las causas que impelen á los pueblos hácia su prosperidad, sin percibirlo ellos mismos, y en cierto modo sin su participacion, no menos que las que los atajan ó los llevan á la barbarie. No hay otro ente que pueda ejercer mayor influjo en su destino que el hombre; ninguno que atesore mas medios para paralizar las causas que tienden á dañarle, ó para promover las que le son propicias: mas para obrar en uno ú otro sentido, es menester que vea claramente cuáles son dichas causas. Si no las conoce, se mantiene inactivo; y si las conoce desacertadamente, obra contra sus intereses.

Considerando á las diversas naciones diseminadas por la superficie del globo, observamos algunos fenómenos notabilísimos. Vemos formarse la civilizacion en torno de la tierra, difundirse gradualmente hácia los polos, y pararse á cierto grado de altura: vemos que las poblaciones no civilizadas de los estremos ó de las partes mas elevadas tienden de continuo hácia el centro ó hácia las tierras mas fértiles, sujetan en ellas á los pueblos que ya han progresado un tanto, arraigando sus preocupaciones y sus vicios: vemos que en todas las poblaciones conquistadas se establecen gobiernos análogos: vemos que los conquistadores pierden entre los vencidos parte de su ignorancia y ferocidad, al paso que los pueblos de la misma raza que se quedan en el pais orijinario, conservan sus primitivas costumbres: finalmente, en todos los paises vemos los vicios inseparables de la barbarie, y la misma degradacion moral, por donde quiera observamos la misma falta de medros intelectuales.

Si no observásemos estos fenómenos mas que en algunos puntos del globo ó en una sola raza de hombres, podríamos achacarlos á circunstancias fortúitas, á la aparicion, por ejemplo, de un númen estraordinario, que hubiese reunido á los hombres diseminados, que les hubiese enseñado las artes y dádoles leyes; pero dichos fenómenos son jenerales, han existido en todos los continentes, en las naciones de toda especie; cada uno de los pueblos civilizados de mas antiguo ha atribuido á algunos prohombres los progresos que habia hecho: los Chinos, los Indios, los Persas, los Arabes, los Judíos, los Ejipcios, los Griegos, los Romanos, los Peruanos, los Mejicanos, etc., han tenido sus sabios, sus lejisladores: ¿mas porqué no han tenido tambien los suyos los Kamtchadales, los habitantes de las islas Aleutias, los Esquimales, los Groenlandeses, los Iro-

queses, los Polacos, los Rusos y los moradores de Siberia? ¿Porqué encontramos á Baco en la India, en Ejipto y en Grecia, y no en los dilatados páramos del centro de Asia, en Siberia, en Nueva Zelandia ó en las islas de los Zorros?

Al propio tiempo que vemos formarse la civilizacion en los climas cálidos ó templados, y desde estos irradiarse á los climas menos favorables para el cultivo, notamos que los pueblos todavía semi-bárbaros, cazadores ó pastores, se precipitan sobre los primeros que cultivaron la tierra, se los reparten como una presa, y solo los consideran como instrumentos de labor, hasta que la civilizacion ha suavizado las costumbres de los conquistadores, y devuelto la libertad á los vencidos. Algunos escritores célebres, y no faltos de filosofía, han estrañado ver el réjimen feudal formado en Europa despues de las invasiones de los bárbaros, y establecerse uniformemente en casi todos los estados. Si hubiesen profundizado mas su exámen, mayor aun hubiera sido su admiracion, pues habrian encontrado el mismo réjimen y en gran parte las propias leyes, en los negros del centro de Africa, en los pueblos no menos bárbaros de Abisinia, en los Malayos de los archipiélagos de los trópicos, y en los pueblos de raza cobriza que habian invadido el centro de América antes de la llegada de los Europeos.

Si consideramos á los pueblos antes de la conquista, vémoslos divididos en cortas tribus independientes ó confederadas, con jefes elejidos por ellas, que se dirijen con arreglo á las voluntades que la misma espresa, y que reconocen que su poder no tiene otro oríjen que el voto de sus conciudadanos. El mismo órden social observamos en todas las partes de Europa: antes de las conquistas de los Romanos, la Italia, las Galias, la Helvecia, la Jermania, y

la Gran Bretaña estaban divididas en un sinnúmero de republiquillas. Igual órden observamos en todas las partes de América: á escepcion de Méjico, el Perú y las Floridas, todas las demás partes de aquel continente se hallaban divididas en tantas repúblicas, que los viajeros han hecho ascender á mas de mil el número de los idiomas que en ellas se hablaban. Finalmente, el mismísimo órden ha existido ó existe todavía en la mayor parte de Africa, en Arabia, en una parte de los montes del Cáucaso, y en el norte de Asia.

Pero si consideramos á los pueblos despues de la conquista, ó, por mejor decir, despues de su sujecion á razas estranjeras, hallarémos un órden de todo punto diverso: por donde quiera verémos amos en mas ó menos número, pero casi todos hereditarios. Lo mas notable es que todos ellos, olvidando que deben su poder á la fuerza, le señalan un oríjen divino. Los reyes malayos se miran iguales á los dioses, y llevan los nombres de estos; sus próceres no solo son dueños de la tierra, sino tambien señores del sol y del firmamento. Los conquistadores de raza americana se atribuian igualmente un oríjen divino, pues eran hijos de los astros y pajes del sol. Los conquistadores de raza tártara dan á sus súbditos los propios conceptos; los schahes de Persia y los sultanes de los Turcos se dicen lugar-tenientes de Dios sobre la tierra. En las máximas políticas de todos los gobiernos de oríjen parecido, encontramos la misma analojía que en los títulos que se apropian.

La identidad de costumbres entre los pueblos que tienen las facultades intelectuales poco desenvueltas, no es menos chocante que la identidad de gobiernos. Si comparamos entre sí á los pueblos situados en las estremidades polares de cada una de las principales partes del globo,

nos admirarémos de la semejanza que se echa de ver entre unos y otros. No menos nos admirarémos, si cotejamos la intelijencia y las costumbres de las poblaciones oprimidas largo tiempo por conquistadores bárbaros, con las costumbres é intelijencia de los pueblos que nunca estuvieron civilizados: en unas y otras hallarémos las mismas calamidades, iguales vicios. Los hombres que han creido que la verdadera libertad solo se halla entre los salvajes, quedarán pasmados al ver que si alguna diferencia hay entre estos pueblos y los embrutecidos por la esclavitud civil y política, es en favor de los últimos.

En la observacion de estos grandes fenómenos desaparecen todas las diferencias de especie ó raza. Los Mogoles de tez amarilla, los Malayos atezados, los americanos cobrizos, los negros, los Caucásicos, todos llevan la misma fisonomía moral, siempre que se hallan en circunstancias análogas; y al paso que sus caracteres físicos se mantienen invariables en todas las posiciones y bajo todas las latitudes, sus costumbres presentan la estampa de las varias circunstancias locales que les afectan.

Habiendo observado ya el rumbo jeneral que ha seguido la civilizacion en las principales partes del globo, y los puntos en que se ha atajado, fáltame esponer las principales causas de los progresos que ha hecho, y de las detenciones ó retrocesos que ha sufrido. Tal será el asunto del siguiente libro.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE DE LOS CAPITULOS

DEL TOMO TERCERO.

CONTINUACION

DEL LIBRO TERCERO.

PAJ.

CAP. XIX. — Influjo que ejercen en las costumbres domésticas de los pueblos de raza cobriza de la América septentrional, los medios por los cuales atienden á su existencia. — Usos particulares de dichos pueblos. 5

CAP. XX. — Influjo ejercido en las costumbres privadas de los pueblos de raza cobriza del norte de América, por los medios con que atienden á su existencia, y por la naturaleza de su estado social. — Continuacion del capítulo anterior. 21

CAP. XXI. Relaciones observadas entre el estado social de los pueblos de raza cobriza situados entre los trópicos, y medios por los cuales atienden á su existencia. — Paralelo entre estos pueblos y los de la misma especie situados en los climas frios del norte. 35

CAP. XXII. Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza malaya del Grande Océano. — Desigualdades que se echan de ver en estos pueblos. 53

CAP. XXIII. Relaciones de familia entre los pueblos de raza malaya del Grande Océano. 69

CAP. XXIV. Relaciones que existen, en los pueblos de raza malaya del Grande Océano, entre la clase aristocrática y las demás de la poblacion. — Costumbres resultantes de estas relaciones. 73

CAP. XXV. Relaciones que existen entre los diversos pueblos, ó entre la federacion de pueblos de especie malaya. —Influjo de su organizacion social en la naturaleza de estas relaciones. 77

CAP. XXVI. Oposicion entre la conducta de los pueblos de raza malaya con los navegantes europeos, y su mutuo comportamiento. —Esplicacion de este fenómeno. 83

CAP. XXVII. Paralelo entre las costumbres de los pueblos de raza malaya situados bajo un clima frio, y las de los pueblos de la misma raza situados entre los trópicos. 91

CAP. XXVIII. Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza negra de la Nueva Holanda y de algunas islas del Grande Océano. — Costubres de estos pueblos bajo diferentes grados de latitud. 10

CAP. XXIX. Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza negra de la estremidad austral de Africa. — Costumbres que resultan de aquel estado. 119

CAP. XXX. Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza negra de las costas occidentales de Africa situados entre los trópicos.— Paralelo entre los pueblos de esta especie que viven en diferentes zonas. 135

CAP. XXXI. Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza mogola del oriente y del centro de Asia. 151

CAP. XXXII. Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza mogola del oriente y del centro de Asia. — Continuacion del capítulo anterior. 159

CAP. XXXIII. Relaciones observadas entre los medios de subsistencia de las diversas clases de la poblacion, y el estado social de algunos pueblos de raza mogola del occidente y del centro de Asia. 177

INDICE.

CAP. XXXIV. Relaciones observadas entre los medios de existencia y el estado social de los pueblos de raza caucásica del sudeste de Asia. 191

CAP. XXXV. — Relaciones entre los medios de existencia y la organizacion social de algunos pueblos de raza caucásica de la parte oriental de Africa. — Réjimen constitucional de los Abisinios. — Costumbres de algunos pueblos negros. 207

CAP. XXXVI. — Relaciones observadas entre los medios de existencia y la organizacion social de algunos pueblos de especie caucásica del nordeste de Africa. 227

CAP. XXXVII. — Medios empleados por una aristocracia militar de raza caucásica para esplotar una poblacion conquistada. 241

CAP. XXXVII. — Relaciones observadas entre la aristocracia militar y la clase industriosa, en los pueblos de raza caucásica del nordeste de Africa. 255

CAP. XXXIX. — Influjo de la aristocracia militar sobre la prosperidad pública, en los pueblos de raza caucásica del nordeste de Africa. 267

CAP. XL. — Riquezas dejadas á la clase laboriosa por la aristocracia militar, en los pueblos de raza caucásica del nordeste de Africa. 279

CAP. XLI. — Influjo de la aristocracia militar en las costumbres de las diversas clases de la poblacion, en el nordeste de Africa. 285

CAP. XLII. — Paralelo entre las poblaciones que ocupan las partes inferiores de la cuenca del Nilo y las que ocupan las superiores. — Revolucion causada por la destruccion de los Mamelucos. 297

CAP. XLIII. — Causas de los vicios observados en los pueblos del nordeste de Africa. 307

CAP. XLIV. — Relaciones observadas entre los medios de existencia y la organizacion social de los pueblos de raza caucásica de la costa septentrional de Africa. — Paralelo entre estos pueblos y los de la misma especie situados bajo un clima mas cálido en el mismo continente. 313

CAP. XLV. — Bosquejo de las costumbres de algunos pueblos del norte de Europa. 321

CAP. XLVI. — Paralelo entre los pueblos de diversas especies puestos en circunstancias parecidas. — Conclusion de este libro. 337

FIN DEL INDICE DEL TOMO TERCERO.